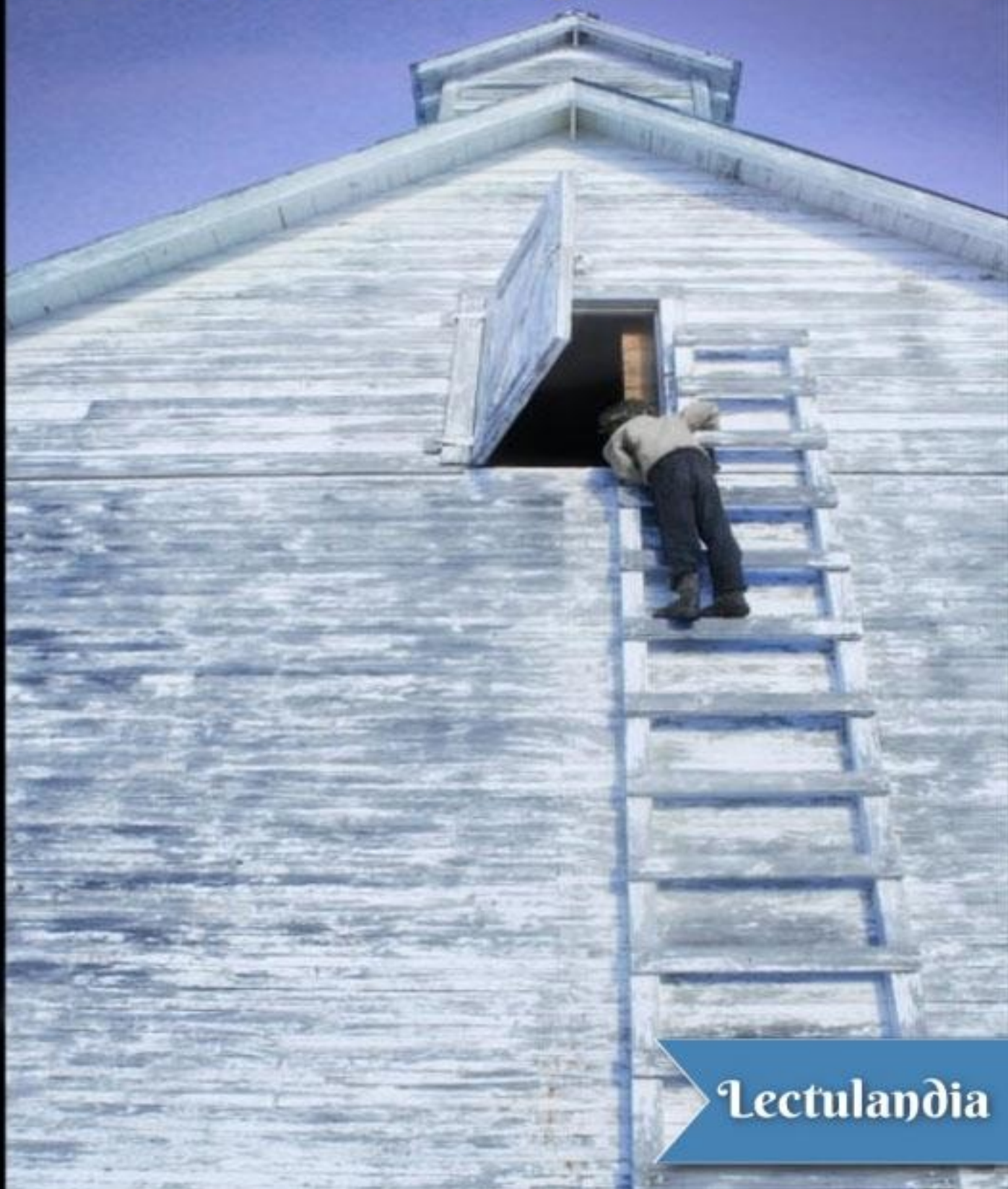


William Faulkner

Intruso en el polvo

Traducción
José Manuel Álvarez Flórez



Lectulandia

Cerrada en una unidad de acción y tiempo, comprimida en el curso de unas pocas horas, *Intruso en el polvo* es probablemente la obra más destacada de la madurez de Faulkner, la que da más cabal forma estética a su manera creativa y a sus preocupaciones morales y cívicas.

Ante una colectividad dispuesta a inmolar a un hombre sin pruebas, unas pocas personas se proponen no solo salvar una vida, sino preservar la dignidad moral de un país, la legitimación de todo el tejido de una sociedad descompuesta, al borde de abandonar el espíritu de justicia en aras del odio racial. Alegato, testimonio y suprema obra de arte, *Intruso en el polvo* eleva un cañamazo cercano a la novela policial hasta la región de la más noble tragedia y el más aquilatado apólogo moral.

La cuidadísima traducción castellana, debida a José Manuel Álvarez Flórez, se ha fijado como meta la más escrupulosa y exigente fidelidad a las conocidas peculiaridades puntuación incluida de la escritura del autor, a menudo tamizadas en exceso en otras versiones. Se aspira, así, a que la vigorosa incandescencia estilística, el carácter decididamente inmoral del estilo faulkneriano, aparezcan ante el lector en su primigenia y radical singularidad.

Lectulandia

William Faulkner

Intruso en el polvo

ePub r1.0

Titivillus 24.04.15

Título original: *Intruder in the Dust*
William Faulkner, 1948
Traducción: José Manuel Álvarez Flórez & Ángela Pérez
Diseño de cubierta: Neslé Soulé

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



ANIVERSARIO
E P U B L I B R E

*“Sólo el que sabe es libre,
y más libre el que más sabe...
Sólo la cultura da libertad.*

*No proclaméis la libertad de volar,
sino dad alas;
no la de pensar,
sino dad pensamiento.*

La libertad que hay que dar al pueblo es la cultura.”

EDICIÓN CONMEMORATIVA

WWW.EPUBLIBRE.ORG

CAPÍTULO I

Era mediodía justo aquel domingo por la mañana cuando el sheriff llegó a la cárcel con Lucas Beauchamp, aunque todo el pueblo (todo el condado en realidad) sabía ya desde la noche antes que Lucas había matado a un blanco.

Él estaba allí esperando. Era el primero, parándose paseando intentando parecer ocupado o al menos inocente, bajo el cobertizo delante de la cerrada fragua enfrente de la cárcel donde sería menos probable que le viese su tío si o más bien cuando cruzase la plaza hacia la oficina a por el correo de las once.

Porque también él conocía a Lucas Beauchamp... lo mismo que le conocían claro todos los blancos. Puede que él el que más, salvo quizá Carothers Edmonds, en cuyas tierras vivía Lucas a diecisiete millas del pueblo, porque él había comido una vez en casa de Lucas. A principios de invierno, cuatro años antes; él solo tenía doce por entonces y había sido así: Edmonds era amigo de su tío; habían sido condiscípulos en la Universidad del Estado, donde había ido su tío tras volver de Harvard y Heidelberg a aprender derecho suficiente para que le eligieran letrado del condado y el día antes había ido Edmonds al pueblo a ver a su tío por cosas del condado y se había quedado a pasar la noche con ellos y de noche cenando Edmonds le había dicho:

—Ven mañana conmigo a los conejos —y luego a su madre—: Volverá mañana por la tarde. Irá un chico con él cuando salga con la escopeta —y luego a él otra vez —: Tiene un buen perro.

—Él tiene un chico —dijo su tío. Y Edmonds dijo:

—¿Caza también conejos su chico?

Y dijo su tío:

—Prometeremos que no estorbará al tuyo.

Así que a la mañana siguiente, él y Aleck Sander se fueron con Edmonds. Hacía frío aquella mañana, el primer ramalazo de frío del invierno; los setos estaban tiesos y cubiertos de escarcha y el agua estancada de las cunetas de la carretera tenía una capita de hielo e incluso los bordes del agua corriente del arroyo Nine Mile brillaban frágiles y centelleantes como cristal mágico y de la primera granja que pasaron y luego de otra y otra y otra llegaba el aroma encalmado del humo de leña y pudieron ver en los corrales los calderos de hierro negros espumeantes y a las mujeres que aún con las cofias del verano o con sombreros de hombre viejos de fieltro y abrigos largos de hombre atizaban el fuego debajo y hombres con delantales de saco atados con alambre por encima del mono afilaban cuchillos o trajinaban ya por las pocilgas en que los cerdos gruñían y chillaban no sobresaltados del todo, sin alarma, alertados solo como si percibiesen ya aunque difusamente su destino inmanente y succulento; al caer la noche, por todo el territorio colgarían sus cadáveres abiertos en canal color sebo espectrales intactos inmovilizados por las patas en actitudes de correr frenético como si a toda prisa al centro de la tierra.

Y no supo cómo fue. El chico, uno de los hijos del colono de Edmonds, mayor y

más alto que Aleck Sander, que era a su vez más alto que él aunque tenían los mismos años, esperaba en la casa con el perro... un conejero auténtico, con algo de sabueso, con bastante, quizá sabueso más que nada, rojizo y negro-y-canela quizá con una pizca de perdiguero por algún lado, un lameollas, un perro de negro al que bastaba mirar para ver que tenía una afinidad una comunicación especial con los conejos parecida a la que dicen que tienen los negros con las mulas... y Aleck Sander tenía ya su palo de tuerca (una de esas tuercas grandes con que atornillan las vías férreas, ajustada a un pedacito de palo de escoba) con el que Aleck Sander podía tirarle girándolo a un conejo a la carrera casi con la misma precisión con que podía hacerlo con la escopeta... y Aleck Sander y el chico de Edmonds con palos iguales y él con la escopeta bajaron por la finca y por un prado hasta el arroyo donde el chico de Edmonds sabía que estaba el tronco para cruzar y no se dio cuenta, algo que podría esperarse e incluso disculparse en una chica pero en nadie más, ya iba a mitad del tronco y sin darle importancia él que aguantaba por las barandillas de las vallas el doble de trecho cuando de pronto la tierra invernal soleada familiar conocida dio vuelta de campana y lisa en la cara y sin soltar la escopeta todavía no se precipitaba fuera de la tierra sino del cielo claro y recordaba aún el tintineo leve claro de quebrado hielo y que apenas sintió el impacto del agua sino solo el del aire cuando emergió otra vez. Como había soltado además la escopeta tuvo que bucear, sumergirse de nuevo para hallarla, volver del aire helado al agua, que tampoco le produjo ninguna sensación, ni frío ni nada, y donde las prendas empapadas (botas y gruesos pantalones jersey y cazadora) no resultaban pesadas siquiera, solo embarazosas, y halló la escopeta y tanteó de nuevo el fondo luego y estiró un solo brazo hacia la orilla y nadando con los pies y asiéndose a una rama de sauce alargó la escopeta hacia arriba hasta que se la recogieron; el chico de Edmonds sin duda pues en aquel momento Aleck Sander le alargaba a él el extremo de un palo largo, casi un tronco, que le barrió los pies primero y le sumergió de nuevo y a punto estuvo de hacerle perder el asidero del sauce hasta que una voz dijo:

—No le estorbes con el palo que no podrá salir —solo una voz, no porque pudiera no ser de Aleck Sander ni del chico de Edmonds sino porque no importaba de quién: escalando ya con ambas manos entre los sauces, la capita de hielo crujiéndole y tintineándole en el pecho, la ropa un plomo frío suave que no parecía que él se moviera dentro sino que parecía más bien como montada igual que un poncho o una lona: talud arriba hasta que vio dos pies con botas de goma que no eran ni los del chico de Edmonds ni los de Aleck Sander y luego las piernas, las perneras del mono saliendo de ellas, y escaló hasta allí y se irguió y vio a un negro con un hacha al hombro, chaquetón forrado de piel de cordero y sombrero de ala ancha de pálido fieltro como el de su abuelo, mirándole y fue entonces cuando recordaba haber visto por primera vez a Lucas Beauchamp; jadeante, tiritando y solo entonces sintiendo el efecto del agua fría, alzó la vista hacia la cara que solo le miraba sin piedad conmiseración ni nada parecido, ni sorpresa siquiera: mirándole solo, cuyo

propietario nada había hecho por ayudarle a salir del arroyo, en realidad había ordenado a Aleck Sander que desistiera con el palo que había sido la única prueba de intento de ayuda que alguien había hecho... una cara a la que le echó menos de cincuenta y hasta de cuarenta salvo por el sombrero y por los ojos y dentro de una piel de negro pero eso no le importaba gran cosa al muchacho de doce años que tiritaba y jadeaba aún de la impresión y del esfuerzo porque lo que a ella afloraba no tenía ningún pigmento, ni siquiera la carencia de pigmento del blanco, no era arrogante ni burlón siquiera: solo huraño y sereno. Luego el chico de Edmonds le dijo algo pronunciando su nombre: señor Lucas algo y comprendió entonces quién era, recordando el resto de la historia, un trozo, un fragmento de la crónica del condado que muy pocos conocían mejor que su tío, quizá nadie: aquel hombre era hijo de uno de los esclavos del viejo Carothers McCaslin, bisabuelo de Edmonds, que no solo había sido esclavo de Carothers sino también su hijo: quieto y tiritando sin parar ya durante lo que le pareció otro minuto entero mientras el hombre le miraba allí plantado sin expresión alguna en la cara. Luego el hombre se volvió, ni siquiera dirigiéndose a ellos por encima del hombro, caminando ya sin esperar siquiera para comprobar que le oían, menos aún si le obedecían:

—Vamos a mi casa.

—Yo volveré a casa del señor Edmonds —dijo él. El hombre no se volvió. Ni contestó siquiera.

—Llévale la escopeta tú, Joe —dijo.

En fin le siguió, el chico de Edmonds y Aleck Sander detrás en fila india por la orilla hacia el puente y la carretera. Había dejado de tiritar pronto; ya solo tenía frío y estaba empapado y casi todo aquello desaparecería solo con que siguiera en movimiento. Cruzaron el puente. Estaba ya delante de la cerca tras la cual subía el camino que cruzaba el cercado de la casa de Edmonds. Era casi una milla; seguramente estaría ya seco y habría entrado en calor cuando llegara allí y aún creía que iba a cruzar la entrada e incluso después de saber que no lo haría o en realidad que no lo había hecho, dejada atrás ya, aún se decía que la razón era que aunque Edmonds fuese soltero y no hubiera mujeres en la casa, Edmonds mismo podría negarse a dejarle salir otra vez de casa hasta que le llevara con su madre, aún seguía diciéndose esto aunque ya supiese que la verdadera razón era que no podía ya concebir la idea de contradecir al hombre que caminaba delante de él que podría ser su abuelo, no por miedo ni por la amenaza de represalias siquiera sino porque el hombre que caminaba delante era sencillamente incapaz como su abuelo de concebir que un niño le contradijese y le contestase.

Así que ni siquiera comprobó cuando cruzaron la entrada de la finca, no volvió la vista siquiera y ahora estaban no en el sendero bien delimitado y cuidado de la casa de un colono o un criado marcado por huellas de pisadas sino en una salvaje cortadura medio barranco y medio senda a caballo de un cerro que parecía también solitario independiente y huraño y luego vio la casa, la cabaña, y recordó el resto de

la historia, la leyenda: que el padre de Edmonds había cedido en documento público a su primo carnal negro y a sus herederos a perpetuidad la casa y los diez acres de tierra en que se asentaba (una parcela oblonga emplazada para siempre en medio de la plantación de dos mil acres como un sello postal en el centro de un sobre) la casa de madera despintada, la despintada cerca de estacas puntiagudas cuyo portón despintado sin cierre abrió el hombre con la rodilla sin pararse aún ni mirar atrás una vez siquiera él siguiéndole y Aleck Sander y el chico de Edmonds a él, entrando en el recinto de la casa. No debía tener césped ni en verano siquiera; se lo imaginaba muy bien, pelado, sin yerbas ni matorrales de ningún tipo, barrido el polvo todas las mañanas por alguna de las mujeres de la casa de Lucas con una escoba de varillas de sauce en una intrincada serie de espirales y lazos superpuestos que irían borrando a medida que avanzara el día poco a poco, lentamente los excrementos y las crípticas huellas triangulares de las gallinas como (al recordarlo ahora a los dieciséis) un terreno en miniatura de la era de los grandes reptiles, los cuatro siguiendo lo que era menos que camino, porque su superficie era también de tierra pero más que senda, la ruta de pisadas que cruzaba a plomo recta entre dos bordes de latas y botellas vacías y fragmentos de porcelana y loza hincados en el suelo, por las escaleras sin pintar arriba y por la galería sin pintar por cuyo borde había más latas aunque más grandes: cubos vacíos de galón que en tiempos habrían contenido melaza o quizá pintura y gastadas vasijas de agua o leche y una lata de cinco galones para petróleo con la parte superior cortada y la mitad de lo que en tiempos había sido el tanque de agua caliente de la cocina de alguien (de la de Edmonds sin duda) cortado longitudinalmente como un plátano: donde el verano anterior habían crecido flores y donde los tallos muertos y los secos y frágiles zarzillos se inclinaban y colgaban aún, y tras esto la casa misma, gris y gastada por el tiempo y no tanto sin pintar como independiente de la pintura y refractaria a ella de modo que no solo era la única continuación posible de aquel camino austero y descuidado sino que también era su coronación, lo mismo que las hojas cinceladas del acanto son capitel de la columna griega.

Aquel hombre no se detuvo aún, subió las escaleras y cruzó la galería y abrió la puerta y entró y luego le siguieron él y el chico de Edmonds y Aleck Sander: un vestíbulo en penumbra casi oscuro incluso tras la claridad exterior y pudo advertir ya aquel olor que había aceptado toda la vida sin dudar como el olor que siempre hay donde viven gentes con algún vestigio de sangre negra lo mismo que creía que todos los que se apellidaban Mallison eran metodistas; luego un dormitorio: suelo gastado muy limpio sin pintar sin alfombra; en un rincón en sombras y cubierta con un edredón claro de retales una cama enorme con dosel procedente sin duda de la casa vieja del viejo Carothers McCaslin, y una cómoda barata desvencijada de Grand Rapids y de momento nada más o al menos poco más; solo después advertiría (o recordaría haber visto) la atestada repisa de la chimenea donde había una lámpara de petróleo con flores pintadas a mano y un jarrón lleno de restos de papel de periódico retorcido y sobre la repisa la litografía coloreada de un calendario de hacía tres años

en la que Pocahontas con calzones de ante de flecos y plumas de jefe sioux o chipewa se apoyaba en una balaustrada de itálico mármol que daba a un jardín de clásicos cipreses y en sombras en el rincón opuesto al de la cama un retrato en cromolitografía de dos personas con un grueso marco dorado de madera en un caballete dorado. Pero no había visto nada de todo aquello entonces porque aquello le quedaba detrás y entonces no vio más que el fuego: la chimenea de piedra del campo revestida de arcilla en la que brillaba y humeaba en las cenizas grises un leño a medio consumir y al lado en una mecedora lo que le pareció un niño hasta que le vio la cara, y luego se paró lo suficiente a mirarla porque estaba a punto de recordar algo más que su tío le había contado sobre o al menos relacionado con Lucas Beauchamp, y mirándola comprendió por primera vez lo viejo que era, que debía ser en realidad el hombre: una mujer vieja y diminuta casi como una muñeca mucho más oscura que el hombre con chal y delantal, la cabeza envuelta en un pañolón blanco immaculado y sobre él un sombrero de paja pintado con una especie de adorno. Pero no podía recordar qué le había dicho o contado su tío y luego olvidó incluso que hubiese recordado que se lo hubiera dicho, sentado ya él en la mecedora delante mismo de la chimenea donde el chico de Edmonds atizaba el fuego con trozos de troncos y astillas de pino y Aleck Sander acuclillado le sacaba las botas mojadas y luego los pantalones y poniéndose de pie se quitó la cazadora y el jersey y la camisa, habiendo ambos de rodear y pasar ante y bajo el hombre que estaba plantado en el estrado del hogar de espaldas al fuego con las botas de goma y el sombrero solo ya sin el chaquetón de piel de cordero y luego la vieja estaba de nuevo a su lado más baja que él mismo y que Aleck Sander que solo tenían doce años, con otro edredón claro de retales al brazo.

—Desnúdese —dijo el hombre.

—No, yo... —dijo él.

—Desnúdese —dijo el hombre. Así que se quitó también la ropa interior mojada y luego estaba ya otra vez en la mecedora frente al fuego ahora brillante y llameante, envuelto en el edredón como un capullo, encerrado ya completamente en aquel inconfundible aroma de negros... aquel olor que si no fuera por algo que iba a sucederle en un espacio de tiempo medible ya en minutos se habría ido a la tumba sin considerar jamás especular una vez sola que quizá aquel olor no fuera en realidad el aroma de una raza ni siquiera en realidad de la pobreza sino quizá de una condición: una idea: una creencia: una aceptación, la pasiva aceptación por ellos mismos de la idea de que al ser negros no tenían por qué tener servicios para lavarse adecuadamente o a menudo o incluso que lavarse bañarse a menudo aún sin servicios para hacerlo; que era de hecho casi preferible que no lo hiciesen. Pero el olor nada significaba ahora o aún; aún tardaría una hora en suceder aquello y cuatro en captar él la amplitud de sus ramificaciones y lo que aquello le había hecho a él y hasta que no fuera un hombre adulto no comprendería, no admitiría que lo había aceptado. Así que solo lo olió y lo desechó luego porque estaba acostumbrado a él, lo había olido de vez en cuando toda su vida y seguiría oliéndolo: había pasado buena parte de aquella vida

en casa de Paralee, en la cabaña de la madre de Aleck Sander en el patio de atrás de su casa, donde él y Aleck Sander jugaban de pequeños cuando hacía mal tiempo y Paralee les preparaba comidas completas entre dos comidas de la casa y él y Aleck Sander las comían juntos, sabiéndoles igual a los dos la comida; no podía imaginar una existencia en la que aquel aroma desapareciera para siempre. Lo había oído siempre, siempre lo olería, era una parte de su pasado inescapable, era una parte fecunda de su herencia como sueño; ni siquiera tenía que rechazarla, en realidad ya no lo olía como no olía ya nunca el fumador de pipa ese hedor frío a pipa tan integrado ya en su ropa como los botones y los ojales, sentado adormilado un poco incluso en la exuberancia cálida acogedora rancia del edredón, saliendo un poco, no mucho, de su adormilamiento al oír que el chico de Edmonds y Aleck Sander se levantaban de donde habían estado acucillados contra la pared y salían de la estancia, hundiéndose de nuevo en el cálido vaho del edredón mientras seguía allí plantado vigilándole aún, de espaldas al fuego y las manos cogidas atrás y salvo por las manos cogidas y la falta del hacha y el chaquetón de piel de cordero exactamente como cuando él había alzado la vista al salir del arroyo y le había visto por primera vez, el hombre de las botas de goma y el mono descolorido de negro pero con una gruesa cadena de reloj de oro cruzando el peto del mono y poco después de que entraran en la estancia él se había dado cuenta de que el hombre se giraba y cogía algo de la atestada repisa de la chimenea y se lo metía en la boca y luego vio lo que era: un mondadientes de oro como el que había tenido su abuelo: y el sombrero era de castor, gastado, hecho a mano, como aquel por el que había pagado su abuelo treinta y cuarenta dólares la pieza, no encasquetado recto sino un poco ladeado sobre la cara pigmentada como la de un negro pero con la nariz alta en el puente y hasta algo ganchuda y lo que miraba por ella o incluso desde detrás de ella no negro ni blanco tampoco, no arrogante en ningún sentido y ni burlón siquiera: solo intolerante, inflexible y sereno.

Luego volvió Aleck Sander con su ropa, seca ya y casi caliente aún de la cocina y se vistió, pateando con las botas acartonadas; el chico de Edmonds acucillado de nuevo contra la pared aún comía algo de la mano y él dijo:

—Yo comeré en casa del señor Edmonds.

El hombre ni protestó ni asintió. No se movió; ni le miró siquiera. Solo dijo, inflexible y tranquilo: «Ella la hizo ya y la ha servido»; y él pasando ante la vieja que se hizo a un lado junto a la puerta para dejarle paso, entró en la cocina: la mesa cubierta de un hule y colocada en el cuadrado claro y soleado de una ventana orientada al sur (no sabía cómo pudo saberlo pues no había ni señales, rastros, platos sucios que lo indicaran) habían comido ya el chico de Edmonds y Aleck Sander y se sentó y comió a su vez de lo que sin duda debía haber sido la comida de Lucas: berzas, una loncha de lomo rebozada con harina y frita, bollos grandes planos pálidos pesados medio crudos, un vaso de cuajada: comida de negro también, aceptada y rechazada luego también porque era exactamente lo que él había supuesto, era lo que

comían los negros, porque era sin duda lo que les gustaba, lo que elegían; no porque (con doce años: no tendría su primera duda asombrada al respecto hasta la edad adulta) según su larga crónica no hubiesen tenido posibilidad de aprender a saborear otra cosa salvo los que comían de las cocinas de los blancos sino porque lo habían elegido entre todas las comidas porque se correspondía con sus palabras y su metabolismo; después, diez minutos más tarde y luego durante los cuatro años siguientes intentaría convencerse de que había sido la comida lo que le había desconcertado. Pero sabía que no era cierto; su equivocación, su error inicial, había estado allí desde el principio, no necesitaba siquiera la instigación del olor de la casa y el edredón para sobrevivir a lo que había aflorado (ni siquiera mirándole a él, solo asomándose) al rostro del hombre; levantándose por fin y con la moneda, el medio dólar ya en la mano al volver a la otra habitación: cuando vio por primera vez porque casualmente se topó con él de frente ahora el retrato de grupo de dorado marco en su caballete dorado y se acercó inclinándose para examinarlo en el rincón en sombras donde solo la hoja de oro brillaba, antes de darse cuenta de que iba a hacerlo. Era evidente que el retrato había sido retocado; desde detrás de la redonda bóveda de cristal de vagos reflejos como desde la bola de cristal de una adivina le miró a él a su vez de nuevo el rostro tranquilo y huraño bajo la jactanciosa inclinación del sombrero, cuello almidonado sin corbata prendido a una blanca camisa almidonada con un botón de cuello en forma de cabeza de serpiente y casi igual de grande, la cadena del reloj cruzando ahora chaleco de velarte bajo chaqueta de velarte y solo faltaba el mondadientes, y a su lado la mujer menuda pequeña con aire de muñeca con otro sombrero de paja pintado y un chal; es decir debía ser la mujer aunque no se parecía a nadie que él conociera y comprendió luego que era más que eso: había algo fantasmal, casi insoportablemente erróneo en el retrato o en ella: cuando habló ella, y él alzó la vista, el hombre plantado aún ante el fuego y la mujer sentada de nuevo en la mecedora en su sitio de siempre casi en el rincón y no le miraba a él ya y él supo que no le había mirado desde que había vuelto a entrar, pero dijo:

—Esa es otra de las ocurrencias de Lucas —y él dijo:

—¿Qué? —Y el hombre dijo:

—A Molly no le gusta porque el hombre que la sacó le hizo quitarse el trapo de la cabeza —y era precisamente eso, tenía pelo; era como mirar un cadáver embalsamado a través de la tapa de cristal hermética de un ataúd y él pensó *Molly, claro* porque recordó qué era lo que su tío le había contado de Lucas o de ellos. Dijo:

—¿Por qué se lo hizo quitar?

—Se lo dije yo —dijo el hombre—. No quería un cuadro de negros del campo en casa —y él avanzó hacia ellos ya volviendo a meterse en el bolsillo el puño en que tenía el medio dólar y recogiendo la moneda de dos centavos y las dos de quince (todo lo que tenía) con él en la palma, diciendo:

—Usted es del pueblo. Mi tío le conoce... El abogado Gavin Stevens.

—Yo recuerdo también a su mamá —dijo ella—. La señorita Maggie Dandridge.

—Esa era mi abuela —dijo él—. Mi madre también se apellidaba Stevens —y alargó las monedas: y en el mismo instante en que supo que ella las habría cogido supo que solo por ese preciso instante irrevocable llegaría ya siempre demasiado tarde, eternamente más allá del recuerdo, allí con la sangre cálida lenta tan lenta como los minutos mismos hacia el cuello y el rostro, eternamente con la abierta mano tonta y en ella los cuatro vergonzosos fragmentos de acuñada y troquelada escoria, hasta que al fin el hombre hizo algo que cumplió al menos la función de la piedad.

—¿Para qué es eso? —dijo, sin moverse siquiera, sin inclinar siquiera la cabeza para ver lo que tenía en la palma; por otra eternidad y solo la sangre inmóvil muerta cálida hasta que al fin corrió violenta de modo que al menos pudiera soportar la vergüenza: y vio que la palma giraba no arrojando las monedas sino dejándolas caer desdeñosa y tintinearón en el suelo desnudo, saltando y una de las de cinco centavos rodó incluso lejos en un gran círculo barredor con un sonido seco diminuto como un ratoncito que se escurre; y luego su voz:

—¡Recogedlo!

Y nada más, el hombre no se movía, manos cogidas a la espalda, sin mirar nada; solo el aflujo de la sangre densa muerta ardiente desde la cual habló la voz sin dirigirse a nadie: «Recoged su dinero»; y oyó y vio a Aleck Sander y al chico de Edmonds llegar y hurgar entre las sombras junto al suelo. «Dádselo», dijo la voz; y vio al chico de Edmonds depositar sus dos monedas en la palma de Aleck Sander y sintió la mano de Aleck Sander acercar las cuatro a la suya inerte y meterlas en ella.

—Ahora pueden irse a cazar ese conejo —dijo la voz—. Y no se acerquen al arroyo.

CAPÍTULO II

Y volvieron a salir al luminoso frío (aunque eran las doce ya y hacía más calor del que probablemente hiciese en todo el día), de nuevo cruzando el puente del arroyo y (de pronto, mirando alrededor, habían recorrido media milla casi siguiendo el arroyo y no se había dado cuenta siquiera) el perro persiguió a un conejo hasta unas zarzas junto a un algodonal y ladrando histéricamente lo hizo salir de ellas de nuevo, el pequeño burujo frenético de color tostado que parecía un instante esférico y acoplado como una pelota y al siguiente largo como culebra, brotando de la espesura delante del perro, la chispita blanca del rabillo zigzagueando entre los surcos esquemáticos del algodonal como la vela de un barco de juguete en un estanque batido por el viento mientras al otro lado de la espesura Aleck Sander gritaba: «Tírale. ¡Tírale!» —luego: «¡Por qué no le tiraste!» y luego se volvió despacio y caminó seguido hasta el arroyo y sacó las cuatro monedas del bolsillo y las tiró al agua: y aquella noche en la cama sin conciliar el sueño se dio cuenta de que la comida no había sido solo lo mejor que Lucas podía ofrecer sino también lo único; él había ido allí aquella mañana no como invitado de Edmonds sino de la plantación del viejo Carothers McCaslin y Lucas lo sabía y él no y Lucas le había ganado por eso, plantado allí delante del hogar y sin mover siquiera las manos de la espalda había tomado sus propios setenta centavos y le había derrotado con ellos; y retorciéndose de rabia impotente pensaba en aquel hombre al que solo había visto una vez y de eso hacía solo doce horas, de quien como descubriría al año siguiente todos los blancos de todo aquel sector del territorio habían pensado durante muchos años: *Primero tenemos que convertirle en un negro. Tiene que admitir que es negro. Luego quizá le aceptemos como parece querer que se le acepte.* Porque empezó en seguida a enterarse de muchas más cosas relacionadas con Lucas. No porque las oyese: las supo, supo lo que cualquiera que conociese aquel condado podía contarle del negro que decía «señora» a las mujeres exactamente igual que cualquier blanco y que te decía: «caballero» y «señor» a ti si eras blanco pero que tú sabías que no lo creía en absoluto y él sabía que lo sabías pero que no estaba siquiera esperándote provocándote a hacer el movimiento siguiente, porque no le importaba en absoluto. Esto, por ejemplo.

Fue un sábado por la tarde hace cuatro años en la tienda del cruce a cuatro millas de la finca de Edmonds donde los sábados por la tarde los colonos y arrendatarios y propietarios blancos o negros de los alrededores pasaban todos y solían parar con cierta frecuencia incluso a comprar cosas, mulas y caballos ensillados llenos de mataduras atados entre sauces y abedules y sicomoros en el pisoteado barro debajo del arroyo y sus jinetes desbordando la tienda propiamente dicha y desparramados por la polvorienta acera, de pie o acuclillados tomando una gaseosa y escupiendo tabaco y liando parsimoniosamente un cigarrillo y encendiendo con lenta cerilla la pipa apagada; aquel día había allí tres blancos jóvenes de una serrería próxima, algo borrachos todos, uno tenía fama de pependenciero y de violento y entró Lucas con el

gastado traje negro de velarte que se ponía para ir al pueblo y los domingos y el gastado y magnífico sombrero y la gruesa cadena de reloj y el mondadientes, y algo pasó, la versión no decía qué, tal vez ni se supiese, quizá cómo entró Lucas allí sin hablar con nadie y se fue derecho al mostrador a hacer su compra (una caja de galletas de jengibre de cinco centavos) y luego se volvió y abrió un extremo de la caja y se sacó el mondadientes de la boca y lo guardó en el bolsillo del pecho y se echó una galletita en la mano y se la metió en la boca, o quizá no hiciese falta nada, el blanco allí súbitamente diciéndole cosas a Lucas, diciéndole: «¿Por qué andas tú tan tieso Edmonds de mierda hijo de puta?» y Lucas masticó la galleta y la tragó y con la caja ya inclinada de nuevo hacia la otra mano volvió muy despacio la cabeza miró un momento al blanco y luego dijo:

—No soy Edmonds. Esos son gente nueva. Yo soy de los antiguos. Soy un McCaslin.

—Tú sigue por ahí poniéndole esa cara a la gente y acabarás sirviendo de carnada a los cuervos —dijo el blanco. Y durante otro instante o por lo menos medio Lucas miró al blanco con un distanciamiento contemplativo y sereno; la caja que sostenía en una mano fue inclinándose despacio hasta que cayó otra galleta en la otra, alzando luego la comisura de los labios chupóse uno de los dientes de arriba muy sonoramente en el silencio brusco mas sin que implicase esto en modo alguno burla o impugnación ni aun desacuerdo, sin que implicase nada en absoluto más bien como abstraído, como podría chuparse un diente (si lo hacía) un hombre que comiera una galleta de jengibre en la más absoluta soledad, y dijo:

—Sí, eso ya me lo han dicho. Y veo que los que lo dicen no son siquiera Edmonds —tras lo cual el blanco se incorporó de un salto y estirando la mano hacia atrás hacia el mostrador donde había una media docena de balancines de arado agarró uno y lo esgrimió y cuando iba ya a utilizarlo intervino el hijo del dueño de la tienda, un joven animoso que rodeando el mostrador o saltándolo fue y lo sujetó de modo que el balancín se estrelló inofensivo contra la estufa fría. Luego ya lo sujetó también otro hombre.

—¡Fuera de aquí, Lucas! —dijo el hijo del propietario por encima del hombro. Pero Lucas seguía inmutable, tranquilo del todo, ni burlón siquiera, ni siquiera despectivo, ni siquiera muy alerta, la caja de chillones colores aún en la mano izquierda y la galletita en la derecha, mirando solo cómo el hijo del propietario y el otro sujetaban al blanco que soltaba tacos y espumarajos. «¡Largo de aquí imbécil, majadero!» gritó el hijo del propietario; y solo entonces se puso Lucas en marcha, sin prisa, dando vuelta despacio y yendo hacia la puerta y llevándose la mano derecha a la boca, para que cuando saliera por la puerta pudieran ver la firme presión de su masticación.

Porque estaba el asunto de aquel medio dólar. Aunque la suma exacta fuese de setenta centavos en realidad y en cuatro monedas hacía mucho ya que las había transferido traduciendo en aquellas primeras y escasas fracciones de segundo en la

moneda única en una entidad completa y única de masa y peso que no guardaba proporción alguna con su simple valor de cambio; pues a veces la capacidad de su espíritu para la pesadumbre o para torturarse o lo que fuese en fin se agotaba por último un instante y tranquilo incluso se decía *Al menos tengo el medio dólar, al menos tengo algo* porque no solo ya su error y la vergüenza, sino también sus protagonistas (el hombre, el negro, la habitación, el momento, el día mismo) se habían templado disipado en el símbolo redondo y duro de la moneda y era como si se viese tendido allí observando sin pesadumbre e incluso tranquilo cómo día a día la moneda crecía hasta su máximo gigantesco, hasta colgar fija al fin para siempre en la bóveda negra de su angustia como la luna muerta y definitiva y sin menguante y él mismo, su propia sombra diminuta gesticulante y pequeña contra ella en un eclipse frenético y vano pero también infatigable porque él no cejaría nunca, no podía ceder ya nunca ante quien había humillado no solo su virilidad sino también a toda su raza; todas las tardes después de clase y los sábados todos, salvo que hubiera un partido o que fuese de caza o hubiera otra cosa que desease o precisase hacer, iba al despacho de su tío, donde contestaba al teléfono o hacía recados, todo con cierta apariencia de responsabilidad, ya que no de necesidad. Era como mínimo indicio de su voluntad de asumir una parte al menos de su carga. Había empezado ya de niño, ya casi no se acordaba siquiera cuándo, por aquel apego ciego y total al único hermano de su madre que nunca había intentado racionalizar, y había seguido desde entonces; más tarde, a los quince y dieciséis y diecisiete años pensaría en el cuento del chico que tenía un ternero mimado al que aupaba todos los días para pasar la cerca del prado; pasaron los años y eran ya un hombre adulto y un toro aún aupado todos los días para que pudiera pasar la valla del prado.

Abandonó el ternero. Faltaban ya menos de tres semanas para Navidad; todas las tardes después de clase y todos los sábados estaba o en la plaza o donde pudiera verlo, vigilarlo. Hubo otro día o dos de frío, luego calor, amainó el viento y se nubló el sol claro y llovió pero él siguió paseando la calle o se estaba allí quieto mientras los escaparates de la tienda iban llenándose ya de juguetes y artículos navideños y fuegos de artificio y luces de colores y ramos verdes y lentejuelas o en el vaporoso escaparate de la botica o de la barbería observaba los rostros campesinos, los dos paquetes (los cuatro puros de veinticinco centavos el par y el vaso de rapé para su esposa) envueltos con el papel de colorines en el bolsillo, hasta que al fin vio a Edmonds y se los dio para que los entregara el día de Navidad por la mañana. Pero solo con eso se deshizo (con interés doblado) de los setenta centavos. Aún quedaba aquel disco monstruoso muerto sin calor que colgaba nocturno en el abismo negro de la impotencia y de la cólera: *Si al menos fuese primero un negro, solo por un segundo, un brevísimo segundo infinitesimal*: así que en febrero empezó a ahorrar (los veinticinco centavos que le daba su padre a la semana y los veinticinco que como salario le daba su tío) hasta que en mayo tuvo suficiente y con la ayuda de su madre eligió el vestido de seda artificial estampado y se lo mandó, envió por correo a Molly

Beauchamp, a nombre de Carothers Edmonds R. F. D. y sintió al fin algo así como alivio porque desapareció la cólera y lo único que no podía olvidar ya era la pesadumbre y la vergüenza; el disco aún colgaba en la bóveda negra pero ya casi tenía un año de vejez y por ello la bóveda misma no era ya tan negra con el disco ya palideciendo y hasta podía dormir debajo como hasta el insomne se adormila al fin bajo su luna menguante y sin brillo. Luego llegó septiembre; faltaba una semana para que empezaran las clases. Una tarde volvió a casa y le estaba esperando su madre.

—Trajeron una cosa para ti —le dijo.

Era una gran lata de melaza de sorgo casera fresca y supo en seguida de quién era antes de que ella terminara de hablar:

—Te lo manda alguien de la finca del señor Edmonds.

—Lucas Beauchamp —dijo él, gritó casi—. ¿Cuánto hace que se fue? ¿Por qué no me esperó?

—No —dijo su madre—. No lo trajo él. Lo mandó. Lo trajo un chico blanco en una mula.

Y eso fue todo. Volvían a estar como al principio; había que empezar todo de nuevo. Ahora era peor además, porque Lucas había ordenado a una mano blanca recoger su dinero y devolvérselo. Luego se dio cuenta de que ni siquiera podía empezar otra vez por el principio, porque coger la lata de melaza y plantarla de nuevo delante de la puerta de casa de Lucas solo sería repetir lo de las monedas, Lucas mandaría a alguien cogerla y devolverla, por no mencionar ya el que habría tenido que hacer el viaje en un caballito de Shetland que ya le resultaba pequeño y del que se avergonzaba pero su madre aún no quería que tuviese un caballo normal o al menos el tipo de caballo que él quería y que le había prometido su tío, diecisiete millas para llegar hasta la puerta y dejarla ante ella. No podía hacer más que eso; lo que le liberaría o podría liberarle quedaba no solo fuera de su alcance sino de su capacidad de comprensión incluso; solo podía esperar por ello si llegaba y arreglárselas sin ello en caso contrario.

Y cuatro años después llevaba ya libre de ello casi dieciocho meses y creía que había terminado ya todo: la vieja Molly muerta y la hija casada que tenían ella y Lucas se trasladó a Detroit con su marido y se enteró luego por último por remota casualidad y tardío rumor de que Lucas vivía solo en la casa, solitario sin familia y huraño, no solo sin amigos ni de su propia raza al parecer sino orgulloso de ello. Le había visto otras tres veces, en la plaza del pueblo y no siempre en sábado... pero hasta después de un año de la última vez no cayó en la cuenta de que no le había visto nunca en el pueblo un sábado cuando venían los demás negros del campo y también la mayoría de los blancos ni incluso de que entre las ocasiones que le había visto mediaba un año casi exactamente y que la razón de que le viera entonces no había sido que la presencia de Lucas hubiera coincidido por casualidad con su propio paso casual por la plaza sino que había coincidido él con las visitas anuales obligadas de Lucas; pero en días laborables como los blancos que no eran labradores sino

plantadores, que llevaban corbata y chaleco como los comerciantes y los médicos y los propios abogados, como si rechazase, se negase a aceptar incluso aquel pequeño sector de normas de conducta no ya del negro sino del negro rural, y siempre con aquel traje oscuro gastado de velarte tan evidentemente cepillado caro en los tiempos de la foto-retrato del caballete dorado y el elegante sombrero inclinado y la camisa blanca de almidonado peto de los tiempos de su propio abuelo y el cuello sin corbata y la gruesa cadena del reloj y el mondadientes de oro como el que su propio abuelo había llevado en el bolsillo del chaleco: la primera vez en el segundo invierno; había hablado él primero, pero Lucas le reconoció de inmediato, le dio las gracias por la melaza y Lucas le contestó exactamente como podría haberlo hecho su propio abuelo, la diferencia solo en las palabras, en la gramática:

—Salió buena este año. Cuando la hacía recordé que a todos los chicos les gusta la melaza —y sin parar, hablando por encima del hombro—: Cuidado con los arroyos este invierno —y le vio después de esto otras dos veces: traje negro, sombrero, cadena de reloj; pero la vez siguiente Lucas no llevaba ya el mondadientes y esta vez le miró directamente, directamente a los ojos a metro y medio de distancia y pasó al lado y él pensó *Me ha olvidado. Ya ni siquiera me recuerda* hasta casi al año siguiente en que su tío le contó que Molly, su anciana esposa, había muerto hacía un año. Ni se molestó, ni se paró siquiera a preguntarse entonces cómo podía saberlo su tío (se lo había contado Edmonds evidentemente) porque estaba haciendo ya rápidamente un cálculo; y dijo pensó con un sentimiento de revancha, alivio, triunfo casi: *Acababa de morir entonces. Por eso no me vio. Por eso no llevaba el mondadientes: pensando casi con asombro: Estaba apenado. No hay que no ser negro para sufrir...* y luego se dio cuenta de que estaba esperando, rondando por la plaza casi como había hecho hacía dos años cuando esperaba a Edmonds para entregarle los dos regalos de Navidad para que se los diese, durante los dos y luego tres y luego cuatro meses siguientes hasta que cayó en la cuenta de que había visto a Lucas en el pueblo siempre solo una vez por año en enero o febrero y comprendió por qué por vez primera: iba a pagar el impuesto anual por sus tierras. Y fue a finales de enero, una tarde clara y fría. Él estaba en la esquina del banco al tenue sol y vio salir a Lucas del juzgado y cruzar la plaza derecho hacia él, el traje negro y la camisa sin corbata y el elegante sombrero viejo con su fanfarrona inclinación y caminaba tan tieso que la chaqueta solo le tocaba los hombros colgaba de ellos y pudo ver también el brillo sesgado y oblicuo del mondadientes de oro y sintió los músculos de la cara esperando y luego Lucas alzó la vista y otra vez le miró directamente a los ojos quizá un cuarto de minuto y apartó la vista luego y siguió derecho y luego hasta se desvió un poco para no tropezar y pasó junto a él y continuó; ni volvió él tampoco la cabeza, quedándose plantado allí en el bordillo bajo el sol tenue y frío pensando *Esta vez no pudo siquiera recordarme. Ni siquiera me conoció. Ni siquiera se ha molestado en olvidarme: pensando incluso como en paz ya: Todo ha terminado. Se acabó* porque estaba ya libre, el hombre que le había asediado durante tres años dormido y

despierto le había dejado en paz. Volvería a verle, claro; se cruzarían sin duda por la calle en el pueblo como aquel día todos los años mientras Lucas viviese pero eso sería todo: uno no sería ya el hombre sino solo el fantasma de aquel que había ordenado a los dos chicos negros que recogiesen su dinero y se lo devolviesen; el otro ya solo recuerdo de aquel niño que se lo había ofrecido y lo había tirado después, y que arrastraba en su virilidad solo un leve vestigio de la vergüenza antigua feroz en tiempos y la angustia y la necesidad no de revancha, de venganza sino simplemente de reequiparación, de reafirmación de su masculinidad y de su sangre blanca. Y algún día el uno ya no sería siquiera el espectro del hombre que había mandado recoger las monedas y para el otro vergüenza y angustia no serían ya algo recordado y recordable sino solo un susurro un murmullo como el gusto agrisado y amargo de la acedera que comía el muchacho en su niñez difunta, recordado ya solo en el instante de probarla y olvidado antes de poder emplazarlo y recordarlo; podía imaginárselos viéndose de viejos, muy viejos, en un punto de aquel calvario de terminaciones nerviosas inermes inanestesiabiles que a falta de término mejor llaman los hombres estar vivo en el cual no solo los años transcurridos sino el medio siglo de diferencia entre ellos sería tan indefinible e incalculable como otros tantos granos de arena en una pila de carbón y él diciéndole a Lucas: *Yo soy aquel chico que cuando me dio usted la mitad de su comida intentó pagarle con algo que la gente de entonces llamaba setenta centavos de valor monetario y todo lo que se me ocurrió para salvar la cara fue tirarlos al suelo ¿no se acuerda?* Y Lucas: *¿Hice eso yo?* o viceversa, al revés y Lucas diciéndole: *Yo soy aquel hombre que cuando usted tiró las monedas al suelo y no las quiso recoger mandé a dos negros recogerlas y devolvérselas ¿no se acuerda?* y él esta vez: *¿Hice eso yo?* Porque ya todo había acabado. Había ofrecido la otra mejilla y había sido aceptada. Era ya libre.

Luego volvió cruzando la plaza, tarde, esa tarde de sábado (había habido partido en el campo del instituto) y oyó que Lucas había matado a Vinson Gowrie junto al almacén de Fraser; habían avisado al sheriff sobre las tres y se había comunicado por teléfono al otro extremo del condado, adonde había ido el sheriff aquella mañana a un asunto y donde era muy probable que le localizara un mensajero antes del amanecer del día siguiente: lo cual significaba muy poco pues aunque el sheriff hubiera estado en su oficina probablemente hubiese llegado demasiado tarde ya que el almacén de Fraser estaba en Beat Four y si el condado de Yoknapatawpha era el lugar menos adecuado del mundo para que un negro pegara un tiro a un blanco por la espalda Beat Four era además el último lugar del condado de Yoknapatawpha que un negro con algo de sentido (o cualquier otro forastero de cualquier color) elegiría para pegarle a alguien un tiro y menos a alguien apellidado Gowrie por la espalda o de frente; ya el último coche lleno de jóvenes y algunos no tan jóvenes que tenían por dirección comercial no solo los sábados por la tarde sino también el resto de la semana los billares y la barbería y algunos de los cuales quizá tuviesen también cierta relación vaga con el algodón los automóviles o la venta de terrenos y ganado, que apostaban a

los combates de boxeo y a los partidos de la liga nacional, hacía mucho que habían dejado la plaza para recorrer a toda prisa las quince millas y estacionar frente a la casa del alguacil, adonde el alguacil había llevado a Lucas y según contaban le había esposado a la cama y ahora estaba sentado frente a él con una escopeta (y también Edmonds claro para entonces; hasta a un alguacil rural medio tonto se le habría ocurrido avisar a Edmonds que estaba solo a cuatro millas antes incluso que avisar al sheriff) por si los Gowrie y sus amigos y parientes decidían no esperar a que estuviera Vinson enterrado; Edmonds tenía que estar allí por supuesto; si Edmonds hubiera estado en el pueblo aquel día él le habría visto seguro por la mañana antes de ir al partido y si no le había visto era evidente que Edmonds estaba en casa, a solo cuatro millas; podría haberle avisado un mensajero y Edmonds podía estar ya en casa del alguacil antes casi de que el otro mensajero hubiera llegado a aprenderse el teléfono del sheriff y el mensaje que tenía que darle y corrido luego hasta el teléfono más próximo para poder usar ambos: lo que serían dos (Edmonds, de nuevo aguijoneó su atención algo en el centelleo de un segundo, y el alguacil) mientras que el Señor mismo tendría que pararse a contar a los Gowrie y los Ingram y los Workitt y si Edmonds estaba ocupado cenando o leyendo el periódico o contando el dinero o cualquier cosa así el alguacil sería uno solo pese a la escopeta: pero en fin él estaba libre, sin detenerse apenas ya, siguiendo hacia la esquina donde giraría hacia casa y no hasta que vio cuánto sol, cuánta tarde aún quedaba en la calle entonces volvió sobre sus pasos varios metros basta que pensó por qué demonios no cruzaba derecho la plaza ya casi vacía hasta la escalera exterior que subía al despacho.

Aunque no había en realidad razón alguna claro para esperar que su tío estuviera aún en el despacho siendo sábado por la tarde pero en cuanto empezó a subir las escaleras pudo rechazar esto pues casualmente llevaba aquel día suelas de goma aunque pese a ello las escaleras de madera crujían y rechinaban si no ibas pisando por el extremo junto a la pared: pensando que él nunca había apreciado hasta entonces en realidad las suelas de goma, que no había nada igual para poder tener tiempo a decidir lo que querías hacer de verdad y luego pudo ver la puerta del despacho cerrada ya aunque era aún demasiado pronto para que su tío tuviese encendidas las luces pero además la puerta misma tenía ese aspecto que solo tienen las puertas cerradas así que hubiesen dado igual las suelas duras, abriendo la puerta con su llave cerrando luego por dentro con el pestillo y se llegó hasta la pesada silla de ruedas giratoria que había pertenecido a su abuelo antes que a su tío y se sentó tras la atestada mesa que usaba su tío en vez del buró antiguo de tiempos de su abuelo y por la que habían pasado los asuntos legales del condado durante más años de los que podía recordar él, puesto que en realidad su memoria era memoria o en todo caso suya y así la mesa destartalada y los documentos descoloridos y doblados por las puntas y las necesidades y pasiones que representaban y el condado delimitado y medido eran todos también coetáneos y uno, el último sol del día atravesando la morera ya por la ventana que había detrás de él hasta la mesa los documentos

amontonados y revueltos el tintero la bandejita de los sujetapapeles y las plumas sucias y oxidadas y las escobillas de la pipa y la pipa de maíz volcada en su derrame de ceniza junto a la taza de café sucia sin lavar y el platito y la jarra colorada del *stübe* de Heidelberg llena de trozos retorcidos de periódico para encender las pipas como el jarrón que había en la repisa de la chimenea de la casa de Lucas aquel día y antes incluso de darse cuenta de que había pensado en ello se levantó llevándose la taza y el plato y cruzó la habitación recogiendo la cafetera y también la jarrita al pasar y en el lavabo vació los posos y lavó jarra y taza y llenó la cafetera y la puso y la jarra y la taza y el platito otra vez en la estantería y volvió a la silla y se sentó de nuevo tras no ausentarse prácticamente en realidad aún con tiempo de sobra para mirar la mesa y todo el desaliñado y sucio desorden conocido todo esfumándose hacia el anonimato de la noche mientras la luz del sol agonizaba: pensando recordando lo que había dicho su tío de que lo único que tenía el hombre era tiempo que no había entre él y la muerte que temía y rechazaba más que tiempo aunque él derrochase la mitad de ese tiempo inventando medios de conseguir pasar la otra mitad: y recordó de pronto sin motivo lo que le había estado ronroneando en la cabeza: Edmonds no estaba en casa ni siquiera en Mississippi; estaban operándole de cálculos biliares en un hospital de Nueva Orleans, la voluminosa silla retumbando estruendosa en el suelo de madera casi tan ruidosa como un carro pasando por un puente de tablas cuando se levantó y luego se quedó quieto junto a la mesa hasta que se desvaneció el eco y se oía solo el sonido de su respiración: porque ya era libre: y luego ya se puso en marcha: porque su madre sabría a qué hora terminaban los partidos de béisbol aunque no pudiera haber oído gritos desde el otro extremo del pueblo y sabría que hasta a él le llevaría solo tanto de crepúsculo llegar a casa, saliendo cerrando la puerta luego escaleras abajo de nuevo, la plaza a oscuras ya y las primeras luces encendiéndose en la botica (ni en la barbería ni en los billares las habían apagado desde que el limpiabotas y el mozo abrieran las puertas y barrieran pelos y colillas a las seis de la mañana) y las comerciales también de modo que todo el condado salvo Beat Four tuviera algún sitio donde esperar hasta que pudiera llegar de la tienda de Fraser el aviso de que todo iba bien otra vez y podían sacar camiones y coches y carros y mulas de las calles y callejas laterales y volver a casa y acostarse: doblando la esquina esta vez y ya la cárcel, acechante, sin luz salvo el solitario rectángulo enrejado en la fachada arriba desde donde las noches normales los negros jugadores de dados y traficantes de whisky y lanzadores de cuchillos gritarían a la calle a sus chicas y mujeres y donde Lucas debía llevar ya tres horas (muy probablemente aporreando la puerta de acero para que alguien le llevara la cena, o quizá ya la hubiera tomado y ahora solo se quejara de su calidad pues debía considerarlo sin duda un derecho suyo junto con el resto del alojamiento y la manutención) aunque la gente parecía pensar que el solo y único objeto de todo aquel establecimiento público era elegir a un hombre como el sheriff Hampton de talla suficiente o al menos con el suficiente sentido y carácter para controlar el condado y

colocar luego en los otros puestos a primos y parientes políticos que no habían logrado ganarse la vida en todas las demás actividades que habían emprendido durante su vida. Pero en fin él era libre ya y además probablemente hubiese terminado todo ya y aunque no hubiera terminado sabía lo que iba a hacer y aún había tiempo de sobra para hacerlo, podía hacerlo muy bien al día siguiente; lo único que tenía que hacer aquella noche era echarle a Highboy dos medidas más de avena para el otro día y al principio creyó además que tenía o iba a tener al menos en un momento un hambre rabiosa, sentado allí en la mesa de la familia en el comedor de la familia entre el lino blanquísimo y la plata y los vasos de agua y el cuenco de narcisos y gladiolos y unas cuantas rosas además y su tío dijo:

—Me parece que tu amigo Beauchamp la ha hecho buena esta vez.

—Sí —dijo él—. Van a obligarle a ser un negro por una vez en su vida.

—¡Charles! —dijo su madre... comiendo de prisa, mucho y hablando de prisa y mucho también sobre el partido y esperando a tener hambre en cualquier segundo ya hasta que de pronto se dio cuenta de que hasta el último bocado había sido demasiado, masticándolo aún para echarlo hasta donde poder tragarlo, levantándose ya.

—Me voy al cine —dijo.

—No has terminado —dijo su madre y luego dijo—: Falta casi una hora para que empiece el programa —y luego ni siquiera solo para su padre y su tío sino para el tiempo todo para todo el mil y novecientos y treinta y cuarenta y cincuenta después de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo: «No quiero que ande por el pueblo esta noche. No quiero...» y luego por último un lamento un grito al supremo: al padre: desde aquella región de miedos y terrores hilvanada de noche en que parecían casi por elección habitar las mujeres o las madres más bien: «Charlie...» hasta que su tío posó la servilleta se levantó también y dijo:

—Mira, esta es la ocasión dé destetarle. Quiero que me haga un recado —y fuera: en la galería de entrada en el frescor oscuro y al cabo de un rato su tío dijo—: ¿Qué? Venga.

—¿No vienes tú? —dijo él. Luego dijo—: Pero ¿por qué? ¿Por qué?

—¿Qué más da? —dijo su tío y luego dijo lo que él había oído ya al pasar delante de la barbería hacía dos horas—: Ya no importa. Ni a Lucas ni a ninguno de su raza le importa ya.

Pero ya lo había pensado él mismo no solo antes de que lo dijese su tío sino antes incluso de que lo hubiera dicho quien lo había dicho delante de la barbería dos horas antes, y todo lo demás también en realidad: «De hecho el verdadero interrogante no es qué crisis afrontó tras la cual la vida no le sería soportable ya mientras no matase a un blanco por la espalda sino por qué de todos los blancos hubo de elegir a un Gowrie para pegarle un tiro y de todos los lugares posibles para hacerlo Beat Four. Anda. Pero no te retrases. Después de todo, uno ha de ser bueno hasta con sus padres de vez en cuando».

Y sí claro uno de los coches y al parecer todos quizá habían vuelto a la barbería y a los billares así que Lucas estaba aún pacíficamente encadenado a la cama y el alguacil vigilándole sentado (probablemente en una mecedora) con la escopeta fría y probablemente la mujer del alguacil les hubiera servido allí la cena y Lucas con buen apetito, ávido por la suya no solo ya porque no tendría que pagarla sino porque no le pega uno un tiro a alguien todos los días: y ya parecía más o menos confirmado que el sheriff había recibido al fin recado y había mandado aviso de que volvería al pueblo aquella misma noche tarde y que se llevaría a Lucas al día siguiente por la mañana temprano y tendría que hacer algo, pasar el rato como fuese hasta que terminara la película para poder ir él también y cruzó la plaza hasta el patio del juzgado y se sentó en un banco en la soledad oscura fresca vacua entre mordidas sombras hojas primaverales inquietas sin viento bajo la extensión estrellada del cielo desde donde podía ver la marquesina iluminada del cine y quizá tuviera razón el sheriff; parecía capaz de entenderse con los Gowrie y los Ingrum y los Workitt y los McCallum hasta el punto de convencerles de que le votaran cada ocho años así que quizá supiera más o menos lo que harían en determinadas circunstancias o quizá tuvieran razón los de la barbería y los Ingrum y los Gowrie y los Workitt estuvieran esperando no a que hubieran enterrado a Vinson al día siguiente sino solo porque de allí a tres horas sería domingo ya y no querían hacer las cosas con prisas, resolver el asunto precipitadamente para que quedase liquidado hacia la media noche sin violar el descanso dominical: entonces empezaron a salir los primeros pasaron luego bajo la marquesina pestañeando en la luz e incluso vacilando un poco un instante o hasta un momento o dos incluso, volviendo a la mezquina tierra con un menguante vestigio del sueño de audacia y celuloide del corazón de modo que ya podía irse a casa, en realidad tendría que hacerlo: pues ella sabía por puro instinto cuándo habían acabado las películas lo mismo que sabía cuándo acababan los partidos y aunque no le perdonaría nunca en realidad el que fuese capaz de abotonarse sus botones y de lavarse detrás de las orejas al menos lo aceptaba y no saldría ella misma a buscarle sino que se limitaría a mandar a su padre y colocándose ya delante de los que salían del cine tendría la calle vacía hasta su casa, hasta que llegó a la esquina del patio en realidad y salió su tío de junto al seto, sin sombrero, fumando una de las pipas de mazorca.

—Escucha —le dijo—. Hablé con Peddlers Field Old Town, con Hampton, y había telefonado ya al juez Fraser y Fraser mismo fue a casa de Skipworth y vio a Lucas esposado a la cama y no hay problema, está todo tranquilo por allí esta noche y mañana por la mañana Hampton habrá metido ya a Lucas en la cárcel.

—Ya sé —dijo él—. No le lincharán hasta mañana por la noche después de las doce, después de que hayan enterrado a Vinson y haya pasado ya el domingo —siguiendo sin pararse—: Por mí no hay problema. Lucas no tenía por qué esforzarse tanto por no ser un negro solo por causa mía.

Porque él era ya libre: en la cama: en la fresca habitación familiar en la fresca

oscuridad familiar porque sabía lo que iba a hacer y se le había olvidado al final decirle a Aleck Sander que le diese a Highboy más comida para el día siguiente pero podría hacerlo igual por la mañana porque aquella noche iba a dormir pues disponía de algo diez mil veces más rápido lo menos que contar que míseras ovejas; iba a dormirse en realidad tan rápido que quizá no le diese para contar ni diez: con rabia, un suplicio casi insoportable de cólera y afrenta: cualquier blanco para pegarle un tiro por la espalda que no fuese aquel de entre todos absolutamente todos los blancos: el menor de seis hermanos de los que uno había estado ya un año en la penitenciaría federal por resistencia armada siendo desertor del ejército y otra condena en la granja penal del estado por fabricar whisky, y una ramificación de primos y parientes políticos que cubrían todo un extremo del condado y cuyo número total ni siquiera hubiesen podido llegar a calcular sin echar cuentas ni las viejas abuelas y las tías solteras siquiera: todo un catálogo de camorristas granjeros cazadores de zorros tratantes de ganado y de madera que no serían los últimos siquiera en parte alguna que permitiesen que uno de los suyos fuera asesinado por alguien sino solo de los últimos dado que estaba a su vez unido e interrelacionado y emparentado por matrimonio con otros camorristas cazadores de zorros fabricantes de whisky ni siquiera en simple clan o tribu sino en una raza una especie que ya antes había convertido su cerril ciudadela en fortín frente al condado y también frente al gobierno federal, pues no era simplemente que habitaran allí ni había sido solo corrompida sino traducida y transfigurada mágicamente toda aquella región de cerros de pinos solitarios parcamente salpicados de fincas pequeñas y pendientes aserraderos peripatéticos y destilerías ilegales de whisky donde los agentes del orden del pueblo no iban siquiera salvo que les mandasen y donde los forasteros blancos no se aventuraban a alejarse de la carretera después de oscurecer y ningún negro nunca (donde como dijo una vez un talento local el único forastero que entraba alguna vez impunemente era Dios y solo de día y en domingos y fiestas de guardar) en sinónimo de independencia y de violencia: una idea con fronteras físicas como una cuarentena por epidemia de modo que solitaria única y sola entre todo el condado era conocida por el resto de este por el número de su coordenada planimétrica (Beat Four) lo mismo que a mediados de los años veinte la gente sabía dónde estaba Cicero Illinois y quiénes vivían allí y qué hacían aunque nadie supiese en qué estado estaba Chicago ni le importase un bledo: y por si esto no bastase elegir el momento en que el único blanco o negro (Edmonds) de todo el condado de Yoknapatawpha o de Mississippi o de Norteamérica o del mundo también en realidad que pudiese tener algún deseo no digamos ya poder y capacidad (y se le escapó la risa aquí aunque estaba a punto ya de quedarse dormido, recordando que él había llegado a pensar al principio que si Edmonds hubiese estado en casa habría cambiado eso las cosas en algún sentido, recordando la cara el sombrero inclinado erguido allí como un barón o duque o caballero o miembro del congreso delante del hogar las manos a la espalda y sin bajar siquiera la vista hacia ellos sino ordenando solo a los dos chicos negros que

recogieran las monedas y se las devolvieran; sin tener que recordar ya siquiera que su tío le recordaba siempre desde que era lo bastante mayor para comprender lo que significaban las palabras que ningún hombre podía interponerse entre otro y su destino porque ni siquiera su tío con todo su Harvard y su Heidelberg podría haber indicado un hombre tan temerario e iluso como para interponerse entre Lucas y simplemente lo que él quería hacer) de intentar interponerse entre Lucas y el violento destino que este se había buscado estaba echado boca arriba en la sala de operaciones de un hospital de Nueva Orleans: sin embargo era aquello lo que Lucas había ido a elegir, aquel momento aquella víctima y aquel lugar: otra tarde de sábado y la misma tienda donde había tenido ya antes problemas con un blanco una vez por lo menos: elegir la primera tarde de sábado conveniente y propicia y con un colt antiguo de un solo tiro de un calibre y un modelo que ni hacían ya siquiera que era precisamente el arma que podía tener Lucas lo mismo que era el único hombre aún vivo del condado que tenía un mondadientes de oro se estuvo esperando en la tienda (el único lugar donde seguro que tarde o temprano un sábado por la tarde pasarían todos los de aquel sector del condado) a que apareciera la víctima y le disparó y nadie sabía aún el motivo y por lo que él había oído aquella tarde o hasta que finalmente se fue de la plaza aquella noche aún nadie se lo había preguntado siquiera desde entonces pues el porqué era lo que menos le importaba a Lucas pues él parecía llevar veinte o veinticinco años buscando con afán infatigable e incesante aquel único momento culminante; le siguió por entre los árboles hasta un buen trecho de la tienda y le disparó por la espalda a una distancia a la que podía oírle la gente que estaba en la tienda y allí quieto seguía de pie ante el cadáver la pistola disparada guardada pulcramente de nuevo en el bolsillo de la cadena cuando llegaron los primeros al escenario del delito donde habría sido sin duda linchado inmediatamente inconteniblemente de no ser por el mismo Doyle Fraser que le había salvado del balancín de arado siete años antes y el viejo Skipworth, el alguacil: un hombrecillo reseco enjuto y sordo como una tapia poco más alto que un crío esmirriado con una gran pistola niquelada metida en un bolsillo de la chaqueta y en el otro una trompetilla de gutapercha colgada al cuello de una tirilla de cuero crudo como un cuerno de caza que en esta ocasión mostró desde luego un vigor y un valor casi injustificados, sacando a Lucas (que no ofreció la menor resistencia, se limitó a observar también en este caso con aquel mismo plácido distanciamiento sin interés burlón siquiera) de entre la gente y se lo llevó a su casa y le encadenó al pilar de la cama hasta que llegara el sheriff y se hiciera cargo de él y se lo llevara al pueblo y lo guardara mientras los Gowrie y los Workitt y los Ingram y el resto de sus invitados y parientes pudieran enterrar a Vinson y pasara el domingo y estuvieran ya frescos y sin trabas para la próxima semana y sus deberes y créase o no pasó incluso la noche, los gallos vacilantes en la falsa aurora luego el intermedio y luego la algarabía sonora y delicada de los pájaros y por la ventana del este pudo ver recortados los árboles contra la luz gris y luego al propio sol furioso y alto sobre los árboles deslumbrándole

y era ya tarde, esto seguro que le pasa a él también: pero en fin estaba libre y se sentía mejor después del desayuno y siempre podía decir que iba a la escuela dominical pero en fin nada tendría que decir saliendo por atrás, a zancadas: atravesando el patio trasero hasta el corral y atravesándolo y a través de los árboles hasta el ferrocarril y la estación y luego a la plaza otra vez luego pensó de un modo más simple que eso y luego dejó de pensar en ello del todo, por el pasillo y por la galería y bajando a la calle y fue allí donde recordaría luego haber caído por primera vez en la cuenta de que no había visto a ningún negro salvo a Paralee cuando le había llevado el desayuno; los domingos por la mañana a aquella hora habría visto normalmente en casi todas las galerías doncellas o cocineras con los delantales limpios del domingo con escobas o quizá hablando de galería a galería por los espacios de jardín contiguos y los niños también limpios y restregados para la escuela dominical asiendo sudadas moneditas aunque quizá fuese un poquito pronto para aquello o quizá por mutuo acuerdo o prohibición incluso no habría aquel día escuela dominical, solo servicios y así en cierto instante mutuo concordado digamos a las once y media el aire todo del cielo del condado de Yoknapatawpha reverberaría sin ruido como en un rielar calorífico con un conjuro concertado calma los corazones de estos hombres furiosos y afligidos la venganza es mía dice el Señor no matarás salvo que era ya un poco tarde para decir eso, también, deberían habérselo mencionado ayer a Lucas, pasada la cárcel la ventana del segundo piso enrejada cuyos intersticios un domingo normal habrían rebotado de manos oscuras y tras ellos hasta algún relampagueo que otro de blanco de ojos en las sombras y voces dulces llamando y bromeando con las chicas negras y mujeres que pasaban o se paraban por la calle y fue entonces cuando cayó en la cuenta de que Paralee aparte no había visto a ningún negro desde la tarde del día antes, aunque no sabría hasta el día siguiente que los que vivían en el Hollow y en Freedmantown no habían vuelto a trabajar desde el sábado por la noche: ni en la plaza tampoco, ni en la barbería siquiera, donde el domingo por la mañana era el mejor día del limpiabotas limpiando zapatos y cepillando ropa y haciendo recados y preparando baños para los mecánicos y camioneros solteros que vivían en habitaciones alquiladas y los jóvenes y los no tan jóvenes que trabajaban duro toda la semana en los billares y el sheriff ya había vuelto por fin al pueblo y hasta había sacrificado su domingo para ir a buscar a Lucas: escuchando: oyendo la charla: una docena que habían ido corriendo a la tienda de Fraser la tarde del día antes y vuelto con las manos vacías (y él dedujo que un coche lleno había vuelto de noche incluso, andaban bostezando y haraganeando ahora y quejándose de falta de sueño: y eso debía añadirse también a la cuenta de Lucas) y él había oído todo esto también antes y hasta había pensado en ello antes de eso:

—No sé si Hampton se traería una pala. No va a necesitar otra cosa.

—Ya le prestarán una pala allí.

—Sí... si queda qué enterrar. En Beat Four también hay gasolina.

—Yo creía que de eso se iba a cuidar el viejo Skipworth.

—Claro. Pero es Beat Four. Harán lo que Skipworth les diga mientras él tenga al negro. Pero se lo va a entregar a Hampton. Entonces se armará. Hope Hampton puede ser sheriff del condado de Yoknapatawpha pero solo es un hombre más en Beat Four.

—No. Hoy no harán nada. Entierran a Vinson esta tarde y quemar a un negro justo cuando entierran a Vinson sería una falta de respeto.

—Sí claro. Quizá lo hagan de noche.

—¿En noche de domingo?

—¿Y qué culpa tienen los Gowrie? Eso debería haberlo pensado Lucas antes de elegir un sábado para matar a Vinson.

—No sé, la verdad. Por otra parte Hope Hampton no va a dejar que le quiten un preso así por las buenas.

—¿Un asesino negro? ¿Qué habitante de este condado o de este estado va a ayudarle a proteger a un negro que mata blancos a tiros por la espalda?

—O de todo el Sur.

—Eso. O de todo el Sur.

Había oído antes todo aquello: fuera de nuevo ya: solo que su tío podía decidir salir al pueblo antes de la hora de ir a recoger la correspondencia del mediodía a correos y si su tío no le veía entonces podía realmente decirle a su madre que no sabía dónde estaba y por supuesto pensó primero en el despacho vacío pero si iba allí sería allí concretamente adonde iría también su tío: porque (y recordó de nuevo que, se le había olvidado darle a Highboy más pienso aquella mañana también pero era ya demasiado tarde y además ya llevaría pienso para él) sabía exactamente lo que iba a hacer: el sheriff había salido del pueblo hacia las nueve; la casa del alguacil quedaba a quince millas por un camino de grava no demasiado bueno pero el sheriff iría sin duda y estaría de vuelta sobre el mediodía con Lucas ya, aunque se parase a ganarse unos votos de paso; él se iría a casa mucho antes y ensillaría a Highboy y ataría una bolsa de pienso a la silla y enfilaría recto en dirección contraria a la tienda de Fraser y cabalgaría en aquella dirección única inmutable doce horas seguidas que serían hasta aproximadamente media noche de aquel día y le daría el pienso a Highboy y descansaría hasta el amanecer o incluso más si así lo decidía y haría luego las doce horas de vuelta que serían dieciocho en realidad o puede que veinticuatro incluso o hasta treinta y seis pero al fin todo resuelto concluido terminado, no más furia y afrenta tener que estar tumbado allí en la cama aguantando intentando conciliar el sueño contando ovejas y dobló la esquina y siguió por el otro lado de la calle y bajó al cobertizo delante de la cerrada fragua, las gruesas puertas dobles de madera no cerradas con aldaba o pestillo sino con una cadena con candado que pasaba por un agujero taladrado de cada una de modo que la cadena al estar floja creaba un entrante casi como un nicho; parado allí nadie podría haberle visto ni desde la parte de arriba de la calle ni desde abajo ni siquiera al pasar (cosa que de cualquier modo no haría su madre hoy) salvo que se parasen a mirar y ahora ya las campanas empezaban a tocar estrofa y antistrofa dulces pausadas discordantes de campanario remolineado de

palomas a campanario por todo el pueblo, calles y plaza un súbito y decoroso circular de hombres con sus trajes oscuros y mujeres con vestidos de seda y sombrillas y chicas y muchachos de dos en dos, móviles decorosos bajo aquel dulce estruendo dentro de aquel clamor musical: desaparecieron, plaza y calle vacías de nuevo aunque siguieran las campanas tocando un rato, habitantes del cielo, ciudadanos sin base del aire inmenso demasiado arriba demasiado lejos insensibles a la tierra reptante luego cesando golpe a golpe sin prisas desde el estremecimiento subterrenal de órganos y el monótono frenético y fresco de las palomas asentadas. Su tío le había dicho hacía dos años que no tenía nada de malo decir tacos; por el contrario, no solo era útil sino insustituible pero como todas las demás cosas valiosas solo lo era por ser el suministro limitado y si lo desperdiciabas a lo tonto cuando lo necesitabas con urgencia podías encontrarte en bancarrota así que dijo *Qué carajo hago yo aquí* luego se dio él mismo la respuesta obvia: no estaba allí para ver a Lucas, había visto a Lucas ya sino para que Lucas pudiera verle a él otra vez si así lo deseaba, mirarle a él también y no solo desde el borde de la mera muerte anónima sino desde el estruendo gasolinesco de la apoteosis. Porque él era libre. Ya no tenía que responder por Lucas, él no era ya el guardián de Lucas; le había descargado de tal obligación el propio Lucas.

Luego de pronto la calle vacía se llenó de hombres. Pero no eran muchos, ni dos docenas, silenciosa y súbitamente como surgidos de la nada. Sin embargo parecían llenarla, bloquearla, hacerla de pronto prohibida como si no que nadie pudiera pasarlos, circular por ella, utilizarla como calle sino que nadie se atrevería, se aproximaría siquiera lo bastante para ensayar la maniobra lo mismo que la gente se mantiene a distancia de un cartel que dice Alta Tensión o Explosivo. Él les conocía, les reconoció a todos; a algunos les había visto incluso y les había oído en la barbería dos horas antes (los jóvenes u hombres de menos de cuarenta solteros, los sin casa que se bañaban el sábado y el domingo en la barbería) camioneros y mecánicos, el engrasador de la desmotadora de algodón, un dependiente de la botica y aquellos a los que podías ver toda la semana en los billares o rondándolos que no hacían nada en absoluto que se supiera, que tenían coches y gastaban dinero que exactamente nadie sabía en realidad cómo ganaban en los burdeles de Memphis o Nueva Orleans los fines de semana... los hombres que según su tío había en todas las poblaciones pequeñas del Sur, que no dirigían nunca los alborotos ni siquiera los instigaban pero eran siempre el núcleo de ellos debido a su disponibilidad masiva. Luego vio el coche; lo reconoció ya desde lejos incluso sin saber en realidad o en realidad sin pararse a pensar cómo, saliendo de su escondite a la calle y cruzándola luego hasta llegar al grupo que no hacía ruido alguno sino que solo estaba allí bloqueando la acera junto a la valla de la cárcel y que se desbordaba por la calzada mientras el coche se acercaba no de prisa sino con mucha calma, casi decorosamente como debería andar un coche un domingo por la mañana, y montó la acera delante de la cárcel y paró. Conducía el ayudante del sheriff. No hizo ademán siquiera de salir.

Luego se abrió la puerta de atrás y apareció el sheriff: un hombre grande, tremendo sin grasa alguna y ojillos duros y pálidos en un rostro agradable frío blando casi que sin siquiera mirarles se volvió y sujetó la puerta abierta. Entonces salió Lucas, despacio y rígido, exactamente como un hombre que ha pasado la noche encadenado al pilar de una cama, fallando un poco o tropezando o al menos inclinando la cabeza por el quicio de la puerta, de modo que al salir se le cayó el sombrero de la cabeza a la acera casi entre los pies. Y era la primera vez que veía a Lucas sin sombrero y en aquel preciso instante comprendió que con la posible excepción de Edmonds los que estaban en la calle mirándole probablemente fueran los únicos blancos del condado que le habían visto sin sombrero: observando cómo, aún inclinado como había salido del coche, Lucas intentaba torpemente recoger el sombrero. Pero ya lo había recogido el sheriff en una flexión aparatosa pero que reflejaba una pasmosa agilidad y se lo devolvió a Lucas que aún inclinado parecía pugnar también hacia el sombrero. Pero el sombrero recuperó casi de inmediato su antigua forma y Lucas ya estaba estirado, erguido salvo la cabeza, la cara, mientras limpiaba el sombrero frotándolo en la manga del antebrazo rápido ligero diestro como quien afila una navaja de afeitar. Luego giró la cabeza, la cara hacia atrás y hacia arriba también y en un movimiento casi de barrido volvió a ponerse el sombrero en la cabeza con la inclinación habitual que el viejo sombrero pareció adoptar como si lo hubiese tirado allí solo y erguido ya con el traje negro arrugado también por la noche que debía haber pasado (tenía una gran mancha de tizne de un lado del hombro al tobillo como si hubiera estado tumbado en un suelo sin barrer mucho tiempo en la misma postura sin poder moverse) Lucas les miró por primera vez y él pensó *Ahora. Ahora me verá* y luego pensó *Me vio. Y como si nada* y luego pensó *No ha visto a nadie* porque aquella cara ni siquiera les miraba sino que solo miraba hacia ellos, arrogante y serena y sin más reto que miedo: remoto, impersonal, meditabundo casi, huraño y sereno, pestañeando un poco por el sol incluso después del ruido, una inspiración respiratoria que surgió de un punto indeterminado del grupo y una voz aislada dijo:

—Vuelve a tirárselo, Hope. Pero esta vez con la cabeza dentro.

—Vosotros largaos de aquí muchachos —dijo el sheriff—. Volved a la barbería —volviéndose, dirigiéndose a Lucas—: Venga, vamos.

Y no hubo más, la cara durante otro instante mirando no a ellos sino solo hacia ellos, el sheriff camino ya de la entrada de la cárcel cuando Lucas se volvió al fin para seguirle y apresurándose un poco podría ensillar a Highboy incluso y salir del corral antes de que su madre empezara a mandar a Aleck Sander a buscarle para que fuera a comer. Luego vio que Lucas paraba y se volvía y estaba en un error porque Lucas sabía incluso dónde estaba él entre la gente antes de volverse, mirándole directamente antes de dar la vuelta incluso, hablándole:

—Usted, joven —dijo Lucas—. Dígale a su tío que quiero verle —se volvió luego otra vez y siguió caminando tras el sheriff aún algo agarrotado el traje negro manchado, el sombrero pálido y arrogante a la luz del sol; la voz del grupo dijo:

—Qué coño de abogado. Cuando los Gowrie le dejen esta noche no va a necesitar ni enterrador —pasando al sheriff que también se había parado y les miraba diciendo con voz suave blanda fría sin calor:

—Ya os he dicho que os larguéis de aquí amigos. No voy a repetirlo.

CAPÍTULO III

Así que si se hubiera ido a casa derecho desde la barbería por la mañana y ensillado a Highboy la primera vez que lo pensó estaría ya a diez horas de distancia, quizá cincuenta millas.

Ya no se oían campanas. La gente que anduviese por la calle ahora tendría que ir ya a los servicios vespertinos menos protocolarios más íntimos, recorriendo decorosamente la oscuridad mordida de sombra de farola en farola; así que cumpliendo la pausa silenciosa del descanso dominical él y su tío habrían de cruzarse con ellos sin detenerse, reconociéndolos metros antes sin saber o incluso pararse a pensar cuándo o cómo o por qué lo habían hecho... no por la silueta ni siquiera la voz era precisa: la presencia, quizá el aura; quizá solo la yuxtaposición: esta entidad viva en este punto este momento de este día, como si te bastase eso para reconocer a la gente entre la que has vivido toda la vida... saliendo del hormigón a la yerba del margen para pasar, dirigiéndose a ellos (su tío) por el nombre, quizá intercambiando unas palabras, una frase sin pararse y al hormigón de nuevo.

Pero esa noche la calle estaba vacía. Las casas mismas parecían cerradas y al acecho y tensas como si quienes en ellas vivían, que en aquella tibia noche de mayo estarían sentados (los que no hubiesen ido a la iglesia) en las galerías oscuras un ratito después de la cena en las mecedoras o las hamacas, hablando quedamente entre ellos o quizá hablando de una galería a otra si las casas estaban lo bastante próximas. Pero esa noche solo se cruzaron con un hombre y no andaba sino que estaba parado justo tras el portón de entrada de la cerca de una casa pequeña pulcra como una cajita de zapatos construida el año anterior entre otras dos ya lo bastante juntas para que se oyese el ruido de las cisternas de los retretes respectivos (su tío había explicado aquello: «Si has nacido y te has criado y has vivido toda la vida donde solo podías oír a las lechuzas por la noche y a los gallos al amanecer y los días húmedos te llegaba el rumor del vecino más próximo cortando leña a dos millas, te gusta vivir donde puedas oír y oler a la gente a derecha e izquierda cuando tiran de la cadena del retrete o abren una lata de salmón o de sopa»), él mismo más oscuro que las sombras y desde luego más silencioso y quieto... un labrador que se había trasladado al pueblo hacía un año y tenía ahora una tienda en una callecita mísera con clientes principalmente negros, al que no vieron siquiera hasta que estuvieron a su altura casi aunque él les había reconocido ya o al menos a su tío a cierta distancia y estaba esperándoles, hablándole a su tío antes ya de que llegaran a su altura:

—Un poco pronto, ¿no cree, abogado? Los de Beat Four habrán tenido que ordeñar el ganado y luego cortar leña para el desayuno de mañana antes de cenar y bajar al pueblo.

—Puede que al ser la noche del domingo decidan quedarse en casa —dijo su tío cordialmente, sin parar siquiera: a lo que el otro dijo casi lo mismo que había dicho aquella mañana el hombre de la barbería (y él recordó que su tío le había hablado una

vez del escaso vocabulario que necesitaba en realidad un hombre para pasar cómoda e incluso eficientemente por la vida, de que no ya al nivel del individuo sino al de todo su tipo y raza y especie unos cuantos tópicos simples satisfacían sus escasas y sencillas pasiones y necesidades y apetitos):

—Bueno. Ellos no tienen la culpa de que sea domingo. Ese hijoputa debió pensarlo antes de ponerse a matar blancos un sábado por la tarde —luego siguió hablando a sus espaldas mientras ellos seguían, alzando más la voz—: Mi mujer no se encuentra bien esta noche, además no quiero andar por allí mirando la fachada de esa cárcel. Pero dígales que me den una voz si hace falta ayuda.

—Supongo que ya saben que pueden contar con usted, señor Lilley —dijo su tío. Continuaron. «¿Ves? —dijo su tío—. Él no tiene nada contra lo que llama los negros. Si se lo preguntas, probablemente te dirá que le gustan más incluso que algunos blancos que conoce y te lo dirá convencido. Puede que anden siempre robándole unos centavos de aquí y de allá en la tienda y hasta que se lleven quizá cosas (paquetes de chicle o azulete o un plátano o una lata de sardinas o unos cordones para los zapatos o una botella de desrizador) escondidas debajo de la chaqueta y del delantal y él lo sabe; puede incluso que él les dé algunas cosas gratis: huesos y carne que se le estropeen en la caja de hielo y caramelos que estén muy pasados y la grasa de cerdo que se le ponga rancia. Él lo único que quiere es que se porten como negros. Que es exactamente lo que está haciendo Lucas: perdió los estribos y asesinó a un blanco (es probable que el señor Lilley esté convencido de que eso es lo que quieren hacer todos los negros) y ahora los blancos lo agarrarán y lo quemarán, todo normal y en orden y ellos mismos obrando exactamente como él cree que querría Lucas que obrasen: como blancos; ambos observando implícitamente las reglas: el negro actuando como un negro y las gentes blancas actuando como gentes blancas y sin rencores en el fondo por ninguna de las partes (puesto que el señor Lilley no es un Gowrie) cuando la cólera se aplaque; de hecho el señor Lilley puede que fuese uno de los primeros que aportase dinero en metálico para el funeral de Lucas y para el sustento de su viuda y sus hijos si los tuviera. Lo que demuestra una vez más que el hombre que puede causar más aflicción es aquel que se aferra ciegamente a los vicios de sus ancestros».

Podían ver ya la plaza, vacía también... apagadas tiendas anfitrónicas, el lápiz blanco y grácil del monumento a los confederados frente a la mole acechante del juzgado que se remontaba en columnado encumbramiento hasta las cuatro esferas tenues del reloj iluminadas cada una por solo una bombilla desvaída que contrastaba tanto frente a aquellos cuatro clamores mecánicos e inmóviles de conjuro y aviso como el brillar de una luciérnaga. Luego la cárcel y en aquel momento, con un relampagueo y fulgor y girar de luces y estruendo de motor diminuto de pronto frente a la vasta noche y el desierto pueblo pero insolente al mismo tiempo brotó de la nada un coche que dio la vuelta a la plaza; una voz, una voz de joven chilló desde él (no palabras ni siquiera un grito: un chillido significativo y sin significado) y el coche

siguió dando la vuelta a la plaza, completando su círculo y volvió a la nada y se desvaneció. Ellos giraron hacia la cárcel ya.

Era de ladrillo, cuadrada, bien proporcionada, cuatro columnas de ladrillo en vez de bajorrelieve en la fachada y hasta una cornisa de ladrillo bajo los aleros porque era vieja, de una época en que la gente se tomaba su tiempo para construir hasta las cárceles con gracia y con esmero y recordó que su tío le había dicho una vez que no eran los juzgados ni incluso las iglesias sino las cárceles los verdaderos anales de la historia de un condado, de una comunidad, puesto que no ya las iniciales olvidadas y crípticas y las palabras e incluso frases gritos de desafío y acusación garrapateados en las paredes sino que los mismos ladrillos y piedras conservan en sí, no en solución sino en suspensión, intactos sugerentes poderosos e indestructibles, los calvarios vergüenzas y aflicciones con que corazones hace mucho ya polvo ni recordado ni marcado se habían debatido y quizá reventado. Y era verdad sin duda en aquel caso porque aquella cárcel y una de las iglesias eran los edificios más antiguos del pueblo, el juzgado y todo el resto de la plaza lo habían reducido a escombros las fuerzas de ocupación federales en 1864, después de un combate. Porque garrapateado en uno de los paños del montante a un lado de la puerta estaba el nombre de soltera de una joven, escrito por su propia mano en el cristal con un diamante aquel mismo año y él subía a veces dos y tres al año hasta allí hasta la galería a mirarlo, críptico ahora al revés, no para sentir el pasado sino para entender de nuevo la eternalidad, la inmortalidad e inmutabilidad de la juventud... el nombre de una de las hijas del carcelero que había entonces (y su tío que tenía explicación para todo no de datos sino muy por encima más allá de secas estadísticas hacia algo mucho más conmovedor por ser verdad: pues conmovía el corazón y no tenía nada que ver con lo que dijese la mera información comprobable, le había contado también esto: que aquella parte del Mississippi era nueva entonces, una aldea un asentamiento una comunidad de menos de cincuenta años todavía y que todos los hombres que habían entrado en posesión de aquello casi hacía más o menos el tiempo del más viejo trabajaban unidos para velar por la existencia del pueblo, realizando las tareas esenciales junto con las superfluas no por dinero o por política sino para preparar un territorio para sus descendientes, de modo que uno podía ser entonces carcelero o posadero o herrador o vendedor de verduras a domicilio y ser aun así lo que el abogado y el plantador y el médico y el párroco llamaban un señor) que estaba asomada a aquella ventana aquella tarde y vio cómo cruzaban el pueblo en retirada los maltrechos restos de una brigada de confederados, y sus ojos se encontraron de pronto cruzando aquel espacio con los del andrajoso y sucio teniente que mandaba una de aquellas diezmadas compañías, no rayando en el cristal el nombre de él también, no solo porque una joven de aquella época jamás habría hecho tal sino porque no sabía su nombre por entonces, y menos aún que seis meses después había de ser su esposo.

De hecho la cárcel aún parecía como una residencia con la galería de madera con

su barandilla cruzando la fachada de la planta baja. Pero encima la pared de ladrillo no tenía más ventanas que el único y elevado rectángulo enrejado y él pensó otra vez en aquellas noches de los domingos que parecían pertenecer ya a una época tan muerta como Nínive en que desde la hora de la cena hasta que el carcelero apagaba las luces y les gritaba por las escaleras que se callaran, las manos ágiles y oscuras asomaban por los sombríos intersticios mientras voces dulces impenitentes despreocupadas gritaban hacia abajo hacia las mujeres con delantales de cocineras o de niñeras y las chicas con sus ropas baratas y chillonas compradas por correo o los otros jóvenes a los que no habían cogido aún o que les habían cogido y les habían soltado el día anterior, reunidos en un grupo en la calle. Pero aquella noche hasta la habitación de atrás estaba a oscuras aunque no fuesen aún las ocho y se los imaginó no apretujados quizá pero desde luego todos juntos, a distancia de un codo si es que no tocándose y desde luego muy callados, nada de risas esta noche ni tampoco de charla, sentados allí a oscuras muy pendientes de las escaleras porque no sería la primera vez que a las bandas de blancos no solo todos los gatos negros les pareciesen pardos sino que ni siquiera se molestasen en contarlos.

Y la puerta de entrada estaba abierta, de par en par a la calle algo que no había visto nunca ni en verano aunque la planta baja fuera la zona de vivienda del carcelero, y en una silla inclinada y apoyada en la pared del fondo de modo que quedaba frente a la puerta bien visible desde la calle, había un hombre que no era el carcelero ni siquiera uno de los ayudantes del sheriff. Porque él también le había reconocido: Will Legate, que tenía una finquita a dos millas del pueblo y era uno de los mejores leñadores, la mejor escopeta y el mejor cazador de ciervos de todo el condado, sentado en la silla inclinada sosteniendo la sección de dibujos en colores del periódico del día de Memphis, y apoyado en la pared a su lado no el rifle gastado con el que había matado más ciervos (había matado hasta conejos a la carrera con él) de los que él incluso recordaba sino una escopeta de dos cañones, que al parecer sin bajar siquiera o mover el periódico les había visto ya y hasta reconocido antes de que cruzaran la entrada y estaba ya mirándoles fijamente mientras subían por el camino y los escalones y cruzaban la galería y entraban: en cuyo momento, apareció por una puerta de la derecha el propio carcelero: un hombre barrigudo quisquilloso desaseado con una expresión de preocupación furia y acoso, una pistola enfundada sobre la canana a la cintura que parecía tan incongruente y fuera de lugar como un sombrero de seda o una argolla de esclavo de hierro del siglo quinto, quien cerró la puerta por la que había salido, gritándole a su tío:

—¡Ni siquiera cierra la puerta de entrada! ¡Está ahí sentado con ese tebeo de mierda esperando a que entre quien quiera!

—Yo hago lo que me dijo el señor Hampton que hiciera —dijo Legate con una voz agradable y ecuánime.

—¿Es que Hampton cree que ese tebeo va a pararle los pies a Beat Four? —gritó el carcelero.

—No creo que a él le preocupe aún Beat Four —dijo Legate aún en un tono agradable y ecuánime—. Esto es todavía para consumo local nada más.

Su tío miró a Legate.

—Parece que resulta. Vimos el coche (o uno de ellos) dar la vuelta a la plaza al subir. Supongo que han pasado también por aquí.

—Bueno sí, creo que una o dos veces —dijo Legate—. Puede que tres veces. No les he hecho demasiado caso en realidad.

—Y ojalá siga resultando —dijo el carcelero—. Porque desde luego es seguro que tú no vas a pararle los pies a nadie con ese chisme de retrocarga.

—Por supuesto —dijo Legate—. Yo no pienso pararles los pies. Si hay suficiente gente que se decida y se mantenga firme en su decisión, no creo que nada pueda impedirles hacer lo que creen que tienen que hacer. Y además, os tengo a ti y a esa pistola que tienes para ayudar.

—¿Yo? —gritó el carcelero—. ¿Yo interponerme en el camino de los Gowrie y los Ingrum por setenta y cinc dólares al mes? ¿Solo por un negro? Y si no eres tonto tampoco tú lo harás.

—Yo sí que lo haré —dijo Legate con su voz tranquila y agradable—. Yo aguantaré. El señor Hampton me paga cinco dólares por ello. —Luego a su tío—: Supongo que quiere usted verle.

—Sí —dijo su tío—. Si el señor Tubbs no tiene inconveniente.

El carcelero miró fijamente a su tío, furioso, atormentado.

—Así que tiene usted que meterse en esto también. No puede dejar que se las arregle él solo —se volvió bruscamente—. Vamos —y abrió la marcha cruzando la puerta junto a la que estaba apoyada la silla inclinada de Legate, entró en el pasillo posterior por el que subía la escalera a la planta siguiente, dando un manotazo al interruptor de la luz al pie de las escaleras y encendiéndola y empezó a subirlas, su tío luego él siguiendo mientras él observaba el bulto y la depresión que formaba la pistolera en la cadera del carcelero. De pronto pareció que este iba a parar; hasta su tío lo creyó, parando también, pero el carcelero siguió diciendo por encima del hombro: «No me interprete mal. Voy a hacer lo que pueda; también juré mi cargo». Elevó un poco la voz, tranquila aún, solo que en tono más fuerte: «Pero que nadie crea que voy a decir que me agrada. Tengo una mujer y dos hijos; ¿qué bien les haría si me dejase matar protegiendo a una mierda de negro asqueroso?». Elevó aún más la voz; no tranquila ya: «Y si dejo que ese montón de inútiles hijos de puta me quiten a un preso, ¿cómo voy a soportarlo yo después?». Entonces se paró y se volvió en el escalón por encima de ellos, más alto que ambos, la expresión una vez más de acoso y furia, el tono de la voz furioso y afrentado: «Habría sido mejor para todos que le hubieran liquidado ayer mismo cuando le agarraron...».

—Pero no lo hicieron —dijo su tío—. Y no creo que lo hagan. Y si lo hicieran, dará igual en el fondo. O lo hacen o no lo hacen y si no lo hacen no hay problema y si lo hacen haremos todo lo que podamos, usted y el señor Hampton y Legate y los

demás, lo que tenemos que hacer, lo que podamos. Así que no tiene por qué preocuparse. ¿Entendido?

—Sí —dijo el carcelero. Luego se volvió y siguió subiendo, soltándose del cinturón el manojito de llaves por debajo de la canana, hasta la gruesa puerta de roble que coronaba el final de las escaleras (era de una sola pieza maciza labrada a mano de un grosor de unos cinco centímetros, provista de un voluminoso candado moderno en una barra de hierro hecha a mano que atravesaba dos armellas de hierro que como las gruesas bisagras en forma de *risette* habían sido también forjadas a mano, moldeadas a golpe de martillo cien años antes en aquella fragua de la acera de enfrente donde él había estado esperando el día anterior; el verano pasado un día un forastero, un hombre de ciudad, un arquitecto que le recordaba algo a su tío, sin sombrero y sin corbata, zapatos de tenis y unos pantalones de franela raídos y lo que quedaba de una caja de botellas de champán en un descapotable que debía haber costado tres mil dólares, metiéndose no a cruzar la ciudad sino por ella, sin hacer daño a nadie solo metiendo el coche en la acera y atravesando tras ella la luna de un escaparate, muy borracho, muy alegre, con menos de cincuenta centavos en efectivo en el bolsillo pero todo tipo de tarjetas de identificación y un talonario de cheques cuyas matrices indicaban una cuenta en un banco de Nueva York de unos seis mil dólares, que insistió en que le metieran en la cárcel pese a que tanto el alguacil como el propietario de la luna solo pretendían convencerle de que se fuera al hotel y la durmiese para poder extender un cheque por el valor de la luna y la pared: hasta que por fin el alguacil lo metió en la cárcel, donde se durmió como un bendito y los del garaje mandaron a por el coche y a la mañana siguiente el carcelero telefoneó al alguacil a las cinco en punto para que viniera a llevarse a aquel hombre porque había despertado a toda la casa hablándoles desde su celda a los negros de la celda común. Así que vino el alguacil y lo sacó de allí y luego quiso salir con el grupo de calle a trabajar y no le dejaron y el coche estaba listo ya también pero aún no quería irse, en el hotel aquella noche y dos noches después su tío le llevó incluso a cenar, y allí él y su tío hablaron durante tres horas de Europa y París y Viena y él y su madre escuchando también aunque su padre se había excusado: y allí aún dos días después intentando que su tío y el alcalde y los concejales y por último hasta los propios supervisores le dejaran comprar toda la puerta o si no se la vendían toda, por lo menos la barra y la armella y las bisagras) y abrió con la llave y tiró de la puerta hacia fuera.

Pero habían salido ya del mundo del hombre, de los hombres: gente que trabajaba y tenía hogares y criaba familias e intentaba ganar algo más de dinero del que quizá se mereciese utilizando medios justos por supuesto o legales al menos, para gastar un poco en divertirse y ahorrar también un poco para la vejez. Porque en el mismo instante en que la puerta de roble se abrió pareció expandirse hacia fuera y hacia abajo hacia él la rancia vaharada de toda la degradación y la vergüenza humanas... un olor a creosota y excremento y vómito rancio e incorregibilidad y reto y rechazo

como algo palpable contra el avanzar y ascender de sus cuerpos cuando subían los últimos peldaños hacia un pasillo que era parte de la estancia principal en realidad, la celda común, separada del resto de la estancia por una mampara de tela metálica como un gallinero o una perrera, en la cual en literas alineadas contra la pared del fondo yacían cinco negros inmóviles, con los ojos cerrados pero sin el menor rumor de ronquidos, sin ruido alguno de ningún género, allí tendidos inmóviles disciplinados silenciosos bajo el polvoriento resplandor de una sola bombilla sin pantalla como si hubieran sido embalsamados, el carcelero parándose de nuevo, las manos apoyadas en la tela metálica mientras contemplaba furioso las formas inmóviles. «Mírelos», dijo el carcelero con aquella voz demasiado alta, demasiado aguda, al borde justo de la histeria: «Mansos como corderitos pero no hay ni uno solo de estos jodidos que duerma de verdad. Y no se lo reprocho, con una pandilla de blancos furiosos en el pueblo que están deseando entrar aquí a media noche con pistolas y latas de gasolina. Vamos», dijo y se volvió y siguió. Poco más allá había una puerta en la tela metálica, no cerrada con candado sino enganchada solo con una aldaba y una armella como si fuera una perrera o un granero pero el carcelero no paró.

—Le puso usted en la celda, ¿verdad? —preguntó su tío.

—Órdenes de Hampton —dijo el carcelero sin volverse—. No sé qué le va a parecer eso al próximo blanco que piense que no se sentirá tranquilo mientras no mate a alguien. Pero quité todas las mantas de la litera.

—¿Quizá porque no va a estar aquí lo suficiente para poder dormir? —dijo su tío.

—Ja ja —dijo sin alegría el carcelero con aquella voz tensa aguda y estridente—. Ja ja ja ja —y siguiendo a su tío él pensó que de todos los objetivos humanos era el asesinato el que tenía una necesidad más imperiosa de intimidad; que el hombre es capaz casi de cualquier cosa con tal de preservar la soledad en la que evacua o hace el amor pero hará cualquiera realmente por aquella en la que toma vida, hasta por homicidio, aunque con ningún acto pueda destruirla más completa e irrevocablemente; una puerta de acero enrejada moderna esta vez con una cerradura incorporada del tamaño de un bolso de mujer que el carcelero abrió con otra llave del manajo y luego empujó, el rumor de sus pisadas casi tan rápido como si volviese corriendo pasillo atrás hasta que el ruido de la puerta de roble que coronaba las escaleras las silenció, y más allá la celda iluminada por otra bombilla única tenue polvoriento manchada de moscas tras una mampara de alambre que llegaba hasta el techo, no mucho mayor que un trastero y en realidad justo lo suficientemente ancha para la litera doble adosada a la pared, de cuyos dos catres no solo habían sido retiradas las mantas sino los colchones también, él y su tío entrando y aun así todo lo que veía era lo primero que había visto: el sombrero y la chaqueta negra colgando pulcramente de un clavo en la pared: y recordaría después con asombro y alivio: *Le han cogido ya. Ya no está. Es demasiado tarde. Ya ha terminado todo.* Porque no sabía lo que debía esperar, salvo que no era aquello: una pulcra capa de hojas de

periódico cubriendo limpiamente los desnudos muelles del somier del catre de abajo y otra sección desplegada con una pulcritud similar en el de arriba, para proteger los ojos de la luz y al propio Lucas tumbado sobre el periódico extendido, dormido, boca arriba, con un zapato por almohada y las manos dobladas en el pecho, muy pacífico o tanto como los viejos cuando duermen, la boca abierta y respirando en un jadeo leve superficial espasmódico; y él se inclinó sintiendo una oleada insoportable casi no de afrenta ya sino de cólera, contemplando la cara que por primera vez, indefensa al fin por un momento, revelaba la edad, y las largas y nudosas manos del viejo que tan solo un día antes le había pegado un tiro por la espalda a otro ser humano, yaciendo allí tranquilas y pacíficas sobre la pechera de aquella camisa blanca anticuada almidonada cuyo cuello cerraba un botón de bronce oxidándose ya y con forma de flecha, casi tan grande como la cabeza de una culebra pequeña, pensando: *No es más que un negro en realidad aunque se dé esos aires y estire tanto el cuello y se ponga esa cadena de reloj de oro y se niegue a llamar señores a los demás aunque pronuncie la palabra. Solo un negro podría matar a un hombre, y aun más de un tiro por la espalda, y dormir luego como un bendito en cuanto encuentra algo lo bastante liso para poder tumbarse;* aún mirándole cuando sin moverse por lo demás cerró Lucas la boca y alzó los párpados, los ojos miraron fijo arriba otro segundo. Luego, la cabeza aún inmóvil, giró los ojos hasta ver a su tío pero inmóvil aún: solo tumbado allí mirándole.

—Bueno, amigo —dijo su tío—. Por fin ha armado usted una buena.

Entonces Lucas salió de su inmovilidad. Se incorporó rígido y balanceó rígidamente las piernas por el borde del catre, asiendo una de ellas por la rodilla con las manos y girándola tal como suele hacerse con una puerta alabeada para abrirla o cerrarla, gruñendo y gimiendo no ya franca ruidosa y descaradamente sino con complacencia, como gruñen y gimen los viejos que tienen alguna molestia intrascendente con la que llevan tanto familiarizados y a la que tan acostumbrados y habituados están ya que ya ni siquiera constituye un dolor y que si llegase realmente a curárseles alguna vez se sentirían desnudos y perdidos; él escuchando y mirando con aquella rabia todavía y ya desconcierto también ante aquel asesino no ya al borde de la horca sino del linchamiento, que no solo se quejaba parsimoniosamente de una rigidez en la espalda sino que lo hacía como si tuviera todo un largo resto de vida natural en que afrontar cada vez que se moviese aquel viejo impedimento familiar.

—Eso parece —dijo Lucas—. Por eso le he hecho llamar. ¿Qué va a hacer usted conmigo?

—¿Yo? —dijo su tío—. Nada. Yo no me llamo Gowrie. No soy siquiera de Beat Four.

Moviéndose rígidamente de nuevo Lucas se inclinó y atisbó alrededor de los pies, buscó luego debajo del catre y sacó al fin el otro zapato y se incorporó de nuevo y empezó a girarse decrepito y rígido para mirar tras sí cuando su tío se inclinó y sacó el primer zapato del catre y lo dejó caer al lado del otro. Pero Lucas no se los puso.

En vez de eso, volvió a sentarse, inmóvil, 1 manos en las rodillas, pestañeando. Luego, hizo un ges con una mano que descartaba por completo Gowries, linchadores, venganza, holocausto todo.

—Ya pensaré en eso cuando entren aquí —dijo—. Me refiero a la cuestión legal. ¿No es usted el abogado del condado?

—Oh —dijo su tío—. Será el fiscal del distrito el que le ahorque o le mande a Parchman... no yo.

Lucas pestañeaba aún, pero despacio: solo con regularidad. Él le observó. Y de pronto se dio cuenta de que, Lucas no miraba a su tío en absoluto y que parecía llevar tres o cuatro segundos sin mirarle.

—Comprendo —dijo Lucas—. Entonces puede usted aceptar mi caso.

—¿Aceptar su caso? ¿Defenderle ante el juez?

—Voy a pagarle a usted —dijo Lucas—. No se preocupe.

—Yo no defiendo a asesinos que matan por la espalda —dijo su tío.

Lucas hizo otra vez el gesto aquel con una de sus manos nudosas y oscuras. «Olvidemos el juicio. Aún no hemos llegado a eso». Y entonces vio que Lucas miraba ya a su tío, con la cabeza baja de modo que le miraba desde abajo a través de los mechones canosos de las cejas... una mirada astuta atenta, reservada y Lucas dijo: «Quiero contratar a alguien...» y se detuvo. Y él pensó recordó mirándole a una señora anciana, muerta ya, solterona, una vecina que llevaba una peluca teñida y tenía siempre en una estantería de la despensa un cuenco grande de pastas caseras para todos los niños de la calle, que un verano (no podría tener él más de siete u ocho años entonces) les enseñó a jugar al quinientos: a todos: sentándose en la mesita de cartas en la galería lateral con rejilla en cálidas mañanas de verano y ella se mojaba los dedos y cogía una carta de la mano y la ponía en la mesa, la mano aún no sobre ella claro sino justo posada cerca hasta que el jugador siguiente revelaba descubría por algún movimiento o gesto de triunfo o emoción o quizá justo solo por respirar con más intensidad o rapidez su intención de echar un triunfo o una carta más alta, ante lo cual ella decía en seguida: «Un momento. Me equivoqué de carta» y volvía a ponerla con las demás en la mano y jugaba otra. Eso era exactamente lo que había hecho Lucas. Antes había estado sentado quieto y silencioso pero ahora estaba absolutamente inmóvil. No parecía ni respirar siquiera.

—¿Contratar a alguien? —dijo su tío—. Ya tiene usted abogado. Yo había aceptado ya su caso antes de venir aquí. Le diré lo que tiene que hacer en cuanto me haya dicho lo que sucedió.

—No —dijo Lucas—. Yo quiero contratar a alguien. No tiene por qué ser un abogado.

Entonces fue su tío quien miró a Lucas fijamente.

—¿Para qué?

Él les miraba. No era ya una partida infantil de las quinientas en que no se jugaba nada. Se parecía más a las partidas de póker que él había presenciado.

—¿Va a aceptar usted el asunto o no? —dijo Lucas.

—Así que no me va a decir usted lo que quiere que haga hasta que no haya aceptado hacerlo —dijo su tío—. Muy bien, hombre —dijo su tío—. Ahora yo voy a explicarle a usted lo que hay que hacer. ¿Qué pasó ayer allí exactamente?

—Así que no le interesa el asunto —dijo Lucas—. Aún no me ha dicho ni que sí ni que no.

—¡No! —dijo su tío, ásperamente, demasiado alto, conteniéndose pero hablando ya otra vez antes de haber apaciguado la voz hasta una especie de calma explícita furiosa—. Porque no tiene usted ningún asunto que ofrecer a nadie. Está en la cárcel, y depende solo de la gracia de Dios el que esos Gowrie condenados no le saquen a rastras de aquí y le cuelguen de la primera farola que vean. No comprendo aún por qué le han dejado llegar hasta el pueblo, la verdad...

—Eso no importa ahora —dijo Lucas—. Lo que necesito es...

—¡Eso no importa! —dijo su tío—. Dígales a los Gowrie que no importa cuando entren aquí esta noche. Dígale a Beat Four que lo olvide...

Paró; de nuevo con un esfuerzo que era casi visible volvió a aplacar la voz hasta aquella paciencia furiosa. Hizo una inspiración profunda, expulsó luego el aire.

—Vamos. Dígame exactamente lo que pasó ayer.

Durante otro instante Lucas siguió sin contestar. Continuó sentado en el catre, manos en las rodillas, huraño y sereno, sin mirar ya a su tío moviendo vagamente la boca como saboreando algo. Por fin dijo:

—Eran dos individuos, socios en una serrería. Al menos compraban la leña cuando la cortaba la serrería... —¿Quiénes eran? —dijo su tío.

—Uno era Vinson Gowrie.

Su tío miró fijamente a Lucas un largo instante. Pero habló ya con voz tranquila y serena.

—Lucas —dijo— ¿ha pensado alguna vez que si hubiese tratado con respeto a los blancos y lo hubiera hecho además sinceramente, quizá no estuviera sentado aquí ahora?

—Voy a empezar a hacerlo ahora, sí —dijo Lucas—. Trataré con mucho respeto a esa gente que va a venir a sacarme a rastras de aquí y a quemarme.

—No le va a pasar nada... hasta que vaya ante el juez —dijo su tío—. ¿No sabe que ni siquiera Beat Four se toma libertades con el señor Hampton... al menos aquí en el pueblo?

—El sheriff Hampton está ahora en su casa durmiendo.

—Pero está abajo el señor Will Legate con una escopeta.

—Yo no conozco a ningún Will Legate.

—El cazador de ciervos. El hombre que es capaz de matar un conejo a la carrera con un treinta treinta.

—Ja —dijo Lucas—. Esos Gowrie no son ciervos. Puede que sean gatos monteses y panteras pero ciervos no.

—Está bien —dijo su tío—. Me quedaré aquí si eso le tranquiliza a usted. En fin. Vamos a ver. Vinson Gowrie y otro individuo andaban comprando madera juntos. ¿Qué otro individuo?

—Vinson Gowrie es el único nombre que ya se ha hecho público.

—Y se ha hecho público su nombre porque le pegaron un tiro por la espalda en pleno día —dijo su tío—. En fin, es una forma de lograrlo. Bueno, bien —dijo su tío—. ¿Quién era el otro tipo?

Lucas no contestó. No se movió; quizá no hubiera oído siquiera, seguía allí tranquilo, despreocupado, ni esperando siquiera en realidad: solo sentado allí mientras su tío le miraba. Luego su tío dijo:

—Bueno. Bien. ¿Qué hacían con la leña?

—La apilaban según iba cortándola la sierra para venderla toda en cuanto la terminasen de serrar. Solo que el otro se la llevaba de noche, venía ya tarde después de oscurecer con un camión y cogía una carga y la llevaba a Glasgow o a Holly Mount y la vendía y se embolsaba él el dinero.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Les vi. Les vigilaba —él no lo dudó ni un instante siquiera porque aún se acordaba de Ephraim, el padre de Paralee antes de que se muriera un viejo, viudo, que se pasaba casi todo el día dormitando y desperezándose en una mecedora en el porche de Paralee en verano y delante del fuego en invierno y que de noche recorría los caminos, sin ir a ningún sitio en concreto, paseando solo, a veces se alejaba cinco o seis millas del pueblo para regresar luego al amanecer ya a dormir y desperezarse todo el día en la mecedora.

—Está bien —dijo su tío—. ¿Luego qué?

—Eso es todo —dijo Lucas—. Él solo robaba una carga de leña o así cada noche.

Su tío miró fijamente a Lucas durante unos diez segundos. Dijo con una voz que reflejaba un desconcierto tranquilo, apaciguado casi:

—Entonces usted cogió la pistola y fue a resolver aquel asunto. Usted, un negro, cogió la pistola y fue a resolver un pleito entre dos blancos. ¿Qué esperaba? ¿Qué otra cosa podía esperar?

—Eso da igual —dijo Lucas—. Yo quiero...

—Iba usted a la tienda —dijo su tío— pero se encontró primero por casualidad con Gowrie y le siguió al bosque y le dijo que su socio estaba robándole y naturalmente él le insultó y le llamó mentiroso aunque fuese cierto, es lógico, qué iba a decir él: puede que hasta le derribara a usted de un puñetazo y siguió su camino y usted le pegó un tiro por la espalda...

—Jamás me ha derribado nadie de un puñetazo —dijo Lucas.

—Pues tanto peor —dijo su tío—. Tanto peor para usted. No se trata siquiera de defensa propia. Lo mató sin más de un tiro por la espalda. Y luego se quedó allí junto a él con la pistola en el bolsillo y dejó que llegaran los blancos y lo agarraran. Y si no hubiera sido por ese alguacil canijo y reumático que no tenía nada que hacer allí en

primer lugar, y en segundo no tenía nada que hacer en ningún sitio, y solo cobra un dólar por preso cada vez que entrega una citación o una orden de detención, tuvo el valor suficiente para tener a raya al maldito Beat Four entero dieciocho horas hasta que Hope Hampton consideró adecuado o recordó o se acercó para llevarle a usted a la cárcel... mantener a raya a toda aquella gente eso ni usted ni todos los amigos que pudiese reunir en cien años...

—Yo no tengo amigos —dijo Lucas con un orgullo terco e inflexible, y luego algo más aunque su tío estaba hablando ya:

—Desde luego que no. Y si los hubiera tenido alguna vez ese disparo por la espalda les habría mandado también al otro mundo... ¿Qué? —dijo su tío—. ¿Qué dijo usted?

—Dije que pagaré lo que haga falta —dijo Lucas. —Comprendo —dijo su tío—. Usted no recurre a los amigos; usted paga al contado. Sí. Comprendo. Escúcheme bien. Mañana comparecerá usted ante el gran jurado. Ellos formularán la acusación. Luego si quiere conseguiré que el señor Hampton le traslade a Mottstown o más lejos incluso, hasta que se reúna el tribunal al mes que viene. Entonces se declarará usted culpable; convenceré al fiscal del distrito para que le deje hacerlo porque es usted un anciano ya y nunca ha tenido problemas; bueno, al menos que les conste al juez y al fiscal del distrito, pues ellos no viven dentro de un radio de cincuenta millas del condado de Yoknapatawpha. Luego no le ahorcarán; le enviarán a la penitenciaría; lo más probable es que no viva lo suficiente para que le den la libertad condicional pero por lo menos allí no podrán agarrarle los Gowrie. ¿Quiere que me quede aquí esta noche a hacerle compañía?

—Creo que no —dijo Lucas—. Anoche me tuvieron despierto hasta el amanecer y he de procurar dormir un poco. Si usted se queda aquí no parará de hablar hasta mañana.

—Bien —dijo ásperamente su tío. Luego, dirigiéndose a él—: Vamos —dirigiéndose ya hacia la puerta. Se detuvo—: ¿Quiere usted algo?

—Podría mandarme tabaco —dijo Lucas—. Puede que esos Gowrie me den tiempo para fumarlo.

—Mañana —dijo su tío—. Tiene usted que dormir mucho esta noche —y siguió, él detrás, su tío cediéndole el paso en la puerta de modo que se hizo a un lado a su vez y se quedó mirando atrás hacia la celda mientras su tío cruzaba la puerta y la cerraba, la gruesa barra de acero entrando resonante en su encaje de acero con un rumor denso oleaginoso de irrevocabilidad irrefutable similar a aquella misma fatalidad definitiva y engrasada cuando como decía su tío las máquinas del hombre le hubiesen borrado y anulado al fin en la tierra y, sin objetivo propio ya sin que quedase nada ya que destruir, cerrada la última puerta en su propia apoteosis sin progenitor tras un candado solo sensible al último toque de eternidad su tío siguiendo, pisadas rechinando y resonando pasillo adelante y luego el matraqueo áspero de nudillos en la puerta de roble, mientras él y Lucas se miraban aún a través de las rejas

de acero, Lucas de pie también ahora en medio de la celda bajo la luz y mirándole con lo que fuese en la cara de modo que él pensó por un momento que Lucas había dicho algo en voz alta. Pero no había dicho nada, no emitía sonido alguno: mirándole solo con aquella urgencia muda paciente hasta que resonaron los pies del carcelero acercándose por las escaleras y se oyó el rumor de la barra en la armella en la puerta.

Y el carcelero colocó la barra de nuevo y pasaron delante de Legate que seguía con su tebeo en la inclinada silla con la escopeta al lado frente a la puerta abierta, fuera luego ya por el camino abajo hasta la portilla y la calle, cruzando la portilla donde su tío había girado ya hacia casa: parando, pensando *un negro un asesino que dispara contra los blancos por la espalda y no le afecta lo más mínimo*.

Y dijo:

—Creo que Skeets McCowan andará por la plaza. Tiene una llave de la tienda. Podría llevarle a Lucas tabaco esta noche —su tío se detuvo.

—Eso puede esperar hasta mañana —dijo su tío.

—Sí —dijo él, percibiendo que su tío le observaba, sin preguntarse siquiera qué haría si su tío decía no, no esperando siquiera en realidad, solo allí de pie quieto.

—Está bien —dijo su tío—. No tardes. —Con lo que pudo haberse puesto en marcha ya. Pero no lo hizo aún.

—Yo creí que decías que no iba a pasar nada esta noche.

—Sigo creyendo que no pasará —dijo su tío—. Pero nunca se sabe. La gente como los Gowrie no le dan mucha importancia a la muerte ni a morir. Pero le dan mucho valor a los muertos y a cómo mueren... sobre todo a los suyos. Si consigues ese tabaco, deja que se lo suba Tubbs y tú vete a casa.

Así que no tuvo que decir sí siquiera esta vez, volviéndose su tío primero y luego él, hacia la plaza y caminó hasta que dejó de oírse el rumor de las pisadas de su tío, luego paró y quedó quieto allí hasta que la silueta negra de su tío se hubo convertido ya en el brillo blanco del traje de lino y esfumado después de la última farola y si se hubiera ido a casa y hubiese cogido a Highboy por la mañana en cuanto reconoció el coche del sheriff serían ocho horas ya, cuarenta millas casi, volviendo hacia la entrada los ojos de Legate vigilándole, reconociéndole ya por encima del tebeo incluso antes de que llegara a la puerta y si siguiera recto ya podría ir por el camino de detrás del seto y entrar en el corral y ensillar a Highboy y salir por el prado y dar la espalda a Jefferson y a los negros asesinos a todo y dejar que Highboy galopara al ritmo que quisiera y hasta donde quisiera aun cuando se hubiera agotado por fin y aceptase ir al paso, solo con tal que siguiera dando la cola a Jefferson y a los negros asesinos: a través del portón por el sendero por la galería y otra vez salió en seguida el carcelero por la puerta de la derecha, su expresión pasando ya a ser de rabia atormentada.

—Otra vez —dijo el carcelero—. ¿Es que no te bastó?

—Olvidé una cosa —dijo él.

—Pues espera a mañana —dijo el carcelero.

—Deja que vaya ahora, hombre —dijo Legate con voz ecuánime—. Si lo deja ahí hasta mañana pueden pisoteárselo.

Así que el carcelero dio la vuelta; subieron otra vez las escaleras, el carcelero retiró de nuevo la barra de la puerta de roble.

—La otra da igual —dijo él—. Ya podré por las rejas —y no esperó, se cerró la puerta tras él, oyó que la barra volvía a entrar en la armella pero aun así no tendría más que dar unos golpecitos, oyendo las pisadas del carcelero que volvían a alejarse escaleras abajo pero aun así solo tendría que gritar bien fuerte y patear el suelo y ya le oiría Legate de cualquier modo, pensando

Quizá me recuerde aquel maldito plato de carne con berzas y hasta quizá me diga que solo puede recurrir a mí, que no le queda nadie más a quien recurrir y con eso será suficiente... caminando de prisa, luego la puerta de acero y Lucas no se había movido, plantado aún en medio de la celda debajo de la luz, mirando la puerta cuando él llegó a ella y paró y dijo con una voz tan áspera como la de su tío:

—Bueno, ¿qué quiere usted que haga?

—Ir allí y verle —dijo Lucas.

—¿Ir a dónde y ver a quién? —dijo él. Pero lo entendía perfectamente. Tenía la sensación de haber sabido desde el primer momento lo que sería; pensó con cierto alivio incluso Así que eso es todo aun cuando su voz chillase maquinal con una incredulidad ofendida: «¿Yo? ¿Yo?». Era como algo que hubieras eludido y temido durante tantos años que pareciese ya como toda tu vida, luego a pesar de todo te pasaba y únicamente era dolor, solo hacía daño y terminaba todo, concluía todo, se consumaba todo.

—Le pagaré —dijo Lucas.

Así que no estaba escuchando, ni siquiera ante aquel tono suyo ultrajado incrédulo asombrado: «¿He de ir allí y abrir aquella tumba?». No pensó ya siquiera *Así que esto es todo lo que va a costarme aquel plato de carne con verdura*. Porque había dejado atrás eso ya hacía mucho cuando la cosa aquella (lo que fuese) se había apoderado de él hacía cinco minutos al volver a mirar a través de aquel abismo inmenso, casi insalvable que se abría entre él y el viejo asesino negro y vio, oyó que Lucas le hablaba a él no porque fuese él mismo, Charles Mallison hijo, ni porque hubiera comido el plato de verdura y se hubiera calentado en su casa, sino porque de todos los blancos con que Lucas tendría posibilidad de hablar entre aquel momento y el momento en que pudieran sacarle a rastras de la celda y bajarle por las escaleras al extremo de una soga, solo él vería la ansiedad muda desesperada de sus ojos. Le dijo:

—Acérquese. —Lucas lo hizo, se aproximó, asiéndose a dos de las rejas como un niño a una valla. Aunque él no recordaba haberlo hecho vio al mirar hacia abajo sus propias manos asiendo también dos de las rejas, los dos pares de manos, las negras y las blancas, asiendo las rejas mientras se miraban por encima de ellas.

—Pero bueno —dijo—. ¿Por qué?

—Vaya y mírele —dijo Lucas—. Si es ya demasiado tarde cuando vuelva, le

firmaré ahora mismo un papel que diga que le debo lo que considere que vale.

Pero él aún no escuchaba; lo sabía: hablaba para sí:

—Serán diecisiete millas de noche para llegar allí...

—Nueve —dijo Lucas—. Los Gowrie entierran en la iglesia de Caledonia. Se coge la primera a mano derecha que va hacia las montañas justo detrás del puente del arroyo Nine-Mile. Puede llegar allí en media hora en el automóvil de su tío.

—... y me arriesgo a que me cacen los Gowrie cavando en esa tumba. He de saber por qué. Ni siquiera sé lo que tengo que buscar. ¿Por qué?

—Yo tengo un colt cuarenta y uno —dijo Lucas. Así debía ser; lo único que él no sabía en realidad era el calibre... aquel arma práctica y eficaz y bien cuidada aunque tan arcaica extraña y única como el mondadientes de oro, que probablemente (sin duda) había sido el orgullo del viejo Carothers McCaslin medio siglo atrás.

—Bueno —dijo—. ¿Y qué?

—Que no le mataron con ningún colt del cuarenta y uno.

—¿Con qué le mataron?

Pero Lucas no contestó a esto, siguió plantado allí en su lado de la puerta de acero, las manos un poco cerradas e inmóviles asiendo las dos rejas, inmóvil salvo por el movimiento leve de la respiración. Ni esperaba él en realidad que lo hiciese, sabía que Lucas jamás contestaría a aquello, que no diría más, que no explicaría más a ningún blanco, y sabía por qué, como sabía por qué había esperado para explicarle a él, un niño, lo de la pistola cuando no se lo había dicho ni a su tío ni al sheriff que habría sido el más indicado para abrir la tumba y mirar el cadáver; le sorprendía que Lucas hubiese estado tan a punto de hablarle a su tío del asunto y percibió, apreció de nuevo aquel don de su tío que movía a la gente a explicarle cosas que a nadie más le explicarían, induciendo incluso a los negros a contarle lo que su naturaleza les prohibía contarles a los blancos: recordando al viejo Ephraim y el anillo de su madre aquel verano hacía ya cinco años... una baratija con una piedra de imitación; eran dos en realidad, idénticos, que su madre y su compañera de habitación de Sweetbriar Virginia ahorrando de sus asignaciones habían comprado e intercambiado para llevar hasta la muerte como suelen hacer las jovencitas, y la compañera de habitación se había hecho mayor ya y vivía en California con una hija que iba ya a Sweetbriar y ella y su madre no se veían desde hacía muchos años y quizá no volviesen a verse nunca pero su madre aún conservaba el anillo: luego un día desapareció; él recordaba que despertaba por la noche tarde y veía luces en el piso de abajo y sabía que ella estaba aún buscándolo: y el viejo Ephraim que estaba siempre allí sentado en su tosca mecedora en la galería de Paralee un buen día le dijo que por medio dólar le encontraría el anillo y él le dio a Ephraim el medio dólar y aquella misma tarde se marchó a pasar una semana en un campamento de exploradores y volvió y encontró a su madre en la cocina donde había cubierto la mesa con periódicos y vaciado encima de ella la olla de piedra donde ella y Paralee guardaban la harina de maíz y allí estaban ella y Paralee repasando la harina con tenedores y por primera vez en una

semana se acordó del anillo y volvió a casa de Paralee y allí estaba Ephraim sentado en la mecedora en la galería y Ephraim dijo, «Está debajo del comedero de los cerdos de la finca de su papá»: Ephraim ni necesitó explicarle cómo entonces porque por entonces él lo había recordado ya: señora Downs: una blanca vieja que vivía sola en una casa sucia cuadrada como una caja de zapatos que olía como una cueva de raposas en las afueras del pueblo en un asentamiento de casas de negros, en la cual entraban y salían negros continuamente durante todo el día y sin duda la mayor parte de la noche: quien (esto no por Paralee que siempre parecía no saber o al menos no tener tiempo en el momento para hablar de ello, sino por Aleck Sander) no solo adivinaba el futuro y curaba de maleficios sino que encontraba cosas: allí se había ido el medio dólar y él creyó tan de inmediato y tan implícitamente que el anillo estaba ya localizado que desechó aquella fase automáticamente y para siempre y fue solo lo secundario de la cosa y el corolario lo que despertó su interés, diciéndole a Ephraim: «¿Ha sabido toda esta semana dónde estaba y no se lo dijo a nadie?» y Ephraim se le quedó mirando un rato, meciéndose incesante y plácidamente y chupando una pipa fría llena de ceniza a cada balanceo produciendo un sonido como el de un pequeño cilindro asmático: «Podría habérselo dicho a su mamá. Pero ella necesitaría ayuda. Así que esperé por usted. Los jóvenes y las mujeres, esos no tienen prisa. Pueden escuchar. Pero un hombre de mediana edad como su pa o su tío, esos no pueden ya. No tienen tiempo. Están demasiado ocupados con los hechos. Procure no olvidarlo; algún día puede serle útil. Si necesita hacer alguna vez algo que se salga de lo normal, no pierda el tiempo con los hombres; procure que le ayuden las mujeres y los niños». Y recordó no tanto la rabia como la indignación de su padre, su rechazo casi furioso, su transferencia de todo el asunto a un campo de principios morales asediados y atacados, e incluso su tío que no había tenido hasta entonces más problema que él para creer cosas que todos los demás individuos adultos ponían en duda solo por el hecho de ser incomprensibles, mientras su madre hacía serena y terca los preparativos para ir a la finca que hacía un año que no visitaba y hasta su padre no iba por allí desde varios meses antes de que se perdiese el anillo y su tío se negó incluso a conducir el coche así que su padre contrató a un hombre del garaje y él y su madre fueron hasta la finca y con la ayuda del casero encontraron el anillo debajo del comedero de los cerdos. Solo que no se trataba de un anillito oscuro y sin valor intercambiado hacía veinte años por dos jovencitas sino de la muerte por vergonzosa violencia de un hombre que moriría no porque fuese un asesino sino porque tenía la piel negra. Pero Lucas no iba a contarle nada más y él lo sabía; y pensó con una especie de furia violenta: ¿Creer? ¿Creer qué? Porque Lucas ni siquiera le pedía que creyera algo; no le pedía siquiera un favor, no hacía ninguna súplica final desesperada a su humanitarismo y su piedad sino que iba a pagarle incluso siempre que el precio no fuera exagerado, por recorrer solo diecisiete millas (no, nueve: recordó ya que al menos había oído aquello) en la oscuridad y arriesgarse a que le cazasen profanando la tumba de un miembro de un clan de hombres que estaban ya a punto de entregarse

a un frenesí de cólera sangrienta, sin decirle siquiera por qué. Pero volvió a intentarlo, pues sabía que Lucas no solo sabía que él iba a ir sino que sabía que él sabía qué respuesta iba a obtener.

—¿Con qué arma le dispararon, Lucas? —Y obtuvo exactamente lo que hasta Lucas sabía que había supuesto él:

—Le pagaré —dijo Lucas—. Dígame el precio, un precio razonable y se lo pagaré.

Hizo una prolongada inspiración y luego expulsó el aire mientras se miraban a través de las rejas, empañados los ojos del viejo observándole, inescrutables misteriosos. No había en ellos angustia en realidad y él pensó pacíficamente *No solo me derrota, sino que en ningún momento ni por un segundo lo dudó siquiera.*

—Está bien —dijo—. Pero el que yo lo vea no servirá de nada, aunque pudiera apreciar lo de la bala. En fin, piense lo que eso significa. Tengo que desenterrarle, sacarle de aquel hoyo antes de que me cacen los Gowrie y traerle al pueblo para que el señor Hampton pueda mandar a por un especialista a Memphis que pueda aclarar lo de las balas —miró a Lucas, el viejo se asía suavemente a las rejas por el interior de la celda y ni siquiera le miraba a él ya. Hizo de nuevo una inspiración honda—. Pero lo principal es sacarle de allí y llevarle adonde pueda mirarle alguien antes de... —miró a Lucas—. Tendré que ir hasta allí y desenterrarle y volver al pueblo antes de media noche o de la una hasta puede que la media noche sea ya demasiado tarde. No veo cómo voy a poder. No voy a poder.

—Procuraré esperar —dijo Lucas.

CAPÍTULO IV

Había una camioneta destartada y vieja que parecía de segunda mano estacionada en el bordillo delante de la casa cuando llegó él. Pasaba ya bastante de las ocho, era mucho más que probable que quedasen menos de cuatro horas para que su tío fuese a casa del sheriff y le convenciese y buscasen luego un juez de paz o a quien tuvieran que buscar y despertar y luego convencer también para abrir la tumba (en lugar del permiso de los Gowrie, que por ninguna razón, fuese cual fuese, y la peor de todas la de salvar a un negro de perecer quemado en una hoguera, conseguiría jamás ni el propio presidente de los Estados Unidos no digamos ya un sheriff de condado) y luego ir a la iglesia de Caledonia y desenterrar el cadáver y volver al pueblo con él a tiempo. Pero tenía que ser precisamente aquella noche la que escogiese un campesino al que se le habría extraviado una vaca o una mula o un cerdo y un vecino se lo retuviera exigiéndole un dólar por lo que había comido para soltarlo, para ir a ver a su tío, para estarse sentado allí en el despacho diciendo sí o no o yo creo que no mientras su tío hablaba de los cultivos o de la política, asuntos de uno de los cuales su tío no sabía nada y del otro no sabía nada el campesino, hasta que el hombre acabara diciendo a qué había ido.

Pero él no podía respetar el ceremonial ahora. Había caminado muy deprisa desde la cárcel pero ahora trotando, cruzar el patio, pasar la galería y entrar al vestíbulo luego pasar la biblioteca donde aún estaba su padre sentado bajo una lamparilla de lectura con la página de jeroglíficos y crucigramas del dominical del diario de Memphis y su madre bajo la otra con el nuevo ejemplar de Libro del Mes camino de lo que su madre quiso pretendió llamar el estudio de Gavin pero que Paralee y Aleck Sander rebautizaran hacía mucho el despacho y todo el mundo lo llamaba así. Estaba cerrada la puerta; pudo oír el murmullo de la voz de aquel hombre tras ella en el mismo instante en que sin parar siquiera llamó dos veces y al tiempo abrió la puerta y entró diciendo ya:

—Buenas noches, señor. Perdone usted. Tío Gavin...

Porque la voz era la de su tío; y frente a él al otro lado de la mesa-escritorio, no se sentaba un hombre de rasurado y atezado cuello pulcra camisa de domingo sin corbata y pantalones, había una mujer con un vestido estampado de algodón muy sencillo y uno de esos sombreros negros redondos que parecen un poco polvorientos encasquetado en la cabeza como los que solía llevar su abuela y entonces la reconoció antes incluso de ver el reloj (pequeño de oro en una caja de saboneta suspendido de un broche de oro sobre el pecho liso casi como y casi exactamente en la misma posición que ese corazón que llevan prendido en el pecho los chalecos de lona de los esgrimidores) porque desde la muerte de su abuela no conocía a ninguna otra mujer que llevase o incluso poseyese uno y la verdad es que debería haber reconocido la camioneta: la señorita Habersham, cuyo apellido era ya el más antiguo del condado. Había habido tres en otros tiempos: el doctor Habersham y un tabernero

de nombre Holston y el hijo menor de un hugonote llamado Grenier que había entrado en el condado a caballo antes de que se hubieran localizado y trazado y designado sus límites, cuando Jefferson era un enclave de los chickasaws con una palabra chickasaw para designarlo y distinguirlo de las espesuras intransitables de cañaverales y bosques de aquellos tiempos pero todos desaparecidos ya, esfumados salvo uno hasta de la memoria oral del condado: Holston tan solo el nombre del hotel de la plaza y pocos en el condado que sepan o se interesen por el origen de la palabra, y lo que quedaba de la sangre de Louis Grenier el *elegante*, el *dilettante*, el arquitecto educado en París que había practicado un poco el derecho pero había sido la mayor parte de su vida plantador y pintor (y más *amateur* como cultivador de alimentos y de algodón que con el lienzo y el pincel) calentaba ahora los huesos de un hombre ecuánime y alegre de mediana edad con la mentalidad y la cara de un niño que vivía en un medio cobertizo medio cubil hecho por él con tablas desechadas y trozos de tubos de chimenea aplanados y latas a la orilla del río a veinte millas del pueblo, que ni sabía su edad ni escribir siquiera el Lonnie Grinnup con que se designaba ya, ni tampoco que la tierra en que se acucillaba era el último fragmento perdido de los miles de acres que había poseído su antepasado y solo quedaba la señorita Habersham: una solterona sin parientes, de setenta años, que vivía a las afueras del pueblo en una casa colonial de columnas que no se había pintado desde que muriera su padre y que no tenía agua ni electricidad, con dos criados negros (y aquí de nuevo hubo algo que le inquietó un instante aguijoneó su atención pero se desvaneció en el mismo segundo sin que él lo desechase siquiera, se desvaneció simplemente) en una cabaña del patio trasero, de los que la mujer hacía la comida mientras la señorita Habersham y el hombre criaban pollos y cosechaban verduras que vendían por el pueblo en la camioneta. Hasta hacía dos años habían utilizado un caballo blanco gordo y viejo (decían que tenía veinte años cuando él lo recordaba la primera vez, con una piel tan limpia y rosada como la de un bebé bajo los pelos blancos y bruñidos) y un *buggy*. Luego tuvieron una temporada buena o algo así y la señorita Habersham compró aquella camioneta de segunda mano y se les veía por las calles de casa en casa todas las mañanas en invierno y verano, la señorita Habersham al volante con medias de algodón y aquel sombrero negro redondo que llevaba usando desde hacía cuarenta años lo menos y los pulcros vestiditos estampados que se ven en los catálogos de Sears Roebuck por dos dólares noventa y ocho centavos, el pulcro relojito de oro prendido en la pechera lisa sin pechos y los zapatos y los guantes hechos según su madre a la medida en una tienda de Nueva York a treinta y cuarenta dólares par unos y a quince y veinte otros, mientras el negro entraba y salía trotando de las casas la barriga enorme y un cesto de verduras flamante o de huevos en una mano y el cadáver desnudo y desplumado de un pollo en la otra; reconoció, recordó, algo aguijoneó incluso su atención y lo desechó de inmediato porque no había tiempo, diciendo rápidamente:

—Buenas noches, señorita Habersham. Perdone. Tengo que hablar con el tío

Gavin —luego de nuevo a su tío—: Tío Gavin...

—También la señorita Habersham —dijo su tío rápido inmediato, en un tono que en una situación normal él habría identificado en seguida; en una situación normal podría haber captado incluso las implicaciones de lo que su tío había dicho. Pero no entonces. No le oyó en realidad. No estaba escuchando. En realidad no tenía tiempo apenas para hablar; diciendo rápido aunque también con calma, solo perentorio y solo para su tío incluso porque había olvidado ya a la señorita Habersham, hasta su presencia:

—Tengo que hablar contigo. —Y solo entonces se detuvo no porque hubiese terminado, pues no había empezado siquiera, sino porque por primera vez oía a su tío que ni siquiera había dejado de hablar, medio de lado en el asiento, un brazo en el respaldo y la otra mano sosteniendo la humeante pipa de mazorca sobre la mesa delante, hablando aún con aquella voz que era como el chasquido perezoso de una varita de madera:

—Así que se lo llevaste tú mismo. Hasta puede que ni siquiera te molestaras en ir a por el tabaco. Y él te explicó algún cuento. Espero que sea bueno.

Y eso fue todo. Podía irse ya, de hecho debería hacerlo. En realidad nunca debería haberse parado en su recorrido por el pasillo ni debería haber entrado en la casa para nada sino que debería haberla rodeado y haber llamado a Aleck Sander de paso hacia el establo, ya se lo había dicho Lucas hacía treinta minutos en la cárcel cuando hasta él había estado casi a punto de explicarlo todo y pese a hallarse bajo la sombra misma de los Gowrie había tenido al final el buen sentido de no intentar explicárselo a su tío ni a ningún otro blanco. Pero no se puso en marcha todavía. Se había olvidado de la señorita Habersham. La había desechado; había dicho «Perdone» y la había borrado así no solo de aquella habitación sino también de aquel momento lo mismo que el mago hace desaparecer con una palabra o un gesto la palmera o el conejo o el jarrón de rosas y solo quedaban ellos, ellos tres: él allí a la puerta sosteniéndola aún, medio en la habitación en la que no había llegado a entrar en realidad y a la que no debería haberse asomado siquiera y medio en el pasillo por donde nunca debería haber perdido el tiempo pasando ya para empezar, y su tío medio repantigado tras la mesa atestada de papeles también y otra de las jarras de cerveza alemana llena de trozos de papeles y probablemente una docena de las pipas de mazorca en diversas etapas de quemado, y a media milla de distancia el viejo negro sin parientes ni amigos obstinado arrogante terco huraño independiente (insolente también) solo en la celda donde la primera voz familiar que oiría sería probablemente la del viejo y manco Nub Gowrie abajo en el vestíbulo diciendo «Quítate de en medio Will Legate. Hemos venido a por el negro ese», mientras fuera de la tranquila habitación iluminada por la lámpara el inmenso canal de molino del tiempo atronaba no hacia la medianoche sino arrastrando consigo la medianoche, no para arrojar la medianoche en el desastre sino para arrojar sobre ellos el desastre de la medianoche en abismo acechante que borrara el cielo: y entonces se dio cuenta de que el momento decisivo no había sido cuando le

dijo a Lucas «está bien» a través de la puerta de acero de la celda sino que lo sería cuando volviese al pasillo y cerrase aquella otra puerta. Así que lo intentó de nuevo, tranquilo aún ni siquiera rápido ni perentorio ya siquiera: solo equívoco razonable y explícito:

—Supongamos que no fue su pistola la que lo mató.

—Por supuesto —dijo su tío—. Eso es exactamente lo que alegraría yo si fuese Lucas... o cualquier otro asesino negro en realidad o cualquier asesino blanco ignorante en realidad. Puede que hasta te dijera incluso contra qué disparó con su pistola. ¿Contra qué? ¿Contra un conejo o una lata quizá o a una señal de un árbol solo para ver si estaba cargada, si disparaba de verdad? Pero prescindiendo de eso. Aceptándolo de momento: Luego qué. ¿Qué sugieres? No; ¿qué te dijo Lucas que hicieras?

Y contestó incluso a esto:

—¿No podría el señor Hampton desenterrarlo y ver?

—¿Basándose en qué? A Lucas le cogieron dos minutos después de que se produjera el disparo, junto al cadáver y con una pistola recién disparada en el bolsillo. No negó en ningún momento haberla disparado; en realidad no quiso hacer ninguna declaración, ni ante mí siquiera, su abogado... el abogado al que él mismo mandó llamar. ¿Cómo arriesgarse a hacer una cosa así? Yo desde luego preferiría ir allí y matar a otro de los hijos de Nub Gowrie antes que decirle que quería sacar el cuerpo de su hijo de la tierra consagrada en que ha sido enterrado y bendecido. Y de llegar a eso, preferiría decirle que quería exhumarlo para arrancarle los dientes de oro que explicarle que lo que quería era evitar que lincharan a un negro.

—Pero supón... —dijo él.

—Escúchame —dijo su tío con una especie de paciencia parsimoniosa pero indomable—. Óyeme bien. Lucas está encerrado tras una puerta de acero muy segura. Ni Hampton ni ninguna otra persona del condado puede proporcionarle mejor protección. Como dijo Will Legate, en el condado hay gente de sobra para pasar por encima de él y de Tubbs e incluso de esa puerta de acero si de verdad quisieran hacerlo. Pero no creo que haya tantos en este condado que de verdad quieran colgar a Lucas de un poste de teléfonos y quemarle con gasolina.

Y también esta vez. Volvió a intentarlo.

—Pero supongamos que... —dijo de nuevo y oyó entonces por tercera vez casi exactamente lo que ya había oído dos veces en doce horas, se maravilló de nuevo de la insuficiencia, de la escasez casi pautada realmente no de vocabularios individuales sino del vocabulario mismo, por el que hasta el hombre puede vivir en hatos y rebaños enormes incluso en conejeras de hormigón en relativa concordia: hasta su tío también:

—Supongámoslo pues. Lucas debería haber pensado en eso antes de pegarle un tiro a un blanco por la espalda. —Y solo después caería en la cuenta de que ahora su tío estaba hablando también para la señorita Habersham; en el momento él no solo no

había redescubierto la presencia de ella en la habitación sino que ni la había descubierto siquiera; ni siquiera recordaba que ella hubiese dejado de existir hacía ya mucho, volviéndose, cerrando la puerta a la insensata falsedad de la voz de su tío:

—Yo ya he dicho lo que hay que hacer. Si fuera a pasar algo, lo habrían hecho allá, en su territorio, en su terreno; no le habrían permitido al señor Hampton traerle al pueblo; la verdad es que aún no entiendo por qué lo hicieron. Pero fuese suerte o descontrol o que el señor Gowrie pierde con la edad, el resultado es bueno; ahora está perfectamente y ya le convenceré yo para que se declare culpable de homicidio no premeditado; es viejo y creo que el fiscal del distrito lo aceptará. Irá a la penitenciaría y quizá de aquí a unos años, si vive... —cerró la puerta, pues ya había oído todo aquello antes y no quería volver a oírlo; fuera de la habitación en la que en realidad no había llegado a entrar del todo y en la que no debería haber parado ni un instante, soltando el tirador por primera vez desde que había puesto la mano en él y pensando con la paciencia minuciosa y frenética del hombre que intenta recuperar en una casa en llamas las cuentas esparcidas de un collar roto: *Ahora tendré que volver a la cárcel a preguntarle a Lucas dónde es* (comprendiendo que pese a las dudas a la probabilidad y todo lo demás en contrario había albergado en realidad la esperanza de que su tío y el sheriff se hicieran cargo del asunto y realizaran la expedición, no porque pensase que le creerían sino sencillamente porque a él le resultaba sencillamente inconcebible que les dejasen resolverlo a él y a Aleck Sander) hasta que recordó que Lucas se había cuidado ya también de aquello, que lo había previsto; recordó no con alivio sino más bien con un nuevo frenesí de rabia y cólera superior incluso a la idea que tenía de su propia capacidad que Lucas no solo le había dicho lo que quería sino exactamente dónde era e incluso cómo llegar allí y solo luego como una reflexión le había preguntado si lo haría... oyendo un crujir de papel de periódico en el regazo de su padre al otro lado de la puerta de la biblioteca y oliendo el puro que ardía en el cenicero junto a su mano y luego vio el vestigio azul del humo salir flotando lentamente por la puerta abierta porque su padre lo había cogido sin duda en el vacío o el parto angustioso de un sinónimo y chupado una vez: e incluso (recordando) por qué medios ir allí y volver se imaginó abriendo la puerta otra vez y diciéndole a su tío: *Dejemos a Lucas. Pero préstame tu coche* y luego entrando en la biblioteca y diciéndole a su padre que tendría las llaves de su coche en el bolsillo hasta que recordase al desvestirse que debía dejarlas donde pudiera encontrarlas su madre al día siguiente: *Déjame las llaves, papá. Quiero salir al campo y excavar una tumba*; recordó incluso la camioneta de la señorita Habersham delante de la casa (no a la señorita Habersham; no volvió a pensar más en ella. Recordó solo un vehículo vacío y al parecer no vigilado en la calle a menos de cincuenta metros); la llave quizá estuviera, seguramente estaba, aún puesta y poco importaba que los Gowrie que le cogiesen profanando la tumba de su hijo o hermano o primo capturaran a la vez a un ladrón de vehículos.

Porque (renunciando abandonando emergiendo de dispersar de un barrido aquel

torbellino de confetti de bromas delirante) cayó en la cuenta de que nunca había dudado de que iría hasta allí ni siquiera de que desenterraría el cadáver. Se imaginaba ya llegando a la iglesia, al cementerio sin esfuerzo, sin mucho retraso siquiera; hasta se imaginaba alzando, el cadáver y sacándolo sin esfuerzo apenas, sin jadeos ni agobio de músculos y pulmones ni mortificación de percepciones acobardadas. Y sería entonces cuando se desplomase sobre él toda la destrozada y tambaleante media noche detrás y más allá de cuyo atisbo y latido no podría ver aunque quisiera. Así (siguiendo: no se había parado desde la primera fracción de segundo en que cerró la puerta del despacho) se lanzó materialmente en un impulso a una especie de implacable racionalidad tranquila sagaz y desesperada no de contras y pros porque pros no había; el motivo de que él fuese allí era que alguien tenía que ir y nadie más lo haría y el de que alguien tuviese que hacerlo era que ni siquiera el sheriff Hampton (*vide* Will Legate y la escopeta plantados en el vestíbulo de la planta baja de la cárcel como en un escenario iluminado donde todo el que se acercase tendría que verle o verles antes incluso de llegar a la portilla) estaba seguro del todo de que los Gowrie y sus parientes y amigos no intentasen sacar aquella noche a Lucas de la cárcel y así si todos estaban en el pueblo aquella noche intentando linchar a Lucas no habría nadie rondando por allí que pudiera sorprenderle excavando la tumba y si eso era un hecho real entonces también lo contrario sería real: si no bajaban al pueblo aquella noche en busca de Lucas no había duda de que cualquiera de los cincuenta o cien hombres y muchachos en relación inmediata por parentesco o solo por la caza del zorro o la fabricación de whisky ilegal y el comercio de madera de pino podría tropezarse con Aleck Sander y con él; y también aquello, de nuevo aquello: debía ir a caballo por el mismo motivo, porque solo lo haría un chico de dieciséis años que no tenía otro medio de ir que un caballo y debía elegir incluso en este punto: bien ir solo en el caballo en la mitad de tiempo y tardar tres veces más en desenterrar el cadáver porque solo además de tener que hacer él toda la excavación habría de vigilar y estar alerta, o llevar consigo a Aleck Sander (Aleck Sander y él ya habían hecho aquella ruta recorriendo incluso más de diez millas en Highboy: un caballo castrado grande y huesudo que había hecho incluso cinco vallas con ciento setenta y cinco libras de carga y un buen medio galope llevando dos personas y un trote largo traqueteante y energético tan rápido como el medio galope aunque ni siquiera Aleck Sander podía aguantarlo mucho detrás de la silla y luego un medio paso medio carrera indefinible y pesado en el que podía aguantar varias millas con los dos, Aleck Sander detrás durante la primera milla al medio galope luego trotando al lado del caballo agarrado a un estribo durante la siguiente) y desenterrar así el cadáver en un tercio del tiempo arriesgándose a que Aleck Sander hiciese compañía a Lucas cuando llegaran los Gowrie con la gasolina: y de pronto se sorprendió huyendo de nuevo hacia el confetti exactamente igual que uno posterga el tener que entrar por fin al agua fría pensando viendo oyéndose intentando explicárselo también a Lucas:

Tenemos que utilizar el caballo. No hay otra solución. Y Lucas:

Podría haberle convencido para que le dejase el coche. Y él:

Se habría negado. ¿No comprende? No solo se habría negado, me habría encerrado para que no pudiera salir para ir allí siquiera andando y aun menos coger el caballo. Y Lucas:

Bien, bien. No se lo reprocho. En realidad no es a usted a quien se disponen a quemar los Gowrie —siguiendo por el pasillo hasta la puerta de atrás; y se equivocaba; ni cuando le había dicho De acuerdo a Lucas a través de las rejas de acero ni cuando había vuelto al pasillo cerrando la puerta del despacho había sido el punto irrevocable tras el que no habría retorno posible sino ahora; podía detenerse allí y no traspasarlo nunca, dejar que el desastre de la media noche se estrellase inofensivo e impotente contra aquellas paredes porque eran fuertes, podían aguantar; eran el hogar, más altas que la catástrofe, más firmes que el miedo; sin parar siquiera, sin curiosidad suficiente para preguntarse si no sería que no se atrevía quizá a parar, dejando quedamente atrás la puerta de rejilla y bajando las escaleras hacia la vorágine de la noche tibia de mayo ya cruzando el patio hacia la cabaña oscura donde Paralee y Aleck Sander estaban no más dormidos de lo que lo estarían el resto de los negros en una milla a la redonda del pueblo aquella noche ni siquiera en la cama sino sentados en silencio en la oscuridad con las puertas y las contras de las ventanas cerradas esperando el rumor el murmullo de furor y de muerte que pudiese alentar la oscuridad primaveral: se detuvo y silbó la señal que él y Aleck Sander habían utilizado entre ellos desde que aprendieran a silbar, contando los segundos hasta el momento en que tenía que repetirla, pensando que si él fuese Aleck Sander no saldría de casa tampoco aquella noche silbase quien silbase cuando de pronto sin ruido alguno y por supuesto sin luz alguna atrás delatora brotó de las sombras Aleck Sander, andando, muy cerca ya en la oscuridad sin luna, un poco más alto que él aunque se llevaban unos meses: y se acercó, ni siquiera mirándole a él sino más allá, por encima de su cabeza, hacia la plaza, como si la mirada pudiera seguir una trayectoria elevada en arco como una pelota sobre los árboles y las calles y las casas, para caer viendo en la plaza: no los hogares en los patios en sombras y las comidas apacibles y el descanso y el sueño que eran el fin y eran la recompensa, sino la plaza: los edificios creados y ordenados para el comercio y el gobierno y la justicia y el encarcelamiento donde se afanaban y combatían las pasiones de los hombres para los que el descanso y la pequeña muerte del sueño eran fin y evasión y recompensa.

—Así que no han venido aún a por el viejo Lucas —dijo Aleck Sander.

—¿Eso piensa tu gente también del asunto? —dijo él. —Y eso pensarías tú —dijo Aleck Sander—. Los que son como Lucas nos ponen en peligro a todos.

—Entonces quizá fuera mejor que te fueses al despacho a sentarte allí con el tío Gavin en vez de venirte conmigo.

—¿Irme contigo a dónde? —dijo Aleck Sander. Y él se lo contó lisa y llanamente, en cuatro palabras.

—A desenterrar a Vinson Gowrie —Aleck Sander no se movió; seguía mirando

más allá de él y por encima de su cabeza hacia la plaza—. Lucas dijo que no fue su pistola la que lo mató.

Aleck Sander se echó a reír inmóvil aún, bajo y sin alegría: solo riéndose; dijo exactamente lo que había dicho su tío hacía un minuto apenas:

—Lo mismo diría yo —dijo Aleck Sander. Dijo—: ¿Yo? ¿Subir yo hasta allí a desenterrar a ese blanco? ¿Está ya del señor Gavin en el despacho o tengo que esperar allí sentado a que llegue?

—Lucas te pagará —dijo él—. Me lo dijo antes incluso de decirme lo que había que hacer.

Aleck Sander se echó a reír, sin júbilo ni burla ni ninguna otra cosa: sin más en el sonido de lo que pueda haber en el sonido del respirar y solo respirar.

—No soy rico —dijo—. No necesito dinero.

—Al menos ensilla a Highboy mientras yo busco una linterna, ¿quieres? —dijo—. No te importará hacer eso por Lucas, ¿eh?

—Cómo no —dijo Aleck Sander, dándose la vuelta. —Y trae el pico y la pala. Y la cuerda larga. También me hará falta.

—Cómo no —dijo Aleck Sander. Hizo una pausa, se volvió un poco—. ¿Cómo vas a llevar un pico y una pala en Highboy que ni siquiera aguanta que lleves una fusta en la mano?

—No sé —le contestó y Aleck Sander siguió y él se volvió otra vez hacia la casa y pensó al principio que era su tío que venía a toda prisa de delante rodeando la casa, no porque creyese que pudiera haber sospechado y previsto su tío lo que se proponía porque no era así, su tío había descartado eso también inmediata y absolutamente no solo la idea sino también la posibilidad, pero no recordó ningún otro posible candidato e incluso al advertir que era una mujer supuso que era su madre, aun después de que debiera haber reconocido el sombrero, hasta el instante en que ya la señorita Habersham le llamó por su nombre y su primer impulso fue doblar la esquina del garaje rápido y silencioso y conseguir llegar desde allí hasta la valla del corral sin que le viera y saltarla y seguir al establo y salir por la portilla del prado sin volver a pasar por la casa, con linterna o sin ella pero ya era demasiado tarde: le llamaba por su nombre: «Charles»: con aquel cuchicheo tenso y perentorio; luego se le acercó rápido y se detuvo frente a él mirándole, hablando con aquel susurro rápido y tenso:

—¿Qué te dijo? —Y entonces cayó en la cuenta de qué era lo que había aguijoneado su atención al reconocerla en el despacho de su tío esfumándose acto seguido: la vieja Molly, la mujer de Lucas, cuya madre había sido esclava del anciano doctor Habersham, el abuelo de la señorita Habersham, y ella y la señorita Habersham tenían la misma edad, nacidas la misma semana y amamantadas ambas por la madre de Molly y criadas juntas casi como hermanas, como gemelas, durmiendo en la misma habitación, la blanca en la cama, la negra en un catre a los pies casi hasta que Molly y Lucas se casaron, y la señorita Habersham había sido madrina del primer hijo de Molly en la iglesia de los negros.

—Dijo que no fue su pistola —le contestó.

—Así que no fue él —dijo ella, rápida aún y con algo que era más ya incluso que premura en la voz.

—No lo sé —dijo él.

—Tonterías —dijo ella—. Si no fue su pistola...

—Yo no sé —dijo él.

—Tú tienes que saberlo. Tú le viste... Hablaste con él...

—Yo no sé —dijo él. Lo dijo calmo, quedo, como con un asombro incrédulo, como si solo hubiese comprendido entonces por primera vez lo que había prometido, lo que se había propuesto—. La verdad es que yo no lo sé. No lo sé aún. Solo voy a ir allí... —se calló, su voz se apagó. Hubo un instante un segundo en que hasta se acordó de que debería haber deseado poder recordarla, la última frase inconclusa. Aunque quizá no hubiese tiempo ya y ella hubiese puesto también ya el poco añadido que hacía falta para acabar la frase y en cualquier momento gritaría, protestaría y le echaría encima toda la casa. Luego en el mismo segundo dejó de recordarlo. Ella dijo:

—Por supuesto —directa tranquila y susurrante; él pensó otro medio segundo que ella no había entendido nada y luego en otro medio también lo olvidó, frente a frente los dos indiferenciables en la oscuridad en aquel tenso y rápido susurro: y luego oyó su propia voz hablando con igual tono y timbre, no conspiratorios exactamente sino más bien como dos personas que han aceptado de modo irrevocable hacer algo y no tienen seguridad alguna de poder conseguirlo: solo de que lo intentarán: «Ni siquiera sabemos si no fue su pistola. Solo que él dijo que no fue».

—Sí.

—Él no dijo de quién era ni si la disparó él o no. Ni siquiera te dijo que no la disparase. Solo dijo que no fue su pistola.

—Sí.

—Y tu tío te dijo allí en el despacho que eso es exactamente lo que él diría, lo único que podría decir.

A esto no contestó. No era una pregunta. Ni ella le dio tiempo.

—Muy bien —dijo ella—. ¿Y ahora qué? ¿Averiguar si no fue su pistola... averiguar lo que quiso decir? ¿Ir allí y qué?

Él se lo dijo con la misma urgencia con que se lo había dicho a Aleck Sander, explícito y sucinto: «Verlo», sin pararse siquiera a pensar que debería haber previsto aquí sin duda una expresión de asombro por lo menos. «Ir allí y desenterrarle y traerle al pueblo donde alguien que entienda de orificios de bala vea el que tiene...».

—Sí —dijo la señorita Habersham—. Por supuesto. Él naturalmente no podía decírselo a tu tío. Él es un negro y tu tío es un hombre —y ahora la señorita Habersham a su vez repitiendo y parafraseando y pensó que no era en realidad una carencia una escasez de vocabulario, era en primer lugar que el aniquilar el borrar de modo violento y deliberado una vida humana era en sí tan simple y definitivo que la

palabrería que lo rodeaba lo encerraba lo aislaba intacto en la crónica del hombre había de ser también por necesidad simple y sin complicaciones, repetitiva, casi hasta monótona; y en segundo lugar más amplio que eso, bosquejándolo porque lo que parafraseaba la señorita Habersham era simple verdad, ni hecho siquiera y no había pues necesidad de mucha diversificación y originalidad para expresarlo porque la verdad era universal, tenía que ser universal para ser verdad y no hacía falta por tanto que hubiera muchísima solo para mantener en movimiento algo no mayor que la tierra y así cualquiera podía conocer la verdad; ellos solo tenían que parar, que detenerse, que esperar:

—Lucas sabía que había de ser un niño... o una anciana como yo, alguien que no pensase en probabilidades ni en pruebas. Los hombres como tu tío y como el señor Hampton han tenido que ser hombres demasiado tiempo, han estado ocupados demasiado tiempo... ¿Sí? —dijo—. Traerlo al pueblo donde alguien que sepa pueda mirar el orificio de la bala. ¿Y si lo examinan y descubren que fue la pistola de Lucas? —Y él nada contestó a esto, ni ella esperó esta vez tampoco, diciendo, volviéndose ya—: Necesitaremos un pico y una pala. Tengo una linterna en la camioneta...

—¿Necesitaremos? —dijo él.

Ella se detuvo; casi pacientemente dijo:

—Hay quince millas hasta allí...

—Diez —dijo él.

—... la tumba tiene un metro ochenta de profundidad y quizá solo dispongamos hasta la medianoche para volver a tiempo al pueblo... —y algo más pero él ni lo oyó siquiera. Ni escuchaba siquiera ya. Él mismo le había dicho aquello a Lucas no hacía más de quince minutos pero solo ahora podía comprender lo que él mismo había dicho. Solo después de oírsele decir a otra persona comprendió no la enormidad de su intención sino la simple inmensidad física inerte incómoda imposible a la que se enfrentaba; dijo calmamente, con un asombro desesperado e indomable:

—Quizá no podamos hacerlo.

—No —dijo la señorita Habersham—. ¿Bueno? —Señora —dijo él—. ¿Qué decía usted?

—Que no tenías ni siquiera vehículo.

—Íbamos a ir a caballo.

Entonces ella dijo:

—¿Íbamos?

—Aleck Sander y yo.

—Entonces seremos tres —dijo ella—. Coge el pico y la pala. En la casa empezarán a preguntarse por qué no han oído arrancar la camioneta —volvió a ponerse en marcha.

—Sí claro —dijo él—. Lo mejor es que baje con ella hasta la portilla del prado. Nos veremos allí.

Él no esperó tampoco. Oyó arrancar la camioneta cuando escalaba la valla del corral; pudo ver ya en la negra abertura del pasillo del establo la mancha blanca de Highboy. Aleck Sander metía de un tirón la cincha por la abrazadera cuando apareció él. Soltó la cuerda de la anilla del bocado sin darse cuenta y volvió a atarla y desató el otro extremo de la argolla de la pared y enlazó y pasó las riendas por encima de la cabeza de Highboy y le sacó del establo y montó.

—Toma —dijo Aleck Sander entregándole el pico y la pala pero Highboy había empezado ya a bailar antes incluso de que pudiera haberlos visto como hacía siempre hasta por la varilla de un seto y él tiró firme de las riendas y le inmovilizó mientras Aleck Sander decía «¡Sooooo!» y le daba una sonora palmada en la grupa pasando por encima la pala y el pico y colocándolos cruzados sobre el arzón delantero de la silla y logró asentar de nuevo en tierra a Highboy otro segundo, lo suficiente para sacar el pie del estribo del lado de Aleck Sander para que este metiera el suyo en él, Highboy moviéndose entonces en un largo salto casi corcovo mientras Aleck Sander se colocaba atrás e intentando aún correr hasta que lo controló otra vez con una mano, el pico y la pala traqueteando sobre la silla y le hizo girarse y enfilear el prado hacia la portilla.

—Pásame de una vez esa pala y ese pico —dijo Aleck Sander—. ¿Conseguiste la linterna?

—¿A ti qué te importa? —dijo él. Aleck Sander le rodeó con la mano libre y cogió la pala y el pico; Highboy pudo volver a verlos realmente durante un segundo pero esta vez él tenía las dos manos libres para frenarlo y contenerlo. «Tú no vas a ir a ningún sitio en que haga falta una linterna. Eso dijiste».

Habían llegado a la portilla. Vio ya la masa oscura de la camioneta parada perfilándose contra la carretera pálida más allá; es decir, pudo creer que la veía porque sabía que estaba allí. Pero Aleck Sander la veía realmente: él parecía capaz de ver en la oscuridad como un animal casi. Aleck Sander llevaba la pala y el pico así que no podía tener ninguna mano libre, pero al parecer tenía una pues la alargó de pronto otra vez y le quitó las riendas de las manos y tiró de ellas hasta casi obligar a Highboy a agacharse y dijo en un sibilante susurro:

—¿Qué es eso?

—La camioneta de la señorita Habersham —dijo él—. Va a venir con nosotros. ¡Déjale suelto ya, demonios! —Quitándole las riendas a Aleck Sander que las dejó ya bastante rápido diciendo:

—Llevará la camioneta —y ni siquiera soltó la pala y el pico sino que los lanzó contra la portilla repiqueteantes y tintineantes deslizándose luego también a tierra y justo a tiempo porque ya Highboy se había alzado sobre las patas traseras y hubo de pegarle fuerte con la cuerda entre las orejas.

—Abre la portilla —dijo.

—No nos hará falta el caballo —dijo Aleck Sander—. Desensíllalo y átalalo aquí. Ya le meteremos en la cuadra cuando volvamos.

Que fue lo que dijo la señorita Habersham; cruzada la portilla y Highboy aún furtivo y batiendo los cascos mientras Aleck Sander echaba el pico y la pala en la caja de la camioneta como si temiese que se los tirara a él esta vez y la voz de la señorita Habersham desde la cabina a oscuras de la camioneta:

—Parece un buen caballo. ¿Sabe ponerse también a cuatro patas?

—Sí —dijo él—. Pero no —dijo—. Llevaré también el caballo. La casa más cercana está a una milla de la iglesia, pero aún así alguien podría oír la camioneta. La dejaremos al pie del cerro cuando crucemos el arroyo—. Luego contestó a aquello también antes de que ella tuviera tiempo de decirlo: «Necesitaremos el caballo para bajarlo hasta la camioneta».

—Jej —dijo Aleck Sander. No era risa. Pero nadie creyó tampoco que lo fuera—. ¿Cómo puedes pensar que este caballo va a cargar con lo que desentierres cuando no quiere cargar siquiera aquello con lo que pretendes desenterrarlo?

Pero él había pensado ya también en eso, recordando lo que le contara su abuelo de los viejos tiempos cuando podía cazarse el ciervo y el oso y el pavo salvaje en el condado de Yoknapatawpha a doce millas de Jefferson, de los cazadores: el mayor de Spain que había sido primo de su abuelo y el viejo general Compson y el tío Ike McCaslin, tío abuelo de Carothers Edmonds, vivo aún y con noventa años, y Boon Hogganbeck la madre de cuya madre había sido una chickasaw y el negro Sam Fathers cuyo padre había sido un jefe chickasaw y la mula de caza tuerta del mayor de Spain, Alice, que no se asustaba siquiera del olor del oso y pensó que si uno fuese realmente la suma de sus ancestros era una lástima que a aquellos ancestros que le habían convertido en furtivo violador de cementerios rurales no se les hubiese ocurrido equiparle con algún descendiente de aquella mula tuerta inespantable para transportar sus instrumentos de trabajo.

—No sé —dijo él.

—Puede que lo sepa cuando volvamos a la camioneta —dijo la señorita Habersham—. ¿Sabe conducir Aleck Sander?

—Sí —dijo Aleck Sander.

Highboy aún estaba nervioso; si lo frenaba con las riendas no haría más que desquiciarle inútilmente así que dado que hacía fresco aquella noche no llegó a perder de vista la luz trasera de la camioneta en la primera milla. Luego, aminoró la marcha, la luz huyó disminuyendo progresivamente y desvaneciéndose detrás de una curva y él asentó a Highboy en una medio carrera medio paso irregular que ningún juez de concurso aprobaría jamás pero que le permitía cubrir terreno; tenía que recorrer concretamente nueve millas y pensó con una especie de horrible complacencia que al fin tendría tiempo para pensar, pensando que ya era demasiado tarde para pensar, que ninguno de los tres se atrevía a pensar ya, si algo había hecho aquella noche al menos era prescindir definitivamente de todo pensamiento raciocinio consideración; a cinco millas del pueblo cruzaría (la señorita Habersham y Aleck Sander ya lo habrían hecho probablemente en la camioneta) la línea topográfica invisible que era la frontera de

Beat Four: el mal afamado, el casi fabuloso y desde luego menos de lo que cualquiera de ellos osase pensar ya, pensando que nunca le era difícil a un forastero hacer al mismo tiempo dos cosas que no le gustasen a Beat Four pues a Beat Four no le gustaban ya por adelantado la mayoría de las cosas que hacía la gente del pueblo (y la mayor parte del resto del condado en realidad): pero a su criterio quedaba, al de ellos, un blanco de dieciséis años y un negro de la misma edad y una vieja blanca solterona de setenta, el elegir y hacer al mismo tiempo las dos cosas de toda la inmensa reserva de invención y capacidad del hombre que con mayor violencia repudiaría y vengaría Beat Four: violar la tumba de uno de su progenie para salvar de su venganza a un asesino negro.

Pero al menos ellos tendrían algún aviso (sin considerar ya a quién ayudaría el aviso pues los que habían de recibirlo estaban ya a seis y siete millas de la cárcel y aún seguían alejándose de ella tan deprisa como él se aventuraba a espolear al caballo) porque si Beat Four se proponía ir al pueblo aquella noche pronto debería empezar él a cruzarse con sus habitantes (o ellos a cruzarse con él)... los coches abollados manchados de barro, sus camionetas vacías donde cargaban el ganado y la leña, y los caballos ensillados y las mulas. Pero por el momento no se había cruzado con nada desde que había salido del pueblo. La carretera se extendía vacía y pálida ante él y detrás de él; casas y cabañas sin luces pasaban encogidas o acechantes a los lados, el campo oscuro se perdía en una oscuridad empapada de olor a tierra arada y de cuando en cuando invadía la carretera un perfume denso de huertos floridos que él atravesaba cabalgando como madejas estancadas de humo y en fin quizá estuviesen llegando más de prisa de lo que hasta él había esperado y antes de que pudiera evitarlo había pensado *A lo mejor podemos, a lo mejor lo conseguimos al final*, antes de que pudiera saltar y alzarse y borrarlo y tacharlo del pensamiento no porque no creyera en realidad que tuvieran alguna posibilidad de lograrlo y no por no atreverse a concebir la totalidad de una esperanza querida o un deseo no digamos ya un deseo desesperado además que tú mismo has condenado sino porque pensarlo en palabras aun solo para sí era como la cerilla encendida que no elimina la oscuridad sino que solo desvela su horror... un débil fogonazo y un débil resplandor que muestra durante un segundo la negación irrevocable e inaplacable de la vacía carretera de la vacía y tenebrosa tierra.

Porque (ya casi allí; Aleck Sander y la señorita Habersham probablemente hubiesen llegado hacía ya treinta minutos largos y él albergó un segundo la esperanza de que Aleck Sander hubiese sido lo bastante previsor como para sacar la camioneta de la carretera donde podría verla cualquiera que pasase, y en el mismo segundo se dio cuenta de que lo había hecho por supuesto y en realidad no había dudado ni un instante de Aleck Sander sino de sí mismo hasta en el segundo en que dudó de Aleck Sander) no había visto ni un solo negro por la carretera desde que había salido del pueblo, cuando un domingo de mayo por la noche a aquella hora deberían haber sido tan continuos como las cuentas de un collar... los hombres y mujeres jóvenes y

chicas e incluso algunos viejos y viejas y hasta niños antes que se hiciera demasiado tarde, pero sobre todo los hombres los solteros jóvenes que desde el amanecer del lunes anterior habían aguantado en la pelada tierra la sacudida y el tirón del arado tras esforzadas y balanceantes mulas luego al mediodía del sábado se habían lavado y afeitado y puesto las camisas y pantalones limpios del domingo y habían recorrido los caminos polvorientos toda la noche del sábado y todo el día y toda la noche del domingo casi hasta el momento justo en que llegaran a casa y volvieran a poner el mono y los zapatones y a coger y aparejar las mulas y hasta cuarenta y ocho horas sin echarse en la cama salvo el breve espacio en que hubo en ella una mujer volver de nuevo al campo la punta del arado hincada en surco nuevo cuando asomara el sol del lunes: pero no entonces, aquella noche no: tampoco los había visto en el pueblo en las últimas veinticuatro horas salvo a Paralee y Aleck Sander pero eso él ya lo esperaba, se comportaban exactamente como tanto negros como blancos suponían que se comportaban los negros en un momento así; seguían allí aún, no habían huido, pero no se les veía; la sensación el sentimiento de su presencia y proximidad constantes: negros y negras y niños alentando y esperando en sus casas puertas, ventanas y contras cerradas, no encogidos arrinconados humillados, sin cólera y no con miedo solo: solo esperando, aguantando pues era un arma la suya que no podía igualar el blanco ni siquiera (si supiese) afrontarla: paciencia; no dejarse ver y no salir a escena... pero allí no, ninguna sensación sentimiento allí de una contigüidad amontonada, una oscura presencia humana invisible y firme; aquella tierra era un desierto y un testigo, aquella carretera vacía su postulado (aún habría de pasar algún tiempo para que comprendiera cuán lejos había llegado: un provinciano de Mississippi, un niño que al ponerse el sol aquel mismo día parecía aún —y hasta él lo hubiera creído, si se hubiera parado a pensarlo— un niño de pecho inconsciente en la larga tradición de su tierra natal... o en fin un inconsciente feto intentando nacer... aunque tenía conciencia de que había habido dolores... insensible y ciego y aún no despierto siquiera en el espasmo de salida simple e indo lora) del deliberado dar como una espalda única de todas las gentes de color en las que se fundaba la economía misma de la propia tierra, no con vehemencia o furia o pesadumbre sino en un rechazo irremediable invencible inflexible, no por afrenta racial sino por vergüenza humana.

Ya estaba allí; Highboy se puso tenso y hasta empezó a apretar un poco el paso, pese a las nueve millas, olía agua y pudo ya ver distinguir el puente o al menos el vacío de oscuridad más clara donde la carretera flanqueaba la negrura impenetrable de los sauces uniéndose al arroyo y entonces surgió de la barandilla del puente Aleck Sander; Highboy resopló luego le reconoció también, sin sorpresa, sin recordar ya siquiera que se había preguntado una vez si Aleck Sander habría tenido la previsión de esconder la camioneta, sin recordar siquiera que él había supuesto que sí, sin detenerse, obligando de nuevo a Highboy a ir al paso luego cruzando el puente aflojándole las riendas para desviarse de la carretera pasado el puente e ir bajando en

sacudidas rígidas de patas delanteras hacia el agua invisible un momento más y luego pudo ver también reflejado el recodo donde captaba el cielo: hasta que Highboy se detuvo y resopló de nuevo y se alzó de patas desmontándole casi.

—Huele las arenas movedizas —dijo Aleck Sander—. Déjale que se calme. También yo preferiría estar haciendo otra cosa.

Pero él bajó a Highboy un poco más allá por la orilla donde pudiese llegar hasta el agua pero de nuevo se resistió así que le desvió hacia atrás a la carretera y dejó libre el estribo para Aleck Sander, Highboy ya en marcha cuando montó Aleck Sander. «Por aquí», dijo este, pero ya él había desviado a Highboy de la grava al estrecho camino de tierra girando bruscamente hacia la sombra negra de los montes e iniciando en seguida la empinada y larga subida hacia los cerros aunque ya antes de que empezara la subida les llegó el olor continuado e intenso de los pinos sin viento aunque firme y compacto casi como una mano, palpable contra el cuerpo en movimiento como podría haberlo sido el agua. Aumentó la pendiente mas el caballo pese a la carga doble intentó subir a la carrera como era su costumbre en toda cuesta, cobrando velocidad y empuje hasta que él lo frenó con aspereza con las riendas y aun hubo a más de sujetarle fuerte a un paso irregular bamboleante y firme hasta que se extendió ante ellos la primera meseta y cuando Aleck Sander dijo «Aquí» otra vez surgió la señorita Habersham de la oscuridad a un lado del camino con el pico y la pala. Aleck Sander echó pie a tierra en cuanto Highboy se detuvo. Él le siguió.

—No os bajéis —dijo la señorita Habersham—. Ya tengo las herramientas y la linterna.

—Aún queda media milla —dijo él—. Cuesta arriba. Esto no es una silla de mujer, pero quizá pueda usted montar de lado. ¿Dónde está la camioneta? —le dijo a Aleck Sander.

—Detrás de aquellos matorrales —dijo Aleck Sander—. No vamos a hacer un desfile. Yo por lo menos.

—No, no —dijo la señorita Habersham—. Yo voy andando.

—Ahorraremos tiempo —dijo él—. Debe pasar ya de las diez. Es muy dócil. Lo de antes fue porque Aleck Sander tiró el pico y la pala...

—Está bien —dijo la señorita Habersham. Le dio las herramientas a Aleck Sander y se acercó al caballo.

—Siento que no sea... —dijo.

—Vamos —dijo ella, y le cogió las riendas y antes incluso que pudiera él poner la mano para el pie, lo metió en el estribo y subió a horcajadas ligera y presta como pudieran haberlo hecho él o Aleck Sander de modo que solo tuvo el tiempo justo para apartar la vista, percibiendo que ella la bajaba en la oscuridad hacia su cabeza girada.

—Vamos —dijo de nuevo—. Tengo setenta años. Y ya pensaremos en mi falda cuando hayamos acabado con esto —metiendo ella misma a Highboy por el camino antes de que tuviese él tiempo siquiera de tascar el freno, cuando Aleck Sander dijo:

—Sssssss —pararon, inmóviles en el efluvio largo invisible constante de los

pinos—. Baja una mula por el monte —dijo Aleck Sander.

Se lanzó en seguida a dar la vuelta al caballo. —Yo no oigo nada —dijo la señorita Habersham—. ¿Estás seguro?

—Sí —dijo él, sacando de nuevo a Highboy del camino—. Aleck Sander está seguro.

Y allí al lado de la cabeza de Highboy entre los árboles y la maleza, la otra mano en los ollares del animal por si este decidía relinchar al otro, él lo oyó también... el caballo o mula que bajaba con paso firme de las cumbres. Quizá no estuviera herrado; en realidad lo único que oía él era el rinchar del cuero y se preguntaba cómo había podido oírlo Aleck Sander (sin dudar un segundo de que lo hubiese oído) los dos minutos o más que había tardado el animal en llegar hasta ellos. Luego pudo o verlo o más bien ver por dónde pasaba: un bulto, un movimiento, una oscuridad más negra que la oscuridad contra el pálido polvo del camino, que proseguía su marcha cuesta abajo, el roce y el rinchar suave y continuo del cuero amortiguándose, luego perdiéndose. Pero ellos esperaron un poco más.

—¿Qué era lo que llevaba en la silla delante? —dijo Aleck Sander.

—Yo ni pude ver siquiera si iba un hombre montado en ella —dijo él.

—Yo no pude ver nada —dijo la señorita Habersham. Él sacó otra vez el caballo al camino—. Y si resulta que... —dijo ella.

—Aleck Sander lo oirá a tiempo —dijo él. Y una vez más se lanzó Highboy animoso y firme a la empinada cuesta, él con la pala asido al cuero bajo la pantorrilla firme y delgada de la señorita Habersham de un lado y Aleck Sander con el pico al otro, subiendo, avanzando bastante rápido por entre aquel olor intenso vivo fuerte de los pinos que hacía a los pulmones a la respiración lo que el vino [lo imaginó: él no lo había probado. Podría haberlo hecho (el sorbo de la comunión no contaba porque no solo era un sorbo sino que era agrio consagrado y áspero: la sangre inmortal de nuestro Señor no ha de saborearse, no viaja hacia abajo hacia el estómago sino hacia arriba y hacia fuera en la Omnisciencia entre bien y mal y elección y rechazo y aceptación eterna) en la mesa el Día de Acción de Gracias y en Navidad pero él no lo quería nunca] hacía al estómago. Estaban bastante arriba ya. Las cumbres se abrían y se espaciaban invisibles en la oscuridad pero con la sensación, la percepción de altura y espacio; de día podría haberlas visto, cordilleras y cordilleras de densos pinos que se perdían ondulantes hacia el este y el norte similares a las montañas concretas de Carolina y antes de eso en Escocia de donde procedían sus antepasados pero él no lo había visto aún, la respiración ya un poco entrecortada y no solo oía ya sino también sentía los ásperos y breves resoplidos de los pulmones de Highboy que pretendía subir a la carrera también aquella cuesta pese a llevar un jinete y arrastrar a otros dos, la señorita Habersham frenándole, conteniéndole hasta que salieron a la auténtica cumbre y Aleck Sander dijo de nuevo «Por aquí» y la señorita Habersham desvió el caballo del camino pero él no podía ver nada aún hasta que estuvieron fuera del camino y solo entonces distinguió el claro no porque fuese un claro sino porque en

una fina destilación de luz estelar se divisaba, un poco inclinada, donde la tierra se había hundido, la estrecha losa de una lápida de mármol. Y apenas alcanzaba a distinguir la iglesia (de gastada madera sin pintar y no mucho mayor que una cabaña de una sola estancia) ni cuando llevó a Highboy dando la vuelta por detrás de ella y ató las riendas a un arbolito y le soltó el bocado y volvió donde esperaban la señorita Habersham y Aleck Sander.

—Será la única que esté reciente —dijo—. Lucas dijo que no había habido aquí ningún entierro desde el invierno.

—Sí —dijo la señorita Habersham—. Y las flores además. Ya las encontró Aleck Sander.

Pero para cerciorarse (él pensó quedamente, sin saber para quién: *Sé que cometeré muchos más errores en mi vida pero no permitiré que este sea uno*) tapó la linterna con el pañuelo enrollado de modo que un rápido y delgado lápiz tocó un segundo la tierra desnuda con su pobre puñado de coronas y ramos de flores hasta capullos sueltos y luego otro segundo la lápida de al lado, lo suficiente para permitir ver el nombre grabado: *Amanda Workitt esposa de N. B. Forrest Gowrie 1878-1926* y luego la apagó y todo quedó de nuevo envuelto en la oscuridad y el aroma intenso de los pinos y se quedaron un momento junto al montículo de tierra, sin moverse.

—Me fastidia hacer esto —dijo la señorita Habersham.

—No es usted la única —dijo Aleck Sander—. Hay media milla de vuelta hasta la camioneta. Cuesta abajo además.

Se puso en marcha ella; ella fue la primera.

—Quitad las flores —dijo—. Con cuidado. ¿Podéis ver?

—Sí —dijo Aleck Sander—. No hay muchas. Además parece que las hubiesen tirado de cualquier manera.

—Pues eso nosotros no lo haremos —dijo la señorita Habersham—. Quitadlas con cuidado.

Y debían ya ser cerca de las once; quizá no hubiese tiempo; tenía razón Aleck Sander; debían volver a la camioneta y arrancar, volver al pueblo y cruzarlo y seguir, no parar, sin tiempo siquiera para pensar por tener que seguir conduciendo, manteniendo la camioneta en marcha para seguir corriendo, no volver jamás; pero nunca habían tenido tiempo en realidad; lo habían sabido ya antes de salir de Jefferson y él pensó por un instante que si Aleck Sander hubiese dicho lo que había dicho en serio no habría ido hasta allí y entonces él hubiera ido solo y entonces (rápidamente) no pensaría más en aquello, Aleck Sander utilizando la pala para el primer turno mientras él utilizaba el pico aunque la tierra aún estaba tan suelta que no hacía falta el pico en realidad (y si no hubiese estado suelta les habría sido imposible del todo a la luz del día); con dos palas habría sido mejor y también más rápido pero de nada valía ya pensar eso hasta que de pronto Aleck Sander le pasó la pala y salió de la fosa y desapareció y (sin usar siquiera la linterna) con aquel extraño sentido superior a la vista y al oído con que había percibido que lo que Highboy olfateaba en

el arroyo eran arenas movedizas y con que había descubierto que el caballo o la mula bajaba por la cuesta un buen minuto antes de que él o la señorita Habersham pudieran empezar a oírlo, volvió con una tabla ancha y ligera de forma que ambos tenían ahora palas y pudo oír el *chuc* y luego un rumor leve cuando Aleck Sander hundía la tabla en la tierra y echaba la paletada hacia arriba y afuera, resollando, diciendo «¡jaj!» a cada paletada... un rumor fiero violento contenido, cada vez más de prisa hasta que el jadeo era casi tan rápido como el de alguien que corre: «¡Jaj!... ¡Jaj!... ¡Jaj!» así que le dijo por encima del hombro:

—Calma, calma. Vamos muy bien —y se irguió un momento para enjugarse el sudor de la cara viendo como siempre a la señorita Habersham de perfil inmóvil contra el cielo sobre él con el sencillo vestido de algodón y el sombrero redondo encasquetado en la cabeza, como pocas personas la habían visto en cincuenta años y probablemente nadie nunca migrando desde el fondo de una tumba a medio profanar: más de medio profanada ya pues al ir a palear de nuevo oyó un súbito choque de madera con madera y a Aleck Sander que decía con voz aguda:

—Vamos. Sal de ahí y déjame sitio —y tiró la tabla fuera y le arrebató la pala de las manos y él salió de la fosa y cuando se erguía tanteando la señorita Habersham le pasó la cuerda enlazada.

—También la linterna —dijo él y ella se la entregó y él se irguió también esperando mientras el efluvio de los pinos firme intenso e inmóvil iba enfriando el sudor de su cuerpo hasta que sintió la camisa húmeda fría en la piel e invisible bajo él en la fosa raspada y rozaba la madera la pala, e inclinándose y tapando la luz otra vez enfocó con la linterna la tapa sin pintar de la caja de pino y luego la apagó.

—Está bien —dijo—. Basta ya. Sal —y Aleck Sander con la última palada de tierra soltó también la pala, lanzándolo todo en un arco fuera de la fosa como una jabalina y siguiendo a la pala y la tierra en un mismo impulso y él con la cuerda y la luz saltó a la fosa y fue entonces cuando se dio cuenta de que necesitaría una palanca... algo para abrir la tapa y lo único de aquel género a mano sería lo que pudiese tener por casualidad la señorita Habersham en la camioneta a media milla de distancia y había que volver andando cuesta arriba, agachándose para tantear, examinar el cierre o lo que hubiera que forzar cuando descubrió que la tapa no estaba cerrada en absoluto: así que poniéndose a horcajadas sobre ella sosteniéndose sobre un pie, logró abrirla y levantarla y empujarla con el codo mientras tiraba de la cuerda y localizaba la punta y encendía la linterna y la enfocaba hacia abajo y luego dijo «Un momento». Dijo «Un momento». Aún estaba diciendo «Un momento» cuando oyó por fin hablar a la señorita Habersham en un susurro siseante:

—Charles... Charles...

—Este no es Vinson Gowrie —dijo él—. Este hombre se llama Montgomery. Es un comprador de madera de poca monta forastero del condado de Crossman.

CAPÍTULO V

Tuvieron que llenar otra vez la fosa hasta arriba claro y además él tenía el caballo. Pero aun así faltaba un buen rato para amanecer cuando dejó a Highboy con Aleck Sander en la portilla del prado e intentó recordó entrar de puntitas en casa pero inmediatamente su madre en camisón y con el pelo suelto gimió al lado justo de la puerta de entrada: «¿Dónde has estado?» luego le siguió hasta la puerta de su tío y luego mientras su tío y se ponía algo encima: «¿Tú? ¿Abriendo una tumba?» y él con una especie de paciencia cansina infatigable, ya casi exhausto de cabalgar y cavar y luego volver a rellenar la fosa y luego cabalgar y volver otra vez logrando no sé cómo mantenerse aquel paso por delante de lo que no había esperado en realidad lograr jamás:

—Aleck Sander y la señorita Habersham ayudaron también —lo cual si algo pareció cambiar las cosas fue para peor aunque ella aún no se había puesto escandalosa: solo asombrada inexpugnable hasta que su tío salió vestido del todo con corbata incluso aunque sin afeitarse y dijo:

—Oye, Maggie, ¿quieres despertar a Charley, por favor? —Luego volvió siguiéndoles a la puerta de entrada y dijo esta vez (y él volvió a pensar que no podías ganarles nunca realmente por su fluidez que no solo era una capacidad de movilidad sino una voluntad de abandonar con la presteza inmaterial del viento no solo posiciones sino también principios; no tenías que ordenar tus fuerzas porque ya estaban: artillería superior, autoridad, justicia recta y precedente y uso y todo lo demás y lanzabas tu ataque y arrasabas el campo, lo barrías todo ante ti... o eso creías hasta que descubrías que el enemigo no había retrocedido en absoluto sino que había abandonado el campo ya y que no solo había abandonado el campo sino que había usurpado de paso tu grito de guerra; creías que habías tomado una ciudadela y luego descubrías que solo habías entrado en posición insostenible y luego descubrías que la batalla volvía a surgir intacta e incluso inadvertida por la desprotegida y descuidada retaguardia) ella dijo:

—¡Pero cuándo va a dormir! ¡Aún no se ha acostado siquiera! —Así que él esperó hasta que su tío dijo, le susurró:

—Vamos. ¿Qué pasa, hombre? No sabes que el más fuerte que tú y que yo lo mismo que la vieja Habersham era más fuerte que tú y que Aleck Sander juntos; podrías haber ido hasta allí sin que ella te llevara de la mano pero Aleck Sander no hubiese ido y no estoy seguro siquiera que hubieses ido tú cuando empezaras a pensarlo —así que siguió también junto a su tío hacia la camioneta donde estaba sentada la señorita Habersham detrás del coche estacionado de su tío (anoche estaba en el garaje a las nueve en punto; luego cuando tuviera tiempo tenía que acordarse de preguntarle a su tío adónde le había mandado a buscarle su madre exactamente).

—Retiro aquello —dijo su tío—. Mejor olvidarlo. De la boca del niño y de la anciana —parafraseó—... muy cierto, como suele suceder con tantas verdades, lo que

ocurre es que a uno no le gusta que se lo pasen por las narices a las tres de la madrugada. Y tampoco olvides a tu madre, aunque, claro, no puedes; ya se ha ocupado ella de eso hace mucho. Basta que recuerdes que pueden soportar cualquier cosa, aceptar cualquier hecho (únicamente los hombres eluden los hechos) siempre que no tengan que afrontarlo; pueden asimilarlo todo mirando hacia otro lado y con una mano abierta a la espalda como hacen los políticos para aceptar sobornos. Mírala: dedicará una vida larga feliz satisfecha a no cejar nunca en su propósito de no perdonarte que sepas abotonarte ya tú solo los pantalones.

Y aún faltaba un buen rato para que amaneciera cuando su tío paró el coche junto a la casa del sheriff y encabezó la marcha por el corto camino y la alquilada galería. (Aunque no podía sucederse a sí mismo, pese a que era ya su tercer mandato, el tiempo que llevaba el sheriff Hampton en el ejercicio de su cargo era en realidad casi el doble de sus doce años de servicio. Era un campesino, labrador e hijo de labradores cuando le eligieron la primera vez y ahora era propietario de casa y hacienda, la casa donde había nacido, y vivía en la alquilada del pueblo durante el período en que ejercía su cargo y volvía luego al campo, su hogar verdadero, cada vez que expiraba su mandato, para vivir allí hasta que podía presentarse de nuevo para sheriff y salir elegido).

—Ojalá no tenga el sueño muy pesado —dijo la señorita Habersham.

—No está durmiendo —dijo su tío—. Está preparándose el desayuno.

—¿Preparándose el desayuno? —dijo la señorita Habersham: y entonces él se dio cuenta de que pese a la espalda tiesa y al sombrero que no se le había movido nunca de la cúspide misma de la cabeza como si lo mantuviera allí prendido no con imperdibles o alfileres sino simplemente por la rigidez inflexible del cuello, lo mismo que las negras portan la colada de toda una familia, la señorita Habersham estaba también al borde del agotamiento por la tensión y la falta de sueño.

—Es un campesino —dijo su tío—. Todo lo que come después de amanecer lo considera cena. La señora Hampton está en Memphis con su hija, que va a dar a luz y la única mujer capaz de hacerle el desayuno a un hombre a las tres y media de la madrugada es su mujer. Ninguna cocinera a sueldo del pueblo vendría a hacérselo. Las criadas del pueblo vienen a una hora decente, hacia las ocho, y lavan los platos.

Su tío no llamó. Empezó a abrir la puerta luego se detuvo y miró tras ellos dos, hacia donde estaba Aleck Sander al pie de los escalones.

—Y no creo que tengas que quedarte fuera solo porque tu mamá no vote —le dijo a Aleck Sander—. Tú entras también.

Luego abrió la puerta e inmediatamente olieron café y carne de cerdo haciéndose, siguieron por el linóleo hacia la luz desvaída del final del pasillo, cruzaron luego el comedor de suelo de linóleo y muebles alquilados entrando en la cocina, en la explosión alegre y activa de una cocina de leña, donde estaba el sheriff delante de una sartén chisporroteante en camiseta y pantalones y calcetines, los tirantes colgando y el pelo revuelto y enredado de sueño como el de un niño de diez años, una espátula

en una mano y en la otra un paño de cocina. El sheriff había vuelto ya su enorme rostro hacia la puerta antes de que entraran y él contempló los ojillos pálidos y duros que pasaron de su tío a la señorita Habersham a él y luego a Aleck Sander y aun así no fueron los ojos los que se ensancharon durante aquel segundo sino las pupilas diminutas negras y duras que se habían contraído en el recorrido como cabezas de alfileres. Pero el sheriff no dijo nada aún, solo miraba ya a su tío y las pupilas duras y diminutas parecieron ensancharse ya de nuevo incluso como la espiración que afloja el pecho mientras los tres miraban silenciosos y firmes al sheriff su tío lo explicó rápido y sucinto y resumido, desde el momento en que en la cárcel la noche anterior su tío había comprendido que Lucas había empezado a decirle (o más bien a pedirle) algo, al momento en que él había entrado en la habitación de su tío hacía diez minutos y le había despertado, se detuvo luego y vieron otra vez que los duros ojillos zas, zas, zas, recorrían tres rostros luego volvían al de su tío, mirando fijo a este durante un cuarto de minuto casi sin un pestañeo. Luego el sheriff dijo:

—No vendrían ustedes aquí a las cuatro de la madrugada con semejante historia si no fuese cierta.

—No se trata solo de dos chicos de dieciséis años —dijo su tío—. Piense que fue también la señorita Habersham.

—No tiene por qué recordármelo —dijo el sheriff—. No lo he olvidado. Ni creo que lo olvide nunca.

Luego el sheriff se volvió. Un hombre gigantesco también cincuentón, que parecía incapaz de moverse con rapidez y no parecía hacerlo en realidad, pero había cogido otra sartén de un clavo de la pared detrás de la cocina y ya estaba volviéndose a la mesa (donde él advirtió, vio por primera vez el trozo de carne ahumada) antes de que pareciese haberse movido siquiera, cogiendo un cuchillo grande que había junto a la carne aun antes que su tío pudiera empezar a hablar:

—¿Hay tiempo para eso? Tiene usted sesenta millas hasta Harrisburg si quiere ver al fiscal del distrito; tendrá que llevarse a la señorita Habersham y a estos chicos como testigos para intentar convencerle de que extienda la solicitud para la exhumación del cadáver de Vinson Gowrie...

El sheriff limpió rápidamente el mango del cuchillo con el paño de cocina.

—Creí que me había dicho usted que Vinson Gowrie no estaba en esa tumba.

—Oficialmente sí lo está —dijo su tío—. Según el registro del condado. Y si usted que vive aquí y conoce a la señorita Habersham y me conoce a mí de toda su vida política, tuvo que preguntármelo dos veces, ¿qué cree usted que hará Jim Halladay?... Luego hay otras sesenta millas de vuelta con los testigos y la solicitud y ha de conseguir que el juez Maycox extienda una orden...

El sheriff dejó caer en la mesa el paño de cocina.

—¿Tengo que hacer eso? —dijo mansamente, casi distraído: de modo que su tío se le quedó mirando muy quieto mientras él se volvía hacia la mesa, el cuchillo en la mano.

—Eh —dijo su tío.

—He pensado otra cosa —dijo el sheriff—. Me extraña que no lo haya pensado usted también. O quizá lo ha pensado.

Su tío miró al sheriff fijamente. Luego, Aleck Sander (era el que estaba el último, aún no había pasado del todo del comedor a la cocina) dijo con una voz tan suave e impersonal como si estuviera leyendo en voz alta una frase publicitaria que anunciara un objeto que ni poseyese ni esperase nunca desear:

—Quizá no fuese una mula. Tal vez fuese un caballo. —Quizá se le haya ocurrido a usted ya —dijo el sheriff.

—Oh —dijo su tío—. Sí —dijo. Pero ya estaba hablando la señorita Habersham. Le había lanzado una mirada brusca y dura a Aleck Sander pero ahora miraba al sheriff otra vez con la misma brusquedad y dureza.

—Me parece que sí —dijo—. Y creo que nos merecemos que no anden con secretos.

—Yo también lo creo, señorita Eunice —dijo el sheriff—. Solo que el que debe estudiar el asunto ahora mismo no está en esta casa.

—Oh —dijo la señorita Habersham. «Sí» dijo también. Dijo «Por supuesto», poniéndose en marcha ya, encontrándose con el sheriff a medio camino entre la mesa y la puerta y cogiéndole el cuchillo y siguiendo hasta la mesa después que él se cruzase con ella y siguiera hacia la puerta, luego su tío él luego Aleck Sander apartándose al pasar el sheriff hacia el comedor y cruzar hacia el pasillo a oscuras, cerrando luego la puerta; y entonces él se preguntó por qué no habría terminado de vestirse el sheriff al levantarse de la cama; a un individuo al que no le importaba levantarse o tenía que o se levantaba en fin a las tres y media de la madrugada a prepararse el desayuno no podía importarle levantarse cinco minutos antes y tener tiempo para ponerse también la camisa y los pantalones entonces habló la señorita Habersham y él la recordó; la presencia de una dama claro por eso había ido a ponerse la camisa y los pantalones sin esperar siquiera el desayuno y la señorita Habersham habló y él dio un respingo, sin moverse, saliendo del sueño, pues llevaba dormido varios segundos minutos quizá de pie igual que los caballos pero la señorita Habersham estaba mirando aún el trozo de carne por el borde para cortar la primera tajada. La señorita Habersham dijo:

—¿No puede telefonar a Harrisburg y que luego el fiscal del distrito telefonee también al juez Maycox?

—Eso es lo que está haciendo —dijo Aleck Sander—. Telefoneando.

—Quizá fuera mejor que salieras al pasillo para oír bien lo que dice —dijo su tío a Aleck Sander. Luego su tío volvió a mirar a la señorita Habersham; también se fijó él en cómo cortaba ella con mucha rapidez tajada tras tajada de carne magra tan rápido y hasta casi con la misma perfección con que podría hacerlo una máquina—: El señor Hampton dice que no necesitaremos ningún documento. Podemos resolverlo nosotros sin molestar al juez Maycox...

La señorita Habersham soltó el cuchillo. No lo dejó sobre la mesa, solo abrió la mano y sin cambiar de posición cogió el paño de cocina y estaba ya limpiándose las manos cuando dejó la mesa cruzando la cocina hacia ellos más de prisa, bastante más incluso que el sheriff.

—¿Entonces qué hacemos aquí perdiendo el tiempo? —dijo—. ¿Esperando a que él se ponga la corbata y la chaqueta?

Su tío se plantó en seguida delante de ella.

—No podemos hacer nada en la oscuridad —le dijo—. Tenemos que esperar a que amanezca.

—Nosotros no esperamos —dijo la señorita Habersham. Luego se detuvo; si no habría tenido que pasar por encima de su tío aunque este no la tocaba, solo estaba plantado allí entre la puerta y ella hasta que ella tuvo que pararse por un segundo al menos para que su tío se apartara. Y él también la miraba, firme, delgada, casi sin formas, el vestido recto de algodón bajo la precisión redonda del sombrero y él pensó *Es demasiado vieja para esto* y luego se corrigió; *Una mujer una señora no debería tener que hacer esto* y recordó la noche anterior cuando había salido del despacho y había cruzado el patio de atrás y había silbado llamando a Aleck Sander y sabía que entonces estaba seguro (y aún lo estaba ahora) de que habría ido solo aunque Aleck Sander hubiera persistido en su negativa pero solo cuando la señorita Habersham rodeó la casa y fue a hablar con él supo que iba a hacerlo de verdad y recordó de nuevo lo que le había dicho el viejo Ephraim cuando encontraron el anillo debajo del comedero de los cerdos: *Si tiene que hacer algo fuera de lo normal y no puede esperar, no pierda el tiempo con los hombres; ellos trabajan con lo que su tío llama las reglas y los casos. Acuda a las mujeres y a los niños; ellos trabajan con las circunstancias.* Entonces se abrió la puerta del pasillo. Oyó al sheriff cruzar el comedor hasta la puerta de la cocina. Pero no entró en la cocina. Se detuvo a la puerta. Se quedó quieto allí después incluso de que la señorita Habersham dijera con voz áspera, furiosa casi:

—¿Bueno? —Y no se había puesto los zapatos ni se había subido siquiera los tirantes que seguían colgándole y no parecía haber oído en absoluto a la señorita Habersham: estaba simplemente allí acechante corpulento en la puerta mirando a la señorita Habersham (no el sombrero ni los ojos ni la cara siquiera: solo a ella) igual que mirarías una serie de signos en ruso o en chino que alguien en quien confíases plenamente te hubiera dicho que significaban tu nombre, diciendo al fin con tono caviloso y vacilante:

—No —volviendo luego la cabeza para mirarle a él diciendo—: Ni tú tampoco —volviendo luego la cabeza aún más hasta mirar a Aleck Sander que alzó los ojos hacia el sheriff luego los bajó y luego volvió a alzarlos.

—Tú —dijo el sheriff—. Tú eres el indicado. Tú fuiste allí de noche y ayudaste a desenterrar a un muerto. No solo eso, a un blanco muerto que los demás blancos afirmaban que había sido asesinado por otro negro. ¿Por qué? ¿Porque te obligó la

señorita Habersham?

—No, nadie me obligó —dijo Aleck Sander—. Ni siquiera sabía que iba a ir. Ya le había dicho a Chick que no pensaba ir pero cuando llegamos a la camioneta los dos parecían dar por supuesto que iba a ir sin remisión y antes de que pudiese darme cuenta estaba metido en el asunto.

—Señor Hampton —dijo la señorita Habersham. Entonces el sheriff la miró. Hasta la oyó esta vez.

—¿Aún no ha acabado usted de cortar la carne?

Traiga acá ese cuchillo. —Y la cogió del brazo, obligándola a volver a la mesa—. ¿Es que no ha trajinado usted bastante esta noche? Dentro de quince minutos habrá amanecido y la gente no empieza un linchamiento en pleno día. Podrían terminarlo de día en caso de poca resistencia o de mala suerte o de retraso. Pero no lo empiezan nunca de día porque entonces tendrían que verse las caras entre ellos. ¿Cuántos pueden comer más de dos huevos?

Dejaron a Aleck Sander con su desayuno en la mesa de la cocina y llevaron los suyos al comedor. Él y su tío y la señorita Habersham con la fuente de huevos fritos y carne y los bollos hechos la noche antes y calentados al horno que estaban como tostadas casi y la jarra de café en la que habían hervido juntos los posos sin colar y el agua hasta que al sheriff se le había ocurrido retirarla de la parte más caliente de la plancha de la cocina; eran cuatro aunque el sheriff había puesto cinco platos y apenas se habían sentado cuando alzó la cabeza el sheriff escuchando aunque él por su parte no oía nada, luego se levantó y salió al pasillo a oscuras y siguió hacia la parte de atrás de la casa y luego él oyó el ruido de la puerta trasera y el sheriff regresó con Will Legate aunque sin la escopeta y él volvió la cabeza lo suficiente para mirar por la ventana que tenía detrás y sí, no cabía duda, había amanecido.

El sheriff sirvió los platos mientras su tío y Legate le pasaban sus tazas y la del sheriff a la señorita Habersham que tenía la jarra del café. Luego de pronto le pareció que llevaba mucho tiempo oyendo al sheriff hablar desde muy lejos diciendo «... chico... chico...» luego «Despiértele, Gavin. Que desayune antes de acostarse»: y dio un respingo, aún era de día solo, la señorita Habersham aún estaba sirviendo café en la misma taza y él empezó a comer, masticando e incluso tragando, subiendo y bajando como si siguiese el movimiento de la masticación por el cenagal profundo blando insondable del sueño, dentro luego fuera de las voces que ronroneaban viejas cosas terminadas que no eran ya asunto suyo: la del sheriff:

—¿Conoces a Jake Montgomery, del condado de Grossman? Uno que ha estado viniendo al pueblo los últimos seis meses o así —luego la de Legate:

—Claro. Una especie de comprador de madera de tres al cuarto. Antes llevaba un local que él llamaba restaurante al otro lado de la frontera de Tennessee junto a Memphis, aunque no conocí a nadie que se atreviese a comprar nada que hubiese que masticar allí dentro, hasta que fue un tipo y le mataron allí dentro una noche hace dos años. Nunca se supo lo que tuvo que ver Jake con el asunto pero la policía de

Tennessee le obligó a cruzar otra vez la frontera de Mississippi solo por si acaso. Creo que anda desde entonces por la finca de su padre que queda pasado Glasgow. Quizá esté esperando hasta que le parezca que la gente ha olvidado ya el otro asunto para establecerse en otro sitio en una carretera con un agujero bien grande debajo donde pueda esconder una caja de whisky.

—¿Qué andaba haciendo por aquí? —dijo el sheriff: luego Legate:

—Comprando madera, ¿no? No andaban él y Vinson Gowrie... —luego Legate dijo con una inflexión apenas perceptible, «¿Andaba?» y luego sin ninguna inflexión ya: «¿Qué anda haciendo?» y él esta vez, su propia voz indiferente por el margen blando y hondo del sueño, demasiado indiferente ya para molestarse en apreciar si lo hacía en voz alta o no:

—No anda haciendo ya nada.

Pero fue mejor después, fuera ya de la casa cálida y rancia de nuevo al aire, la mañana, el sol en una estela única (alta leve áurea equilibrada) en las ramas más altas de los árboles, dorando la masa encumbrada obesa inmóvil del depósito de agua del pueblo en alargamiento patas de araña contra el azul los cuatro en el coche de su tío otra vez con el sheriff apoyado ahora sobre la ventanilla del volante, vestido ya además con una llamativa corbata naranja y amarilla, diciéndole a su tío:

—Lleve a la señorita Eunice a casa para que pueda dormir un rato. Yo pasaré por su casa dentro de una hora más o menos...

La señorita Habersham que iba delante con su tío dijo «Bah». Nada más. No soltó ningún exabrupto. No hacía falta. Aquello era mucho más claro y definitivo que un simple exabrupto. Se echó hacia adelante para mirar al sheriff por detrás de su tío.

—Usted coja el coche y váyase a la cárcel o a donde sea a por alguien que cave esta vez. Tuvimos que volver a rellenar la fosa porque sabíamos que ustedes no lo creerían a menos que fueran a verlo. Vamos —dijo—. Nos veremos allí. Vamos —dijo.

Pero el sheriff no se movía. Él le oía respirar, inmenso subterrenal parsimonioso, parecía casi como si suspirara.

—No sé en su caso claro —dijo el sheriff—. Una señora que solo tiene que alimentar y que cuidar y que dar agua a más de dos mil pollos y que atender un huerto de apenas cinco acres puede que no tenga que hacer nada en todo el día. Pero estos chicos tienen que ir a la escuela. Yo al menos no sé de ninguna norma escolar que conceda fiesta para ir a desenterrar cadáveres.

Y esto ya la contuvo. Pero aún no se acomodó en el asiento. Aún siguió echada hacia adelante para poder ver al sheriff por detrás de su tío y él volvió a pensar

Es demasiado vieja para esto, para tener que hacer esto; solo que si ella no lo hubiese hecho entonces habrían tenido que hacerlo él y Aleck Sander, lo que ella y el tío y el sheriff los tres y su madre y su padre y Paralee también denominarían niños... no lo habrían hecho pero habrían tenido que hacerlo para preservar no ya la justicia y la honestidad sino la inocencia: y pensó en el hombre que tenía que matar al parecer

al hombre no por un motivo o una razón sino solo por la causa la necesidad la compulsión de tener que matarle, inventando creando su motivo y razón después para poder seguir aún entre los hombres como un ser racional: quienquiera que hubiese tenido que matar a Vinson Gowrie le había desenterrado después de muerto y había matado a otro para colocarle en su tumba vacía de modo que fuese quien fuese pudiese descansar; y los parientes y vecinos de Vinson Gowrie que tendrían que matar a Lucas o a alguien a cualquiera, no importaba en realidad a quién, para poder tumbarse y respirar con calma e incluso afligirse también con toda calma y así descansar. El tono del sheriff fue suave, casi hasta dulce:

—Váyase a casa. Usted y estos chicos lo han hecho muy bien. Es muy probable que hayan salvado una vida. Ahora váyase a casa y deje que nos ocupemos nosotros del resto. No será un lugar adecuado para una señora.

Pero la señorita Habersham solo había hecho un alto y no por mucho tiempo.

—Tampoco lo era anoche para un hombre.

—Espere, Hope —dijo su tío. Luego se volvió a la señorita Habersham:

—Su puesto está aquí en el pueblo —dijo—. ¿Es que no se da cuenta?

Entonces la señorita Habersham miró a su tío. Pero aún no se había retrepado en el asiento, aún sin ceder terreno a nadie; observando, no era ni mucho menos como si hubiese cambiado un adversario por otro sino como si sin pausa ni titubeo les hubiera aceptado a ambos, sin pedir cuartel y sin quejarse.

—Will Legate es un labrador —dijo su tío—. Además lleva toda la noche sin dormir. Tendrá que ir a casa a atender sus cosas un rato.

—¿Es que el señor Hampton no tiene otros ayudantes? —dijo la señorita Habersham—. ¿Para que están?

—Son solo hombres con armas —dijo su tío—. El propio Legate ya nos dijo a Chick y a mí anoche que si hubiese un número suficiente de hombres que se decidiesen y mantuviesen su decisión pasarían por encima de él y del señor Tubbs. Pero si una mujer, una señora, una señora blanca... —se detuvo; paró; se miraron fijamente; observándoles pensó de nuevo en su tío y en Lucas en la celda la noche anterior (había sido la noche anterior, por supuesto; parecía que hubiesen pasado años); excepto por el hecho de que su tío y la señorita Habersham se miraban en realidad los ojos materiales en vez de aplicarse recíprocamente aquella concentración absoluta de todos los sentidos en cuya suma la mera y torpe percepción falible pesaba poco más de lo que pesaría la capacidad de leer sánscrito, era como si estuviese contemplando a los dos últimos jugadores que seguían pujando en una partida de póker—... se sentase allí simplemente, a la vista, donde el primero que pase pueda correr la voz mucho antes incluso de que Beat Four pueda darle a la manivela para poner en marcha la camioneta y salir hacia el pueblo... mientras nosotros vamos allí y liquidamos este asunto definitivamente, para siempre...

La señorita Habersham se echó hacia atrás muy despacio hasta apoyar la espalda en el respaldo del asiento. Dijo:

—Así que he de estar allí al pie de aquella escalera sentada con las faldas estiradas o quizá mejor con la espalda apoyada en la balaustrada y un pie en la pared de la cocina de la señora Tubbs mientras ustedes los hombres que no tenían ni un minuto libre ayer para hacerle a ese viejo negro unas cuantas preguntas por lo que tuvo que recurrir en última instancia a un muchacho a un niño...

Su tío no dijo nada. El sheriff se inclinó sobre la ventanilla lanzando inmensos suspiros subterráneos, no respirando con fuerza sino solo como parece tener que respirar un hombre grande. La señorita Habersham dijo:

—Quiero ir antes a casa. Tengo que remendar unas cosas... No voy a estarme toda la mañana allí sentada sin hacer nada para que la señora Tubbs piense que ha de salir a darme palique. Primero llévenme a casa. Hace una hora comprendí que usted y el señor Hampton tienen mucha prisa y mucha urgencia pero podrán dedicar un poquito de tiempo a eso. Aleck Sander puede traerme la camioneta a la cárcel cuando vaya a la escuela y dejarla delante de la portilla.

—De acuerdo —dijo su tío.

CAPÍTULO VI

Así que llevaron a la señorita Habersham a casa, a las afueras del pueblo y cruzaron el escabroso y descuidado bosquecillo de cedros hasta el columnado pórtico sin pintar donde se bajó y entró en la casa y pareció cruzarla sin parar siquiera porque inmediatamente pudieron oírla en la parte de atrás gritándole a alguien (probablemente el viejo negro que era hermano de Molly y cuñado de Lucas) con su vigorosa voz fatigada y un poco chillona por la falta de sueño y el esfuerzo, luego volvió a salir con una caja grande de cartón, llena de lo que parecía una colada sin planchar e inertes y largas redes y sartas de medias y volvió a subir al coche y la llevaron hasta la plaza cruzando las calles matinales frescas y silenciosas: las casonas viejas de madera ya casi en ruinas de la lejana fundación de Jefferson se alzaban como la de la señorita Habersham al fondo de jardines y bosquecillos escabrosos y descuidados llenos de árboles viejos y enraizados arbustos aromáticos y floridos cuyos nombres la mayoría de las personas de menos de cincuenta no conocían ya y que aunque viviesen niños en ellas parecían pese a todo hechizadas por los fantasmas de mujeres, viejas aún y solteras y viudas esperando aún setenta y cinco años después a que el lento telégrafo les trajese noticias de batallas en Tennessee y Virginia y Pennsylvania, que no daban ya siquiera de frente a la calle sino que la atisbaban por encima de los modernísimos hombros de las casitas pulcras y nuevecitas de una sola planta proyectadas en Florida y California provistas de sus garajes correspondientes con sus limpias parcelas de yerba recortada y sus monótonos setos de flores, tres y cuatro había ahora, una subdivisión ya de lo que cinco años antes se había considerado algo pequeño para un jardincillo delantero aceptable, donde vivían las prósperas parejas de matrimonios jóvenes dos hijos cada una y (en cuanto podían permitírsele) un automóvil y el carné del club de campo/de los clubs de bridge y de los jóvenes rotarios y de la cámara de comercio y los artilugios eléctricos patentados para cocinar y congelar y limpiar y las sirvientas de color pulcras e inmaculadas con tocas de volantes para manejarlos y hablar por teléfono entre ellas de una casa a otra mientras las señoras, sandalias y pantalones y uñas de los pies pintadas fumaban cigarrillos manchados de carmín con sus bolsas de compra en los supermercados y en las tiendas.

O habrían estado y deberían haber estado; domingo y podrían haberlo disculpado, aceptado un día sin nadie para enchufar y desenchufar las canturreantes aspiradoras y accionar los mandos de las cocinas como un día libre una fiesta o quizá una celebración como un bautizo una excursión o un importante funeral pero era lunes ya, un nuevo día y una nueva semana, había terminado ya el descanso y la necesidad de ocupar el tiempo y de evitar el aburrimiento, los niños preparados para ir al colegio y el marido y padre para la tienda o la oficina o para rondar por el despacho de la Western Union donde llegaban cada hora los informes sobre el algodón; había que preparar el desayuno y llegaba ya el pandemoníaco tráfigo del éxodo pero aún no se

había visto ningún negro... las jóvenes con el pelo desrizado y maquillaje y las ropas claras primorosas de la mañana compradas por correo que no se pondrían siquiera las tocas y los delantales de Harper's Bazaar hasta que estuvieran en las cocinas blancas y las viejas con el vestido de zaraza y de percal de confección casera hasta el tobillo que llevaban siempre los delantales largos y lisos hechos en casa de modo que no eran ya un símbolo sino una prenda de ropa, ni siquiera los hombres que deberían haber estado ya segando el césped recortando los setos; ni siquiera (cruzando ya la plaza) los equipos del servicio municipal de limpieza que deberían estar regando ya la calle con mangueras y barriendo los periódicos dominicales desechados y los paquetes de cigarrillos vacíos; ya cruzada la plaza y siguiendo hacia la cárcel donde su tío se bajó también y acompañó a la señorita Habersham por el camino de entrada y por los escalones y por la puerta abierta aún donde él aún pudo ver la silla vacía de Legate apoyada aún contra la pared y luego dio otro respingo saliendo materialmente de la oscuridad larga suave intemporal vertiginosa del sueño para descubrir como siempre que no había pasado tiempo, que su tío aún estaba poniéndose el sombrero y daba vuelta para regresar por el camino al coche. Luego pararon en casa, Aleck Sander fuera del coche ya y rodeando la casa y desapareciendo y él dijo:

—No.

—Sí —dijo su tío—. Tienes que ir a clase. O mejor aún, a la cama a dormir... Sí —añadió bruscamente—: Y Aleck Sander también. Debe quedarse en casa hoy también. Porque no se puede hablar de esto. Ni una palabra hasta que hayamos terminado. ¿Comprendes?

Pero no le estaba escuchando, él y su tío no hablaban siquiera de lo mismo, ni siquiera cuando él dijo «No» otra vez y su tío fuera del coche ya girando hacia la casa paró y volvió la vista hacia él y se quedó quieto mirándole un buen rato y luego dijo:

—Estamos haciendo las cosas al revés, ¿verdad? Debería ser yo el que te preguntase a ti si podía ir.

Porque él estaba pensando en su madre, no solo se acordaba de ella porque eso lo había hecho ya en cuanto cruzaron la plaza y lo más simple habría sido salir del coche de su tío allí e ir y entrar en el coche del sheriff y quedarse sencillamente en él hasta que estuvieran listos para volver a la iglesia y había pensado probablemente en eso en el momento y lo habría hecho probablemente incluso de no estar tan agotado y desfondado y torpe por la falta de sueño y sabía que esta vez no podría enfrentarse a ella ni aunque hubiese estado completamente fresco; el hecho mismo de que lo hubiese hecho ya dos veces con éxito en once horas una vez gracias a su sigilo y otra a la pura sorpresa y rapidez de masa y movimiento le condenaba aun más completamente a la derrota y al desastre ahora: meditaba sobre la racionalización ingenua e infantil de su tío sobre lo de ir a clase y a la cama cuando se enfrentaba a aquel ataque fluido e implacable, cuando su tío le leyó una vez más el pensamiento, plantado allí al lado junto al coche y mirándole durante otro instante con compasión sin esperanza aun cuando fuese un cincuentón soltero treinta y cinco años libre del

yugo femenino, también su tío sabiendo recordando que ella esgrimía las excusas de los estudios y de su agotamiento físico con la misma presteza con que hubiese podido desecharlas; ella no se atendería a más razones racionales para justificar que él se quedase en casa que para justificar (deber cívico o simple justicia o humanidad o para salvar una vida o incluso la paz de su propia alma inmortal) el que se fuese. Su tío dijo:

—Bueno. Vamos. Hablaré con ella.

Se incorporó, salió del coche y dijo brusco y quedo, asombrado no por la falta de esperanza sino por cuánta desesperación podía llegar a soportar:

—Tú eres solo mi tío.

—Soy menos que eso —dijo su tío—. Soy solo un hombre.

Luego su tío volvió a leerle el pensamiento:

—Está bien. Intentaré hablar también con Paralee. Se da allí la misma situación; la maternidad no parece tener pigmento alguno en la piel.

Y su tío estaba pensando también probablemente que no era ya que no pudieses derrotarlas, sino que antes de que pudieras encontrar siquiera el campo de batalla a tiempo para admitir derrota ya lo habían cambiado de nuevo de lugar; recordó, hacía dos años ya, había conseguido entrar al fin en el equipo del instituto había ganado o le habían elegido para cubrir uno de los puestos para hacer un viaje fuera del pueblo porque el jugador titular se había lesionado en un entrenamiento o se había retrasado en los estudios o quizá su madre tampoco le dejara ir, algo así, había olvidado concretamente qué porque había estado demasiado ocupado todo aquel jueves y el viernes estrujándose los sesos en vano para dar con el medio de convencer a su madre de que tenía que ir a Mottstown a jugar con el equipo titular, justo hasta el último minuto en que tuvo que decirle ya algo y lo hizo: mal: y consiguió su propósito porque estaba presente por casualidad su padre [aunque él en realidad no lo había planeado así... se le habría ocurrido sin duda esta posibilidad de no haber estado tan obsesionado y desconcertado por una mezcla de cólera y vergüenza y de vergüenza por la cólera y la vergüenza (llorándole a su madre en determinado momento: «¿Qué culpa tiene el equipo de que yo sea el único hijo que tú has tenido?») para pensarlo] y se fue aquel viernes por la tarde con el equipo sintiendo lo que él imaginaba que sentiría un soldado desprendiéndose de los brazos paralizantes de su madre para ir a combatir por alguna causa vergonzosa; ella se afligiría por él por supuesto si caía y le miraría a la cara incluso de nuevo si no caía pero siempre se alzaría entre ellos imborrable el viejo esquema verde y perenne: de modo que todo aquel viernes por la noche intentando dormir en una cama extraña y toda la mañana siguiente esperando también que empezase el partido aunque habría sido mejor para el equipo que él no hubiera ido porque probablemente tuviese demasiado en la cabeza para ser de alguna utilidad hasta que sonó el primer pitido y empezó el juego y después hasta que en lo más hondo bajo la masa amontonada de ambos equipos, el balón aferrado al pecho y narices y boca llenas ambas de la cal seca salpicada que señalaba la línea de meta oyó

y reconoció por encima de todas las demás aquella voz única chillona triunfal y cruel y se repuso al fin volvió a palpitar en él el resuello la vio a ella en primera línea del público no sentada en las gradas sino entre los que trotaban corrían incluso por la franja lateral arriba y abajo siguiendo a cada equipo, luego cuando volvían en el coche a Jefferson aquella noche, él en el asiento delantero junto al chófer y su madre y tres de los otros jugadores atrás y la voz de ella tan orgullosa y serena y despiadada como podría haber sido la suya propia: «¿Aún te duele el brazo?»... Entrar en el pasillo y descubrir entonces que había supuesto que iba a encontrarla todavía allí nada más entrar junto a la puerta aún con el pelo suelto y en camisón y él mismo volviendo a entrar el mismo gemir intacto ininterrumpido pese a las tres horas transcurridas. Pero en vez de eso fue su padre quien salió chillando del comedor y siguió haciéndolo incluso con su tío chillándole a su vez en respuesta casi en la cara:

—Charley. Charley. Maldita sea, ¡quieres escucharme! —Y solo entonces su madre totalmente vestida, fresca activa serena, por el pasillo de la parte de atrás, de la cocina, diciéndole a su padre sin alzar siquiera la voz:

—Charley. Vuelve y acaba de desayunar. Paralee no se encuentra bien esta mañana y no quiere andar todo el día calentando desayunos —luego a él: el rostro familiar constante cariñoso que él conocía de siempre y no podría por ello haberlo descrito para que pudiera identificarlo un extraño e identificarlo él mismo a partir de la descripción de cualquier otro pero solo fresco sosegado e incluso un poco distraído ahora, el gemir un gemir solo por el continuo hábito ancestral de su verbosidad: «No te has lavado la cara»: sin pararse siquiera a ver si la seguía escaleras arriba hacia el baño, abriendo el grifo incluso y poniéndole el jabón en las manos y quedándose allí de pie con la toalla extendida esperando, el rostro familiar con la expresión familiar de desconcierto y protesta y angustia e invencible repudio que había ostentado siempre que él había hecho algo que le alejaba un paso más de la infancia, de la niñez: cuando su tío le había regalado el caballito de Shetland al que alguien había enseñado a dar saltos de cuarenta y sesenta centímetros y cuando su padre le había regalado la primera escopeta de verdad que disparaba pólvora y la tarde que el mozo de establo vino a traer a Highboy en el camión y lo montó por primera vez y Highboy se alzó sobre las patas traseras y el grito de ella entonces y la voz tranquila del mozo de establo diciendo: «Pégale bien fuerte en la cabeza cuando haga eso. Si no puede tirarte por atrás y caerte encima», pero los músculos solo cedían a la vieja expresión por distracción y por el largo hábito y también era solo viejo hábito el viejo y gastado latiguillo del tono quejumbroso porque había algo más allí ya... lo mismo que había percibido en el coche aquella tarde cuando ella dijo «¿Ya no te duele nada el brazo verdad?» y aquella otra tarde que su padre llegó a casa y le encontró saltando con Highboy el abrevadero de hormigón del corral, su madre apoyada en la cerca mirando y el arrebató de cólera y alivio de su padre y la voz de su madre tranquila esta vez: «¿Por qué no? El abrevadero es menos de la mitad de alto que aquella especie de valla que tú le compraste que ni siquiera está clavada», así que incluso torpe por el

mucho sueño lo identificó y volvió cara y manos goteantes y le gritó con cólera incrédula y asombro: «¡Tú no vas a ir también! ¡Tú no puedes ir!», luego pese a la torpeza del sueño comprendiendo que era fatuo e ingenuo intentar imponerle algo a ella y jugando entonces su última carta desesperada:

—¡Si vas tú no iré yo! ¿Me has oído? ¡No iré! —Sécate la cara y péinate —dijo ella—. Luego baja a tomar tu café.

Aquello también. Paralee estaba perfectamente al parecer porque vio a su tío al teléfono en el pasillo cuando entró al comedor, su padre chillándole de nuevo antes de que se hubiese sentado incluso:

—Es el colmo, ¿por qué no me lo dijiste anoche? No vuelvas nunca a...

—Porque no le habrías creído tampoco —decía su tío entrando del pasillo—. No le habrías escuchado tampoco. Solo podrían hacerle caso una vieja y dos niños. Creer la verdad por la única razón de que era verdad, contada por un viejo en un grave aprieto que merecía compasión y fe, a alguien sensible a la compasión aun cuando ninguno de ellos le creyese en realidad. Pues tú no le creíste en un principio —le dijo ya a él—. ¿Cuándo empezaste a creerle realmente? ¿Cuando abriste el ataúd, verdad? Quiero saberlo, entiendes. Puede que no sea aún demasiado viejo para aprender. ¿Cuándo fue?

—No sé —dijo él. Porque no lo sabía. Tenía la sensación de haberlo creído en todo momento. Luego pensó que nunca en realidad había creído a Lucas. Luego le pareció que no había sucedido nunca nada de aquello, alzándose de nuevo sin ningún movimiento del largo y hondo barrizal del sueño pero al menos ahora por un cierto transcurso de tiempo, al menos había ganado eso, suficiente quizá para seguir seguro un rato como las pastillas que toman los camioneros que conducen de noche que apenas si son del tamaño de un botón de camisa pero en las que se encontraba vigilia suficiente para llegar a la siguiente población porque su madre estaba ahora allí ya fresca y tranquila poniéndole delante la taza de café de un modo que si Paralee lo hubiera hecho ella habría dicho que se la había tirado: lo cual, el café, era el motivo de que ni su padre ni su tío la hubiesen mirado siquiera, su padre por el contrario clamaba:

—¿Café? ¿Pero qué demonios es esto? Creí que el acuerdo establecido cuando consentiste por fin que Gavin comprase aquel caballo era que él no pediría ni aceptaría siquiera una cucharada de café hasta que cumpliera dieciocho —y su madre sin escuchar siquiera, con la misma mano del mismo modo medio tirando y medio dejando caer a su lado la jarra de leche luego el azucarero y volviéndose ya hacia la cocina, el tono no precipitado e impaciente en realidad: solo fresco y enérgico.

—Bébelo ya. Ya vamos con retraso —y entonces ellos la miraron por primera vez: vestida de calle, incluso con sombrero, debajo del brazo el cesto de paja del que había sacado para remendarlos desde que él recordaba los calcetines de su tío y de su padre y las medias, aunque su tío al principio solo vio el sombrero y durante un momento pareció unirse a él en la misma sorpresa horrorizada que él sintiera en el

baño.

—¡Maggie! —dijo su tío—. ¡Tú no puedes! Charley...

—Ni lo pretendo —dijo su madre, sin pararse siquiera—. Esta vez tendréis que cavar vosotros los hombres. Yo me voy a la cárcel —ahora ya en la cocina, solo su voz volviendo—: No voy a dejar a la señorita Habersham allí sola con todo el condado mirándola con la boca abierta. En cuanto ayude a Paralee a planear la cena nos iremos... —pero no muriendo desvaneciéndose: cesando, abandonando: puesto que ella les había rechazado aunque su padre lo intentó una vez más:

—El chico tiene que ir a clase.

Pero ni siquiera su tío le escuchaba.

—¿Puedes llevar tú la camioneta de la señorita Eunice? —dijo su tío—. Hoy no habrá escuela negra para que vaya Aleck Sander y pueda dejar la camioneta de paso al lado de la cárcel. Y aunque la hubiese, dudo que Paralee le dejara cruzar el patio de entrada en toda la semana que viene.

Luego su tío casi hasta pareció haber oído a su padre o al menos decidió contestarle:

—Ni habría escuela blanca en realidad tampoco si este chico no hubiese hecho caso a Lucas, al contrario que yo, y a la señorita Habersham, al contrario que yo. Bueno —dijo su tío—. ¿Podrás aguantar despierto tanto tiempo? En cuanto estemos en la carretera podrás echar un sueñecito.

—Está bien —dijo él. Y en fin bebió el café y con el jabón y el agua y el frotarse bien con la toalla se había despejado lo bastante para saber que no le gustaba y no lo quería pero no lo bastante para decidir qué cosa hacer en consecuencia: es decir no beberlo: probando dando unos sorbos luego añadiéndole más azúcar hasta que ambos (café y azúcar) dejaron de ser distintos y se convirtieron en una dulce amalgama repugnante como quinina que aunaba lo peor de ambos, hasta que su tío dijo:

—Para ya con eso, demonios —y se levantó y fue a la cocina y volvió con una cacerola de leche caliente y un cuenco y echó el café en el cuenco y le añadió la leche caliente y dijo, «Vamos. No hay que pensarlo tanto. Se bebe y se acabó». Así que lo hizo, del cuenco con ambas manos como agua de una calabaza, sin saborearlo apenas y hasta su padre echó un poco hacia atrás la silla mirándole y hablando, preguntándole si se había asustado mucho Aleck Sander y si él no se había asustado aún más que Aleck Sander solo que su vanidad no le permitía demostrarlo ante un moreno y a decir verdad ahora ninguno de los dos habrían tocado la tumba en la oscuridad ni para quitarle siquiera las flores de encima si la señorita Habersham no les hubiese forzado a ello: su tío interrumpiendo:

—Aleck Sander te dijo incluso que la tumba había sido removida ya por alguien que tenía prisa, ¿no?

—Sí, eso dijo —dijo él y su tío dijo:

—¿Sabes lo que estoy pensando ahora?

—No lo sé —dijo él.

—Me alegro de que Aleck Sander no pudiese ver del todo en la oscuridad y decir el nombre del tipo que bajaba por la cuesta llevando algo en la mula delante.

Y él lo recordó: los tres pensando y ninguno diciéndolo: solo allí quietos mutuamente invisibles sobre la boca invisible y negruzca de la fosa.

«Llenadlo», dijo la señorita Habersham. Lo hicieron, la tierra suelta (cinco veces ya) cayendo mucho más de prisa de lo que había subido aunque parecía eternizarse a la tenue luz estelar inundada del constante rumor sin viento de los pinos como un murmullo enorme interminable no de asombro sino de atención, de vigilancia, de curiosidad; remoto, amoral, no implicado y sin perderse nada. «Volved a colocar las flores», dijo la señorita Habersham.

«Llevará tiempo», dijo él.

«Volved a ponerlas», dijo la señorita Habersham. Y lo hicieron.

«Cogeré el caballo», dijo él. «Usted y Aleck Sander...».

«Nos iremos todos», dijo la señorita Habersham. Así que recogieron las herramientas y la cuerda (no volvieron a utilizar la linterna) y Aleck Sander dijo «Un momento» y localizó a tientas la tabla que le había hecho de pala y cargó con ella hasta que pudo volver a meterla debajo de la iglesia y desató a Highboy y asió el estribo pero la señorita Habersham dijo:

—No. Le llevaremos nosotros. Aleck Sander puede ir andando detrás de mí y tú irás detrás de Aleck Sander llevando el caballo.

«Podríamos ir más rápido...» dijo él de nuevo y no podían verle la cara: solo la forma fina recta, la sombra, el sombrero que en cualquier otra persona no habría parecido sombrero siquiera pero en ella como en la abuela parecía exactamente idóneo, como ninguna otra cosa, y con voz no fuerte, no mucho más fuerte que la respiración, como si no moviese siquiera los labios, dijo para nadie, solo murmurando:

«A mí es lo que me parece mejor. No sé».

«Quizá debiéramos ir todos en medio», dijo él, fuerte, demasiado, dos veces más de lo que hubiese querido e incluso imaginado; se oiría en varias millas sobre todo en un sector despierto ya y alertado sin remisión por aquel rumor sibilante e insomne que Paralee probablemente y el viejo Ephraim seguro y Lucas también llamarían «espejación» de los pinos. Ella le miraba. Lo percibió claramente.

«Nunca podré explicárselo a tu madre pero Aleck Sander no debería haber venido de ninguna manera, desde luego», dijo ella. «Vosotros id exactamente detrás de mí y dejad que el caballo vaya el último» y se dio la vuelta y prosiguió la marcha aunque él veía inútil todo aquello porque en su opinión la palabra «emboscada» significaba «desde el flanco, el costado»: de nuevo en fila india cuesta abajo hasta donde Aleck Sander había metido la camioneta entre los matorrales; y él pensó: Si yo fuese él lo haría aquí y ella pensó lo mismo: y dijo «Esperad».

«¿Cómo puede seguir usted delante de nosotros si no seguimos juntos?» dijo. Y esta vez ella no dijo siquiera No se me ocurre nada mejor sino que se quedó allí

parada así que Aleck Sander siguió, la pasó y se metió entre los matorrales y puso en marcha la camioneta y la sacó y la enfiló cuesta abajo, el motor en marcha pero sin encender las luces todavía y ella dijo:

«Átale las riendas y déjale. ¿No crees que vuelva a casa?».

«Supongo que sí», dijo él. Y montó.

«Entonces ávalo a un árbol», dijo ella. «Volveremos y le recogeremos en cuanto hayamos visto a tu tío y al señor Hampton...».

«Entonces puede que le veamos bajar todos por el camino también con un caballo o mula delante», dijo Aleck Sander. Dio gas al motor y luego lo dejó otra vez ronroneando. «Vamos dentro. O está aquí mirándonos o no. Si no está no hay problema y si está ha esperado ya demasiado porque nos ha dejado subir a la camioneta».

«Entonces ven detrás de la camioneta», dijo ella. «Iremos despacio...».

«No», dijo Aleck Sander; se inclinó hacia fuera. «En marcha; aún tendremos que esperarte cuando lleguemos al pueblo».

Así que (no necesitaba que le urgiesen) echó a Highboy ladera abajo, manteniéndole solo la cabeza alta; se encendieron los faros de la camioneta y arrancó y una vez en terreno llano aún en el breve trecho hasta la carretera Highboy intentó ya correr y él le contuvo y arriba ya en la carretera los faros de la camioneta enfocando hacia arriba en abanico y desapareciendo cuando llegó a terreno llano entonces le aflojó las riendas y Highboy se lanzó a la carrera, tascando el freno como siempre, pensando como siempre que una vez más que tascase una regurgitación más lo echaría lo suficiente hacia adelante para poder hincarle los dientes corriendo ya cuando las luces de la camioneta se alzaron también sobre la carretera, los cascos ocho golpes secos sobre el puente y se inclinó hacia el viento duro y tenebroso y le dio rienda suelta, las luces de la camioneta ni siquiera visibles durante la buena media milla hasta que le frenó al paso largo y tendido propio del suelo duro y tardó casi una milla luego la camioneta en alcanzarles y luego les pasó y la luz de atrás color rubí fue alejándose hasta desaparecer pero al fin estaba ya fuera de los pinos, libre de aquel sonido sibilante acechante vigilante ya despreocupado y sin perderse nada diciendo a todo el medio circundante: Mira. Mira: pero luego aún seguían diciéndolo en alguna parte y habían estado diciéndolo sin duda el tiempo suficiente para que todo Beat Four, los Gowrie y los Ingrum y los Workitt y los Fraser y todos lo hubieran oído ya así que no pensaría en ello y bueno dejó de pensar del todo en ello, todo en el mismo fogonazo en que lo había recordado, tragando el último sorbo del cuenco y posándolo hasta que su padre incorporado a medias de la mesa, arrastrando las patas de la silla hacia atrás con un tintineo, diciendo:

—Creo que lo mejor es que me vaya a trabajar. Alguien tendrá que ganar algo aquí mientras los demás se dedican a jugar a policías y ladrones —y salió y al parecer el café había afectado algo a lo que él llamaba sus procesos mentales o bueno en fin los procesos de lo que la gente llamaba pensar porque ahora sabía el porqué también

por su padre... la rabia que era alivio después del acontecimiento que tenía que expresarse de alguna manera y elegía la cólera no porque le hubiese prohibido ir sino porque no había tenido ninguna posibilidad de hacerlo, la negación seudoburlona irónica de su valor y del de Aleck Sander que ni siquiera había pestañeado tanto ante una tumba profanada en la noche como ante la voluntad de la señorita Habersham; en fin toda la torpe calumnia que entrañaba aquello reducirlo todo a los términos de una especie de caza de brujas de parvulario: lo cual puede que fuese solo el modo masculino de negarse también a creer que él fuese lo que su tío llamaba lo bastante mayor para abotonarse los pantalones solo y en fin prescindir de su padre, oyendo a su madre a punto de emerger de la cocina y echando atrás la silla y levantándose cuando de pronto se puso a pensar que el café era desde luego muchísimo más de lo que había pensado él pero nadie le había explicado que producía ilusiones como la cocaína o el opio: viendo observando el ruido el estruendo de su padre chispear y desvanecerse como humo o niebla, no ya revelando desenmascarando al hombre que le había engendrado mirando atrás hacia él desde el otro lado del abismo sin puente de la procreación no solo con orgullo sino también con envidia; lo falso era aquella penitencia abnegada y retórica de su tío y su padre mascaba el verdadero hueso el más amargo y el más irremediable que era disparidad de tiempo, haber nacido demasiado pronto o demasiado tarde para tener dieciséis años y galopar diez millas en la noche para salvarle el cuello a un viejo negro hosco e insolente.

Pero al menos estaba despierto. El café había sido eficaz en eso. Seguía necesitando dormir pero ya no podía; el deseo de dormir persistía pero ahora tenía que combatir y abatir al insomnio. Eran ya más de las ocho; cuando se disponía a sacar la camioneta de la señorita Habersham pasó uno de los autobuses escolares del condado y la calle se llenó de niños frescos también para la mañana del lunes con libros y bolsas de papel con el bocadillo del recreo y detrás del autobús escolar había una hilera de coches y camiones manchados de campestre barro y de polvo tan constante e ininterrumpida que su tío y su madre habrían llegado ya a la cárcel antes de que él lograra introducirse entre ellos porque el lunes había subasta de ganado en los cobertizos de detrás de la plaza y él los imaginaba, los coches y camiones vacíos filas y filas densas a lo largo del bordillo del juzgado como lechones en un comedero y los hombres con sus muletas de tratantes sin parar siquiera cruzando derechos la plaza y siguiendo por la calleja hasta los cobertizos a mascar tabaco y puros apagados de corral en corral en medio del hedor amoniacal a excrementos y a linimento y los mugidos de los terneros los resoplidos y pateos de caballos y mulas y los carros de segunda mano y arados y escopetas y arneses y relojes y solo las mujeres (es decir las pocas que había, puesto que el día de mercado de ganado a diferencia del sábado era un día de hombres) se quedaban por la plaza y las tiendas y almacenes de modo que la plaza misma estaría vacía salvo por los coches y camiones estacionados hasta que volvieran los hombres una hora al mediodía a reunirse con ellas en restaurantes y cafés.

Y entonces se espabiló conscientemente, nada reflejo ahora, no ya el salir del sueño sino del ensueño, pues había arrastrado consigo la hipnosis fuera de la casa pese a la claridad luminosa e intensa del día, incluso conduciendo aquella camioneta que antes de la noche anterior no habría identificado siquiera pero que desde aquella noche se había hecho una parte tan inexpugnable de su recuerdo y de su realidad y de su aliento como lo sería siempre ya el rumor de tierra paleada o el roce de una hoja de metal sobre una caja de pino, a través de un vacuo espejismo en el que no solo no había existido la noche anterior sino que no había existido el sábado tampoco, recordando entonces como si solo lo hubiera visto en aquel momento que no había niños en el autobús escolar sino solo adultos y que el río de coches y camiones que lo seguían y le seguían a él ahora pues había conseguido al fin meterse en la fila, algunos de los cuales incluso un lunes de feria de ganado deberían llevar negros (un sábado la mitad de las cajas de las camionetas despejadas y abiertas habrían estado atestadas de ellos, hombres mujeres y niños con las escasas y modestas galas con que se adornaban para ir al pueblo) y no había en ellos ni un solo rostro negro.

Ni un niño camino de la escuela en la calle, pese a que él, aunque apenas había oído a su tío hablar por teléfono con el inspector que llamaba para saber si tenía que haber clase o no y su tío había dicho que sí, y ya la plaza a la vista pudo ver otros tres autobuses amarillos destinados y previstos para llevar a la escuela a los chicos del campo pero que sus propietario-concesionario-empresarios dedicaban sábados y festivos al transporte de pasajeros y luego la plaza misma, los coches y camiones estacionados como siempre como deberían estar pero la plaza misma todo menos vacía: nada de éxodo de hombres hacia los corrales de ganado ni de mujeres a las tiendas mientras arrimaba la camioneta al bordillo detrás del coche de su tío pudo ver ya donde eran visibles y percibir donde no un tráfigo y una masa de movimientos, una palpitación densa y un ronroneo llenando la plaza como cuando la multitud desborda la vía central de una feria o de un estadio, inundando la calle y amontonándose ya en la acera de enfrente de la cárcel hasta que su vanguardia había pasado ya la herrería donde él el día anterior esperaba intentando hacerse invisible como si aguardase que pasara un desfile (y casi en medio de la calle de modo que la corriente aún ininterrumpida de coches y camiones tenía que rodearlos desviándose una masa de una docena o así muy como el grupo de la tribuna de un desfile en cuyo centro reconoció la gorra oficial con la placa del alguacil del pueblo que a aquella hora de aquel día tendría que haber estado delante de la escuela controlando el tráfico para que los niños pudieran cruzar la calle y no tuvo que recordar que el alguacil se apellidaba Ingram, un Ingram de Beat Four que había ido al pueblo como los hijos apóstatas de Beat Four hacían de vez en cuando para casarse con una chica del pueblo y convertirse en barberos y alguaciles y serenos igual que los lindos principillos germánicos bajaban de sus montañas de Brandemburgo para casarse con las herederas de los tronos europeos)... los hombres y las mujeres y ni un solo niño, los atezados rostros campesinos y los cuellos tostados por el sol los dorsos de las manos,

camisas y pantalones limpios descoloridos del color de la tierra sin corbata y los vestidos de algodón estampados llenando la plaza y la calle como si tiendas y almacenes estuvieran cerrados, ni siquiera mirando fijo aún la fachada blancuzca de la cárcel y la solitaria ventana enrejada que llevaba ya también vacía y silenciosa cuarenta y ocho horas seguidas sino solo amontonándose, juntándose, condensándose, no expectantes ni anhelantes ni siquiera atentos todavía sino solo en ese acomodo preliminar como en un teatro antes de que se levante el telón: y pensó que era eso: fiesta: lo que significaba un día para los niños pero trastocado en este caso: y de pronto comprendió que se había equivocado del todo; no había sido el sábado cuando no había pasado nada sino la noche anterior que para ellos aún no había sucedido, que ellos no solo no sabían lo de la noche anterior sino que no había nadie, ni Hampton siquiera, que pudiera habérselo contado porque ellos se habrían negado a creerle; con lo que algo así como una película o un velo como el que cruza los ojos de los pollos y que él no había imaginado siquiera que estuviera allí hizo ¡flick!, él solo y por primera vez les vio: los mismos rostros atezados aún casi distraídos y las mismas limpias camisas de algodón descoloridas los mismos pantalones y vestidos pero no ya multitud esperando a que se alce el telón en la ilusión de un escenario sino más bien la del juicio esperando a que el ayudante del sheriff gritase Oíd Oíd Oíd a Este honorable tribunal; ni siquiera impacientes porque aún no había llegado siquiera el momento de iniciarse el juicio no para Lucas Beauchamp, ellos le habían condenado ya pero en Beat Four, no venían a procurar que se aplicase lo que llamaban ellos justicia ni siquiera la retribución obligada sino a procurar que Beat Four no perdiese la elevada condición del blanco.

Así que había estacionado la camioneta se había bajado y había empezado ya a correr pero se detuvo: cierta dignidad cierto orgullo recordando la noche anterior cuando había instigado y guiado en cierto modo y de cualquier modo apoyado la jugada cuyo valor no digamos ya cuya necesidad ninguno de los adultos responsables había conseguido percibir siquiera, y cierta precaución también recordando lo que su tío había dicho de que hacía falta muy poco para poner en movimiento a una multitud de linchadores quizá solo bastase que un niño echase a correr de pronto hacia la cárcel: luego recordó otra vez los rostros innumerables aunque curiosamente idénticos en su falta de identidad personal en un Nosotros ni impaciente siquiera, ni apresurable, casi fiesta en su olvido total de su propia amenaza, ni siquiera cien niños corriendo podían provocar la estampida: y el anverso luego en el mismo chispazo: no dejarse contener ni desviar ni por cien veces un centenar, y al haber comprendido su completa desesperanza cuando aún era solo una intención y luego su ingravidez física en lo relativo a la consumación advertía ya la enormidad de aquello en lo que se había metido ciegamente y que su primer impulso instintivo (correr a casa y aparejar el caballo y cabalgar igual que vuela el cuervo hasta el límite mismo del agotamiento y dormir luego y volver luego cuando todo hubiese terminado) había sido correcto (y que ya por el hecho casual de no ser huérfano no tenía siquiera aquella vía de escape)

porque le parecía que era responsable de haber sacado a la luz y el resplandor del día algo ofensivo y vergonzoso del fundamento blanco del condado del que él mismo era parte pues hijo suyo era, que de otro modo podría haber brotado fulgurante y resplandeciente solo en Beat Four y podría haberse esfumado luego en su tinieblas o en su invisibilidad al menos con las menguantes brasas de la crucifixión de Lucas.

Pero era ya demasiado tarde, ni siquiera podía repudiar, renunciar, huir: la puerta de la cárcel abierta aún y frente a ella pudo ver ya a la señorita Habersham sentada en la silla en que se había sentado Legate, la caja de cartón en el suelo a sus pies y una prenda indeterminada en el regazo; aún llevaba el sombrero y pudo ver el movimiento firme de la mano y el codo y creyó ver incluso el chispeo y el roce de la aguja en la mano aunque sabía que era imposible a aquella distancia; pero se interponía su tío así que hubo de seguir por el camino y de pronto su tío se volvió y salió y recruzó la galería y entonces pudo verla a ella también en la otra silla junto a la señorita Habersham; paró un coche detrás junto al bordillo y ella eligió sin prisa un calcetín del cesto y deslizó en su interior el huevo de zurcir; tenía ya hasta la aguja enhebrada prendida en la falda y él pudo distinguir ya su chispeo y su brillo y quizá fuese porque conocía muy bien el movimiento, la flexibilidad familiar y estrecha de la mano que él había visto toda la vida pero aun así de todos modos nadie podría haberle discutido que el calcetín era suyo.

—¿Quién hay ahí? —dijo tras él el sheriff. Se volvió. El sheriff estaba al volante de su coche, cuello y hombros inclinados y encorvados para poder atisbar por debajo del borde superior de la ventanilla. El motor seguía en marcha y él vio atrás los mangos de dos palas y el pico que no necesitarían y en el asiento de atrás silenciosos e inmóviles salvo por el centelleo y el brillo del blanco de los ojos dos negros con los mandilones azules y los pantalones sucios de rayas negras de reclusos que usaban los del equipo municipal de limpieza.

¿Quién iba a ser? —dijo su tío también detrás de él, pero esta vez no se volvió ni oyó siquiera más porque aparecieron de pronto en la calle tres hombres y pararon junto al coche y mientras él les observaba aparecieron cinco o seis más y en seguida empezaría a cruzar la calle toda la multitud; un coche que pasaba tuvo que frenar bruscamente (y luego el de atrás) en principio para no atropellarles y luego para que sus ocupantes se asomasen a mirar el coche del sheriff cuando el primer hombre que había llegado a él se había inclinado ya para mirar el interior, las manos de curtido campesino asidas al borde de la ventanilla abierta, la cara morena y atezada embutida en el coche curiosa adivinante y sin vergüenza mientras sus amontonados duplicados escuchaban detrás bajo sombreros de fieltro y panamás manchados de sudor.

—¿Qué te propones, Hope? —dijo el hombre—. ¿No sabes que el gran jurado te pedirá cuentas por tirar de este modo el dinero del condado? ¿No te has enterado de esa nueva ley de linchamientos que aprobaron los yanquis según la cual la gente que lincha a un negro debe cavar la fosa?

—Puede que les lleve allí las palas para que Nub Gowrie y los chicos practiquen

con ellas —dijo el segundo.

—Pues entonces hace bien en llevar también peones para manejarlas —dijo el tercero—. Si pretende que alguien apellidado Gowrie cave una fosa o haga algo que le haga sudar, los necesitará seguro.

—Puede que no vayan para darle a la pala —dijo el cuarto—. Puede que sea con ellos con los que vayan a practicar los Gowrie.

Pero aunque uno soltase una carcajada no se reían, se habían juntado ya alrededor del coche más de una docena a echar un vistazo rápido y minucioso a la parte de atrás donde los dos negros estaban sentados inmóviles como si fueran de madera tallada mirando recto al frente hacia la nada y ningún movimiento ni de la respiración siquiera solo un abrir y cerrar infinitesimal del blanco de los ojos, mirando luego al sheriff otra vez casi con la expresión exacta que él había visto en las caras de los que esperaban que parasen las cintas giratorias tras el cristal de las máquinas tragaperras.

—Creo que ya está bien —dijo el sheriff. Y sacó bruscamente la cabeza y un enorme brazo por la ventanilla y empujó con la mano a los más próximos y los apartó del coche tan sin esfuerzo como si corriera una cortina, y alzando la voz pero no mucho dijo: «Willy». Se acercó el alguacil; pudo ya oírle:

—Abran paso, muchachos. Vamos a ver qué tripa se le ha roto esta mañana a nuestro gran sheriff.

—¿Por qué no sacas a esta gente del centro de la calle para que puedan circular los coches? —dijo el sheriff—. Puede que también ellos quieran dar una vuelta y echarle un vistazo a la cárcel.

—Puedes apostar que sí —dijo el alguacil. Se volvió estirando las manos hacia los más próximos, sin tocarles, como si pusiera en marcha un hato de ganado. Dijo—: Vamos muchachos.

No se movieron, miraban más allá del alguacil aún al sheriff sin ningún ánimo de desafío, en realidad sin desafiar a nadie: tolerantes, de buen humor, joviales casi.

—Vamos, sheriff —dijo una voz. Luego otra:

—La calle es de todos, ¿no, sheriff? A los del pueblo no os importa que andemos por ella mientras os dejemos aquí nuestro dinero, ¿verdad?

—Siempre que no bloqueéis a los otros que quieran venir a gastar algo —dijo el sheriff—. Circulad, venga. Sácales de la calle, Willy.

—Vamos, muchachos —dijo el alguacil—. Hay otros que quieren venir también a ver esos ladrillos.

Empezaron a circular entonces, pero sin prisa aún, el alguacil les conducía fuera de la calzada como la mujer que conduce por el corral las gallinas y controla solo la dirección no la velocidad y no demasiado, las aves corriendo delante de su delantal aleteante no tercas, solo impredecibles, sin miedo a ella, ni siquiera alarmadas; el coche bloqueado y los de detrás también se pusieron en marcha, despacio, arrastrando a un ritmo lento su carga de caras asomadas; oyó que el alguacil gritaba a los conductores:

—Vamos, en marcha, en marcha. Hay otros coches esperando detrás...

El sheriff miraba de nuevo a su tío. —¿Dónde está el otro?

—¿Qué otro? —dijo su tío.

—El otro detective. El que ve en la oscuridad. —Aleck Sander —dijo su tío—. ¿También le quiere a él?

—No —dijo el sheriff—. Pero le echaba de menos. Me sorprendía que hubiese un ser humano en este país con gusto y criterio suficientes para quedarse en casa hoy. ¿Listos? Vámonos.

—Está bien —dijo su tío.

El sheriff era famoso como conductor porque al parecer gastaba un coche al año igual que gasta escobas un barrendero enérgico: no por velocidad sino por simple fricción; lo cierto es que el coche salió como una verdadera exhalación y casi antes de que él pudiera darse cuenta había desaparecido. Su tío fue al suyo y abrió la puerta.

—Entra —le dijo.

Entonces él lo dijo; al menos aquello era fácil decirlo:

—Yo no voy.

Su tío se detuvo y entonces vio que le observaba aquella cara burlona melancólica, los ojos burlones que si les daban tiempo suficiente lo adivinaban casi todo; de hecho que él supiese hasta la noche antes lo habían adivinado siempre todo.

—Ah —dijo su tío—. La señorita Habersham es una señora claro pero esa otra mujer es tuya.

—Mírales —dijo él, sin moverse, sin apenas mover los labios siquiera—. Ahí enfrente. En la plaza además y solo quedan Willy Ingrum y ese maldito...

—¿No les oíste hablar con Hampton? —dijo su tío. —Les oí —dijo él—. No se reían de sus propios chistes. Se reían de él.

—Ni siquiera estaban ridiculizándole —dijo su tío—. No se burlaban de él siquiera. Solo le observaban. Le observaban a él y a Beat Four, a ver lo que pasaba. Esa gente solo vino al pueblo a ver lo que van a hacer uno u otro o ambos.

—No —dijo él—. Es más que eso.

—Está bien —dijo su tío completamente serio ahora también—. Concedido. ¿Y qué?

—Suponte... —pero su tío le interrumpió:

—¿Que viene Beat Four y coge la silla de tu madre y la de la señorita Habersham y las saca al patio para quitarlas de en medio y que no estorben? Lucas no está en esa celda. Está en casa del señor Hampton, probablemente en este momento esté sentado en la cocina desayunando. ¿Por qué te crees tú que entraba Will Legate por la puerta de atrás a los cinco minutos de que llegáramos nosotros allí y se lo explicáramos todo al señor Hampton? Aleck Sander le oyó incluso telefonar.

—¿Entonces por qué tiene tanta prisa el señor Hampton? —dijo él: y el tono de su tío era ya absolutamente serio: pero solo serio, nada más:

—Porque el mejor modo de dejar de tener que suponer o negar es que vayamos

allí y hagamos lo que tenemos que hacer y volvamos aquí. Sube al coche.

CAPÍTULO VII

No volvieron a ver el coche del sheriff hasta que llegaron a la iglesia. No fue en su caso la razón el sueño que podría haber esperado pese al café y que esperó de hecho. Hasta el momento en que al volante de la camioneta se había aproximado suficiente para ver la plaza y luego la masa de gente alineada al otro lado de la calle frente a la cárcel había supuesto que en cuanto él y su tío salieran camino de la iglesia, con café o sin café ya no tendría ni una vez más siquiera que combatir el sueño sino por el contrario se entregaría a él lo aceptaría y en fin en las nueve millas de grava y la de tierra en cuesta recuperaría media hora por lo menos de las ocho que había perdido la noche antes y (le parecía ahora) las tres o cuatro veces más que aquellas perdidas intentando dejar de pensar en Lucas Beauchamp la anterior a ella.

Y cuando llegaron al pueblo un poco antes de las tres aquella madrugada nadie podría haberle convencido de que por entonces, casi las nueve ya, no habría recuperado al menos cinco horas y media de sueño si no las seis enteras, recordando cómo él (y sin duda la señorita Habersham y Aleck Sander también) estaban convencidos de que tan pronto como ellos y su tío entrasen en casa del sheriff se acabaría todo; entrarían por la puerta de la casa del sheriff y pondrían en la palma autorizada ancha y competente del sheriff lo mismo que uno pone el sombrero al pasar en la mesita del vestíbulo, toda la pesadilla de la noche de duda e indecisión insomnio y tensión y fatiga y conmoción y asombro y (lo admitía) también algo de miedo. Pero no había sido así y ahora sabía que no había esperado nunca que lo fuese en realidad; la idea solo había logrado entrar en sus cabezas por lo cansados que estaban, agotados no tanto de no dormir y de la fatiga y la tensión como exhaustos de emoción y asombro y desengaño; no le habían hecho falta siquiera los rostros apiñados contemplando la blancuzca fachada de ladrillos de la cárcel ni los de los que habían cruzado y bloqueado la calle apiñándose incluso alrededor del coche del sheriff, para examinar y desechar luego su interior con aquella mutua mirada concordante minuciosa sin vergüenza desconfiada e innegable igual que el padre activo para un instante a examinar y predecir las intenciones de un hijo amado aunque no demasiado de fiar. Si algo necesitaba tenía sin duda aquello (las caras las voces ni siquiera con burla y ni siquiera con escarnio: solo perspicaces irónicas e implacables) equilibrado bajo el primer relajamiento de la rendición como un alfiler en un colchón de modo que estaba tan del todo despierto como su tío incluso que había dormido toda la noche o al menos la mayor parte de ella, fuera del pueblo ya y a toda prisa ya, pasando en la primera milla el último de los coches y camionetas y luego no más porque todos los que iban al pueblo aquel día estarían ya dentro de aquella última milla en rápida contracción: todo el sector blanco del condado aprovechando el buen tiempo y las buenas carreteras para toda estación que eran suyas porque sus impuestos y votos y los votos de sus parientes y amigos que podían presionar a los congresistas que tenían el control de los fondos las habían construido,

para llegar rápidamente al pueblo que era suyo también puesto que solo existía por su consentimiento y su apoyo para albergar su cárcel su juzgado, para poder ocupar y henchir y bloquear sus calles también si lo consideraban oportuno: pacientes firmes implacables, no se les podía urgir ni controlar ni dispersar ni rechazar pues no era suyo solo el asesinado sino también el asesino; suyos el autor de la afrenta y el afrentado principal: el blanco y el desconsuelo de su vacío, suyos el derecho no solo a la mera justicia sino también a la venganza a asignar o impedir.

Iban bastante aprisa ya, no recordaba haber visto jamás correr tanto a su tío, por la larga carretera por la que había cabalgado la noche antes, pero ahora a la luz del día, suave inefable mayo de mañana; ahora podía ver los brotes blancos de cornejo en los setos indicando los antiguos lindes de las fincas o plantados como monjas en sembrados claustrales y secciones de bosques verdeantes y el rosa y blanco del albaricoque y el peral y el blanco rosa de los primeros manzanos en los huertos de frutales que solo había olido la noche antes: y siempre más allá y alrededor la tierra paciente (los campos geométricos con surcos donde se había plantado grano cuando empezaban a lanzar su reclamo las primeras palomas a finales de marzo y en abril, y algodón a principios de mayo cuando cantan de noche las primeras zumayas una semana atrás: pero desiertos, vacíos de movimiento y vida) las granjas de las que no brotaba humo alguno porque hacía mucho ya del desayuno por entonces y no se prepararía comida si no iba a haber nadie en casa para comerla, las cabañas sin pintar de los negros donde un lunes por la mañana debería haber habido en el polvo de los patios sin árboles ni yerba niños semidesnudos arrastrándose y reptando detrás de ruedas rotas de extirpador y de neumáticos gastados y botellas de rapé vacías y latas y en los patios traseros las ollas de hierro ennegrecidas por el humo deberían haber borboteado sobre fuegos de leña al lado de las hundidas cercas de las parcelas de los huertos y de los gallineros que a la caída de la noche estarían adornadas vistosamente con monos y vestidos puestos a secar y con toallas y con ropa interior: pero no esa mañana, no entonces; las ruedas y las rosquillas gigantes de goma gastada y las botellas y latas yacían esparcidas y abandonadas en el polvo desde el momento de la tarde del sábado en que se lanzó desde el interior de la casa el primer aviso, y en los patios traseros las ollas estaban vacías y frías entre las cenizas del lunes anterior entre los tendales vacíos y mientras pasaba el coche como una exhalación entre las puertas abiertas y blancuzcas captó él un brillo desvaído de fuego en la chimenea y no ya ver sino solo sentir entre las sombras el blanco y silencioso girar de los ojos; pero, sobre todo, los campos vacíos en cada uno de los cuales aquel día a aquella hora el segundo lunes de mayo debería haber estado presente con monótona persistencia el símbolo viviente de la tierra: un grupo convencional de ritual casi místico de significación idéntica y monótona como hitos kilométricos que enlazasen la sede del condado con su límite extremo como hacen los hitos: el animal el arado y el hombre integrados en uno cimentados en la inmovilizada ola del surco tremendo en su empuje pero a la vez sin un posible avance, ponderables inamovibles e inmóviles cual grupos escultóricos

en liza allí plantados frente a la tierra inmensa... hasta que de pronto (estaban a ocho millas del pueblo; ya estaba a la vista la elevación verdeazulada de los montes) él dijo con un desconcierto incrédulo y casi conmovido pues salvo Paralee y Aleck Sander y Lucas no había visto uno en cuarenta y ocho horas:

—Hay un negro.

—Sí —dijo su tío—. Hoy es nueve de mayo. Este condado aún tiene que plantar la mitad de ciento cuarenta y dos mil acres. Alguien tiene que quedarse en casa y trabajar:... el coche acelerando subiendo cuesta arriba de modo que a través del borde del campo y los quizá cincuenta metros que les separaban él y el negro de detrás del arado se miraron a los ojos y a la cara hasta que el negro apartó la vista... la cara negra y resplandeciente de sudor y enardecida por el esfuerzo, tenso concentrado y tranquilo, el coche pasó relampagueante y siguió mientras él se asomaba primero por la ventanilla abierta para mirar atrás y se giraba luego en el asiento para mirar hacia atrás por la ventanilla trasera observándoles aún en su rápida y patente disminución: el hombre y la mula y el arado de madera que los unía furiosos y solitarios, quietos e inmovilizados en la tierra, apoyándose aterradoramente en nada.

Podían ver ya también las montañas, estaban casi allí: la larga elevación de la primera cresta de pinos cruzando la mitad del horizonte y más allá la sensación la percepción de otras, su masa más que quedar alzada bruscamente allá fuera del llano parecía colgar suspendida sobre él como su tío le había explicado que pasaba en las montañas de Escocia salvo por el color y la aspereza de estas; eso había sido hacía dos años, puede que tres, y su tío había dicho: «Y por eso la gente que elige preferentemente vivir en ellas en parcelas pequeñas que darían ocho bushels de grano o cincuenta libras de hilachas de algodón por acre si no fuesen demasiado pendientes para que una mula pueda arrastrar por ellas un arado (pero en fin ellos no quieren cultivar algodón en realidad, solo grano y no demasiado porque no hace falta mucho la verdad para alimentar un alambique suficiente para un hombre y sus hijos) gente que se apellida Gowrie y McCallum y Fraser, Ingram que antes fue Ingraham y Workitt que antes fue Urquhart solo que el que trajo el apellido a Norteamérica y luego a Mississippi no sabía deletrearlo tampoco, y que les gustaba la camorra y eran temerosos de Dios y del infierno...» y fue como si su tío le hubiera leído el pensamiento, manteniendo la aguja del velocímetro en cincuenta y cinco durante la última milla de grava (ya la carretera había empezado a descender hacia el fondo de sauces y cipreses del arroyo Nine-Mile) hablando, es decir prestándose voluntariamente a hablar por primera vez desde que habían salido del pueblo:

—Workitt y Fraser y Gowrie e Ingram. Y en los valles a lo largo de los ríos, en la tierra ancha y rica y placentera donde un hombre puede cultivar cosas que puede vender abiertamente a la luz del día, las gentes apellidadas Littlejohn y Greenleaf y Armstead y Millingham y Woodwright... —e interrumpió su charla, el coche enfilando ya ladera abajo, aumentando la velocidad por su propio impulso; y él pudo ver ya el puente donde le había esperado Aleck Sander en la oscuridad y bajo el cual

había olfateado Highboy arenas movedizas.

—Hay que girar justo después del puente —dijo él.

—Lo sé —dijo su tío—. ... Y los llamados Sambo, viven en ambos, eligen ambos porque pueden soportar ambos porque pueden soportar cualquier cosa.

El puente estaba ya muy cerca, la baranda blanca de la entrada se abrió precipitadamente hacia ellos.

—No todos los blancos pueden soportar la esclavitud y al parecer ningún hombre puede soportar la libertad (Lo cual, dicho sea de pasada, esa premisa de que el hombre quiere realmente paz y libertad, es en este momento el problema de nuestras relaciones con Europa, cuyo pueblo no solo no sabe lo que es la paz sino que, salvo los anglosajones, teme activamente la libertad personal y desconfía de ella; estamos esperando sin ninguna esperanza en realidad que nuestra bomba atómica baste para defender una idea tan anticuada como el arca de Noé); con un acuerdo mutuo instantáneo pone su libertad en manos del primer demagogo que aparece: y si no aparece ninguno él mismo la destruye y la aniquila y la hace desaparecer de su vista y su alcance y hasta su recuerdo con la unanimidad frenética de un vecindario que apaga a pisotones la yerba que se incendia. Pero las gentes apellidadas Sambo sobrevivieron a una y ¿quién sabe?, quizá puedan incluso soportar la otra... Y quién sabe...

Luego un brillo de arena, un relampagueo y un espejeo de agua; la barandilla blanca pasó fluyendo entre un estruendo y una precipitación y un traqueteo de tablas y estuvieron ya del otro lado. *Ahora tendremos que aminorar la marcha* pensó él, pero su tío no, se limitó a desembragar, el coche rodando por su propio impulso, que le llevó aún demasiado aprisa por una curva cenagosa y resbaladiza a la carretera de tierra y unos cincuenta metros por ella saltando entre rodadas hasta que desapareció de pronto la tierra llana con el primer declive suave, el impulso aún arrastrando el coche a la marcha de más velocidad cuesta arriba ya hasta que después él vio las rodadas por donde Aleck Sander había sacado la camioneta de la carretera para meterla entre los matorrales y donde había estado él atento y vigilante tapando con la mano los ollares de Highboy mientras el caballo o mula, o lo que fuese, había bajado por la cuesta con aquella carga delante del jinete que ni siquiera Aleck Sander con sus ojos como los de un búho o un visón o cualquier otro animal que cace de noche, no había logrado identificar (y se acordó de nuevo no solo de su tío en la mesa aquella mañana sino de sí mismo de pie en el patio la noche anterior en aquel momento después de que Aleck Sander saliese y antes de que él reconociese a la señorita Habersham cuando creía realmente que iba a ir solo a hacer lo que había que hacer. Y se dijo ahora como se había dicho en la mesa: *No quiero pensar en eso*); ya casi allí habían llegado ya prácticamente: el trecho que quedaba ni siquiera podía ya medirse en millas.

Aunque despacio ya aquel trecho, el coche gimiendo en segunda ahora frente a la elevación inmóvil de la cordillera principal y el fluir descendente resinoso firme

constante de los pinos donde las cornejas parecían monjas realmente ya en los largos pasillos verdes, hacia arriba y coronar la última cresta, la meseta y pareció ver ya toda su tierra natal, su hogar: el polvo, la tierra que había engendrado sus huesos y los de sus padres durante seis generaciones y aún estaba moldeándole a él no solo como hombre sino como un hombre concreto, no solo con las pasiones y aspiraciones y creencias de un hombre sino con las pasiones y esperanzas y convicciones y formas de pensar y de actuar concretos de un grupo específico e incluso de una raza: e incluso más: incluso en un grupo y una raza únicos y concretos (según las luces de la mayoría, desde luego de todos los que se habían apiñado en la plaza aquella mañana plantándose frente a la cárcel y congregándose alrededor del coche del sheriff, condenadamente único) puesto que había integrado también en él aquello, lo que quiera que fuese, que le había forzado a detenerse y escuchar a un maldito negro engreído y descarado que aun en el caso de que no fuera un asesino había estado a punto de recibir si no su merecido más o menos sí exactamente al menos lo que había estado pidiendo durante los sesenta y tantos años de su vida... desplegándose a sus pies como un mapa en una lenta explosión silenciosa: hacia el este verdes y verdes cordilleras alejándose vertiginosas hacia Alabama y hacia el oeste y el sur campos ajedrezados y los bosques fluyendo hacia el horizonte azul y brumoso tras el cual se extendía por fin como una nube el largo muro del dique y el gran Río mismo que bajaba no solo del norte sino del Norte limitador y remoto... el ombligo de Norteamérica uniendo el suelo patrio que era su hogar al linaje que tres generaciones atrás no había logrado repudiar en la sangre; volviendo la cabeza podía ver la mancha leve de humo que era el pueblo a diez millas de allí y si miraba al frente la larga extensión de rica tierra del llano enmarcada en grandes propiedades, las plantaciones (una de las cuales era la de Edmonds donde habían nacido tanto el Edmons actual como Lucas, descendientes del mismo abuelo) alineadas a lo largo de su pequeño río propio (aunque lo navegasen barcos de vapor aún en la memoria de su abuelo) y luego la línea densa de la propia selva de las orillas del río: y más allá de aquello perdiéndose hacia el este y el norte y el oeste no solo hasta donde los últimos promontorios contemplaban ceñudos dándose la espalda la inmensidad de los dos océanos y la larga barrera del Canadá sino hasta el postrero extremo de la tierra misma, el Norte: no norte sino Norte, remoto y limitado y ni siquiera lugar geográfico sino idea emotiva, una condición de la que había aprendido en la leche de su madre a estar en alerta perenne y constante no en modo alguno para el miedo y ni en realidad ya para el odio sino solo (un poco cansinamente a veces hasta con cierta ironía otras) para el reto: pues había llevado consigo desde la niñez una imagen infantil que en el umbral de la virilidad no había hallado razón alguna para alterar ni medios de hacerlo y que no tenía razón alguna para creer que fuese a hallarlos tampoco en la vejez: un muro semicircular curvado no muy alto (cualquiera que quisiese de veras podía escalarlo; a él le parecía que podía hacerlo cualquier muchacho que quisiera) desde cuya cima con el completo e inmenso panorama de su propia tierra rica próspera

jamás asolada de resplandecientes ciudades inmaculadas y pueblos no quemados y no arrasadas granjas y tan largo tiempo seguras y opulentas que era como si no quedara margen para la curiosidad, allí les miraban desdeñosos a él y sus incontables hileras e hileras de rostros que se parecían a su rostro y hablaban el mismo idioma que él hablaba y se llamaban a veces incluso como él aunque entre ellos y él y los suyos no hubiese ya ningún parentesco real y pronto no habría ni contacto siquiera pues hasta las mismas palabras comunes que usaban no tendrían ya el mismo significado y poco después hasta esto desaparecería porque estarían ya tan separados que no podrían oírse: solo los rostros incontables amontonados mirándolos desde arriba a él y al suyo en desconcierto y cólera y frustración menguantes y, lo más curioso de todo, credulidad también: una capacidad y un ansia sin volición casi desvalida de creer cualquier cosa sobre el Sur no ya cuando resultase despectiva sino ya solo con que fuese lo bastante extraña y estrambótica: y entonces una vez más habló su tío completamente identificado con él y vio de nuevo no sin sorpresa que su pensamiento no se interrumpía, que no hacía más que cambiar una silla por otra:

—Es porque solo nosotros en Estados Unidos (no hablo ahora de Sambo; hablaré de él muy pronto) somos un pueblo homogéneo. Quiero decir absolutamente los únicos. La gente de Nueva Inglaterra también es por supuesto tierra adentro del vómito costero de Europa que este país aisló desarraigable en las efímeras ciudades sin raíces con fábrica y fundición y sueldos municipales de modo tan riguroso y estricto como podría haberlo hecho cualquier policía, pero ya no hay suficientes nativos de Nueva Inglaterra lo mismo que no hay suizos que más que un pueblo son un pequeño negocio limpio pulcro y muy solvente. Así que en realidad nosotros no estamos resistiéndonos a lo que el extranjero llama (y nosotros también) progreso e ilustración. No estamos defendiendo en realidad nuestra política ni nuestras creencias ni siquiera nuestra forma de vida, sino simplemente nuestra homogeneidad frente a un gobierno federal al cual por pura desesperación el resto de este país ha tenido que cederle voluntariamente más y más de su libertad personal y privada a fin de seguir permitiéndose los Estados Unidos. Y por supuesto seguiremos defendiéndola. Nosotros [me refiero a todos nosotros: Beat Four será incapaz de dormir de noche mientras no haya compensado a Lucas Beauchamp (o a algún otro) por Vinson Gowrie con tinta del mismo color, y *Beat One* y *Two* y *Three* y *Five* que por principio imparcial procuran que Beat Four haga esa compensación] no sabemos por qué tiene valor. No necesitamos saberlo. Solo unos cuantos sabemos que solo a través de la homogeneidad puede salir algo de un pueblo o para un pueblo de valor duradero y perdurable... la literatura, el arte, la ciencia, ese mínimo de gobierno y policía que es el significado de la libertad y los derechos individuales, y quizá lo más valioso de todo un carácter nacional que sirva para algo en una crisis... la crisis que algún día afrontaremos cuando encontremos un enemigo con tantos hombres como nosotros y tanto material como nosotros y (¿quién sabe?) que pueda incluso alardear y ufanarse como alardeamos y nos ufanamos nosotros.

»Por eso es por lo que debemos resistir frente al Norte: no solo para preservarnos nosotros ni siquiera a ambos como uno para seguir siendo una nación porque eso será el subproducto inevitable de lo que preservaremos: que es aquello mismo que hace tres generaciones perdimos una guerra sangrienta en nuestro propio territorio para que se mantuviese intacto: el postulado de que Sambo es un ser humano que vive en un país libre y que por tanto debe ser libre. Eso es lo que estamos defendiendo en realidad: el privilegio de liberarlo nosotros mismos: y tendremos que hacerlo nosotros por la razón de que ningún otro puede puesto que desde hace un siglo ya el Norte lo intentó y llevan ya setenta y cinco años admitiendo que fracasaron. Así que tendremos que hacerlo nosotros. Pronto ya esta cuestión no será una amenaza siquiera. No debería ya serlo. No debería haberlo sido nunca. Sin embargo sí lo fue el sábado y probablemente vuelva a serlo, puede que una vez más, puede que dos. Pero luego ya no, se habrá acabado; la vergüenza seguirá presente por supuesto, pero en fin toda la crónica de la inmortalidad del hombre está en el sufrimiento que ha soportado, su lucha hacia las estrellas en los escalones de sus expiaciones. Algún día Lucas Beauchamp podrá pegarle un tiro por la espalda a un blanco con la misma impunidad respecto a la soga del linchamiento o a la gasolina que un blanco; con el tiempo, él votará cuándo y dónde pueda un blanco y enviará a sus hijos a la misma escuela a la que vayan los niños del blanco y viajará en donde viaja el blanco lo mismo que el blanco. Pero no será el martes que viene. Y la gente del Norte cree que puede lograrse no ya el martes que viene sino el lunes por la simple ratificación mediante los votos de un párrafo impreso: ha olvidado que aunque hace ya un cuarto largo de siglo que la libertad de Lucas Beauchamp se convirtió en un artículo de nuestra Constitución y no solo se puso de rodillas al amo de Lucas Beauchamp sino que se le pateó la cara diez años en el polvo para que lo mordiera, solo tres breves generaciones después ellos se enfrentan una vez más con la necesidad de dictar leyes para liberar a Lucas Beauchamp.

»Y en cuanto a Lucas Beauchamp, Sambo, también él es un hombre homogéneo, salvo esa parte suya que está intentando escapar no ya hacia lo mejor de la raza blanca sino hacia lo de segunda fila... la música barata vulgar y deshonesto, el mísero dinero rufián sin base hipervalorado, el edificio resplandeciente de la propaganda fundada en la nada castillo de naipes sobre un abismo y toda la algarabía estridente de la actividad política que antes era nuestra industria nacional secundaria y es ahora nuestro pasatiempo nacional más querido... todo el espúreo estruendo que producen hombres que fomentan deliberadamente nuestra pasión nacional por lo mediocre y se enriquecen luego con ello; que aceptarán incluso lo mejor siempre que esté envilecido y mancillado antes de que se nos dé a nosotros: que son las únicas gentes de este mundo que se ufanan públicamente de ser de segunda fila, es decir vulgares e ignorantes. No me refiero con eso a Sambo. Me refiero al otro aspecto de él que tiene una homogeneidad mejor que la nuestra y que lo demostró hallando raíces propias en la tierra donde había de desplazar realmente a los blancos para humillarlos: porque él

tuvo paciencia aunque no tuviese ya esperanza, capacidad para ver lejos aunque no se viese nada al fondo, no ya la voluntad sino el deseo de resistir porque amaba las pocas cosas viejas y sencillas que no quería quitarle nadie: no un automóvil ni ropas vistosas ni su foto en el periódico sino un poco de música (la suya), un hogar, no su hijo sino cualquier niño, un Dios un cielo del que un hombre puede permitirse un poco a cualquier hora sin tener que esperar a morir, un poco de tierra para que su sudor caiga entre sus propios brotes y plantas verdes. Nosotros (él y nosotros) deberíamos confederarnos: intercambiar con él el resto de los privilegios económicos y políticos y culturales a que tiene derecho a cambio de su capacidad para esperar y aguantar y sobrevivir. Luego prevaleceríamos; juntos dominaríamos los Estados Unidos; ofreceríamos un frente no solo impenetrable sino para el que ni siquiera sería una amenaza una masa de gentes que ya no tienen nada en común salvo la frenética codicia de dinero y un miedo básico a un desastre de alcance nacional y que se esconden unos de otros detrás de una palabrería sonora en torno a una bandera».

Ya estaban allí y detrás del sheriff no demasiado lejos. Pues aunque el coche estaba fuera ya de la carretera metido en el bosquecillo de delante de la iglesia, el sheriff estaba aún allí junto a él y en aquel momento uno de los negros estaba pasándole desde el coche el pico al otro que tenía las dos palas en la mano. Su tío situó su coche al lado del otro y paró y entonces él pudo ver la iglesia a la luz del día, por primera vez en realidad, aunque había vivido toda la vida a diez millas de allí y debía haber pasado por delante, y haberla visto por lo menos la mitad de las veces. Sin embargo no podía recordar siquiera haberla mirado realmente antes: un edificio cuadrado como una caja de tablas sin campanario no mayor que algunas de las cabañas de una sola habitación en que vivían los montañeses. Sin pintar también aún (curiosamente) no sucia ni mísera ni siquiera descuidada ni en mal estado porque pudo ver secciones de madera nueva y sin debastar y tiras y fragmentos de techado sintético con que habían remendado y reparado las viejas paredes y los tejamaniles con una prontitud casi insolente, no aposentada ni encogida ni asentada siquiera sino plantada entre los troncos de aquellos pinos ásperos constantes firmes altos, solitaria mas no desamparada, hosca e independiente, sin pedir nada a nadie, sin comprometerse con nadie y recordó las agujas altas y esbeltas que decían Paz y los utilitarios campanarios achaparrados que decían Arrepíentete y recordó uno que hasta decía Cuidado pero este tan solo decía: Quema: y él y su tío salieron del coche. El sheriff y los dos negros que llevaban las herramientas habían pasado ya la valla y su tío les siguió, por la portilla hundida del cercado bajo de alambre cubierto de madreselva y rosas trepadoras pequeñas inodoras coloradas y blancas y vio por primera vez también el cementerio, él que no solo había violado allí una tumba sino refutado un crimen poniendo otro al descubierto: un cuadrado de tierra vallado más pequeño que algunos huertos que él había visto y que en septiembre probablemente estaría ahogado de maleza y casi intransitable y casi invisible lleno de salvia y ambrosía y cadillo, del que brotaban sin simetría ni orden como marcadores de libros

metidos al azar en un libro mayor o mondadientes en una hogaza y un poco al sesgo siempre como si hubieran tomado su propia perpendicular congelada de aquellos pinos flexibles inquietos nunca verticales del todo, lápidas del grosor de tejamaniles de granito gris barato del mismo color gastado que la iglesia sin pintar como si hubieran sido cortadas con hacha de su flanco (y talladas sin lema alguno solo simples nombres y fechas como si sus deudos solo recordaran de ellos que habían vivido y habían muerto) y no hubiesen sido ni el deterioro ni el tiempo quienes hubiesen impuesto de nuevo a las violadas paredes el flamante y tosco remiendo de madera sin pintar y sin desbastar sino las simples exigencias de la mortalidad y el sino irremediable de la carne.

Él y su tío pasaron entre ellas hasta donde estaban ya el sheriff y los dos negros plantados sobre el montículo de tierra fresca que también él que lo había vio lado veía ahora por primera vez en realidad. Pero no habían empezado aún a cavar. Por el contrario, el sheriff se había vuelto incluso, mirando hacia atrás, hacia él, hasta que él y su tío llegaron y pararon también.

—¿Ahora qué? —dijo su tío.

Pero el sheriff hablaba para él con aquella voz densa y suave:

—Creo que tú y la señorita Eunice y tu secretario tuvisteis mucho cuidado y procurasteis que nadie os sorprendiera anoche aquí ¿verdad?

Contestó su tío:

—Bueno, en ocasiones como esas uno no quiere público, ¿verdad?

Pero el sheriff seguía mirándole a él.

—Entonces, ¿por qué no volvisteis a colocar las flores?

Entonces él las vio también: la corona artificial, aquel fastidioso e intrincado artilugio de alambre y cuerda y barnizadas hojas y embalsamadas flores que alguien había traído o enviado de la floristería del pueblo, los tres montones de flores silvestres y de jardín marchitas atadas con hilo de algodón, todo lo cual Aleck Sander había dicho la noche anterior que parecía que las hubieran tirado allí sin más sobre la tumba y que recordaba que Aleck Sander y él las habían puesto a un lado y que sabía que habían vuelto a colocarlas después de rellenar la fosa otra vez; recordaba a la señorita Habersham diciéndoles dos veces que volvieran a ponerlas después incluso de que él protestara porque era innecesario o al menos una pérdida de tiempo; quizá hasta pudiera recordar a la propia señorita Habersham ayudando a volver a colocarlas; o luego quizá él no las recordase puestas otra vez allí en absoluto sino solo creyera recordarlo, porque evidentemente no habían sido colocadas, yacían revueltas ahora e indiferenciables a un lado y al parecer él o Aleck Sander habían pisoteado la corona aunque en realidad ya no importaba, que era exactamente lo que su tío estaba diciendo:

—Ya no importa. Empecemos. Cuando terminemos aquí y volvamos al pueblo aún no habremos hecho más que empezar.

—De acuerdo, muchachos —dijo el sheriff a los negros—. Adelante. Quitémonos

de aquí... —y sucedió sin ruido alguno, él no oyó nada que le avisara, solo alzó la vista y se volvió cuando su tío y el sheriff lo hicieron y vio, no bajando por el camino sino rodeando por detrás de la iglesia como si de entre los pinos altos y ondulantes mismos, a un hombre con un sombrero ancho y descolorido y una camisa azul descolorida limpia la manga izquierda vacía recogida y prendida muy pulcramente con un imperdible por el puño al hombro, en una yegua amarillenta y flaca pequeña que tenía demasiada esclerótica y seguido de dos jóvenes montados ambos en una mula grande negra y sin silla con una rozadura como de cuerda en el cuello y seguidos a su vez (a prudente distancia de los cascos de la mula) de dos escuálidos perros zorreros, acercándose con un trote rápido por el bosquecillo hacia la portilla donde el hombre detuvo la yegua y se bajó de ella ligero y diestro con su única mano y echó las riendas al cuello de la yegua y caminando con aquella rapidez leve nerviosa casi de muelle se acercó a ellos: un viejo enjuto y bajo de ojos tan claros como los del sheriff y la cara atezada y roja y le brotaba de ella una nariz como el pico ganchudo de un águila, hablando ya con voz aguda fina firme inquebrantable:

—¿Qué hacen por aquí, sheriff?

—Voy a abrir esta tumba, señor Gowrie —dijo el sheriff.

—No, sheriff —dijo el hombre, rápido, sin el menor cambio en la voz: no polémico, nada; solo una afirmación—. Esa tumba no.

—Sí, señor Gowrie —dijo el sheriff—. Voy a abrirla.

Sin precipitarse ni vacilar, casi con parsimonia en realidad, desabotonó el viejo con su mano única dos botones del pecho de la camisa y metió allí la mano, alzando un poco la cadera hacia ella y sacó de debajo de la camisa una voluminosa pistola de cachas de níquel y sin precipitación aún pero sin pausa metió la pistola en la axila izquierda, sujetándola contra el cuerpo con el muñón del brazo con la culata hacia adelante mientras con su única mano se abrochaba la camisa, luego cogió la pistola una vez más con la mano sin apuntar a ningún sitio, solo sosteniéndola.

Pero mucho antes de esto él había visto ponerse en movimiento al sheriff, moviéndose con velocidad realmente increíble no hacia el viejo sino rodeando el extremo de la tumba, ya en movimiento antes incluso de que los dos negros se volvieran para escapar corriendo, de modo que cuando se giraron parecieron correr a los brazos del sheriff como contra un acantilado, parecieron incluso saltar un poco hacia atrás antes de que el sheriff asiera a cada uno con una mano como si fueran niños y luego al cabo de un instante pareció sujetarles con una mano a ambos como a muñecas de trapo, girando el cuerpo para situarse entre ellos y el viejecito nervudo de la pistola, diciendo con aquella voz suave casi letárgica:

—Basta. ¿No os dais cuenta de que lo peor que puede hacer un negro hoy es andar por ahí huido con pantalones de presidiario?

—Así es, muchachos —dijo el viejo, con su voz aguda y sin inflexiones—. No voy a haceros daño. Estoy aquí hablando con el sheriff. La tumba de mi chico no, sheriff.

—Mándelos otra vez al coche —murmuró su tío rápidamente.

Pero el sheriff no contestó. Seguía mirando al viejo.

—Su chico no está en esta tumba, señor Gowrie —dijo el sheriff. Y observándole él pensó en todas las cosas que podría haber dicho el viejo (la sorpresa, la incredulidad, la cólera quizá, incluso el pensar en voz alta: *¿Cómo llegó a saber que no está aquí mi chico?*) la racionalización por reflexivo en la cual él podría haber parafraseado al sheriff diciéndole a su tío seis horas antes: *No me contaría usted esto si no supiera que es verdad*; observando, e incluso siguiendo al viejo mientras este cortaba derecho por medio de todo esto y él pensó de pronto con asombro: *Caramba, sufre*: pensando cómo había visto sufrir dos veces ya en dos años donde no lo había esperado o en realidad previsto, donde en cierto modo un corazón que podía desmoronarse no tenía nada que hacer: una vez un viejo negro que acababa de sobrevivir a su anciana esposa negra y ahora un viejo impío violento y malhablado que había perdido a uno de sus hijos uno de los seis hijos haraganes vagos y violentos y más o menos forajidos bastante más que solo más o menos indignos, solo uno de los cuales había hecho alguna vez una aportación positiva a su comunidad y grupo y eso por el último recurso desesperado de salir de ellos siendo asesinado: oyendo la voz aguda y lisa de nuevo inmediata y firme y sin intervalos, sin inflexiones, casi en tono de charla:

—Bueno, supongo que no va a decirme el nombre del tipo que demostró que mi hijo no estaba ahí, sheriff. Será mejor que no lo nombre... —ojillos duros y pálidos mirando fijamente a ojillos duros y pálidos, la voz del sheriff aún suave, inescrutable ya:

—No, señor Gowrie. No está vacía —y luego, después, comprendió que fue entonces cuando creyó que sabía no quizá por qué Lucas había logrado llegar vivo al pueblo porque la razón de eso era evidente: no había casualmente ningún Gowrie en el momento más que el muerto: pero lo era al menos el que el viejo y sus dos hijos hubieran salido galopando del bosque de detrás de la iglesia casi en cuanto él y el sheriff y su tío llegaron a la tumba y desde luego el porqué de que casi cuarenta y ocho horas después Lucas aún siguiera respirando.

—Es Jake Montgomery quien está ahí —dijo el sheriff.

El viejo se volvió de inmediato sin precipitación ni rápido siquiera solo con presteza como si su pequeña constitución enjuta y magra no ofreciera ni resistencia al aire ni pesara a los músculos motrices, y gritó hacia la cerca donde seguían aún los dos jóvenes sobre la mula idénticos a dos maniqués de una tienda e igual de inmóviles, sin haber empezado siquiera aún a bajarse hasta que el viejo gritó:

—Venid aquí, chicos.

—Es igual —dijo el sheriff—. Lo haremos nosotros —se volvió a los dos negros—. Venga. Coged las palas y empezad...

—Hágame caso —volvió a murmurar rápidamente su tío—. Dígales que vuelvan al coche.

—Eso mismo, abogado... abogado Stevens, ¿verdad? —dijo el viejo—. Que se larguen de aquí. Esto es asunto nuestro. Lo resolveremos nosotros.

—Ya es asunto mío, señor Gowrie —dijo el sheriff.

El viejo alzó la pistola, con firmeza y sin precipitación, doblando el brazo hasta que lo puso a nivel, el pulgar elevándose y pulsando el percutor y amartillándolo de modo que quedara ya en posición o no del todo, sin apuntar concretamente a nada a ningún sitio hacia la altura de las trabillas del cinturón vacías de los pantalones del sheriff.

—Que se larguen, sheriff —dijo el viejo. —Está bien —dijo el sheriff sin moverse—. Vuelvan al coche, muchachos.

—Más que eso —dijo el viejo—. Dígales que vuelvan al pueblo.

—Son presos, señor Gowrie —dijo el sheriff—. No puedo hacerlo —no se movía—. Volved allá y meteos en el coche —les dijo.

Se pusieron en marcha, pero no se dirigieron de nuevo a la portilla sino que fueron directamente por el recinto cercado, muy aprisa, alzando mucho los pies y las rodillas con los sucios pantalones de rayas, caminando muy de prisa ya cuando llegaron a la valla y medio cruzándola medio saltando y solo entonces cambiaron de dirección y volvieron hacia los dos coches de modo que hasta que llegaron al coche del sheriff no llegaron nunca a aproximarse más a los blancos de la mula que cuando se habían apartado de la tumba: y él les miró ahora montados en la mula idénticos como dos pinzas en un tendal, los rostros idénticos incluso exactamente igual de atezados, ariscos, irascibles serenos, hasta que el viejo volvió a gritar:

—Vamos, chicos —y descabalgaron como si fueran uno, al mismo tiempo incluso como en un número de circo ensayado y de nuevo al unísono saltaron la cerca de una sola zancada de la pierna izquierda, ignorando por completo la portilla: los gemelos Gowrie, idénticos incluso en la ropa y el calzado salvo que uno vestía camisa caqui y el otro un jersey sin mangas; unos treinta años, le llevaban la cabeza a su padre y tenían los ojos pálidos como él y también su nariz salvo que no era el pico de un águila sino más bien el de un halcón, acercándose sin decir palabra, sin mirar siquiera a ninguno de ellos desde sus rostros sombríos serenos hoscos hasta que el viejo señaló con la pistola (entonces vio que ya no estaba amartillada en realidad) a las dos palas y dijo con aquella voz aguda que tenía un tono casi hasta alegre:

—Cogedlas muchachos. Pertenecen al condado. Solo el Gran Jurado podría intervenir si rompiésemos una. —Los gemelos, frente a frente ahora en extremos opuestos del montículo y de nuevo trabajando a aquel unísono completo casi coreográfico: eran los más pequeños después del muerto; el cuarto y el quinto de los seis hijos: Forrest, el mayor que no solo se había liberado del déspota feroz que era su padre sino que hasta se había casado y dirigía desde hacía veinte años ya una plantación de algodón en el delta cerca de Vicksburg; luego Crawford, el segundo, llamado a filas el segundo día de noviembre de 1918 y que en la noche del diez (con una mala suerte en sus previsiones que, según su tío, no se merecía nadie... punto de

vista con el que parecían estar también de acuerdo en realidad las autoridades federales puesto que solo le habían condenado a un año de prisión en Leavenworth) había desertado y vivido casi dieciocho meses en un laberinto de cuevas y túneles que había en las montañas a unas quince millas del tribunal federal de Jefferson hasta que le capturaron al fin tras una especie de batalla campal (aunque nadie resultase herido por suerte para él) durante la cual había defendido su cueva durante treinta y tantas horas armado con (y, decía su tío, había una cierta coherencia y una cierta lógica aquí: un desertor de Estados Unidos defendiendo su libertad frente al gobierno de Estados Unidos con una pieza de armamento capturada al enemigo contra el que se había negado a luchar) una pistola automática que uno de los McCallum le había quitado a un oficial alemán capturado cambiándola poco después de llegar a casa por una pareja de perros zorreros de los Gowrie, y cumplió un año y volvió a casa y la noticia siguiente que en el pueblo se tuvo de él fue que estaba en Memphis donde se decía que se dedicaba (1) a subir licor de contrabando de Nueva Orleans, (2) a actuar como empleado especial de una empresa al servicio del patrono durante una huelga, pero que de cualquier modo volvió un buen día a casa de su padre donde nadie le vio mucho hasta que unos cuantos años atrás el pueblo empezó a enterarse de que estaba más o menos establecido, que trataba algo en ganado y madera e incluso trabajaba algo la tierra; y Bryan, el tercero que era la fuerza real, la potencia, el elemento de unión, como quieras llamarle, de o tras de la hacienda de la familia que los alimentaba a todos; luego los gemelos, Vardaman y Bilbo, que se pasaban las noches acucillados delante de troncos humeantes y tocones mientras los perros perseguían zorros y los días durmiendo sobre las tablas desnudas de la galería de su casa hasta que oscurecía y llegaba la hora de salir otra vez con los perros; y el último, Vinson, que ya de niño había demostrado una aptitud para el comercio y el dinero, así que ahora, aunque muerto a los veintiocho años, se decía no solo que poseía varias parcelas pequeñas de tierra de labran; por el condado sino que era el primer Gowrie que podía estampar su firma en un cheque y tener un banco que la respaldase... los gemelos, hundidos hasta las rodillas y luego hasta la cintura, trabajando con una rapidez hosca y lúgubre, como robots y a un absoluto unísono de modo que las dos palas parecieron rozar al mismo tiempo incluso la caja de madera e incluso luego parecieron comunicarse por ningún medio físico como hacen los pájaros o los animales: ni sonidos ni gestos: uno de ellos soltó simplemente la pala en una continuación del mismo movimiento con que lanzó la tierra y luego salió él mismo sin esfuerzo del hoyo y se quedó plantado entre los otros mientras su hermano limpiaba lo que quedaba de tierra sobre la tapa, lanzaba luego la pala arriba sin mirar siquiera y (como hiciera él mismo la noche anterior) quitó con el pie la tierra que quedaba en el borde de la tapa y apoyándose en una pierna agarró la tapa y la alzó y la giró y la abrió del todo hasta que desde arriba desde el borde de la fosa pudieron ver todos ellos por encima de él su interior.

Estaba vacía. No había en ella nada en absoluto; hasta que en su interior cayó con

un rumor susurrante tintineante un chorrito de tierra.

CAPÍTULO VIII

No lo olvidaría: los cinco allí al borde de la fosa contemplando el ataúd vacío, luego con otro movimiento ágil y suelto como el de su hermano gemelo el segundo Gowrie salió de la fosa y se agachó y con aire de inquietud absorta incómoda e incluso vagamente furiosa comenzó a sacudirse y quitarse las partículas de tierra de las perneras de los pantalones, el primer gemelo poniéndose en movimiento mientras el segundo se agachaba, yéndose derecho hacia él en un gesto ciego pausado indesviable deliberado como la otra parte de una pieza de maquinaria viajando sobre el mismo eje inevitable hacia su encaje, y se inclinó también y empezó a sacudirle y a quitarle el polvo a su hermano de la parte de atrás de los pantalones; y esta vez fue casi una palada de tierra lo que se precipitó por la tapa abierta y golpeteó en la caja vacía, casi con ruido bastante o con masa y peso suficientes para producir una pequeña resonancia hueca.

—Se los ha llevado a los dos —dijo su tío.

—Sí —dijo el sheriff—. ¿A dónde?

—Qué dos ni qué ocho cuartos —dijo el viejo Gowrie—. ¿Dónde está mi chico, sheriff?

—Le encontraremos en seguida, señor Gowrie —dijo el sheriff—. Hizo usted muy bien en traer los perros. Guarde la pistola y que sus chicos cojan los perros y los sujeten hasta que arreglemos esto.

—No se preocupe por la pistola ni por los perros —dijo el viejo Gowrie—. Son capaces de rastrear y de agarrar cualquier cosa que corra o camine. Pero ni mi chico ni ese Jake Montgomery (si era Jake Montgomery el que estaba en el ataúd de mi hijo) salieron caminando de aquí y no dejaron ninguna pista.

—Cálmese ya, señor Gowrie —dijo el sheriff. El viejo le miró furioso. No temblaba, no estaba impaciente ni desconcertado ni sorprendido, nada. Pensó observándole en una de esas llamas frías de luz azul en forma de lágrima de los mecheros de gas que no parecen producir calor y que se yerguen más livianas aún que si se pusieran de puntitas.

—Está bien —dijo el viejo—. Ya estoy tranquilo. Y ahora empiece usted. Parece que sabe todo lo que hay que saber de este asunto, es como si me hubiese mandado recado esta mañana a las seis en punto cuando desayunaba de que viniera aquí a verle. Ahora empiece usted.

—Es lo que vamos a hacer —dijo el sheriff—. Vamos a ver ahora mismo por dónde tenemos que empezar.

Y se volvió hacia su tío diciendo en un tono de voz suave racional casi deferente:

—Fue digamos hacia las once de la noche. Tienes una mula o quizá un caballo, en fin, algo que puede caminar llevando carga doble y un hombre muerto cruzado en la silla. Y no hay mucho tiempo, es decir, no dispones de todo el tiempo que quieras. Por supuesto son más o menos las once, cuando la mayoría de la gente está en la

cama, y un domingo por la noche, además, en que hay que acostarse para levantarse mañana temprano y empezar una nueva semana en plena temporada de siembra del algodón y no hay luna y aunque pudiese haber gente incluso por ahí es una zona solitaria del condado donde lo más probable es que uno no se encuentre con nadie. Pero aun así llevas un muerto con un agujero de bala en la espalda y aunque sean las once acabará amaneciendo tarde o temprano. Muy bien. ¿Qué hacer en tales circunstancias?

Se miraron fijamente, o más bien miraba fijamente su tío... el rostro anhelante huesudo demasiado delgado, los ojos brillantes perspicaces rápidos, y en frente el rostro soñoliento y enorme del sheriff, cuyos ojos no miraban fijamente, parecían no mirar siquiera, pestañeaban casi soñolientos, recorriendo los dos todo aquello también sin decir nada:

—Por supuesto —dijo su tío—. Enterrarlo otra vez. Y no lejos, pues como dijo usted siempre acaba amaneciendo aunque solo sean las once. Sobre todo si tenemos en cuenta que aún tuvo tiempo para volver y hacerlo todo otra vez, solo, sin ayuda, sin más manos que las tuyas para manejar la pala... y hay que pensar también esto: la necesidad, la necesidad terrible no solo de tener que hacerlo todo otra vez sino de tenerlo que hacer otra vez por la razón que tenía que hacerlo él: pensar que había hecho todo lo posible... que nadie podría haber pedido o esperado más de él ni siquiera soñado que él pudiese hacer más; no podía sentirse más seguro de lo que lo estaba: y luego tener que esconderse al oír un ruido, un ruido o quizá se tropezase por pura casualidad con la camioneta estacionada o quizá fuese solo su suerte, su buena suerte, el dios o genio o trasgo que vela por los asesinos durante un ratito, les mantiene protegidos y a cubierto hasta que los otros hados han tenido tiempo de enrollar y de anudar la soga: de cualquier modo había que caminar sigilosamente, atar la mula o el caballo o lo que fuese a un árbol y arrastrarse a gatas luego hasta aquí y quedarse tumbado inmóvil (¿quién sabe?, quizá allí mismo detrás de la valla) y contemplar cómo una vieja entrometida y dos niños que deberían llevar ya dos horas en la cama a diez millas de aquí, echaban abajo todo el cuidadoso edificio de su feroz trabajo, deshacían la obra no solo de su vida sino también de su muerte...

Su tío hizo una pausa, y entonces él vio que los ojos brillantes casi resplandecientes le miraban a él:

—Y tú. Tú no podías ni imaginar siquiera que la señorita Habersham iba a acompañarte hasta que llegaste a casa. Y sin ella, no podías tener la menor esperanza de que Aleck Sander fuese a venir contigo solo. Así que si hubieses tenido realmente la idea de venir hasta aquí solo a excavar esta tumba, no me digas siquiera...

—Dejemos eso ahora —dijo el sheriff—. Está bien. Tiene que estar enterrado por ahí. ¿Pero dónde? ¿Qué tierra es la más fácil de cavar y se puede cavar más aprisa si no hay tiempo que perder ni nadie que ayude aunque se tenga pala? ¿Qué tipo de terreno escogería uno para enterrar de prisa un cadáver aunque solo tuviera una navaja?

—Arenas —dijo su tío inmediatamente, rápidamente, casi con indiferencia, sin pensarlo casi—. El lecho del arroyo. ¿Recuerdas que le dijeron a las tres de la madrugada que le vieron ir hacia allí con su carga? ¿Qué esperamos?

—Está bien —dijo el sheriff—. Vamos pues. —Luego, dirigiéndose a él—: Indícanos exactamente dónde...

—Salvo que Aleck Sander dijo que quizá no fuese una mula —dijo él.

—Está bien —dijo el sheriff—. Caballo pues. Muéstranos exactamente dónde...

No lo olvidaría: mirando cómo el viejo embutía la pistola de nuevo culata hacia delante en la axila y la sostenía allí con el muñón del brazo mientras la mano única desabotonaba la camisa y luego la cogía y la guardaba otra vez dentro de la camisa luego abotonaba la camisa otra vez y luego se volvió aun más de prisa más rápido que los dos hijos a los que doblaba en edad, ya el primero de todos cuando saltó otra vez la cerca hacia la yegua y cogió riendas y perilla en una mano, montando ya: luego los dos coches bajando en segunda contra la gravedad volviendo por la empinada cuesta hasta que él dijo «Aquí» donde las huellas de la camioneta se desviaban de la carretera hacia los matorrales volvían luego otra vez hacia la carretera y su tío paró: y él vio al viejo del muñón hacer salir saltando a la yegua de la carretera por entre los árboles por el lado opuesto bajando ya el talud hacia el arroyo, vio luego los dos perros deslizarse arriba detrás y luego la mula con los dos hijos idénticos de cara de palo montados en ella: luego él y su tío estaban ya fuera del coche el coche del sheriff defensa contra defensa tras ellos, oyendo el estruendo de la yegua bajando hacia el arroyo y luego la voz lisa y aguda del viejo gritando a los perros:

—¡Eh! ¡Eh! ¡Vamos, muchacho! ¡A él, Ring! —Y luego oyó a su tío:

—Espóselos al volante —y luego al sheriff:

—No. Necesitaremos las palas —y él había escalado también el terraplén, atento a lo de abajo al estruendo y los gritos, luego su tío y el sheriff y los dos negros que llevaban las palas estaban junto a él. Aunque el arroyo cruzaba casi en ángulo recto la carretera después de donde se bifurcaba el camino de tierra, esto quedaba a casi un cuarto de milla de donde estaban ahora ellos o más bien andaban y aunque pudieran oír todos al viejo Gowrie azuzando los perros y el ruido de la yegua y la mula también en la densa espesura de abajo, el sheriff no iba por aquel lado, siguiendo por su parte el cerro que corría casi paralelo a la carretera varios minutos y no empezó a desviarse de él hasta que salieron al llano de juncia y laurel muy poblado de sauces que había entre el cerro y el arroyo: y empezaron a cruzarlo, el sheriff delante hasta que paró mirando aún hacia abajo luego se volvió hacia ellos y se quedó mirándole, observándole mientras él se acercaba con su tío.

—Tu secretario tenía razón la primera vez —le dijo el sheriff—. Era una mula.

—No una mula negra con la rozadura de una cuerda en el cuello —dijo su tío—. Seguro que esa no. Ni siquiera un asesino puede ser tan crasa y arrogantemente extravertido.

—Sí —dijo el sheriff—. Por eso son peligrosos, por eso debemos acabar con ellos

o encerrarles —y mirando hacia abajo las vio también: las huellas estrechas delicadas melindrosas casi de mula completamente desproporcionadas respecto al tamaño real del animal, amontonadas apretadas profundas, demasiado para una mula por muy pesada que fuese que solo llevase un hombre, en el mantillo húmedo, las huellas llenas de agua y pudo ver incluso un diminuto animal acuático indefinido cruzar una de ellas dejando un chorrito de estela como un hilo de barro en disolución; y sobre la pista, una vez encontrada, pudieron ver ya el sendero entre la vegetación aplastada que les llegaba a los hombros mantenido en suspensión como un surco que cruza un campo o la estela congelada de un buque, cruzando el cenagal recto como una flecha hasta desvanecerse en el bosque que bordeaba el arroyo. Lo siguieron, caminando por él, siguiendo las dos series de huellas que no eran de ida y vuelta sino que iban ambas en la misma dirección, de cuando en cuando la huella del mismo casco superpuesta sobre la anterior, el sheriff a la cabeza aún hablando de nuevo, hablando en voz alta pero sin volver la cabeza como si (pensó al principio él) no hablase con nadie:

—No volvió por este mismo camino. La primera vez no tuvo tiempo. Volvió en línea recta por la loma esa vez, pese a los árboles y pese a la oscuridad. Fue al volver cuando oyó lo que oyese —entonces él se dio cuenta de para quién estaba hablando el sheriff—. Quizá tu secretario soltase un silbido o algo allá arriba. Al estar en un cementerio a aquellas horas de la noche.

Luego llegaron ya a la orilla misma del arroyo: una zanja ancha un canal por el que corría un torrente cuando las lluvias del invierno y de la primavera pero por donde fluía ahora una corriente exigua de poco más de dos centímetros de profundidad y nunca de más de un metro de anchura de poza a poza a lo largo de la arena blanquecina... y en el momento en que su tío decía «Seguramente el muy imbécil...» el sheriff desde diez metros o así más allá por la orilla dijo:

—Es aquí —y fueron hasta allí y entonces él vio donde había estado atada la mula a un arbolito y luego las huellas por la orilla donde el hombre mismo había estado trajinando, unas huellas también más profundas que las de un hombre normal por mucho que pesara y él pensó en aquello también: la angustia, la desesperación, la urgencia en la oscuridad negra y las zarzas y el fluir vertiginoso e irrevocable de los segundos, portando una carga que no debía portar un hombre: luego empezó a oír un ruido y un estrépito de maleza más lejos aún siguiendo la orilla y luego la yegua y luego gritaba el viejo Gowrie y luego otro estruendo que sería la mula surgiendo y luego todo un escándalo: el viejo gritando y maldiciendo y el ladrar de los perros y golpes repetidos del zapato de un hombre contra unas costillas de perro: pero no podían correr más, abriéndose paso también estruendosos entre las zarzas espinosas y las enredaderas que les trababan hasta que pudieron mirar hacia la zanja y el montículo bajo de tierra fresca pizarrosa en que los perros habían estado escarbando y el viejo Gowrie aún dándoles patadas y maldiciendo y luego ya estaban todos abajo en la zanja salvo los dos negros.

—Calma, señor Gowrie —dijo el sheriff—. Que no es Vinson.

Pero el viejo parecía no oírle. Parecía no darse cuenta siquiera de que no estaba solo. Hasta parecía haber olvidado por qué les daba patadas a los perros: que solo pretendía echarles del montículo, pues seguía renqueando y saltando tras ellos con una sola pierna y la otra encogida y dispuesta para la patada incluso después de que los perros se hubieran retirado del montículo e intentaran solo ya regatearle y salir de la zanja para ponerse a salvo, y él dándoles patadas y maldiciendo aún después de que el sheriff le agarrase de un brazo y le inmovilizase.

—Mire la tierra —dijo el sheriff—. ¿No ve? Apenas tuvo tiempo de enterrarlo. Este fue el segundo, cuando tenía prisa, cuando era casi de día y tenía que esconderlo —y todos pudieron verlo ya: el pequeño montículo de tierra fresca junto a la orilla abajo y en la orilla encima las marcas furiosas e irregulares de la pala como si hubiese macheteado la orilla con el borde de ella como si fuera un hacha (de nuevo: pensando: la desesperación la angustia la frenética lucha a brazo partido con la sólida inercia insoportable de la tierra misma) hasta que tuvo lo suficiente para ocultar lo que tenía que ocultar.

Esta vez no necesitaron las palas siquiera. El cadáver apenas estaba cubierto; los perros lo habían dejado ya visible y él se dio entonces cuenta de la verdadera magnitud de la angustia y la desesperación: la frenética y desesperada bancarrota de tiempo pues ni siquiera le quedaba suficiente ya para ocultar la prueba de su desesperación y la razón de su angustia; él y Aleck Sander, pese a trabajar los dos a una velocidad feroz, no habían logrado acabar de rellenar la fosa hasta pasadas las dos: así que cuando el asesino, no solo él solo sino después de haber vaciado ya seis pies de tierra y de haberlos rellenado otra vez desde la puesta del sol del día anterior, había sacado el segundo cadáver y había llenado el hoyo por segunda vez debía haber amanecido debía ser ya de día, el propio sol debía mirarle mientras volvía a bajar por segunda vez la cuesta y cruzaba el arroyo; la mañana misma observándole mientras echaba el cadáver bajo el saliente de la orilla luego paleaba furiosamente desde ella la suficiente tierra para ocultar el cadáver temporalmente de la vista con algo de esa desesperación frenética de la esposa que echa la bata sobre el guante olvidado del amante: tendido (el cadáver) boca abajo y solo la parte posterior del aplastado cráneo visible hasta que el viejo se agachó y con su mano única lo zarandeó rígidamente dándole la vuelta y poniéndolo boca arriba.

—Sí —dijo el viejo Gowrie con su voz aguda, firme y penetrante—: Es ese Montgomery, sí, claro que lo es —y se levantó ágil y raudo igual que un muelle de reloj disparado gritando chillando de nuevo a los perros—: ¡Venga muchachos! ¡Buscad a Vinson! —Y luego también su tío gritando, para hacerse oír:

—Espere, señor Gowrie. Espere —luego para el sheriff:

—Hizo una tontería entonces porque no tenía tiempo no porque sea tonto. Yo la verdad no creo que dos veces... —mirando alrededor, con ojos penetrantes. Luego los fijó en los gemelos. Dijo con voz aguda—: ¿Dónde están las arenas movedizas?

—¿Qué? —dijo uno de los gemelos.

—Las arenas movedizas —dijo su tío—. El lecho de arenas movedizas del arroyo. ¿Dónde está?

—¿Arenas movedizas? —dijo el viejo Gowrie—. Que hijo de puta, abogado. ¿Meter a un hombre en arenas movedizas? ¿Mi chico en arenas movedizas?

—Cállese, señor Gowrie —dijo el sheriff. Luego a los gemelos—: ¿Sí? ¿Dónde?

Pero él contestó primero. Pensó en ello un segundo o así. Luego lo dijo: «Están junto al puente»: luego no supo por qué: y luego no importaba tampoco: «no fue Aleck Sander esa vez. Fue Highboy».

—*Debajo* del puente de la carretera —corrigió el gemelo—. Donde han estado siempre.

—Oh —dijo el sheriff—. ¿Cuál es Highboy?

Y él estaba a punto de responder a esto: pero de pronto el viejo pareció haberse olvidado también de su yegua, girándose, corriendo antes de que se moviese ninguno de ellos e incluso antes de que se moviese él mismo, dando varias zancadas por la arena sin apoyo mientras ellos le observaban, hasta que se volvió y con la misma agilidad felina con que montaba en la yegua, subió arrastrándose con su mano única el talud de la orilla y se perdió de vista antes de que llegara nadie salvo los dos negros que nunca lo habían abandonado a subir al talud.

—Rápido —dijo el sheriff a los gemelos—: Cogedle. Pero no lo hicieron. Siguieron tras él entre los matorrales, uno de los gemelos delante luego todos los demás y los dos negros precipitadamente por entre zarzas y maleza, siguiendo otra vez el arroyo y saliendo de la espesura a la servidumbre de paso despejada de debajo de la carretera junto al puente; vio las resbaladizas marcas de cascos donde Highboy se había metido casi en el agua y retrocedido luego, la corriente de agua apretada contra el revestimiento de hormigón de enfrente fluyendo en una banda estrecha cuyo borde más cercano se desvanecía sin demarcación en una extensión de arena húmeda tan suave e inocente y sin señal de superficie como si fuese leche; él pisó saltó sobre un palo largo de sauce tendido por el borde de la orilla y cubierto tres o cuatro pies a lo largo de su longitud por una fina capa de arena seca como cuando tiras un palo en un cubo o un tanque de pintura y justo cuando el sheriff gritaba a los gemelos que iban delante «¡Cogedle vosotros!» vio al viejo saltar de pie desde la orilla y sin un chapoteo ni conmoción alguna seguir no a través de la blanda superficie sino dejándola atrás como si hubiera saltado no a un sitio sino por el borde de un acantilado o por el alféizar de una ventana y parándose luego medio desaparecido con la misma brusquedad sin ninguna conmoción ni impacto: solo fijo e inmóvil como si le hubiesen cortado las piernas por los lomos de una guadañada, dejándole asentado el tronco erguido sobre la blanda arena lechosa y sin profundidad.

—¡Bueno, chicos! —gritó el viejo Gowrie, con voz viva y penetrante—. Aquí está. Estoy de pie sobre él.

Y uno de los gemelos cogió la brida de cuerda de la mula y la de cuero y la cincha

de la silla de la yegua y utilizando las palas como hachas los negros cortaron ramas de sauce mientras los demás amontonaban matorrales y palos y todo cuanto podían alcanzar o hallar o arrancar y luego los dos negros y ambos gemelos, que dejaron los zapatos vacíos en la orilla, se metieron también en la arena y seguía bajando constante de las montañas el murmullo firme y perenne de los pinos pero ningún otro sonido aún aunque él escuchaba muy atento hacia ambos lados del camino, no por la dignidad de la muerte porque la muerte no tiene ninguna dignidad sino por decoro al menos: un poquito al menos de ese decoro que debería ser inútil derecho de todo individuo hasta que la carroña que deja pueda ocultarse al ridículo y a la vergüenza, el cadáver saliendo ya los pies primero, arrastrado hacia arriba y hacia fuera de la succión inescrutable por el tirón de la tosca polea luego libre de la arena con un leve chasquido ploc como un chasquear de labios en un sueño y en la blanda superficie nada: una leve arruga ondulación menguante ya luego inexistente como el final de una sonrisa vaga menguante reservada, y luego en la orilla ya y ellos le rodeaban y le contemplaban y él escuchaba más atento que nunca ahora con algo de la propia urgencia frenética del asesino hacia ambos lados del camino aunque aún no había nada: solo oyendo reconociendo su propia voz mucho después al parecer de que todos los demás lo hubieran hecho, mirando al viejo cubierto hasta la cintura de la misma capa fina de arena que el palo, contemplando el cadáver, la cara contraída y el labio de arriba contraído hacia arriba dejando al descubierto el brillo inerte de la porcelana y las rosadas encías sin sangre de la dentadura postiza:

—Oh vamos, tío Gavin, oh vamos, tío Gavin, hay que sacarle del camino, metámosle otra vez en la espesura al menos...

—Calma —dijo su tío—. Han pasado todos. Todos están en el pueblo —y aún mirando al viejo que se agachó y limpió torpemente con su mano única la arena coagulada de los ojos y la nariz y la boca y la mano parecía extraña y torpe haciendo aquello, una mano tan conformada tan proclive y presta a la violencia; a los botones de la camisa y la culata y el percutor de la pistola: luego retro cedió la mano y empezó a hurgar en el bolsillo de la cadera pero ya su tío había sacado un pañuelo y lo había extendido aunque ya demasiado tarde pues el viejo se arrodilló y se sacó el faldón de la camisa e inclinándose para acercarlo más limpió con él el rostro muerto luego inclinándose más intentó apartar soplando la arena mojada como si hubiera olvidado que aún lo estaba. Luego se incorporó de nuevo y dijo con aquella voz lisa chillona y penetrante en la que aún no había la menor modulación auténtica:

—¿Bien, sheriff?

—No fue Lucas Beauchamp, señor Gowrie —dijo el sheriff—. Jake Montgomery estaba ayer en el funeral de Vinson. Y cuando enterraban a Vinson, Lucas Beauchamp estaba encerrado en mi cárcel del pueblo.

—Yo no hablo de Jake Montgomery —dijo el viejo Gowrie.

—Ni yo tampoco, señor Gowrie —dijo el sheriff—. Porque no fue el viejo colt 41 de Lucas Beauchamp el que mató a Vinson, además.

Y él que seguía mirando, pensó *¡No! ¡No! ¡No! ¡No se puede decir! ¡No puede preguntarse!* y durante un rato creyó que el viejo no lo haría mientras seguía inmóvil frente al sheriff pero sin mirarle ya porque los arrugados párpados se habían cerrado ocultando los ojos pero solo como cuando se baja la vista hacia algo que uno tiene a los pies de modo que no podías determinar con certeza si el viejo los había cerrado o solo miraba hacia abajo hacia lo que yacía en el suelo entre el sheriff y él. Pero se equivocaba; los párpados se alzaron de nuevo y de nuevo los ojos pálidos y duros del viejo miraron al sheriff; de nuevo su voz que habría parecido solo alegre a novecientos hombres de novecientos uno:

—¿Con qué mataron a Vinson, sheriff?

—Con una Luger automática alemana, señor Gowrie —dijo el sheriff—. Como la que trajo de Francia en mil novecientos diecinueve Buddy McCallum y cambió aquel verano por un par de perros zorreros.

Y él pensó que era en aquel momento cuando los párpados podrían deberían incluso haberse cerrado de nuevo pero de nuevo se equivocaba: solo hasta que el propio viejo se volvió, nervudo y rápido, casi ya en marcha, hablando firme y perentorio, no ya intolerante frente a la oposición o la discusión, sino sencillamente incapaz de concebir una y otra:

—Vamos, hijos. Hay que cargar al chico en la mula y llevarlo a casa.

CAPÍTULO IX

Y a las dos aquella tarde en el coche de su tío justo detrás de la camioneta (era otra camioneta; ellos, el sheriff, la habían requisado, con un armazón de rejilla para el ganado en la caja uno de los gemelos Gowrie sabía que estaría estacionada en el patio desierto de la casa situada a dos millas de distancia donde estaba también el teléfono —y él recordó que se preguntó qué haría allí la camioneta, cómo habrían ido al pueblo los que la habían dejado— y el Gowrie había prendido el motor con un tenedor de mesa que él había encontrado siguiendo las instrucciones de dicho Gowrie en la cocina abierta cuando su tío entró a llamar por teléfono al *coroner* y este Gowrie iba conduciendo) pestañeando rápida y continuamente no tanto por la claridad como por algo caliente y terroso bajo los párpados como un polvo de cristal sedimentado (que desde luego podría e incluso debería haber sido polvo después de veintitantas millas de carretera de arena y grava en una mariana salvo que ningún polvo simple se negaba como hacía aquel a humedecerse pese a tanto pestañeo) le pareció ver amontonarse al otro lado de la calle frente a la cárcel no al condado, no solo *Beat One* y *Two* y *Three* y *Five* con su caqui y su dril descoloridos sin corbata y sus vestidos estampados de algodón, sino al pueblo también (no solo los rostros que él había visto salir de los vehículos polvorientos de *Beat Four* delante de la barbería y de los billares el sábado por la tarde y luego en la barbería el domingo por la mañana y de nuevo allí en la calle el domingo a mediodía cuando apareció el sheriff en el coche con Lucas, sino los otros que salvo médicos y abogados y sacerdotes no solo eran el pueblo sino el Pueblo: comerciantes y compradores de algodón y vendedores de automóviles y los hombres más jóvenes que eran los dependientes de las tiendas y los empleados de las oficinas algodonerías y de los salones de ventas y los mecánicos de los garajes y los empleados de las gasolineras que volvían al trabajo después de comer) que sin esperar siquiera a que el coche del sheriff se aproximase bastante para identificarlo se habían vuelto empezando a avanzar de nuevo hacia la plaza como una marea, en marcha ya cuando el coche del sheriff llegaba a la cárcel, volviendo a derramarse ya en la plaza y convergiendo en aquella dirección única cruzándola cuando primero el sheriff luego la camioneta luego su tío entraron girando en la calleja de detrás de la cárcel dirigiéndose hacia la rampa de descarga de la puerta trasera de la funeraria donde les esperaba ya el *coroner*: de modo que avanzando no solo en paralelo a ellos pasada la manzana t intermedia sino ya por delante, aquello habría llegado antes que ellos incluso a la funeraria; y luego de pronto y antes de que él pudiera volverse siquiera en el asiento para mirar atrás supo que aquello había invadido la calleja tras ellos y en un momento un segundo ya les caería rugiendo encima, le alcanzaría y les agarraría uno tras otro: el coche de su tío luego la camioneta luego el coche del sheriff como tres gallineros y los barrería arrojándoles por último en un revoltillo indiferenciable abortado ya insignificante por la rampa a los pies del *coroner*; aun sin moverse todavía y le parecía que estaba ya asomándose

por la ventanilla o quizá realmente asiéndose al estribo huidizo gritándoles en una especie de cólera insoportable incrédula:

—Imbéciles, ¿es que no veis que llegáis ya demasiado tarde, que tendréis que empezar otra vez por el principio para encontrar un nuevo motivo? —Luego volviéndose en el asiento y mirando hacia atrás por la ventanilla trasera un segundo o quizá dos lo vio realmente: no rostros sino un rostro, no una masa ni siquiera un mosaico de ellos sino un Rostro: ni siquiera voraz ni insaciable sino solo en marcha, insensato, vacío de pensamiento e incluso de pasión: una Expresión sin significado y sin pasado como la que se materializa de pronto tras segundos o hasta minutos de doloroso hasta frenético mirar fijo desde la inocente yuxtaposición de árboles y nubes y paisaje en la imagen de rompecabezas del anuncio de jabón o en la cabeza cortada de la foto de las noticias de la atrocidad china o balcánica: sin dignidad y ni siquiera evocando horror: solo sin cuello los músculos laxos y dormido, colgando suspendido cara a cara con él justo al otro lado del cristal de la ventanilla trasera aún en el mismo instante abalanzante y monstruoso hacia él de modo que realmente dio un respingo y había empezado incluso a pensar *En un segundo más...* cuando ¡zás!, desapareció, no solo el Rostro sino los rostros, la calleja misma vacía tras ellos: nada y nadie en absoluto en ella y en la calle pasada la entrada vacía menos de una docena de personas ya de pie paradas mirando hacia la calleja tras ellos que incluso cuando él miró se volvieron también y empezaron a alejarse de nuevo hacia la plaza.

Él vaciló solo un instante. *Han dado todos la vuelta hacia la entrada*, pensó rápido y tranquilo del todo, teniendo ciertas dificultades (percibió que el coche estaba ya parado) para poner la mano en la manivela de la puerta, observando el coche del sheriff y la camioneta ambos parados también en la rampa de carga donde cuatro o cinco hombres apoyaban un tablón en la caja abierta de la camioneta e incluso oyó detrás la voz de su tío:

—Ahora vamos a casa y te acostarás antes de que tu madre llame a un médico para que nos pinche a los dos —luego encontrando al fin la manivela de la puerta y fuera del coche, un ligero traspies pero uno solo, luego los talones aunque no corriese ni mucho menos golpeando con demasiada fuerza el suelo de hormigón, los músculos de las piernas agarrotados del coche o hasta quizá con calambres de tanto trajinar arriba y abajo por el arroyo por no mencionar ya la noche dedicada a excavar y rellenar tumbas pero al menos el estrépito estaba despejándole un poco la cabeza o quizá fuese el efecto del viento al moverse la causa; de cualquier modo si había de tener visiones tendría al menos el cerebro despejado para contemplarlas: camino arriba entre el edificio de la funeraria y el contiguo aunque ya demasiado tarde por supuesto, el Rostro en un último embate y oleada hacía ya mucho por entonces al otro lado de la plaza y de la acera en un choque final luego derechos a través del escaparate pisoteando y haciendo pedazos la plaquita de bronce y ébano que indicaba la pertenencia a la asociación nacional de funerarios y la única astrosa raquílica palmera en su tiesto marrón de loza y haciendo añicos la cortina púrpura descolorida

por el sol que era la última frágil barrera que protegía lo que tenía lo que quedaba de Jake Montgomery de lo que quedara de su cuota de dignidad humana.

Y luego del camino a la acera, a la plaza, y quieto inmóvil le parecía que por primera vez desde que él y su tío dejaran la mesa de la cena y salieran de la casa hacía una semana o un mes o un año o cuando hubiese sido aquel domingo anterior por la noche. Porque esta vez ni siquiera necesitó el clic. Allí estaban por supuesto la nariz apretada contra el cristal pero no había siquiera suficientes ni para bloquear la calle no digamos ya para formar un Rostro; había menos de una docena y algunos la mayoría incluso eran chicos que deberían haber estado en clase a aquella hora: ni un solo rostro campesino ni siquiera un verdadero hombre porque incluso los otros cuatro o cinco con talla de adultos eran los ni hombres ni muchachos que estaban siempre allí cuando Tío Hogeye Mosby el viejo epiléptico del asilo caía en la calle echando espuma por la boca o cuando Willy Ingrum lograba al fin atravesarle las patas o los lomos de un tiro a lo que alguna mujer le había dicho por teléfono que era un perro rabioso:

Y esperando a la entrada junto al camino mientras su tío subía por él, pestañeando dolorosamente los párpados secos doloridos vio por qué: la plaza no vacía aún porque había demasiados, pero vaciándose, el caqui y el dril y los vestidos estampados afluyendo a ella cruzándola hacia los coches y camionetas aparcados, coagulándose y amontonándose en las puertas mientras uno a uno entraban y se colocaban en asientos y cajas y cabinas; gemían ya las puestas en marcha y prendían y atronaban los motores y ronroneaban y chirriaban y rechinaban las marchas mientras los pasajeros corrían aún hacia ellos apresurados y ya no uno sino cinco o seis a la vez daban marcha atrás separándose del bordillo y giraban y partían con gente aún corriendo hacia ellos subiendo precipitadamente a bordo y luego ya no habría podido llevar la cuenta aunque lo hubiese intentado, parado allí junto a su tío viéndoles condensarse en cuatro corrientes en las cuatro calles principales que salían del pueblo en las cuatro direcciones, yendo ya de prisa antes incluso de salir de la plaza, los rostros durante un último instante más mirando no hacia atrás sino afuera, no a nada en concreto, solo hacia afuera, solo una vez y no por mucho tiempo y luego no más ya, desvaneciéndose rápidamente y de perfil y parecían estar viajando ya mucho más de prisa que el vehículo que les llevaba, ya por sus caras fuera del pueblo mucho antes de haberse perdido de vista: y dos veces más aún desde el coche; su madre allí de pie de pronto no tocándole, llegada sin duda por el camino también de la cárcel más allá justo de donde probablemente estuviesen aún sacando a Montgomery de la camioneta pero en fin ya su tío le había dicho que ellas podían soportar cualquier cosa siempre que aún conservaran el derecho a negarse a admitir que fuese visible, diciéndole a su tío:

—¿Y el coche? —Luego ni siquiera esperando que le contestaran, volviéndose al camino que tenían delante, caminando esbelta y erguida y tiesa dando la espalda y los tacones repiqueteando y resonando en el pavimento como en casa cuando él y Aleck

Sander y su padre y su tío hubiesen preferido los cuatro caminar muy ligero un trecho, pasando otra vez la rampa donde solo estaban ya el coche vacío del sheriff y la camioneta vacía y continuando hasta la calleja donde ella sostenía ya abierta la puerta del coche cuando él y su tío llegaron allí y les vieron cruzar de nuevo la entrada de la calleja como si fuera un escenario: coches y camiones y camionetas, las caras en un perfil invencible no asombradas ni horrorizadas sino con una especie de rechazo irrevocable, pasando disparados por la entrada de aquella calleja de modo tan constante e ininterrumpido y tantos que parecían el último curso del instituto o quizá una compañía itinerante en gira representando la Batalla de la Colina de San Juan y no solo no oías sino que no necesitabas siquiera no escuchar los subsonidos apagados confusos de entre bastidores ni ver los soldados que avanzaban y cargaban tan pronto como llegaban a los flancos lanzarse en una carrera frenética y desatinada cambiando capotes y gorras y vendajes falsos y dar la vuelta por detrás de la estopilla ondulante pintada de combate y de valor y muerte para caer sobre su propia retaguardia y cruzar otra vez las candilejas en heroica alerta.

—Llevaremos primero a la señorita Habersham a casa —dijo él.

—Adentro —dijo su madre y tras girar a la izquierda por la calle de detrás de la cárcel aún pudo oírles y luego otro giro a la izquierda en el cruce siguiente y allí estaban de nuevo huyendo también por aquel proscenio ininterrumpidos y continuos, los rostros rígidos de perfil sobre el largo chirriar desgarrado de cemento y goma y él había tardado dos o tres minutos en la camioneta aquella mañana en encontrar un hueco incorporarse y seguir el mismo camino; su tío tardaría cinco o diez en hallar un hueco para meterse y volver a la cárcel.

—Vamos —dijo su madre—. Oblígalos a dejarte pasar—; y él se dio cuenta de que no iban a pasar por la cárcel; dijo:

—La señorita Habersham...

—¿Cómo quieres que lo haga? —dijo su tío—. ¿Quieres que cierre los ojos y apriete el acelerador? —Y puede que lo hiciera. Estaban ya en la fila de coches girando también con ella hacia casa, lo cual era perfecto, a él no le había preocupado entrar en ella sino el salir de ella otra vez antes de que aquella confusión frenética no de fuga en fin si alguien prefería llamarle evacuación les barriese hacia el anochecer para vomitarles por último horas y millas más allá molidos sedientos maltrechos sin resuello en algún punto extremo del perímetro escasamente cartografiado del condado del que tendrían que volver caminando en la oscuridad: diciendo de nuevo:

—La señorita Habersham...

—Ella tiene su camioneta —dijo su tío—. ¿No te acuerdas? —No había hecho otra cosa desde hacía cinco minutos, había intentado decirlo tres veces incluso: la señorita Habersham en la camioneta y su casa a menos de media milla de distancia y lo único que la retenía era que quizá no pudiera llegar hasta ella, la casa a un lado y la camioneta al otro de aquella barrera infranqueable de impetuosos coches y camiones y camionetas defensa con defensa y así casi tan inaccesible para una vieja soltera con

una camioneta de reparto de verduras de segunda mano como si estuviera en Mongolia o en la luna: sentada en la camioneta con el motor en marcha y las velocidades engranadas y el pie en el acelerador independiente solitaria desamparada erguida y leve bajo el sombrero escueto arcaico moribundo incluso esperando y mirando y solo queriendo prácticamente nada más que cruzar para poder poner en su sitio las ropas zurcidas y dar de comer a los pollos y cenar y descansar también un poco después de no parar en treinta y seis horas lo cual a los setenta años debía haber sido peor que cien a los dieciséis, esperando y mirando aquella masa vertiginosa de perfil un rato incluso un buen rato pero no eternamente no demasiado porque ella era una mujer práctica que no había tardado mucho la noche anterior en decidir que la forma de sacar un cadáver de una tumba era ir a donde estaba la tumba y abrirla y no mucho ahora tampoco en decidir que la manera de eludir una obstrucción especialmente con el sol ya hundiéndose por el oeste era rodearla, la camioneta en marcha ya corriendo paralela a la obstrucción y en su dirección, desamparada y solitaria aún pero independiente aún también y solo un poco nerviosa, quizá solo percibiendo que iba ya un poco más de prisa de lo que solía y de lo que le gustaba, más de prisa en realidad de lo que había conducido hasta entonces y ni aún así se situaba por delante de la obstrucción sino solo al lado porque iba ya muy de prisa la obstrucción: un zumbido interminable de perfil: y ahora ella sabía ya que cuando hubiese paso quizá no tuviese la habilidad o la fuerza o la rapidez o la presteza visual o quizá ni siquiera el simple nervio: ya cada vez más y más de prisa y muy atenta y procurando no perderse el posible hueco con un ojo y vigilando por donde iba con el otro que no se daría cuenta hasta después de que había girado no hacia el sur sino hacia el este ahora y no solo se empequeñecía rápida y claramente tras ella su casa sino Jefferson también porque ellos o aquello no se movía solo en una dirección alejándose del pueblo sino en todas ellas por todas las carreteras principales que se alejaban de la cárcel y de la funeraria y de Lucas Beauchamp y de lo que quedaba de Vinson Gowrie y Montgomery como la dispersión frenética de las chinches acuáticas en una poza de aguas estancadas al tirar una piedra: así que estaría más desesperada que nunca ahora con toda aquella distancia abriéndose entre ella y el hogar y otra noche sin descanso, dándose fuerzas para aprovechar cualquier hueco o rendija ya, la abollada camioneta rozando apenas el suelo junto a aquella mancha impenetrable y perfilada arrastrándose reptando más y más cerca junto a ella cuando sucedió lo inevitable: algún fallo del ojo o un temblor de la mano o un parpadeo involuntario en la mirada tensa de alerta o quizá simple topografía: una piedra o terrón en el camino tan inaccesible a la denuncia como Dios pero aún así demasiado cerca y luego demasiado tarde, la camioneta arrebatada y hundida en el torrente de goma de rodamientos y plancha de acero recapitalizada y lanzada atropelladamente hacia delante asiendo aún el inútil volante y apretando el acelerador castrado solitaria y abandonada recorriendo el arrastrarse largo y apacible del final de la tarde, en una cúpula de oscuridad malva sin viento, más y más de prisa ya hacia un último

crescendo justo antes de la frontera del condado donde estallarían desparramándose por todas las encrucijadas y senderos como conejos o ratas acercándose al fin a sus madrigueras individuales, la camioneta aminorando y parando luego un poco de costado en la carretera quizá donde el impulso la hubiese vomitado y en fin estaba ya segura, en el condado de Crossman, y podía girar de nuevo hacia el sur ahora siguiendo la raya de Yoknapatawpha encendiendo ya las luces yendo tan de prisa como osaba por aquellas estrechas carreteras rurales sin señalizar; noche plena ya y en el condado de Mott ahora pudo incluso girar hacia el oeste al fin esperando su oportunidad de girar al norte y lanzarse, nueve y diez en punto siguiendo las carreteras sin señalizar bordeando la frontera imaginaria tras la cual los faros frenéticos distantes relampagueaban y se lanzaban raudos en sus madrigueras y cubiles; el condado de Okatoba pronto y medianoche y seguramente ella podría girar entonces al norte volver a entrar a Yoknapatawpha, pálida exhausta solitaria indomable entre grillos y ranas arbóreas y las luciérnagas y las lechuzas y las zumayas y los perros precipitándose entre ladridos saliendo de debajo de las casas dormidas e incluso por lo menos un hombre en camisa de dormir y los zapatos desatados, con una linterna:

¿A dónde pretende ir usted, señora?

Estoy intentando llegar a Jefferson.

Jefferson queda detrás de usted, señora.

Lo sé. Tuve que dar un rodeo por culpa de un viejo negro arrogante e insolente que alborotó todo el condado fingiendo que había asesinado a un blanco: cuando descubrió de pronto que iba a echarse a reír, descubriéndolo casi a tiempo, no del todo a tiempo para impedirlo pero sí para empezar a pararlo muy de prisa, realmente más sorprendido que otra cosa, hasta que su madre dijo ásperamente:

—Toca la bocina. Toca la bocina para que se aparten —y descubrió que no era risa ni mucho menos o en realidad no solo risa, es decir el sonido que hacía era el mismo de la risa pero había en él más y resultaba más duro, parecía tener mayor dificultad para salir y cuanto más duro parecía y sonaba menos y menos podía parecer recordar de qué podía haber estado riéndose él y se le humedeció de pronto la cara no con un fluir sino con una especie de brote y chorro de agua; de cualquier modo estaba allí, un bulto voluminoso el segundo en tamaño de los tres, mayor que su madre que su tío que él, casi diecisiete y ya casi un hombre porque iban tan apretados tres en el coche que había de sentir irremisiblemente un hombro de mujer contra el suyo y la mano estrecha de ella posada en su rodilla allí sentado como un niño zurrado antes de que hubiese tenido siquiera aviso suficiente para empezar a protegerse.

—Corrían —dijo él.

—Venga, hombre —dijo su madre—. Da un rodeo —y su tío lo hizo, en dirección contraria y casi tan de prisa como aquella mañana camino de la iglesia intentando no perder de vista al sheriff y no porque su madre hubiera razonado que puesto que

estaban ya todos en el pueblo intentando salir como fuese de él no habría nadie que viniera por aquel lado de la calle hacia la plaza así que era solo llevar una en el coche aunque no fuese conduciendo, bastaba con eso: recordándolos en otra ocasión anterior en un coche y su tío conduciendo y su tío dijo entonces:

—Está bien, ¿qué quieres que haga? ¿Que cierre los ojos y apriete el acelerador? —Y su madre dijo:

—¿Cuántos coches has visto en que condujesen los dos vehículos mujeres? —Y su tío dijo:

—Está bien, me rindo, quizá porque el coche de una de ellas esté aún en el garaje donde un hombre chocó con él ayer —luego él ya no pudo verles sino solo oír el largo desgarrón sin principio ni fin que no dejaba cicatriz en neumáticos y pavimento una fricción como rumor de seda cruda y afortunadamente la casa estaba en el mismo lado contrario de la calle también y portando aquel rumor con él hasta el patio también y entonces pudo ocuparse de la risa dedicando un momento a ponerle la mano encima a lo que parecía haberle hecho empezar y sacarlo a la luz donde hasta él pudiese ver que no era tan gracioso; distaba unas diez millas de serlo lo bastante como para alterar a su madre; dijo:

—Corrían —y supo a la vez que se equivocaba, casi demasiado tarde mientras estaba plantado allí mismo aún considerándose, cruzando rápido el patio hasta que se detuvo y no sacudió sino que apartó el brazo y dijo—: Mira, no estoy tullido. Solo estoy cansado. Voy a subir a mi habitación y a echarme un poco. —Y luego a su tío: «Después estaré perfectamente. Sube a llamarme dentro de unos quince minutos»; luego se detuvo y se volvió de nuevo repitiendo a su tío: «Estaré listo en quince minutos». Y siguió ya sin detenerse llevándose aquello con él al interior de la casa y hasta pudo oírlo en su habitación también a pesar de las cortinas echadas y el rojo saltando detrás de los párpados hasta que se incorporó apoyado sobre un codo bajo la mano de su madre una vez más para su tío justo al otro lado de los pies de la cama:

—Quince minutos. ¿No te irás sin mí, verdad? ¿Lo prometes?

—Claro —dijo su tío—. No me iré sin ti. Solo...

—¿Quieres salir de aquí de una vez, Gavin? —dijo su madre. Y luego a él—: Échate —y lo hizo y allí estaba aún aquello incluso a través de incluso contra la mano, la palma fresca fina delicada pero también seca también áspera y quizá también hasta fresca, la sensación seca ardiente terrosa de su cráneo mejor que la sensación de la mano en él porque al menos a esa estaba acostumbrado ya, la había tenido tiempo suficiente, aunque desviara la cabeza tenía las mismas posibilidades más o menos de esquivar aquella palma frágil estrecha indesahuciable que de esquivar desviando la frente una marca de nacimiento fijada en ella y ni siquiera era un rostro ya pues le daban la espalda sino una coronilla una nuca, el tranquilo cogote de una Cabeza un frágil bulbo relleno de gachas indefendible como un huevo pero terrible en su unanimidad concertada no lanzándose hacia él sino alejándose.

—Corrían —dijo—. Le ahorraron a su conciencia diez centavos no comprándole

un paquete de tabaco para demostrar que le habían perdonado.

—Sí, claro —dijo su madre—. Déjalo ya —que era como decirle a uno que colgara cogido de una mano de un acantilado que se agarrara bien: él, que en aquel momento solo ansiaba la oportunidad de dejar ir y liberar en la nada del sueño lo poco de nada que aún tenía que la noche anterior había deseado dormir y podría haberlo hecho pero no había tenido tiempo y deseaba ahora como nunca dormirse y tenía todo el tiempo del mundo en los quince minutos siguientes (o los siguientes quince días o quince años en realidad porque solo cabía ya albergar la esperanza de que Crawford Gowrie decidiese ir y buscar al sheriff y decir De acuerdo lo hice yo porque solo tenían a Lucas que decía que a Vinson Gowrie no le habían matado con un colt cuarenta y uno o bueno con el suyo, el colt cuarenta y uno de Lucas y Buddy McCallum que podía decir o no Sí yo le cambié a Crawford Gowrie una pistola alemana hace veinticinco años; ni siquiera tenían a Vinson Gowrie para que viniera alguien de la policía de Memphis y mirara y dijera qué bala le había matado porque el sheriff había dejado ya que el viejo Gowrie se lo llevara a casa y le lavase la arena y lo enterrara de nuevo al día siguiente: esta vez donde Hampton y su tío no pudieran ir a desenterrarlo mañana por la noche) solo que había olvidado ya cómo se hacía; o quizá fuera eso y no se atreviese a disolver en nada lo poco que había dejado: que era nada: ninguna aflicción a recordar ni piedad ni conciencia siquiera de vergüenza, ni reivindicación de la aspiración inmortal del hombre por el hombre para el hombre a través de la catarsis de lástima y vergüenza sino en realidad tan solo un viejo para quien la aflicción no era siquiera un componente de sí mismo sino solo el fenómeno efímero de su hijo asesinado llevando un cadáver extraño a la espalda no para aplacar su único grito mudo acusatorio no por lástima no por venganza sino por justicia sino solo para asegurarse de que era el que no era, gritando alegre estridente sin vergüenza: «Sí es ese Montgomery, claro que lo es» y un Rostro; él que no había esperado que Lucas saliera a rastras de su celda cubierto hasta el hombro por la marea expiatoria para ser emplazado para su momento de reivindicación y de triunfo en la base digamos del monumento a los confederados (o quizá mejor en el balcón del edificio de correos debajo del asta de la bandera nacional) más de lo que lo había esperado para él mismo y Aleck Sander y la señorita Habersham: que (él mismo) no solo no había deseado tal sino que no podría haberlo aceptado puesto que habría abrogado y vaciado la suma de la parte que hubiese hecho él la cual tenía que ser anónima o si no carecería de valor: que había querido claro dejar también huella en su vida de hombre pero nada más, solo eso, alguna huella suya en el mundo pero humilde, esperando queriendo humildemente incluso, sin esperanza en realidad, nada (que en fin era todo) salvo su posibilidad personal única anónima de hacer también algo pasional y valeroso y serio no ya de sino dentro de la crónica perdurable del hombre digno de un lugar en ella (¿quién podía saberlo? Quizá añadiendo incluso un ápice anónimo a la seriedad de la valerosa pasión de la crónica) en gratitud por el don de su estancia en ella, queriendo solo eso y hasta sin esperanza en realidad, deseoso

de aceptar el hecho de que lo había perdido porque no era digno, pero esto no lo había esperado desde luego: no una vida salvada de la muerte ni siquiera una muerte salvada de la vergüenza y la indignidad ni siquiera la suspensión de una sentencia sino tan solo la escatimada pretermisión de una fecha; no indignidad avergonzada con su propia anulación vergonzosa, no sublimación y humildad con humildad y orgullo recordadas ni el orgullo del valor y la pasión ni de la lástima ni el orgullo y la seriedad y el pesar, sino la seriedad misma degradada por lo que había ganado, la pasión y el valor mancillados por lo que habían tenido que afrontar; un Rostro, el Rostro sereno de su grupo natal su tierra natal, su gente su sangre los suyos con los que había sido su alegría y su orgullo y su esperanza que le hallaran digno de presentar un frente inquebrantable único unido al tenebroso abismo a la noche... un Rostro monstruoso no voraz omnívoro ni aun ininsaciable, no frustrado ni aun bloqueado, no aguardando ni esperando ni aun necesitando ser paciente pues ayer hoy y mañana son Es: indivisible: Uno (su tío aquí también, previéndolo también dos tres cuatro años antes lo mismo que había previsto todo lo demás que a medida que iba convirtiéndose en un hombre iba descubriendo que era cierto: «Todo es *ahora* entiendes. Ayer no terminará hasta mañana y mañana empezó hace diez mil años. En cada muchacho sureño de catorce años, no una vez sino siempre que lo desee él, existe ese instante en que aún no son las dos de aquella tarde de julio de 1863, las brigadas están en posición detrás de la valla del ferrocarril, cargadas las armas y dispuestas en la espesura y se sueltan ya las banderas plegadas para que ondeen al viento y el propio Pickett con sus largos rizos aceitosos y el sombrero probablemente en una mano y la espada en la otra está mirando hacia el cerro esperando que Longstreet dé la señal y todo está en el aire aún no ha pasado, aún no ha empezado, no solo aún no ha empezado sino que aún hay tiempo para que no empiece contra aquella posición y aquellas circunstancias que apesadumbraron a más hombres que a Garnett y a Kemper y a Armstead y a Wilcox pero va a empezar, lo sabemos todos, hemos llegado demasiado lejos hay demasiado en juego y no precisa siquiera ese momento un chico de catorce que piensa Esta vez. Quizá esta vez con tanto que perder y tanto que ganar: Pennsylvania, Maryland, el mundo, la cúpula dorada del propio Washington para coronar con una victoria desesperada e increíble la jugada desesperada, la tirada de dados de hace dos años; o para cualquiera que haya navegado alguna vez aunque solo en una barquita y por vela una colcha, el momento de 1492 en que alguien pensó Ahora: el límite absoluto sin retorno, el de dar vuelta ya y regresar a casa o navegar irremisiblemente hacia adelante y o hallar tierra o precipitarse por el final atronador del mundo. Una vocecita, una poetisa sensible y profunda de los tiempos de mi juventud dijo que *el té derramado se va con las hojas y todos los días muere un crepúsculo*, una extravagancia de poeta que como suele acontecer refleja verdad pero invertida y al revés puesto que el distraído manipulador del espejo ensimismado en su obsesión ha olvidado que la parte de atrás del espejo es cristal también: ojalá lo fuesen, pero en vez de ello, el crepúsculo de ayer y el té de

ayer son ambos indiferenciables de las esparcidas heces indestructibles indisolubles arrojadas por los interminables pasillos de mañana, en los zapatos con los que habremos de andar y hasta las sábanas entre las que habremos de dormir (o intentar): pues a nada se escapa, nada se elude; el perseguidor es quien corre y la noche de mañana es solo un largo combate insomne con las omisiones y pesadumbres de ayer».): no habían omitido siquiera una muerte ni siquiera la muerte de Lucas solo a Lucas, Lucas en diez mil avatares Sambo para escurrirse negligente sin conciencia siquiera por aquel orificio como un ratón por la ranura de una guillotina hasta que en ese instante negligente Único cae negligente inadvertida despreocupada la cuchilla; mañana o mañana al fin o mañana lo más y quizá esta vez intervenir donde los ángeles no temen a un niño blanco y otro negro de dieciséis años y a una vieja solterona blanca que ronda los ochenta; correr, huir no ya para negar a Lucas sino solo para no tener que mandarle por el recadero tabaco no en modo alguno para indicar que lo lamentaban sino para no tener que decir claramente que se habían equivocado: y desdeñó el acantilado en una larga zambullida hacia arriba, aminorando dentro ya, oyéndolo, solo que ahora levísimamente oscilante oyéndolo escuchándolo, sin moverse aún ni abrir los ojos siquiera mientras tendido un instante más escuchándolo, los abrió luego y allí estaba su tío perfilado contra la luz, a los pies de la cama en aquel silencio absoluto y complejo y total ya sin nada más ya en él que el alentar de la oscuridad las ranas arbóreas los insectos: ni huida ni repudio ni de momento ya siquiera urgencia en parte alguna de la habitación ni fuera de ella ni por encima o debajo o delante o detrás de los rumores de las miríadas de los animalitos pequeños y el sístole y diástole inmensos de la noche estival.

—Se acabó —dijo él.

—Sí —dijo su tío—. Probablemente están ya todos en la cama durmiendo. Llegaron a casa a tiempo para ordeñar y seguro que hasta tuvieron tiempo incluso antes que oscureciera para corta la leña del desayuno de mañana.

Lo que significaba una vez pero aun así él siguió sin moverse.

—Corrían —dijo.

—No —dijo su tío—. Fue más que eso.

—Corrían —dijo él—. Llegó un momento en que ya no tenían más remedio que admitir su error. Así que se fueron a casa corriendo.

—Al menos se movieron —dijo su tío: lo que significaba dos veces: él que no había necesitado siquiera la primera insinuación pues no solo la urgencia la exigencia la necesidad de moverse de nuevo o más bien de no haber dejado en realidad de moverse en aquel momento hacía cuatro o cinco o seis horas o lo que fuese en que creyó de veras que iba a echarse quince minutos solo (y por otra parte sabía perfectamente lo que eran quince minutos lo pareciese o no) no había vuelto nunca había estado en ningún lugar del que volver porque aún estaba allí, había estado allí siempre, jamás había estado ausente ni siquiera un segundo por detrás incluso de la extraña fantasmagoría cuyo tropel aún le desconcertaba, con o entre la cual había

pasado más bien quince horas que quince minutos, aún estaba allí o al menos la parte inacabada que ni era ya una parte minúscula sino más bien una parte minúscula de la de su tío y de la del sheriff en la inconcluibilidad de Lucas Beauchamp y Crawford Gowrie pues que supiesen ellos antes de que él perdiera el rastro aquella mañana ninguno de ellos sabía lo que iban a hacer después ya antes de que Hampton se hubiese desprendido del escaso material de prueba de que disponían devolviéndoselo al viejo Gowrie manco y empistolado del que ni siquiera dos niños y una anciana podrían ya recuperarlo; la necesidad de no concluir nada sino de solo seguir en movimiento no ya para mantenerse donde estaban sino solo desesperadamente para mantenerse a nivel como tener que correr en un molino de rueda de andar no ya por estar donde estaba el molino sino solo para no ser lanzado en confusión corriendo aún frenéticamente hacia atrás fuera del escenario perdido de vista, y no esperando estático el momento de volver a afluir a él y hacerle explotar en movimiento sino más bien en movimiento interminable ya como la cinta interminable del molino de rueda menos de una fracción de pulgada por encima del punto extremo de su nariz y pecho donde el primer aliento pleno le llevaría dentro de su órbita arrebatadora, él tendido debajo como un vagabundo atrapado entre las vías bajo un tren en marcha, seguro solo mientras no se moviera.

Así que se puso en movimiento; dijo «Hora»: balanceando las piernas. «¿Qué hora es? Dije quince minutos. Me prometiste...».

—Solo son las nueve y media —dijo su tío—. Hay tiempo de sobra para una ducha y también para que cenes. Ellos no se irán hasta que llegemos nosotros.

—¿Ellos? —dijo él. De pie ya descalzo (solo se había quitado los zapatos y los calcetines) buscando las zapatillas—. Has vuelto al pueblo, ¿hasta que llegemos allí? ¿No vamos a ir con ellos?

—No —dijo su tío—. Haremos falta los dos para retener a la señorita Habersham. Se reunirá con nosotros en el despacho. Así que andando; probablemente nos esté ya esperando.

—Sí —dijo él. Pero estaba ya desabrochándose la camisa y el cinturón y también los pantalones con la otra mano, dispuesto a quitárselo todo en un solo movimiento. Y esta vez era risa. Era perfecto. No podía ni oírlo siquiera.

—Así que era ese el motivo —dijo él—. Así sus mujeres no tendrían que cortar la leña en la oscuridad con niños medio dormidos sosteniendo las linternas.

—No —dijo su tío—. Ellos no escapaban de Lucas. Se habían olvidado de él...

—Eso es exactamente lo que digo yo —dijo él—. Ni siquiera aguardan a mandarle tabaco y a decir De acuerdo, amigo, todos nos equivocamos y no te pediremos cuentas por esto.

—¿Era eso lo que tú querías? —dijo su tío—. ¿El tabaco? ¿Habría bastado eso?... Claro que no. Lo que es un motivo para que Lucas reciba al final su tabaco; insistirán en ello, habrán de hacerlo. Recibirá pagos parciales a cuenta el resto de su vida en este país los quiera o no los quiera y no ya Lucas sino *Lucas: Sambo* puesto que lo

que hace que un hombre se agite insomne de noche en la cama no es tanto haber ofendido a sus semejantes como haber cometido un error; la simple ofensa (si no puede justificarla con lo que llama lógica) puede borrarla destruyendo a la víctima y a los testigos pero el error es suyo y es uno de sus gatos y él siempre prefiere matarlo dulcemente. Así que Lucas tendrá su tabaco. No lo querrá, claro, e intentará rechazarlo. Pero lo tendrá y veremos así invertida aquí precisamente en el condado de Yoknapatawpha la antigua relación oriental entre el salvador y la vida que salvó: Lucas Beauchamp que fue antes esclavo de cualquier blanco a cuyo alcance pudiera estar tiraniza ahora la conciencia blanca de todo el condado. Y ellos (*Beat One y Two y Three y Five*) también se dieron cuenta de esto así que ¿por qué perder ya el tiempo en mandarle la lata de tabaco de diez centavos si no tendrán más remedio que pasarse haciéndolo el resto de su vida? Así que lo desecharon de momento. No escapaban de él, escapaban de Crawford Gowrie; solo repudiaban no ya por horror sino por unanimidad absoluta un no harás y un no debieras que sin aviso previo alguno se convirtió en no *debes*. *No matarás* comprendes... nada acusatorio, frío: un precepto moral simple; lo hemos aceptado en el anonimato distante de los antepasados, lo hemos conservado todo este tiempo, acariciado, alimentado, mantenido vivo su sonido y las mismas palabras inalteradas tan usado ya que tiene gastadas todas las esquinas; ya no nos quita el sueño; hemos destilado incluso antídotos propios contra él lo mismo que el ama de casa previsora tiene siempre a mano una solución de mostaza o claras de huevo en la misma estantería que el matarratas; tan familiar como la cara del abuelo, tan irreconocible como la cara del abuelo bajo el turbante de un príncipe indio, tan abstracto como la flatulencia del abuelo en la mesa de la familia; aun cuando se quebrante y la sangre vertida se alce ante nosotros clara y nítida tenemos el precepto todavía, aún intacto, aún verdad: *No mataremos* y quizá no lo hagamos la próxima vez. Pero *no matarás al hijo de tu madre*. Y baja entonces a la calle misma y camina contigo codo a codo a plena luz del día, ¿verdad que sí?

—Así que para muchos de los Gowrie y de los Workitt matar a Lucas Beauchamp quemándole con gasolina por algo que no hizo es una cosa, y el que un Gowrie asesine a su hermano es otra.

—Sí —dijo su tío.

—No puedes decir eso —dijo él.

—Sí —dijo su tío—. *No matarás* como precepto y aunque lo hagas, el precepto se mantiene incólume e intacto: *No matarás* y en fin, a lo mejor la próxima vez puede que no lo hagas. Pero *Gowrie no debe matar al hermano de Gowrie*: no hay aquí a lo mejor, no hay próxima vez en que quizá Gowrie no mate a Gowrie porque no debe haber primera vez. No ya para Gowrie, para todos: Stevens y Mallison y Edmons y McCaslin también; si no vamos a atenernos a la norma de que no solo no ha de llegarse sino que no debe llegarse y no puede llegarse al punto de que Gowrie o Ingrum o Stevens o Mallison puedan derramar sangre de Gowrie o Ingrum o Stevens o Mallison, ¿cómo esperar que llegue algún día el *No matarás nunca*, en que Lucas

Beauchamp viva seguro no pese al hecho de ser Lucas Beauchamp sino porque lo es?

—Así que huían para no tener que linchar a Crawford Gowrie —dijo él.

—No habrían linchado a Crawford Gowrie —dijo su tío—. Eran demasiados. ¿No recuerdas que llenaban la calle delante de la cárcel y que llenaron también la plaza durante toda la mañana cuando aún creían que Lucas había matado a Vinson Gowrie por la espalda sin hacer nada en absoluto?

—Estaban esperando a que llegara Beat Four a hacerlo.

—Que es exactamente lo que digo yo: admitamos de momento que es verdad. La parte de Beat Four compuesta de Gowries y Workitts y los otros cuatro o cinco que no le habrían dado a un Gowrie ni a un Workitt ni una mascada de tabaco y que habían venido solo por ver la sangre, es lo suficientemente pequeña para provocar un linchamiento. Pero no todos ellos juntos porque hay una simple cuantía numérica alcanzada la cual una multitud se anula y se destruye, quizá porque ha llegado ya a ser tan grande que no hay oscuridad, la cueva en que se engendró no es ya tan grande como para ocultarla a la luz y tiene así quiera o no que mirarse y verse, o quizá porque la sangre que contiene un cuerpo humano no baste ya, o porque un cacahuete podría hacer cosquillas a un elefante pero no a dos o a diez. O quizá el hombre al pasar a ser turba pasa luego a ser masa que destruye a la turba por absorción, metabólicamente, llegando luego a hacerse demasiado grande ya para ser masa y convirtiéndose de nuevo en hombre susceptible de piedad y justicia e incluso de conciencia aunque solo en el recuerdo de su largo y penoso anhelo de ellas, de esa especie de luz serena universal.

—Así que el hombre es siempre justo —dijo él.

—No —dijo su tío—. Procura serlo si quienes lo manipulan en pro de su poder y su engrandecimiento personales le dejan en paz. Piedad y justicia y conciencia también: esa fe más que en la habilidad del hombre individual (que nosotros en Norteamérica hemos degradado en religión nacional de las entrañas en que el hombre no tiene deberes con su alma porque ha sido eximido de alma a la que deber y es en vez de eso heredero estático al nacer de una opción inalienable a una esposa un coche una radio y una pensión en la vejez) en la divinidad de su continuidad como Hombre; piensa lo fácil que les habría resultado ocuparse de Crawford Gowrie: nada de una chusma moviéndose furtiva en la oscuridad mirando siempre de reojo por encima del hombro sino una opinión pública unánime: el cacahuete desvaneciéndose bajo el pisotear de todo un rebaño concertado sin que ni un solo elefante llegara a saber en realidad que hubiese estado allí en concreto el cacahuete puesto que la razón principal de una turba es que la mano ejecutora individual que cortó concretamente el hilo pueda esfumarse para siempre en la confraternidad inviolable del anonimato: en la que en este caso esta concreta no habría tenido más razón después para no conciliar de noche el sueño que un verdugo profesional. No quisieron destruir a Crawford Gowrie. Le repudiaron. Si le hubieran linchado solo le habrían quitado la vida. Fue peor lo que hicieron: le privaron en todo el ámbito de su capacidad de su ciudadanía

de hombre.

Él siguió quieto todavía.

—Tú eres abogado —dijo luego—. No huían de Crawford Gowrie ni tampoco de Lucas Beauchamp. Huían de sí mismos. Huían a casa a esconder la cabeza debajo de la almohada de su propia vergüenza.

—Eso exactamente —dijo su tío—. ¿No lo he dicho yo desde el principio? Eran demasiados. Eran suficientes ya para poder escapar avergonzados, para que les resultase insoportable la única alternativa que habría sido la de la turba: la cual (la turba) debido a su exigüidad y lo que creía que era su enmascaramiento y cohesión y lo que sabía que era la falta absoluta de confianza entre sus miembros, habría elegido la alternativa rápida y simple de destruir el conocimiento de la vergüenza destruyendo al testigo de la misma. Por eso se fueron corriendo como dices tú.

—Dejándoos al señor Hampton y a ti para limpiar el vómito, cosa que no hacen ni los perros. Aunque por supuesto el señor Hampton es un perro a sueldo y creo que a ti te podría considerar lo mismo... porque no hay que olvidar tampoco a Jefferson —dijo—. Desaparecían además muy de prisa. Por supuesto algunos no podían porque solo era aún media tarde así que no podían cerrar aún las tiendas e irse a casa corriendo también; aún existía la posibilidad de venderse unos a otros unos centavos de algo.

—Yo dije Stevens y Mallison también —dijo su tío.

—Stevens no —dijo él—. Y Hampton tampoco. Porque alguien tenía que terminar, alguien con suficiente estómago para fregar el suelo. El sheriff para capturar al asesino (o intentarlo o tener la esperanza de hacerlo o lo que penséis hacer sea lo que sea) y un abogado para defender a los linchadores.

—Nadie linchó a nadie para que haya que defenderle —dijo su tío.

—Está bien —dijo él—. Perdónalos entonces.

—Eso tampoco —dijo su tío—. Yo defiendo a Lucas Beauchamp. Yo defiendo a Sambo del Norte y el Este y el Oeste: los de fuera que le arrojarán décadas atrás no solo a la injusticia sino a la aflicción y el calvario y también a la violencia imponiéndonos unas leyes basadas en la idea de que puede abolirse la injusticia del hombre con el hombre de hoy para mañana mediante policía. Sambo lo aguantará por supuesto; no hay aún suficientes como él para hacer otra cosa. Y se endurecerá, lo asimilará y sobrevivirá porque es Sambo y tiene esa capacidad; hasta en eso nos derrotará porque tiene capacidad para soportar y sobrevivir pero será arrojado décadas atrás y aquello a lo que sobreviva quizá no merezca ya la pena porque por entonces divididos podemos haber perdido América.

—Pero aún sigues excusándolo.

—No —dijo su tío—. Yo solo digo que la injusticia es nuestra, del Sur. Debemos expiarla y abolirla nosotros mismos solos y sin ayuda ni siquiera consejo (muchas gracias). Se lo debemos a Lucas lo quiera él o no (y esto Lucas no lo querrá de ningún modo) no por su pasado pues ni un hombre ni una raza puede si no sirve

sobrevivir a su pasado sin necesitar siquiera huir de él y no por esa retórica de la humanidad en general solo además retórica sino por la simple razón práctica indudable de su futuro: esa capacidad de sobrevivir y asimilar y resistir y mantenerse aún inmutable.

—Está bien —dijo él de nuevo—. A pesar de todo tú sigues siendo abogado y ellos corrían. Quizá pretendiesen que lo limpiase Lucas por pertenecer a una raza de friegasuelos. Lucas y Hampton y tú pues Hampton debe hacer algo de vez en cuando por lo que le pagan y también a ti te eligieron para cobrar un sueldo. ¿Pensaban explicarte cómo había que hacerlo? Qué usar de anzuelo para que Crawford Gowrie viniera y dijera Bien, muchachos, de acuerdo. Empecemos de nuevo. O estaban demasiado entregados a la tarea de ser... ser...

—¿Justos? —dijo su tío quedamente.

Entonces él se quedó silencioso. Pero solo un segundo. Dijo, «Corrían», tranquilo y absolutamente definitivo, sin desprecio siquiera, sacándose la camisa y dejándola flotar atrás y dejando caer en el mismo instante los pantalones y saliendo descalzo de ellos solo en calzoncillos ya.

—Además, es todo perfecto. Lo soñé todo; los soñé también a todos, y los eliminé también en el sueño; dejémosles en sus camas u ordeñando las vacas antes de oscurecer o cortando leña antes de oscurecer o después con linternas o sin linternas. Porque ellos no eran el sueño; yo únicamente les pasé para llegar al sueño... —hablando ahora muy de prisa, muchísimo más de lo que se creía hasta que fue ya demasiado tarde—: Era algo... alguien... algo relacionado con el hecho de que quizá esto fuese esperar demasiado de nosotros, demasiado para gente de solo dieciséis años o casi ochenta o noventa o los que tenga ella, y luego de repente yo estaba contestando lo que tú me dijiste, te acuerdas, de aquellos chicos ingleses no mucho mayores que yo que dirigían tropas y volaban en aviones de exploración en Francia en 1918. ¿Recuerdas que dijiste que en 1918 todos los oficiales británicos parecían ser o subalternos de diecisiete o coroneles tuertos o mancos o cojos de veintitrés?... —conteniéndose entonces o intentándolo porque había captado al fin la advertencia con toda claridad no como si hubiera oído de pronto por adelantado las palabras que iba a decir sino como si hubiera descubierto de pronto no lo que ya había dicho sino hacia dónde iba, lo que iban a obligarle a decir las que ya había dicho para poder contenerlas: pero demasiado tarde claro como apretar de pronto el freno cuesta abajo y descubrir con horror que se ha roto... solo que había algo más también... yo estaba intentando... —las contuvo al fin sintiendo que la sangre caliente y áspera le ardía cuello arriba en la cara y ningún sitio siquiera para mirar no porque estuviera de pie allí casi desnudo para empezar sino porque no había ropa ni expresión ni conversación tampoco que sirviese de pantalla de humo para ocultar nada a los ojos graves y brillantes de su tío.

—¿Sí? —dijo su tío. Luego su tío dijo—: Sí. Hay cosas que uno no debe aguantar jamás. Hay cosas que debemos negarnos siempre a soportar. La injusticia y la ofensa

y la deshonra y la vergüenza. Por muy joven que uno sea o por muy viejo que sea ya. Ni por fama ni por dinero: Ni por tu foto en el periódico ni por dinero en el banco. Hay que negarse simplemente a soportarlo. ¿De acuerdo?

—¿Quién, yo? —dijo él, en movimiento ya cruzando la habitación, sin esperar siquiera las zapatillas—. No he vuelto a ser un *boyscout* novato desde los doce años.

—Claro que no —dijo su tío—. Pero láméntalo entonces: no te avergüences.

CAPÍTULO X

Quizá el comer tuviera algo que ver con aquello, ni siquiera parándose mientras intentaba sin interés especial ni curiosidad calcular cuántos días hacía que no se había sentado a comer a una mesa y luego en el mismo bocado como si dijésemos recordando que no había pasado aún uno puesto que aunque fuese medio dormido ya había tomado un buen desayuno en casa del sheriff a las cuatro de aquella madrugada: recordando que su tío (que tomaba café en la misma mesa enfrente) había dicho que el hombre no se abría camino a través del mundo necesariamente comiendo pero que por el acto de comer y quizá solo por eso entraba realmente en el mundo, se integraba en el mundo: no pasaba a través de él sino que entraba en él, ahondando en la solidaridad fecunda del mundo como la polilla en la lana por el acto físico de masticar y tragar la sustancia de su urdimbre y su base convirtiendo, traduciendo así en una parte de sí mismo y de su recuerdo, toda la historia del hombre o quizá renunciando incluso por masticación, abandonando, devorando para fortalecerse esa cosa minúscula orgullosa y vana que él llamaba su memoria y su yo y su Yo-Soy en esa solidaridad ancha anónima prolífica del mundo bajo la cual la roca efímera se enfriaría y se alejaría girando hasta convertirse en polvo ni siquiera percibido y recordado puesto que no había ayer y mañana ni siquiera existía así que quizá solo un vivir ascético de bellotas y agua de manantial en una cueva podría justificar en realidad orgullo y vanagloria; quizá hubieses de vivir sí en una cueva a base de bellotas y agua de manantial en extasiada contemplación inexpugnable de tu vanagloria y rectitud y orgullo para corresponder a aquel tonó elevado intolerante de su adoración que no toleraba compromiso alguno: comiendo sin parar y muchísimo además y con una rapidez que hasta él sabía ya que era excesiva pues llevaba oyéndolo dieciséis años y posó la servilleta y se levantó y una última queja de su madre (y él pensó que las mujeres solo podían soportar en realidad tragedia y pobreza y dolor físico; como aquella mañana que él estaba donde con dieciséis años no tenía por qué estar ni nada que hacer donde aún con el doble de edad nada tenía que hacer: por el campo con el sheriff desenterrando cadáveres asesinados de una zanja: ella había sido cien veces menos escandalosa que su padre y unas mil veces más útil, sin embargo ahora cuando lo único que pretendía él era ir andando hasta el pueblo con su tío y estar una hora o así en el mismo despacho en que había pasado ya el cuarto probablemente transcurrido de su vida, ella había abolido del todo tanto a Lucas Beauchamp como a Crawford Gowrie y había regresado infatigable a aquel día de quince años atrás en que había empezado a intentar convencerle de que no sabía abotonarse los pantalones):

—¿Pero por qué no puede venir a esperar aquí la señorita Habersham?

—Puede —dijo su tío—. Estoy seguro de que es capaz de encontrar otra vez la casa.

—Ya sabes lo que quiero decir —dijo ella—. ¿Por qué no le dices que venga?

Estar sentada en el despacho de un abogado hasta las doce de la noche, ese no es sitio para una señora.

—Tampoco era propio de una señora desenterrar a Jake Montgomery —dijo su tío—. Pero puede que logremos esta vez que Lucas Beauchamp no siga abusando de su nobleza. Vámonos Chick —y así fuera de la casa al fin, no saliendo de la casa y entrando en aquello porque había salido de la casa con ello tras en algún punto entre su habitación y la puerta de la calle no adquirirlo ni siquiera simplemente abrazarlo ni siquiera realmente recuperarlo sino más bien expiar su desvío de ello, haciéndose digno una vez más de ser recibido en ello pues era suyo o más bien era él de ello y en fin debía ser el comer, él y su tío caminando de nuevo por la misma calle casi exactamente como la habían recorrido no veinticuatro horas antes pues entonces no estaba vacía con una especie de consternación horrorizada y espantada: porque la calle ya no estaba vacía en absoluto, desierta y vacía de movimiento sin duda quedando tan vacía de vida de farola a farola como una calle muerta que cruzase una ciudad abandonada pero no abandonada realmente no aislada realmente sino solo abriéndoles paso a ellos para que pudieran hacerlo mejor, solo marcándoles el camino para que pudieran recorrerlo bien para no interferir u obstaculizar ni siquiera hacer sugerencias ni permitir consejos (muchas gracias) para que ellos lo hicieran bien y a su modo propio y personal puesto que era su propio dolor y su propia vergüenza y su propia expiación, riéndose de nuevo ya pues todo iba bien, pensando: *Porque ellos me tienen siempre a mí y a Aleck Sander y a la señorita Habersham y no digamos al tío Gavin y a un sheriff titular con su placa*: cuando de pronto se dio cuenta de que eso también formaba parte de aquello... aquel feroz deseo de que fuesen perfectos porque eran suyos y él era de ellos, aquella intolerancia furiosa del menor ápice o pizca de imperfección que pudiera impedir la perfección absoluta... aquel salto furioso casi instintivo para defenderles de cualquiera en cualquier parte para poder despellejarles él mismo sin piedad pues eran suyos y él solo quería alinearse con ellos inalterable y firme: una vergüenza si había de ser vergüenza, una expiación pues expiación había de ser sin duda, pero sobre todo que fuese inalterable duradera firme: un pueblo un corazón una tierra; así que de pronto dijo:

—Oye... —y se detuvo, pero, como siempre, no hizo falta más.

—¿Sí? —dijo su tío; luego, al ver que él no decía nada más—: Ah, ya. No es que tuvieran razón ellos sino que estabas equivocado tú.

—Peor que eso —dijo él—. Me sentía justo.

—No es negativo serlo —dijo su tío—. Quizá tú tuvieras razón y ellos se equivocaran. No hay que ceder. —¿Qué quieres decir? —dijo él.

—Hasta ufanarse y presumir es aceptable incluso —dijo su tío—. No hay que ceder.

—¿Qué quieres decir? —dijo de nuevo. Pero ya lo sabía. Dijo—: ¿No era hora ya de que dejaras de ser también un boyscout novato?

—Esto no es de novato —dijo su tío—. Esto es de tercer nivel. ¿Cómo le llamas

tú?

—Boyscout Águila —dijo él.

—Boyscout Águila —dijo su tío—. Novato es, No acepto. Boyscout Águila es, No ceder. ¿Comprendes? No, no es eso. No te molestes en comprender. No te molestes siquiera en no olvidarlo. No cedas.

—No —dijo él—. No tenemos por qué preocuparnos ya por lo de ceder o no. Me parece que de lo que tenemos que preocuparnos ahora es de a dónde vamos y cómo.

—Sí tienes razón —dijo su tío—. Tú mismo me lo dijiste hace unos quince minutos, ¿no te acuerdas? Cuando hablamos de lo que el señor Hampton y Lucas iban a utilizar de cebo para atraer a Crawford Gowrie a donde el señor Hampton pudiera echarle el guante. Van a utilizar a Lucas...

No lo olvidaría: él y su tío junto al coche del sheriff en la calleja junto a la cárcel viendo salir a Lucas y al sheriff por la puerta lateral de la cárcel y cruzar hacia ellos el patio oscuro. Estaba muy oscuro en realidad, porque la luz del farol de la esquina no llegaba hasta allí ni tampoco ningún sonido. Solo poco más de las diez y noche de lunes además pero el tenebroso cuenco del cielo encerraba como en un vacío como un viejo ramo de novia bajo su campana de cristal el pueblo, la plaza que estaba más que muerta: abandonada: porque él había seguido para mirarla, sin parar dejando a su tío en la esquina de la calleja diciéndole detrás:

—¿A dónde vas? —Pero sin contestar siquiera siguiendo por la última manzana vacía y silenciosa, haciendo resonar las pisadas deliberadas sin recato en el silencio hueco, lento y solitario pero en modo alguno desamparado, por el contrario con una sensación y un sentimiento no posesivo sino propietario, virreinal, con humildad incluso, él en sí no potente pero receptáculo al menos de potencia como el actor que mira desde las bambalinas o quizá desde un palco vacío hacia el escenario expectante despoblado aun decorado y vacío aún, donde sin embargo al cabo de un momento entrará él y se emplazará en el centro de atención absoluta del último acto, él mismo en sí nada y quizá no la obra mejor del mundo tampoco pero suya al menos para terminarla, redondearla y retirarla intacta inexpugnable entera: y así ante dentro de la plaza oscura y vacía parando tan pronto como pudo percibir sin esfuerzo de una vez todo aquel rectángulo oscuro y sin vida con solo una luz en algún sitio y eso en el café que estaba abierto toda la noche para los camiones de largo recorrido cuyo auténtico objetivo (el del café) decían algunos, la verdadera razón de que el pueblo le concediese el permiso era mantener despierto al sustituto nocturno de Willy Ingrim que aunque el municipio le había emparedado en un pequeño cubículo que le servía de oficina en una calleja con una estufa y un teléfono no se quedaba allí sino que utilizaba en su lugar el café donde había alguien con quien charlar y se le podía telefonar allí por supuesto pero a algunas personas señoras mayores sobre todo no les gustaba avisar al policía a un café nocturno de modo que habían conectado el teléfono del despacho a una gran alarma antirrobo de la fachada lo bastante estruendosa para que el del mostrador o un camionero del café la oyera y le dijera que

estaban llamando y las dos ventanas iluminadas de la segunda planta (y pensó que la señorita Habersham había conseguido convencer a su tío para que le diera la llave del despacho y luego pensó que no podía ser, que su tío la había convencido a ella para que cogiera la llave puesto que a ella le habría dado igual esperar sentada en la camioneta estacionada a que llegaran ellos... y luego añadió Si ella había esperado porque eso era un error sin duda y lo que había pasado en realidad era que su tío la había encerrado en el despacho para dar tiempo al sheriff y a Lucas para salir del pueblo) pero como las luces del despacho de un abogado podían estar encendidas siempre que el abogado o el portero olvidaran apagarlas al salir y el café era una institución pública como la central eléctrica no contaban e incluso el café estaba solo iluminado (no podía ver su interior desde allí pero podría haber oído y pensó que aquello, cerrar formalmente el café durante doce horas probablemente había sido el primer acto oficial del alguacil nocturno además de accionar cada hora el reloj registrador que había en la pared de la entrada trasera del banco desde el pánico por el perro rabioso del último agosto) y recordó las otras noches de lunas normales en que no había llegado aullando ningún furor escandaloso de venganza y sangre y de solidaridad racial y familiar desde Beat Four (o Beat One o Two o Three o Five en realidad o por aquel motivo desde las inmediaciones de los propios pórticos georgianos urbanos) a resonar y retumbar entre los viejos ladrillos y los viejos árboles y los capiteles dóricos y dejarlos por una noche al menos conmovidos: diez de la noche lunes y aunque la primera sesión del cine habría terminado hacía ya unos cuarenta o cincuenta minutos unos cuantos que habían entrado tarde aún pasarían camino de casa y todos los chicos jóvenes estarían sentados sin duda desde entonces bebiendo coca-cola y echando monedas en el tocadiscos automático de la botica, paseando sin noción del tiempo y sin prisas porque no iban a ninguna parte pues su destino era la noche de mayo misma y llevaban aquello con ellos paseando en ella y (día de mercado de ganado) hasta unos cuantos coches y camiones retrasados cuyos ocupantes se habían quedado también al cine o para visitar a parientes o amigos y cenar con ellos y ahora al fin se dispersaban hacia la noche hacia el sueño hacia el día siguiente por la tierra en sombras recordando la noche anterior sin ir más lejos en que él había creído que las calles también estarían vacías hasta que había tenido tiempo de escuchar un momento y darse cuenta de que las calles no estaban vacías en absoluto: noche de domingo pero con una quietud que era algo más que la quietud de la noche de domingo, un tipo de quietud que no tenía relación en realidad con ninguna noche y nunca concretamente con una noche de domingo, que había sido noche de domingo solo porque ya estaba determinado el calendario cuando el sheriff llevó a Lucas a la cárcel: un vacío que podías llamar vacío siempre que llamas vacío y deshabitado al terreno silencioso y sin vida que hay delante de un ejército movilizado o pacífico al vestíbulo de un almacén de pólvora o tranquilo al aliviadero de debajo de las esclusas de un embalse: una sensación no de espera sino de incremento, no de gente: mujeres y viejos y niños: sino de hombres más que torvos

graves más que tensos serenos, sentados serenamente y sin hablar gran cosa siquiera en cuartos retirados no solo en los baños y retretes de detrás de la barbería y en el cobertizo de detrás de los billares lleno de cajas de refrescos y atestado de botellas de whisky vacías sino en los almacenes de tiendas y garajes y detrás de las cortinas echadas de las oficinas cuyos propietarios e incluso los dueños de tiendas y garajes admitían pertenecer no a un negocio sino a una profesión, no esperando por un acontecimiento un momento en el tiempo que viniese a ellos sino un momento en el tiempo en que en una concurrencia casi involuntaria ellos mismos creasen el acontecimiento, lo presidiesen e incluso lo sirviesen un instante que no quedaba retrasado siquiera seis o doce o quince horas sino que era por el contrario simplemente la continuación de aquel en que la bala alcanzó a Vinson Gowrie y no había transcurrido tiempo alguno intermedio y así a todos los efectos Lucas estaba ya muerto puesto que había muerto en realidad en el instante mismo en que había enajenado su vida y a ellos les tocaba presidir su inmolación, y ya solo aquella noche para recordar porque mañana todo habría terminado, mañana en fin despertaría la plaza se pondría en movimiento, otro día y se esfumaría la resaca, otro y se disiparía incluso la vergüenza de modo que el sábado todo el condado con una unanimidad inalterable de voz y ritmo y cuchicheo negaría incluso que hubiera existido alguna vez un instante en que pudieran haber estado equivocados: así que no necesitaba recordarse siquiera en el absoluto el total el completo silencio que el pueblo no estaba muerto ni abandonado incluso sino solo retirado dejando sitio para hacer lo que hubiese que hacer íntimamente al modo propio familiar sin ayuda o interferencia o consejo incluso (muchas gracias): tres aficionados, una solterona blanca y un niño blanco y otro negro para desenmascarar al posible asesino de Lucas, Lucas mismo y el sheriff del condado para capturarlo y así una última vez: recordando: su tío mientras él aún descalzo en la alfombra con ambos bordes de la camisa desabotonada en las manos hacía tres minutos y cuando coronaban el último repecho de la cuesta camino de la iglesia hacía once horas y en lo que debía ser ya unas mil veces más desde que él había llegado a ser lo bastante mayor para oír y comprender y recordar: *... para defender no a Lucas ni siquiera la unión de los Estados Unidos sino a los Estados Unidos de los extraños Norte Este y Oeste que con las motivaciones y las intenciones más elevadas (digamos) intentan dividirlos en un momento en que ningún pueblo se arriesga a la división utilizando leyes federales y policía federal para abolir la vergonzosa condición de Lucas, quizá no haya entre mil sureños elegidos al azar uno que se aflija realmente o que se interese incluso en realidad por tal condición pero tampoco hay siempre uno dispuesto a linchar personalmente a Lucas fuese la causa la que fuese ahora bien ni uno de esos novecientos noventa y nueve más ese otro primero que completa los mil vacilarían en rechazar por la fuerza (uno sería incluso ese linchador) al extraño que bajase aquí por la fuerza para intervenir o castigarle, tú dices (con burla). Tienes que conocer bien a Sambo para aceptar ese plácido supuesto de su pasividad y yo contesto que no le conozco en absoluto y que*

en mi opinión no le conoce ningún blanco pero conozco al blanco sureño no solo a los novecientos noventa y nueve sino también a ese otro porque él es también nuestro y más aún, ese otro no existe solo en el Sur, verás aliados no al Norte y al Este y al Oeste y a Sambo contra un puñado de blancos del Sur sino una alianza sobre el papel de teóricos y fanáticos y vengadores particulares y personales más otros muchos con la premisa de suficientes millas materiales para permitirse un principio contra y posiblemente incluso sobrepasando en número a un Sur unido que ha atraído reclutas quisiéralo o no de vuestras propias zonas atrasadas, no solo del campo sino en las magníficas ciudades de vuestro orgullo cultural vuestros Chicago y Detroit y Los Ángeles y todos los demás lugares donde vive gente ignorante que tema cualquier color de piel o forma de nariz distinta de la propia y que aprovechará esta oportunidad de desahogar con Sambo toda la carga de su horror y desprecio y temor ancestrales al indio y al chino y al mexicano y al caribe y al judío, nos obligaréis a nosotros al uno de esos primeros mil tomados al azar y a los novecientos noventa y nueve del segundo que lamentan la vergonzosa condición de Lucas y que la mejorarían y lo han hecho y lo hacen y lo harán hasta (no mañana quizá) que esa condición quede abolida puede que no para ser olvidada pero sí al menos recordada con menos dolor y amargura puesto que la justicia la pedimos nosotros y no nos fue arrancada y le fue impuesta a él con bayonetas, de grado o por fuerza en alianza con aquellos con los que ningún parentesco tenemos en defensa de un principio que nosotros mismos deploramos y repudiamos, estamos en la posición de los alemanes después de 1933 que no tenían otra alternativa que la de ser nazis o judíos o los rusos actuales (también europeos en realidad) que ni siquiera tienen esa sino que deben ser comunistas o difuntos, solo nosotros debemos hacerlo y solo nosotros sin ayuda o interferencia o incluso consejo (gracias) pues solo nosotros podemos si la igualdad de Lucas ha de ser algo más que una prisionera de sí misma dentro de una barricada inexpugnable de los herederos directos de la victoria de 1861-1865 que probablemente colaborase más aun que John Brown al bloqueo de la libertad de Lucas que aún parece estar paralizada cien años después de que Lee se rindiese y cuando afirmáis que Lucas no debe esperar por ese mañana porque ese mañana no llegará nunca porque vosotros no solo no podréis sino que no querréis entonces nosotros solo podemos repetir Entonces no lo haréis y deciros Bajad aquí y miradnos antes de tomar una decisión y contestáis No gracias ya apesta bastante desde aquí y nosotros decimos Miraréis por lo menos al perro al que pretendéis enseñar a excretar fuera de casa, un pueblo dividido en un momento en que la historia aún sigue mostrándonos que la antesala de la disolución es la división y vosotros decís Al menos recemos en el nombre de la humanidad y os contestamos Cuando se tambalea todo salvo ese pronombre nominativo y ese verbo qué vale entonces la humanidad de Lucas y giró y recorrió corriendo la manzana breve muerta vacía volviendo a la esquina por donde había desaparecido su tío sin esperar y luego calleja arriba también hasta donde estaba parado el coche del sheriff, los dos mirando al sheriff y a Lucas

cruzar el patio a oscuras hacia ellos el sheriff delante y Lucas unos cinco pasos detrás caminando no de prisa solo resueltamente, ni furtivos ni disimulados sino como dos hombres solo ocupados no exactamente retrasados sino sin tiempo que perder, por la portilla y luego hasta el coche y el sheriff abrió la portezuela de atrás y dijo:

—Suba —entró Lucas y cerró la puerta el sheriff y abrió la de delante y entró gruñendo, y el coche se agazapó todo sobre muelles y ruedas cuando se acomodó en el asiento y giró la llave y prendió el motor, su tío de pie junto a la ventanilla asiéndola ahora por el borde con ambas manos como si pensase o esperase de pronto mantener inmóvil el coche antes que pudiera empezar a moverse, diciendo lo que él mismo había estado pensando intermitentemente desde hacía treinta o cuarenta minutos:

—Lleve a alguien con usted.

—Ya lo llevo —dijo el sheriff—. Además creo que ya aclaramos ese asunto tres veces esta tarde.

—Por muchas veces que cuente usted a Lucas sigue siendo un solo —dijo su tío.

—Déjeme usted llevar mi pistola —dijo Lucas— y nadie tendrá que echar cuentas. Lo haré yo —y él pensó cuántas veces le habría dicho ya el sheriff a Lucas que se callara, quizá fuese el motivo de que no lo dijese ya: salvo que (de pronto) lo hizo, volviéndose lenta y parsimoniosamente en el asiento gruñendo para mirar hacia atrás a Lucas, diciendo con voz quejumbrosa densa y suspirante:

—Después de todos los líos en que se metió usted el sábado por andar con esa pistola en el bolsillo cerca de donde estaba un Gowrie, quiere cogerla para ir a ver a otro. Ahora quiero que se calle y que siga callado. Y cuando empecemos a acercarnos al puente de Whiteleaf quiero que se tumbe ahí en el suelo bien pegado al asiento detrás de mí y sin abrir la boca. ¿Me oye?

—Le oigo —dijo Lucas—. Pero si tuviera mi pistola... —pero el sheriff se había vuelto ya hacia su tío:

—Por muchas veces que cuente usted a Crawford Gowrie también seguirá siendo uno —y prosiguió con aquella voz suave renuente suspirante que contestaba ya sin embargo a los pensamientos de su tío antes incluso de que este los expresara—: ¿Quién iba a ayudarle a él?

Y pensó también en eso recordando el largo rumor desgarrador de goma y pavimento de los coches y camiones frenéticos desparramándose confusamente lanzándose en un rechazo horrorizado irrevocable en todas direcciones hacia los últimos bastiones del condado no reseñados en el mapa salvo aquella islita de Beat Four llamada Iglesia de Caledonia, buscando refugio: el viejo el habitual el familiar, hogar donde las mujeres y las chicas y los niños pudiesen ordeñar y cortar la leña para el desayuno de mañana mientras los pequeños sostenían linternas y hombres y muchachos después de haber alimentado a las mulas para la labor del día siguiente se sentarían en la galería de entrada esperando la cena a la media luz del crepúsculo: las zumayas: noche: sueño: y hasta esto podía ver él incluso (siempre que hasta la

obsesión del asesino pudiera llevar de nuevo alguna vez a Crawford Gowrie al campo y el radio de acción de aquel brazo único cosa que él (dado que Crawford era también un Gowrie) de acuerdo en este caso con el sheriff no creía; y sabía ya por qué Lucas había podido salir de la tienda de Fraser vivo el sábado por la tarde, y hasta salir del coche del sheriff y entrar en la cárcel: que los propios Gowrie sabían ya que él no lo había hecho así que estaban solo haciendo tiempo esperando que algún otro, Jefferson quizá, lo sacase a rastras a la calle hasta que recordó (un fregonazo, algo como vergüenza) la camisa azul agachándose y la mano única torpe y rígida intentando apartar la arena húmeda de la cara muerta y supo que fuese lo que fuese lo que el fiero anciano pudiese empezar a pensar al día siguiente nada tenía contra Lucas entonces porque no había sitio más que para su hijo): noche, el comedor quizá y de nuevo siete Gowrie en la casa veintisiete años sin mujeres porque Forrest había subido el día anterior de Wicksburg para el funeral y probablemente estuviera aún allí aquella mañana cuando el sheriff mandó recado al viejo Gowrie para que se encontrara con él en la iglesia, una lámpara encendida en el centro de la mesa entre los azucareros con su costra y tarros de melaza y salsa de tomate y sal y pimienta en los mismos recipientes etiquetados en que habían llegado de la estantería de la tienda y el viejo sentado a la cabecera de la mesa con su brazo único sobre la mesa y la gran pistola bajo la mano emitiendo juicio sentencia condena y ejecución también sobre el Gowrie que había abolido su gowriedad con sangre de su hermano, luego la carretera oscura, la camioneta (no requisada esta vez porque Vinson tenía una descapotable nueva y grande y potente para leña o ganado) y el mismo gemelo conduciéndola probablemente y el cadáver tirado en la caja como un leño con las gruesas cadenas, saliendo rápidamente de Caledonia alejándose a toda prisa de Beat Four y entrando en el pueblo oscuro silencioso esperando rápido subiendo en silencio por la tranquila calle cruzando la plaza hasta la casa del sheriff y arrastrar y tirar el cadáver en la galería del sheriff y quizá la camioneta incluso esperando mientras el otro gemelo Gowrie llamaba al timbre.

—No hay que preocuparse más de Crawford —dijo el sheriff—. Él no tiene nada contra mí. Me vota. Su problema en este momento es haber tenido que matar gente de más, como Jake Montgomery cuando lo único que quería era impedir que Vinson descubriese que había estado robándole madera a él y al tío Sudley Workitt. Aunque saltase al estribo del coche antes de que me diera tiempo a mí a controlarle tendría que perder aún unos instantes intentando abrir la puerta para poder ver exactamente dónde está Lucas. Siempre que Lucas haga entonces lo que tiene que hacer lo que le he dicho que haga, que espero por su propio bien que lo haga.

—Lo haré —dijo Lucas—. Pero si tuviera mi...

—Sí —dijo su tío con la voz áspera—: Siempre que él esté allí.

El sheriff suspiró.

—Envió usted el recado.

—El recado que pude enviar —dijo su tío—. Pero en fin, pude, sí. Un mensaje

concertando una cita entre un asesino y un policía, que quien se lo transmita al asesino no sabrá siquiera que le está destinado, que el propio asesino no solo ha de creer que no estaba previsto que él lo recibiera sino que es cierto.

—Bueno —dijo el sheriff—. Puede que lo reciba y puede que no y puede que lo crea y puede que no lo crea y puede que esté esperándonos en Whiteleaf y puede que no y si no está Lucas y yo seguiremos hasta la carretera de arriba y volveremos al pueblo.

Aceleró, dejó otra vez el coche en punto muerto; luego encendió las luces:

—Pero puede que esté allí. Yo envié también un mensaje.

—Bien, bien —dijo su tío—. ¿Y por qué todo eso, para qué?

—Conseguí que el alcalde perdonara a Willy Ingram de modo que pudiera salir e ir a ver a Vinson otra vez esta noche y antes de que se fuera le expliqué en confianza que iba a irme con Lucas a Hollymount esta noche por el atajo de Whiteleaf para que Lucas pueda declarar mañana en la investigación sobre la muerte de Jake Montgomery y le recordé a Willy que aún no está terminado el relleno de la carretera y que los coches tienen que pasar en primera y le expliqué que no debía decírselo a nadie.

—Oh —dijo su tío sin soltar del todo la puerta aún—. Jake Montgomery pese a quien pudiera haberlo reclamado vivo pertenece ya al condado de Yoknapatawpha... Pero en fin —dijo con viveza, soltando ya la puerta— perseguimos solo a un asesino no a un abogado... Bueno —dijo—. ¿Por qué no se van ya?

—Sí —dijo el sheriff—. Y usted vaya a ver a la señorita Eunice. A lo mejor Willy se la ha cruzado ya en la calle y en ese caso aún podría llegar antes que nosotros al puente de Whiteleaf en esa camioneta.

Luego, en la plaza esta vez para cruzarla furtivos hasta donde estaba la camioneta vacía y arrimada al por lo demás vacío bordillo y luego por el largo y amortiguado gemir y rechinar de la escalera arriba hasta la puerta abierta del despacho y al cruzarla él pensó sin sorpresa que ella probablemente fuese la única mujer que conocía que habría retirado la llave prestada de la cerradura nada más abrir la puerta extraña no para dejarla en la primera superficie lisa que encontrara sino para colocarla otra vez en el bolso o bolsillo o lo que fuera donde la había puesto cuando se la prestaron y que no estaba sentada en el sillón de detrás de la mesa tampoco, y no lo estaba, sino que estaba sentada muy recta con el mismo sombrero pero con otro vestido que parecía exactamente igual que el de la noche anterior y el mismo bolso en el regazo con los guantes de dieciocho dólares encima y los zapatos de treinta de tacón plano plantados uno junto al otro en el suelo delante de la silla más recta y dura del despacho, la que había junto a la puerta que nadie usaba en realidad jamás por muy lleno que estuviera el despacho y trasladándose al sillón de detrás de la mesa solo después de que su tío hubiera perdido sus buenos dos minutos insistiendo y finalmente explicó que aún podrían faltar dos o tres horas pues ella tenía el reloj de oro del cuello abierto cuando entraron y parecía pensar que a aquellas horas el sheriff

no solo tenía que haber vuelto con Crawford Gowrie sino que probablemente debería estar ya con él camino de la penitenciaría: luego él ya en su silla habitual junto al refrigerador de agua y por último su tío encendió incluso la cerilla para la pipa de mazorca sin dejar de hablar no ya a través del humo sino en él con él:

—... lo que pasó porque parte de ello lo sabemos ya es parte de lo que Lucas nos contó por fin vigilándose como un halcón o un espía internacional para no contarnos algo que pudiese explicar su conducta y menos aún salvarle. Vinson y Crawford eran socios y le compraban madera al viejo Sudley Workitt que era primo segundo o cuarto o tío o algo de la señora Gowrie, es decir, habían acordado con el viejo Sudley un precio por metro cúbico de madera pero a pagarle cuando la madera se vendiera cosa que no se haría hasta que hubiese cortado el último árbol y Crawford y Vinson lo hubieran entregado todo y recibido su dinero y entonces ellos le pagarían el suyo al viejo Sudley alquilando una serrería y personal para talar y serrar y apilar la madera allí mismo a menos de una milla de la casa del viejo Sudley y no debía sacarse de allí ni una astilla hasta que estuviera cortada toda; solo que... esta parte no la conoceremos en realidad aunque hasta que Hampton no le ponga las manos encima a Crawford pero ha de ser de este modo o ¿qué demonios hacían todos ustedes desenterrando a Jake Montgomery de la tumba de Vinson?... Y cada vez que pienso en esta parte del asunto y les recuerdo a los tres volviendo de allí hasta el punto exacto donde dos le oyeron y uno vio incluso pasar a caballo al hombre que ya con un cadáver asesinado en la mula delante alteró de un modo tan súbito y urgente sus planes que cuando Hampton y yo llegamos allí apenas seis horas después no había ya nadie absolutamente en la tumba...

—Pero él no lo hizo —dijo la señorita Habersham.

—... ¿Qué? —dijo su tío—... ¿Dónde iba? Ah sí..., solo que Lucas Beauchamp estaba una noche dando su paseo y oyó algo y fue y miró o quizá pasase por allí realmente y viese o quizá tuviera ya una idea y por eso dio el paseo o aquel paseo aquella noche y vio un camión no sé si lo reconocería o no en fin que estaba cargando en la oscuridad madera de aquella por allí todos sabían que no debía retirarse hasta que estuviese serrada toda para lo cual faltaría aún tiempo y Lucas observó y escuchó y puede que se llegase incluso al condado de Crossman a Glasgow y a Hollymount hasta que supo seguro no solo quién estaba llevándose todas las noches parte de la madera, no mucho por entonces, solo exactamente lo justo para que cualquiera que no estuviera todos los días no advirtiese la falta (y los únicos que estaban allí todos los días y a los que les interesaba incluso hasta aquel punto eran Crawford que se representaba a sí mismo y su hermano y su tío que eran los dueños de los árboles y de la madera resultante y podían en consecuencia hacer lo que les apeteciese con ella, uno de los cuales andaba recorriendo la región todo el día atendiendo otros asuntos suyos urgentes y el otro era ya para empezar un viejo reumático y además medio ciego que no podría haber visto nada ni aún en el caso de que pudiera haberse alejado tanto de su casa... y el personal de la serrería que trabajaba a jornal y que por ello no

se interesaría lo más mínimo por lo que pudiera pasar allí de noche siempre que recibiera su salario todos los sábados) sino lo que estaba haciendo con ella, llegando a enterarse quizá hasta de lo de Jake Montgomery aunque el que Lucas supiese lo de Jake no cambiase las cosas salvo por el hecho de que al resultar este asesinado y aparecer en la tumba de Vinson probablemente salvase la vida de Lucas. Pero incluso cuando Hope me contó que le había sacado por fin todo aquello a Lucas en la cocina de su casa la mañana que Will Legate le llevó de la cárcel allí y nosotros la llevamos a usted a su casa solo explicó una parte del asunto porque yo aún seguía repitiendo lo que había dicho desde que me despertaron todos por la mañana y Chick me contó lo que le había dicho Lucas de la pistola, pero ¿por qué Vinson? ¿Por qué Crawford tenía que matar a Vinson para eliminar el testigo de su robo? No es que no estuviese bien pensado, por supuesto ya que Lucas en realidad debería haber muerto en cuanto le viera el primer blanco junto al cadáver de Vinson con la culata de la pistola asomando por debajo de la chaqueta, pero ¿por qué hacerlo de ese modo, por qué ese extraño desvío del fratricidio? En fin, de todos modos, ya teníamos algo lo bastante sólido para poder hablar con Lucas así que me fui derecho a casa de Hampton por la tarde entré en la cocina y allí estaba la cocinera de Hampton sentada a un lado de la mesa y Lucas al otro comiendo verdura con pan de maíz no en un plato sino directamente de la cacerola y le dije,

»—Y le dejó usted cogerle... y no me refiero a Crawford... —y él dijo,

»—No. Yo también me refiero a Vinson. Pero era ya demasiado tarde, el camión estaba ya cargado y salía de prisa sin luces ni nada y él dijo ¿De quién es ese camión?, y yo no dije nada.

»—Bueno —dije yo—. ¿Y luego qué?

»—Eso fue todo —dijo Lucas—. Nada.

»—¿Él no llevaba armas?

»—No sé —dijo Lucas—. Tenía un palo —y yo dije,

»—Bueno. Siga —y él dijo,

»—Nada. Se quedó allí plantado lo menos un minuto con el palo alzado y dijo Dime de quién era aquel camión y yo no dije nada y él bajó el palo y dio la vuelta y no volví a verle más.

»—Así que usted cogió su pistola —dije yo—; y fue... —y él dijo,

»—No tuve que hacerlo. Vino él a mí, quiero decir Crawford esta vez, a mi casa la noche siguiente y quería pagarme para que le dijera de quién era aquel camión, un montón de dinero, cincuenta dólares, me los enseñó y le dije que aún no había decidido de quién era el camión y él dijo que de todos modos me dejaría el dinero mientras lo decidía y yo le dije que ya había decidido lo que iba a hacer, esperaría hasta el día siguiente (esto era la noche del viernes), a tener alguna prueba de que el señor Workitt y Vinson habían recibido su parte del dinero de la madera que faltaba.

»—¿Sí? —dije yo—. ¿Luego qué?

»—Luego fui y le dije al señor Workitt que sería mejor...

»—Repítalo —dije yo—. Despacio.

»—Le dije al señor Workitt que sería mejor que contara su madera.

»—Así que usted, un negro, va a decirle a un blanco que los hijos de su sobrina le estaban robando... y encima un blanco de Beat Four. ¿No sabe lo que le habría pasado?

»—No hubo posibilidad de que pasara —dijo él—. Porque al día siguiente, el sábado, recibí el recado... —y yo debería haberme dado cuenta entonces de lo de la pistola porque evidentemente Gowrie lo sabía; su recado no podría haber sido *he devuelto el dinero robado, me gustaría contar con tu aprobación personal, trae la pistola y sé amable* o algo así, así que le dije:

»—¿Pero por qué la pistola? —Y él dijo:

»—Era sábado —y yo dije:

»—Sí, día nueve. ¿Pero por qué la pistola? —Y entonces comprendí; dije—: Ya veo. Usted lleva la pistola siempre que se pone el traje de sábado lo mismo que hacía el viejo Carothers antes de dársela a usted —y él dijo:

»—De vendérmela —y yo dije:

»—Está bien, siga —y él dijo:

»—... recibí recado de encontrarme con él en la tienda solo que...

Y entonces su tío encendió de nuevo la cerilla y dio una chupada a la pipa sin dejar de hablar, hablando a través de la boquilla de la pipa con el humo y era como si estuviera viendo las palabras mismas:

—Solo que no pudo llegar a la tienda, pues Crawford estaba sentado en un tocón en el bosque esperándole casi antes ya de que Lucas pudiera salir de casa y empezó a hacer broma con la pistola en seguida, antes de que Lucas pudiera decir buenas tardes o que Vinson y el señor Workitt se alegrarían de recibir el dinero o cualquier cosa, diciendo «Aunque funcione todavía no creo que pueda acertarle a nada de verdad», en fin, es fácil adivinar el desenlace; Lucas dijo que Crawford acabó apostando medio dólar a que Lucas no podía darle al tocón desde unos cinco metros de distancia y Lucas tiró y le dio y Crawford le entregó el medio dólar y siguieron caminando las otras dos millas hasta la tienda hasta que Crawford dijo a Lucas que esperara allí, que el señor Workitt había quedado en mandar el recibo firmado de su padre de la madera que faltaba a la tienda y que él iría a por ese recibo y volvería con él para que Lucas pudiera verlo con sus propios ojos y yo dije:

»—¿Y ni siquiera entonces sospechó usted?

»—No —dijo él—. Me parecía muy natural. —Y en este caso al menos no es difícil imaginar lo que pasó, no hay ninguna necesidad de demostrar que hubo una discusión entre Vinson y Crawford ni hay que estrujarse los sesos demasiado para imaginar qué dijo e hizo Crawford para que Vinson le esperase en la tienda y para mandarle luego delante por el camino pues bastará con esto: «Bien. Le he cazado. Si sigue negándose a decir de quién era el camión le daremos una buena paliza hasta que lo cuente», porque además en realidad no importa, basta saber que lo que Lucas vio

fue a Vinson bajando por el camino de la tienda bastante de prisa según él pero probablemente lo que quería decir era impaciente, desconcertado y enojado a la vez, y seguramente enojado más que nada, seguramente haciendo lo mismo que estaba haciendo Lucas: esperando que el otro hablase y explicase solo que Vinson fue el primero en dejar de esperar según Lucas aún caminando diciendo llegando a decir: «Así que cambió usted de opinión...» cuando según Lucas tropezó en algo y fue a dar de bruces en el suelo y entonces Lucas se dio cuenta de que había oído un disparo y comprendió que con lo que había tropezado Vinson había sido con su hermano Crawford. Luego ya estaban allí los demás según Lucas antes incluso de que le diese tiempo a oírles correr entre los árboles y yo dije:

»—Supongo que pensó entonces que estaba a punto de tener un mal tropezón con Vinson, estuviesen o no el viejo Skipworth y Adam Fraser —en fin al menos no dije Pero por qué no lo explicó usted entonces y así al menos Lucas no tuvo que decir Explicar qué a quién; y bueno, todo iba sobre ruedas... quiero decir no para Lucas claro, sino para Crawford que no era un mero hijo de la desgracia... y allí estaba aquello de nuevo y esta vez supo lo que era, la señorita Habersham había hecho algo él no sabía qué, no era ningún sonido y no se había movido y no era tampoco que se hubiera quedado aún más inmóvil sino que había ocurrido algo, no algo que le hubiera ocurrido a ella de fuera adentro sino algo de dentro a fuera, como si aquello no solo no la hubiese sorprendido sino que ella lo hubiese decretado autorizado pero no se había movido en absoluto ni siquiera para aspirar una bocanada más de aire y su tío no se había dado cuenta siquiera de esto —... sino que parecía más bien escogido y elegido como especial y único entre los hombres por los propios dioses no para demostrarse pues ellos jamás lo habían dudado sino para demostrar al hombre por este mínimo común denominador que tiene un alma, arrastrado al fin a asesinar a su hermano...

—Lo metió en las arenas movedizas —dijo la señorita Habersham.

—Sí —dijo su tío—. Espantoso, verdad... por la simple fatalidad del insomnambulismo de un viejo negro y luego teniendo que librarse de ese problema por medio de un plan un ardid tan simple e impermeable en su psicología biológica y geográfica como para ser lo que aquí Chick llamaría natural, para verlo frustrado luego por el hecho de que hace cuatro años un niño de cuya presencia en el mundo él ni siquiera se había percatado se cayese a un arroyo en presencia de aquel mismo negro insomnábulo porque esta parte tampoco nosotros la conocemos en realidad y con Jake Montgomery en el estado en que se halla probablemente no la conozcamos jamás aunque eso en realidad tampoco importe pues aún sigue en pie el hecho, por qué otra razón iba a estar Montgomery en la tumba de Vinson si no por la de comprarle la madera a Crawford (descubrimos eso por una llamada telefónica al destinatario último de la madera en Memphis esta tarde) Jake Montgomery sabía también de dónde procedía pues saberlo se correspondía también con su naturaleza y carácter siendo en realidad un factor de sus beneficios de intermediario y así cuando

el socio de Vinson Crawford tropezó de pronto con la muerte en el bosque cerca de la tienda de Fraser bueno Jake no necesitó una bola de cristal para adivinar el asunto, y en fin si esto es conjetura aprovéchese al máximo o désenos al señor Hampton y a mí algo mejor a cambio y lo aceptaremos, Jake sabía también lo del viejo trofeo de guerra de Buddy McCallum y prefiero pensar, por el bien de Crawford...

Y allí estaba aquello de nuevo y aún sin señales externas, pero esta vez su tío lo vio o lo sintió o lo percibió (o lo que fuese) también y paró e incluso por un segundo pareció a punto de decir algo y luego en el siguiente pareció olvidarlo, hablando de nuevo:

—... que quizá Jake le dijese el precio de su silencio e incluso lo cobrase o un adelanto quizá siempre con la idea de hacer confesar a Crawford el asesinato, quizá lo tuviese todo previsto para conseguir más dinero aún o quizá no le gustase Crawford y quisiera vengarse o quizá era un purista y había trazado un límite en asesinato y simplemente desenterró a Vinson para cargarlo en la mula y llevárselo al sheriff pero de cualquier modo en la noche que siguió al funeral alguien con un motivo razonable para desenterrar a Vinson le desenterró, y tuvo que haber sido Jake, y alguien que no solo no quería que desenterrasen a Vinson sino que tenía un motivo razonable para estar vigilando a quien pudiese tener un motivo razonable para desenterrarle, sabía que había sido desenterrado dentro de... dijo que eran más o menos las diez cuando usted y Aleck Sander estacionaron la camioneta y aquella noche había oscurecido lo suficiente para excavar una tumba hacia las siete así que quedan tres horas... y eso es lo que quiero decir respecto a Crawford —dijo su tío y esta vez él se dio cuenta de que su tío había parado incluso, esperándolo y llegó pero aún ni sonido ni movimiento, el sombrero inmóvil y exacto la pulcra precisión de los guantes sostenidos y el bolso en el regazo los zapatos plantados e inmóviles uno junto a otro como si los hubiera colocado en un diagrama dibujado con tiza en el suelo—... mirando desde allí desde los matorrales detrás de la cerca viéndose no solo traicionado en el chantaje sino viendo todo el calvario y la angustia por que habría de pasar de nuevo por no mencionar ya el esfuerzo físico y si un hombre sabía ya que el cadáver no podía pasar por el examen de policías especializados, nunca podría saber cuántos más podrían saber o sospechar así que el cadáver tendría que salir de la tumba aunque ahora al menos tenía ayuda aunque no lo supiese el ayudante así que probablemente esperó a que Jake sacara el cadáver y estuviese todo listo para cargarlo en la mula (y nosotros descubrimos eso también, era la mula que los Gowrie enganchan al arado la misma que montaban los gemelos esta mañana; Jake la cogió prestada a última hora aquel domingo por la tarde y cuando supuso usted a quién Gowrie se la había prestado tenía usted razón: fue a Crawford) y no se habría arriesgado a la pistola ahora en realidad lo mismo que no la habría utilizado antes si hubiese podido, pues habría preferido pagarle a Jake de nuevo el importe del chantaje por el privilegio de utilizar lo que utilizase para aplastarle el cráneo a Jake y lo metió en el ataúd y volvió a rellenar la fosa... y ahí está de nuevo, la angustia desesperada y

terrible, la soledad la condición de paria y no solo el horror y el rechazo de todos los hombres frente a sí sino teniendo que luchar con la inercia pura de la tierra y el embate del tiempo implacable y terrible y aun derrotando a toda esa coalición al fin, la tumba adecentada de nuevo hasta las flores desplazadas incluso y la prueba de su crimen primero eliminada y segura... —y pareció suceder de nuevo pero esta vez su tío no paró—... luego enderezarse al fin y respirar hondo por primera vez desde el momento en que Jake se había acercado a él frotando el pulgar con la punta de los mismos dedos: y luego oír lo que fuese que le hizo lanzarse de nuevo cuesta arriba luego arrastrarse culebrear para tenderse una vez más jadeante pero esta vez no solo por la rabia y el terror sino casi dudando incrédulo que un solo hombre pudiera ser víctima de tanta mala suerte, al verles a ustedes tres no solo deshacer su trabajo por segunda vez sino duplicarlo además puesto que ustedes no solo descubrieron a Jake Montgomery sino que volvieron a llenar la tumba incluso volvieron a colocar las flores: y él no podía permitirse que hallaran a su hermano Vinson en aquella tumba pero aún menos que hallaran en ella a Jake Montgomery cuando (como debió sin duda deducir) Hope Hampton llegara allí al día siguiente —y se detuvo esta vez esperando que ella lo dijera, y ella lo dijo:

—Metió a su hermano en las arenas movedizas.

—Ajá —dijo su tío—. Eso puede pasarle a cualquiera cuando ya no puedes hacer nada con tu hermano o marido o tío o primo o suegra más que destruirlos. Pero no está bien meterlos en arenas movedizas, ¿verdad?

—Él lo metió en las arenas movedizas —dijo ella con una resolución tranquila e implacable, sin conmoverse sin mover más que los labios para hablar hasta que luego levantó la mano y abrió el reloj que llevaba prendido en el pecho y lo miró.

—Aún no deben haber llegado a Whiteleaf —dijo su tío—. Pero no hay que preocuparse, él estará allí, puede que le haya llegado mi mensaje pues no hay hombre en este condado que pueda no enterarse de algo que se le ha dicho a Willy Ingrim con la súplica de que guarde el secreto, porque no puede hacer otra cosa, ¿comprende?, porque los asesinos son jugadores y el asesino aficionado cree ante todo como el jugador aficionado no en su suerte sino en las apuestas arriesgadas, en que la apuesta arriesgada ganará simplemente porque es una apuesta arriesgada pero además de eso, digamos que él supiese ya que estaba perdido y que nada que Lucas pudiera atestiguar sobre Jake Montgomery o cualquier otro podría empeorar aún más su situación y que su última y remota posibilidad sería salir del país, o digamos que supiese incluso que era inútil, que supiese seguro que estaba agotando los últimos centavos de lo que podía llamar aún libertad, supongamos que supiese seguro incluso que el sol de mañana no saldría para él... lo que uno querría hacer primero, un último acto y afirmación de sus principios inmortales antes de abandonar para siempre la tierra natal y puede que incluso el mundo para siempre si te apellidaras Gowrie y tu sangre y tu pensamiento y tu modo de actuar hubieran sido los de un Gowrie toda la vida y supieras o hasta creyeses solo o hasta esperases solo que en determinado

momento en un automóvil que se arrastra en primera cruzando un arroyo solitario a media noche estaba la causa y el motivo de todo tu calvario y de tu frustración y tu cólera y tu pesar y tu vergüenza y tu desastre irreparable y que ni siquiera era un blanco era un negro y tú aún tuvieses la pistola con una por lo menos de las diez viejas balas alemanas originales... Pero no hay que preocuparse —dijo rápidamente—: No hay que preocuparse por el señor Hampton. Él puede que ni siquiera saque la pistola, no estoy seguro en realidad de que la lleve porque él sabe arreglárselas muy bien en cualquier situación quizá no imponiendo la paz, quizá no aboliendo las emociones básicas pero sí estableciendo al menos un estancamiento temporal de la conducta violenta y agresiva moviéndose despacio y respirando fuerte, esto pasó hace mucho ya allá en los años veinte, una señora del Recodo del Francés no doy nombres enfrentada con otra señora por algo que empezó (al parecer) por un asunto de un pastel premiado en una cena de caridad de la iglesia, cuyo marido (el de la segunda señora) poseía la destilería que había estado suministrando whisky al Recodo del Francés desde hacía muchos años sin molestar a nadie hasta que la primera señora presentó una demanda exigiendo que el señor Hampton fuera allí y destruyera la destilería y detuviera al propietario y luego al cabo de una semana o diez días bajó ella misma al pueblo y le dijo que si no lo hacía iba a denunciarle al gobernador del estado y al presidente a Washington así que Hope fue esta vez, ella no solo le había dado instrucciones concretas sino que le dijo que había un sendero en el que la vegetación te llegaba en algunos sitios hasta la rodilla formado por el paso durante años bajo el peso de cántaras de galón llenas hasta el borde de modo que podías seguirlo sin linterna siquiera cosa que él hizo y en fin allí estaba la destilería en un emplazamiento magnífico, acogedor y protegido pero accesible al mismo tiempo el fuego ardiendo debajo del cacharro y atendiéndolo un negro que por supuesto no sabía quién era el dueño ni quién trabajaba allí ni nada de nada de todo aquel asunto antes incluso de poder apreciar el tamaño de Hampton y por último luego cuando vio la placa: y Hope dijo que le ofreció primero un trago y luego le llevó una calabaza con agua de manantial y luego le hizo un sitio cómodo junto a un árbol, atizando el fuego incluso para que pudiera secarse los pies que los tenía mojados mientras esperaba a que volviera el propietario muy cómodamente decía Hope, los dos allí junto al fuego en la oscuridad charlando de una cosa y otra y el negro preguntándole de vez en cuando si no le apetecía otra calabaza de agua hasta que Hampton dijo que el sinsonte estaba haciendo el maldito un ruido tal que hubo de abrir los ojos y pestañeó un rato ante la claridad hasta que consiguió centrar la vista y allí estaba el sinsonte en una rama a poco más de un metro de su cabeza y antes de cargar los alambiques para llevárselos alguien se había acercado a la casa más próxima y había vuelto con un edredón para taparle y una almohada para colocársela debajo de la cabeza y Hope contaba que se fijó en que la almohada tenía incluso una funda limpia cuando la cogió junto con el edredón y la llevó a la tienda de Varner para que la devolviese con las gracias a quien fuese su propietario y se volvió al pueblo. Y otra

vez...

—No estoy preocupada —dijo la señorita Habersham. —Pues claro que no —dijo su tío—. Conozco a Hope Hampton y...

—Sí —dijo la señorita Habersham—. Y yo conozco a Lucas Beauchamp.

—Oh —dijo su tío. Luego dijo—: Sí. —Luego dijo, «Por supuesto». Luego dijo, «¿Le decimos a Chick que ponga la cafetera y tomamos café mientras esperamos? ¿Qué le parece?».

—Eso estaría muy bien —dijo la señorita Habersham.

CAPÍTULO XI

Y hasta se levantó y al fin se acercó a una de las ventanas delanteras que daban a la plaza porque si el lunes era día de feria de ganado y de comercio el sábado era sin duda día de radio y automóvil; el lunes había sobre todo hombres y llegaban en sus vehículos que estacionaban alrededor de la plaza y se iban derechos a los tendejones y corrales donde se vendía el ganado y andaban por allí hasta la hora de volver a la plaza a comer y volvían luego y se quedaban allí viendo el ganado hasta la hora de venir ya y meterse en coches y camionetas y regresar a casa antes del anochecer. Pero no el sábado; había hombres y mujeres y niños también entonces y los viejos y los bebés y las jóvenes parejas que venían a comprar las licencias para celebrar sus bodas en las iglesias rurales al día siguiente, venían a hacer la compra semanal de artículos básicos y exquisiteces como plátanos y sardinas de veinticinco centavos y tartas y pasteles hechos a máquina y ropa y medias y pienso y fertilizantes y maquinaria agrícola: lo cual no les llevaba demasiado tiempo a ninguno y a algunos nada en absoluto, así que parte de los vehículos nunca se quedaban en realidad estacionados de modo permanente y en el intervalo de una hora o así muchos de los otros vehículos se habían unido a ellos y se desplazaban en una firme procesión y con frecuencia en segunda debido a su propia densidad, dando vueltas y vueltas a la plaza y saliendo luego hacia el extremo de las calles residenciales repletas de árboles para girar y volver y dar vueltas y vueltas a la plaza otra vez como si hubieran recorrido toda aquella distancia hasta el pueblo desde los lejanos asentamientos circundantes y las tiendas de las encrucijadas y las fincas aisladas con el único propósito de disfrutar del populoso venir y circular y moverse y reconocerse mutuamente y la suavidad como de céfiro de las calles y callejas pavimentadas y para contemplar las pulcra casitas nuevas pintadas entre sus pulcros patios diminutos y sus setos de flores y adornos de jardín que en los últimos años habían llegado a alinearse densas como sardinas o plátanos; debido a lo cual las radios tenían que sonar más fuerte que nunca a través de sus sobrecargados amplificadores para que se oyeran por encima del ronroneo de tubos de escape y el chirriar de los neumáticos y el rechinar de las marchas y los constantes bocinazos, así que mucho antes de llegar a la plaza no solo no podías determinar dónde empezaba lo uno y acababa lo otro sino que ni siquiera podías ponerte a intentar distinguir lo que cualquiera de ellas emitía o intentaba venderte.

Pero aquel sábado parecía ser además un sábado especial entre todos los sábados, así que su tío se había levantado de la mesa y se había acercado también a la otra ventana, y por eso vieron a Lucas antes de que llegara al despacho aunque eso sería un poquito más tarde; él estaba aún allí de pie solo (eso creía) junto a la ventana mirando la plaza tan atestada y repleta como no recordaba haberla visto nunca: el aire claro luminoso casi caliente con el olor de la acacia florida del patio del juzgado, las aceras densas atestadas por una multitud lenta y compacta de blancos y negros que

habían bajado al pueblo como si se hubiesen puesto de acuerdo para congregarse y cancelar no solo el saldo sino hasta el recuerdo de aquel otro sábado de hacía solo siete días del que les había despojado un viejo negro que se había puesto en tal situación que ellos no habían tenido más remedio que creer que había asesinado a un blanco: aquel sábado y domingo y lunes de solo hacía una semana que podrían no haber existido jamás puesto que nada quedaba de ellos: Vinson y su hermano Crawford (en su tumba de suicida y los forasteros se preguntarían durante semanas qué clase de cárcel y de sheriff tenía el condado de Yoknapatawpha donde un hombre encarcelado por asesinato podía hacerse con una pistola Luger aunque no tuviera más que una bala en la recámara y durante todas esas semanas ni una sola persona del condado de Yoknapatawpha podría explicárselo) hombro con hombro junto a la lápida de su madre en el cementerio de la iglesia de Caledonia y en el condado de Crossman Jake Montgomery al que alguien reclamó también probablemente por el mismo motivo que alguien reclamó a Crawford y la señorita Habersham sentada ahora en su propio recibidor zurciendo medias hasta la hora de dar de comer a los pollos y Aleck Sander allá abajo en la plaza con una llamativa camisa de sábado y pantalones bombachos y un paquete de cacahuetses o plátanos también y él allí de pie en la ventana mirando la densa multitud ni apresurada ni apresurable y el relampagueo y el brillo atropellado ubicuo casi de la placa de la gorra de Willy Ingrim pero principalmente y sobre todo el movimiento y el ruido, las radios y los automóviles: los tocadiscos de la botica y los billares y el café y los escandalosos amplificadores de las paredes exteriores no solo de la tienda de discos y partituras musicales sino del almacén de suministros del Ejército y la Marina y de las dos tiendas de comestibles y (para que pudieran balbucir) alguien de pie en un banco del patio del juzgado discursando a otro con un megáfono como un cañón de plaza sujeto a la capota de un automóvil, por no mencionar los que estuviesen funcionando en los apartamentos y las casas donde señoras y criadas hacían las camas y barrían y se disponían a hacer la comida de modo que en ningún lugar de un confín a otro del pueblo hubiese hombre o mujer o niño ciudadano o invitado o forastero sobre el que pesase la amenaza de un solo segundo de silencio; y los automóviles porque explícitamente hablando no podía ver en absoluto la plaza: solo la densa masa impenetrable de techos y capotas moviéndose en doble hilera a paso de caracol dando vueltas a la plaza en un aura invisible y agria de monóxido de carbono y bocinas atronadoras y un estruendo intermitente y ligero de choques de defensas, arrastrándose lentamente de uno en uno hacia las calles que salían de la plaza mientras la hilera opuesta entraba en ella arrastrándose con lentitud idéntica; tan densos y lentos enclavijados en un entrelazado mosaico infinitesimal de movimiento como para que apenas resultase digno de tal término que podrías haber cruzado la plaza caminando por encima de ellos: o incluso seguir hasta el extremo del pueblo en realidad o incluso a caballo en realidad, Highboy por ejemplo para el que el salto de cinco o seis pies desde un techo por encima del capó intermedio hasta el techo

siguiente no habría sido nada o digamos que las más o menos inmóviles capotas estaban emplazadas como una superficie lisa y continua de planchas igual que un puente y no Highboy sino un caballo adiestrado o un caballo con un paso concreto: un difícil paso portante siete pies en el aire como un pájaro viajando rápido como un halcón o un águila: con una sensación en la boca del estómago como si le hubiera explotado en él una botella entera de gaseosa caliente pensando en el ruido garboso espléndido majestuoso realmente que haría un caballo al paso portante en cualquier dirección sobre un puente de planchas vueltas de dos millas de largo cuando de pronto su tío desde la otra ventana dijo:

—A los norteamericanos lo único que realmente les entusiasma es su automóvil: lo quieren más que a su mujer a sus hijos a su patria e incluso que a su cuenta bancaria (de hecho no quieren tanto su cuenta bancaria ni mucho menos como les gusta creer a los extranjeros porque son capaces de gastar casi todo su dinero o todo prácticamente en cualquier cosa siempre que sea lo suficientemente inútil). Porque el automóvil se ha convertido en nuestro símbolo sexual nacional. En realidad no podemos disfrutar a menos que podamos meternos por una calleja para hacerlo. Sin embargo todo nuestro pasado y nuestra educación y nuestra experiencia nos prohíben lo secreto y subrepticio. Así que hemos de divorciarnos de nuestra mujer hoy para eliminar en nuestra amante el rencor de amante para divorciarnos de nuestra esposa mañana para eliminar en nuestra amante y así sucesivamente. Como resultado de lo cual la norteamericana ha pasado a ser fría e infrasexual; ha proyectado su libido en el automóvil no solo porque el brillo los artilugios y la movilidad de este gratifican su vanidad y su incapacidad (debido al vestido que le ha impuesto la asociación nacional de minoristas) de caminar sino porque el automóvil no la magullará ni la despeinará ni la dejará toda sudada y desmadejada. Así que para conseguirla y dominarla el norteamericano ha tenido que hacer suyo el coche. Por eso aunque viva en una ratonera alquilada no solo será propietario de uno sino que lo cambiará todos los años para renovarlo en su dignidad primigenia, no se lo prestará a nadie, no permitiendo que otras manos conozcan nunca la intimidad última secreta perennemente casta perennemente sensual de sus pedales y palancas, no teniendo ningún sitio a donde ir en él él mismo y aunque lo tuviese no iría a donde pudieran mancillarlo el rasguño o la mancha, pasándose toda la mañana del domingo lavándolo y frotándolo y sacándole brillo porque al hacerlo acaricia el cuerpo de la mujer que le negó hace ya mucho su lecho.

—Eso no es verdad —dijo él.

—Tengo ya cincuenta y tantos años —dijo su tío—. Me pasé los quince intermedios hurgando bajo las faldas. Mi experiencia fue que pocas estaban interesadas en el amor o en la sexualidad. Querían casarse.

—Sigo sin creerlo —dijo él.

—Muy bien —dijo su tío—. No lo creas. Ni siquiera cuando tengas cincuenta y tantos. Sigue negándote a creerlo.

Y fue entonces cuando vieron a Lucas cruzar la plaza, probablemente al mismo tiempo: el sombrero inclinado y el brillo fino y fiero del mondadientes de oro ladeado y él dijo:

—¿Dónde crees que lo tuvo todo este tiempo? No se lo vi. Seguro que lo llevaba aquella tarde porque no solo llevaba el traje negro sino que también llevaba la pistola. Estoy seguro de que aquel día no salió de casa sin llevar también el mondadientes.

—¿No te lo dije? —dijo su tío—. Fue lo primero que hizo cuando entró el señor Hampton en casa de Skipworth donde Skipworth tenía a Lucas esposado a la cama: darle a Hampton el mondadientes y pedirle que se lo guardara hasta que se lo pidiera.

—Oh —dijo él—. Viene hacia aquí.

—Sí —dijo su tío—. A disfrutar. Oh —dijo rápidamente— él es un caballero; no me dirá a la cara que me equivoqué; vendrá solo a preguntarme cuánto me debe por mis servicios de abogado.

Luego en su silla junto al refrigerador del agua y su tío una vez más tras la mesa oyeron el largo y liviano crujir y rechinar de las escaleras luego los pasos de Lucas firmes aunque sin prisa y apareció Lucas sin corbata e incluso sin cuello esta vez salvo por el botón pero con un anticuado chaleco blanco más que sucio manchado bajo la chaqueta negra y la gastada cadena de oro del reloj: la misma cara que él viera por primera vez cuando salió chorreando del arroyo helado aquella mañana hacía cuatro años, idéntica, a la que nada le había pasado ni siquiera el tiempo: en el acto de colocar el mondadientes en uno de los bolsillos superiores del chaleco cuando cruzó la puerta, diciendo sin dirigirse a nadie:

—Caballeros —y luego a él—: Joven...

Cortés y huraño, más que suave: claramente alegre casi, quitándose el sombrero que llevaba jactanciosamente ladeado:

—¿No se ha caído usted en más arroyos últimamente, verdad?

—Así es —dijo él—. Estoy reservándome hasta que haya un poco más de hielo en el suyo.

—Será usted bien recibido sin tener que esperar a que hiele —dijo Lucas.

—Tome asiento, Lucas —dijo su tío pero él ya había empezado a sentarse, eligiendo la misma silla recta de junto a la puerta que nadie más salvo la señorita Habersham había elegido nunca, un poco en jarras, como si estuviera posando ante una cámara, el sombrero de copa arriba en el antebrazo, mirándoles aún a ambos y diciendo de nuevo:

—Caballeros.

—No vino usted aquí para que le explicara lo que tenía que hacer pero de todos modos voy a explicárselo —dijo su tío.

Lucas pestañeó rápidamente una vez. Miró a su tío.

—No puedo decir que haya venido a eso, desde luego —y añadió alegremente—: Pero siempre estoy dispuesto a escuchar un buen consejo.

—Vaya a ver a la señorita Habersham —dijo su tío. Lucas miró a su tío. Pestañeó

dos veces esta vez.

—No soy persona amiga de hacer visitas —dijo.

—Tampoco era usted amigo de que le ahorcasen —dijo su tío—. Pero no hace falta que le diga lo cerca que estuvo de conseguirlo.

—No —dijo Lucas—. No hace falta. ¿Qué quiere que le diga?

—Es usted incapaz —dijo su tío—. No sabe usted dar las gracias. Pero ya he previsto eso también. Llévelo unas flores.

—¿Flores? —dijo Lucas—. No he tenido flores que merezcan la pena desde que murió Molly.

—También lo he previsto —dijo su tío—. Telefonaré a casa. Mi hermana le preparará un ramo. Chick le llevará a usted en mi coche a recogerlas y luego le dejará a la puerta de la casa de la señorita Habersham.

—No es necesario —dijo Lucas—. En cuanto tenga las flores podré ir caminando.

—Y tirar las flores en cualquier sitio también —dijo su tío—. Pero sé que no hará lo uno y no creo que haga lo otro si le acompaña Chick en el coche.

—Bueno —dijo Lucas—. Si no hay otro modo de complacerle... —(Y cuando volvió al pueblo y halló por fin un sitio donde estacionar el coche a tres manzanas de distancia y subió de nuevo las escaleras su tío estaba encendiendo la cerilla, sosteniéndola en la pipa y hablando a través del humo: «Tú y Booker T. Washington, no, eso no es correcto, tú y la señorita Habersham y Aleck Sander y el sheriff Hampton y Booker T. Washington porque él hizo solo lo que todo el mundo esperaba de él así que no había ninguna razón concreta por la que debiese haberlo hecho mientras que todos vosotros no solo hicisteis lo que nadie esperaba de vosotros sino que todo Jefferson y todo el condado de Yoknapatawpha se habría alzado con unanimidad activa para impedirlo si lo hubieran sabido a tiempo e incluso dentro de un año algunos (cuándo y si llegan a hacerlo) recordarán con desaprobación y disgusto no solo que fuisteis profanadores de tumbas y que desafiasteis a vuestra raza porque habrían disculpado ambas cosas sino que violasteis la tumba de un blanco para salvar a un negro aunque tuvieseis todas las razones del mundo para hacerlo. Pero no hay que ceder» y él:

«No creas que solo por ser otra vez sábado por la tarde hay alguien escondido detrás de las matas de jazmines de la señorita Habersham apuntándola con una pistola y esperando a que suba Lucas por las escaleras de entrada. Además Lucas no llevaba hoy su pistola y además Crawford Gowrie...» y su tío:

«Porque no, porque lo que está allá en el cementerio de la Iglesia de Caledonia fue Crawford Gowrie solo un segundo o dos el sábado pasado y Lucas Beauchamp arrastrará su pigmento a diez mil situaciones que un hombre más prudente evitaría y uno más ágil eludiría diez mil veces después de que lo que fue Lucas Beauchamp durante un segundo o así el sábado pasado esté en el cementerio de su iglesia de Caledonia también porque este condado de Yoknapatawpha que os habría detenido a ti y a Aleck Sander y a la señorita Habersham la noche del domingo pasado tiene

razón en realidad, la vida de Lucas el que respire y coma y duerma no tienen importancia lo mismo que no la tienen la tuya y la mía lo importante es su indiscutible derecho a vivirla tranquilo, en paz y seguro y de hecho esta tierra sería mucho más cómoda con muchísimos menos Beauchamp y Steven y Mallison de todos los colores en ella si hubiese algún medio indoloro de eliminar no los torpes cadáveres devoraespacio cosa que puede hacerse sino el recuerdo cosa que es imposible: ese recuerdo inalienable inmortal la conciencia de haber estado vivo una vez que existe siempre aún diez mil años después en diez mil recuerdos de injusticia y sufrimiento, somos demasiados no por el espacio que ocupamos sino porque estamos deseando vender libertad casi a cualquier precio siempre que sea ostentoso en pro de lo que llamamos nuestro que es una licencia constitucional estatutaria para perseguir cada uno su postulado personal de felicidad y satisfacción independientemente de la aflicción y el coste llegando incluso hasta la crucifixión de alguien cuya nariz o pigmento nos desagrade y hasta esto puede resolverse siempre que haya algunos más que crean que una vida humana es valiosa solo porque tiene derecho a seguir respirando sin importar el pigmento que distiendan sus pulmones o la nariz que inhale el aire y estén dispuestos a defender ese derecho a cualquier precio, no hacen falta muchos, bastaron tres el domingo por la noche, e incluso puede bastar uno y con suficientes dispuestos a más que a sentirse agraviados y avergonzados Lucas ya no correrá el riesgo de necesitar sin previo aviso que le salven» y él:

«Quizá no tres la otra noche. Uno y dos mitades sería más correcto» y su tío:

«Ya dije que es muy natural sentirse orgulloso. Es natural ufanarse incluso. La cosa es no ceder»). Y se acercó a la mesa y dejó en ella el sombrero y sacó del bolsillo interior del chaleco un monedero de cuero con una pátina como de plata vieja y casi tan grande como el bolso de mano de la señorita Habersham y dijo:

—Creo que tiene usted una factura que he de pagarle.

—¿Por qué? —dijo su tío.

—Por defender mi caso —dijo Lucas—. Dígame una cantidad razonable. Quiero pagarle.

—A mí no —dijo su tío—. Yo no hice nada. —Yo le mandé llamar —dijo Lucas—. Le autoricé. ¿Cuánto le debo?

—Nada —dijo su tío—. Porque no le creí. Creo que si puede andar usted hoy por ahí es gracias a este muchacho.

Lucas le miró entonces sosteniendo el monedero en una mano y con la otra dispuesta para abrirlo: la misma cara por la cual no era que no hubiese pasado nada sino que sencillamente se había negado a aceptarlo; abrió por fin el monedero.

—Está bien. Le pagaré.

—Y yo haré que les detengan a los dos. A usted por corromper a un menor y a él por practicar la abogacía sin licencia.

Lucas volvió a mirar a su tío; él observó cómo se miraban. Luego Lucas volvió a

pestañear dos veces.

—Está bien —dijo—. Entonces pagaré los gastos. Dígame cuánto suben dentro de lo razonable y arreglemos este asunto.

—¿Gastos? —dijo su tío—. Sí, hubo unos gastos cuando estuve aquí sentado el martes pasado intentando anotar las cosas que por fin me dijo usted para que el señor Hampton pudiera sacar algo en limpio de todo y ponerle en libertad y lo cierto es que cuanto más me esforzaba peor me salía y cuanto peor me salía peor me ponía yo hasta que cuando me di cuenta tenía la estilográfica clavada en el suelo como una flecha. El papel es propiedad del condado, desde luego, pero la estilográfica era mía y me cuesta dos dólares ponerle un plumín nuevo. Me debe usted dos dólares.

—¿Dos dólares? —dijo Lucas. Pestañeó dos veces de nuevo. Luego volvió a pestañear otras dos veces. «¿Solo dos dólares?». Entonces pestañeó solo una vez, luego hizo algo con el aliento: no un suspiro, simplemente una descarga de él, metiendo los dos dedos primeros en el monedero: «No me parece mucho pero en fin yo soy un labrador y usted un hombre de leyes, así que conocerá su negocio y yo no soy nadie para intentar enseñarle en este aspecto»: y sacó del monedero un billete gastado y arrugado en una bola no mucho mayor que una aceituna arrugada y lo estiró lo suficiente para poder leerlo, lo estiró luego más y lo puso sobre la mesa y sacó del monedero medio dólar y lo colocó en la mesa luego contó en la mesa sacándolas del monedero una a una cuatro monedas de diez centavos y dos de cinco y volvió luego a contarlas con el índice, moviéndolas una a una un centímetro o así, moviendo los labios bajo el bigote, el monedero abierto aún en la otra mano, luego cogió dos monedas de diez centavos y una de cinco y se las colocó en la mano que sujetaba el monedero abierto y sacó de él una moneda de veinticinco y la puso en la mesa y examinó las monedas durante un rápido segundo luego puso las dos de veinticinco y la de cinco otra vez en la mesa y cogió el medio dólar y volvió a guardarlo en el monedero.

—Eso son solo setenta y cinco centavos —dijo su tío.

—No importa —dijo Lucas, y cogió la moneda de veinticinco y volvió a guardarla en el monedero y lo cerró y observando a Lucas él se dio cuenta de que el monedero tenía por lo menos dos compartimentos distintos y quizá más, que se abría bajo los dedos de Lucas una segunda sección casi hasta el codo y durante un rato Lucas estuvo mirando en el interior exactamente como cuando uno contempla su reflejo en un pozo y sacó luego de aquel compartimento una sucia bolsita de tabaco de tela atada con un nudo voluminosa y sólida que dejó caer en la mesa con un golpe sordo y denso.

—Eso lo completa —dijo—. Veinticinco en monedas de centavo. Iba a llevarlas al banco pero puede usted ahorrarme el viaje. ¿Quiere contarlas?

—Sí —dijo su tío—. Pero es usted el que paga. Es usted el que tiene que contarlas.

—Hay cincuenta —dijo Lucas.

—El negocio es el negocio —dijo su tío. Así que Lucas desanudó la bolsita y derramó los centavos en la mesa y los contó uno a uno moviendo con el índice cada moneda hacia el pequeño montoncito primero de monedas de veinticinco y de cinco, contando en voz alta, luego cerró el monedero y volvió a metérselo en el bolsillo de la chaqueta y con la otra mano empujó todo el montón de monedas y el billete arrugado por la mesa hasta que el secante lo bloqueó y sacó un pañolón del bolsillo lateral de la chaqueta y se secó las manos y volvió a guardarse el pañuelo y se levantó otra vez huraño y sereno y sin mirarles a ninguno de los dos ya mientras el atronar inmovilizado de las radios y el hormigueo atronador de las bocinas de los automóviles y todo el estruendo sabatino del condado subía de la tarde luminosa.

—¿Ahora qué? —dijo su tío—. ¿Qué es lo que espera ya?

—Mi recibo —dijo Lucas.



WILLIAM FAULKNER. Escritor estadounidense, William Faulkner es considerado como uno de los más grandes autores del siglo xx, galardonado en 1949 con el Premio Nobel de Literatura y considerado como uno de los padres de la novela contemporánea.

Nacido en el Sur de los Estados Unidos, Faulkner no llegó a acabar los estudios y luchó en la I Guerra Mundial como piloto de la RAF. Como veterano tuvo la oportunidad de entrar en la universidad pero al poco tiempo decidió dedicarse por completo a la literatura.

Tras cambiar habitualmente de trabajo, Faulkner publicó su antología de cuentos *La paga de los soldados* (1926) tras encontrar cierta estabilidad económica como periodista en Nueva Orleans. Poco después comenzaría a publicar sus primeras novelas en las que reflejó ese Sur que tan bien conocía, *El ruido y la furia* (1929) es la más conocida de este periodo. Luego llegarían obras tan famosas como *Luz de agosto* (1932), *¡Absalón, Absalón!* (1936) o *El villorrio* (1940).

Santuario (1931) fue, a la larga, su novela más vendida y la que le permitió dedicarse a la escritura de guiones para Hollywood. Sus cuentos más conocidos de esta época pueden leerse en *¡Desciende, Moisés!* escrito en 1942.

Como guionista, habría que destacar su trabajo en *Vivamos hoy* (1933), *Gunga Din* (1939) o *El sueño eterno* (1946).

En el apartado de premios, Faulkner tuvo un reconocimiento tardío aunque

generalizado. Además del ya nombrado Nobel de Literatura también recibió el Pulitzer en 1955 y el National Book Award, este entregado ya de manera póstuma por la edición de sus Cuentos Completos.